

OFFERRALE

SELECTAS

FRANCESA

ó

MANUA

de traduccion

Precio 20 rv.

1864.

L47
139

Set. 1/64.

SELECTAS FRANCESAS

6

MANUAL DE TRADUCCION

PARA FACILITAR

HACIENDO AMENA É INSTRUCTIVA

LA

DE FRANCÉS Á ESPAÑOL.

CONTIENE MUCHOS TROZOS DE ASIGNATURAS DE SEGUNDA
ENSEÑANZA Y CARRERAS ESPECIALES.

OBRA REDACTADA

POR D. JAVIER OFFERRALL,

Licenciado en Medicina y Cirujia, Regente en Retórica y Póetica, en lengua francesa y en lengua inglesa por la Universidad literaria de Sevilla, Juez calificador que ha sido en la misma Universidad en actos de oposicion á la cátedra de lengua inglesa, segundo profesor honorario (previa oposicion) del Cuerpo de Sanidad de la Armada, catedrático sustituto que ha sido del Instituto Provincial de Jerez de la Frontera, y profesor por oposicion del Colegio Naval Militar, socio de mérito de la Academia Quirúrgica Matritense, fundador y censor que fué de la de ciencias exactas, naturales y médicas de Sevilla, de las Reales Económicas de Amigos del Pais de Cádiz, Jerez y Sevilla, y Catedrático de Higiene pública y privada de la última, y socio de la de Buenas Letras, susjito que ha sido de la cátedra de Economía política y legislacion industrial y mercantil de la Escuela de Comercio de Cádiz, Catedrático de la de Retórica y Póetica en los Colegios de San Francisco de Paula de Sevilla, y San Felipe Neri de Cádiz, socio y secretario primero de la de Emulacion y Fomento de la Industria, agricultura, artes y comercio de Sevilla, corresponsal de la Academia nacional de Medicina y Cirujia de Cádiz, actualmente catedrático propietario por oposicion del Instituto de Cádiz, etc.

CÁDIZ.

LIBRERÍA DE LA REVISTA MÉDICA,

PLAZA DE S. AGUSTIN, NÚMS. 4 Y 5.

1864.

8.970
Dec 1864

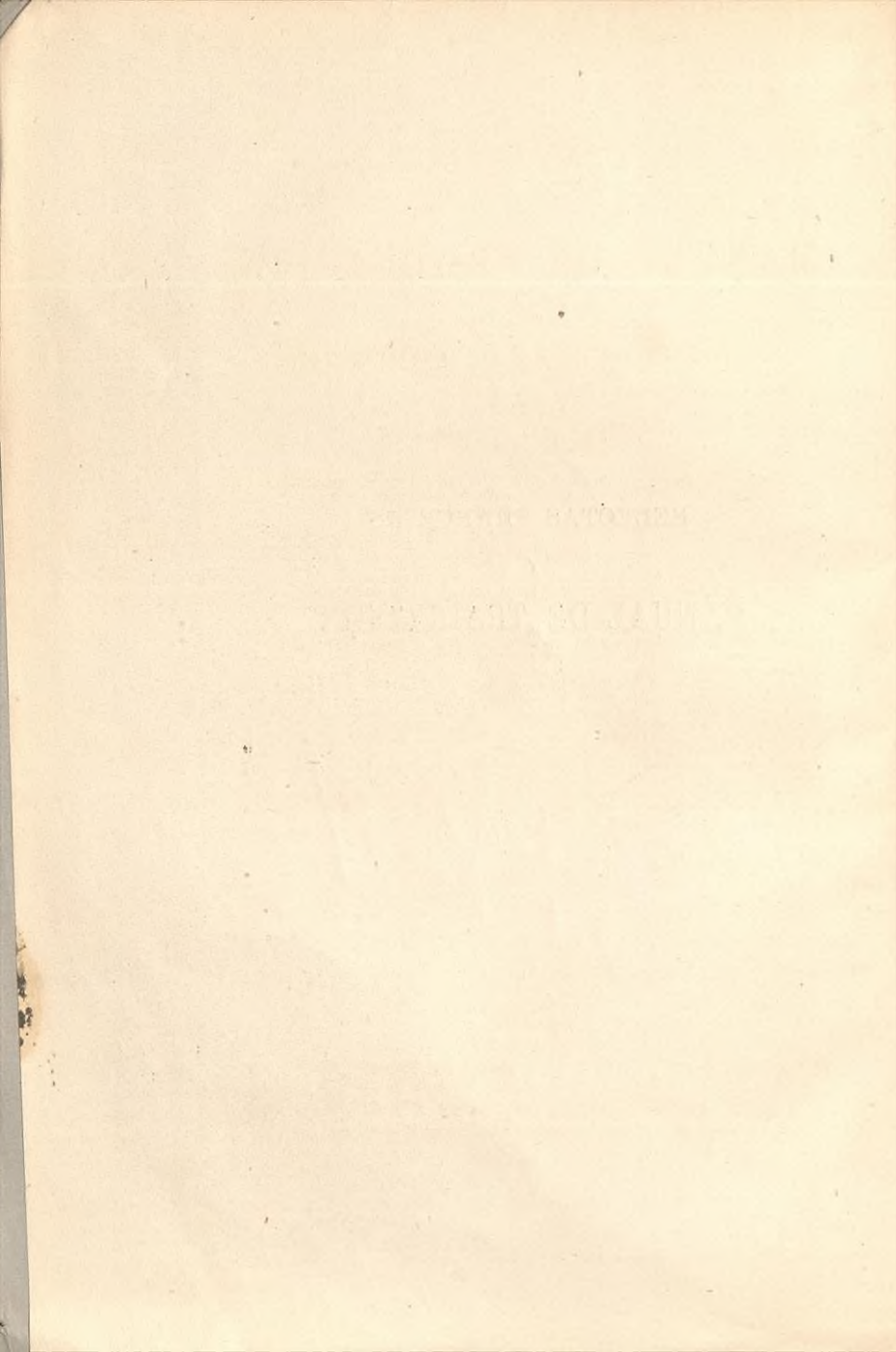


Sf - 4th

681-617

SELECTAS FRANCESAS
ó
MANUAL DE TRADUCCION.

3121



SELECTAS FRANCESAS
ó
MANUAL DE TRADUCCION

PARA FACILITAR
HACIENDO AMENA É INSTRUCTIVA

LA
DE FRANCÉS Á ESPAÑOL.

CONTIENE MUCHOS TROZOS DE ASIGNATURAS DE SEGUNDA
ENSEÑANZA Y CARRERAS ESPECIALES.

OBRA REDACTADA
POR D. JAVIER OFFERRALL,

Licenciado en Medicina y Cirujia, Regente en Retórica y Poética, en lengua francesa y en lengua inglesa por la Universidad literaria de Sevilla, Juez calificador que ha sido en la misma Universidad en actos de oposicion á la cátedra de lengua inglesa, segundo profesor honorario (previa oposicion) del Cuerpo de Sanidad de la Armada, catedrático sustituto que ha sido del Instituto Provincial de Jerez de la Frontera, y profesor por oposicion del Colegio Naval Militar, socio de mérito de la Academia Quirúrgica Matritense, fundador y censor que fué de la de ciencias exactas, naturales y médicas de Sevilla, de las Reales Económicas de Amigos del Pais de Cádiz, Jerez y Sevilla, y Catedrático de Higiene pública y privada de la última, y socio de la de Buenas Letras, sustituto que ha sido de la cátedra de Economía política y legislacion industrial y mercantil de la Escuela de Comercio de Cádiz, Catedrático de la de Retórica y Poética en los Colegios de San Francisco de Paula de Sevilla, y San Felipe Neri de Cádiz, socio y secretario primero de la de Emulacion y Fomento de la Industria, agricultura, artes y comercio de Sevilla, corresponsal de la Academia nacional de Medicina y Cirujia de Cádiz, actualmente catedrático propietario por oposicion del Instituto de Cádiz, etc.

CÁDIZ.

LIBRERÍA DE LA REVISTA MÉDICA,

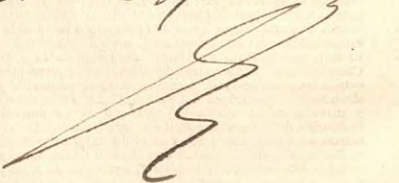
PLAZA DE S. AGUSTIN, NÚMS. 4 Y 5.

1864.

Esta obra es propiedad de su autor y se halla bajo la proteccion de la ley de propiedad literaria.

Todos los ejemplares están numerados y firmados por el autor; se tendrán por furtivos los que carezcan de aquellos requisitos.

N.º 74.
Javier Ferral



IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE LA REVISTA MÉDICA, Á CARGO
DE D. FEDERICO JOLY Y VELASCO, BOMBA N.º 1.

PRÓLOGO.

Hace algunos años era indispensable encomiar la utilidad del conocimiento del idioma francés: hoy sería superfluo aquel trabajo. La importancia de su estudio por una parte conviene con el juicio de la generalidad y por otra se confirma con las prescripciones de la ley, que hace obligatoria esta asignatura á los cursantes de estudios generales de 2.^a enseñanza, como á los de aplicación á la industria, agricultura, comercio, no menos que á los de carreras especiales.

Suele decirse con tanta frecuencia como poca razón ¿de qué servirán al abogado las matemáticas, la literatura al médico, las ciencias naturales á los que siguen la carrera eclesiástica, el estudio de lenguas muertas á los que no se dedican á las humanidades? Y esto, que á veces pasa á oídos de la juventud, ocasiona nuevo trabajo á profesores y autores que han de hacer palpable la utilidad relativa negada á aquellos ramos, probando como el jurisconsulto en mas de un hecho de los que ha de entender y cuyas circunstancias ha de precisar, necesita de aquel poderoso auxilio para enjuiciar acertadamente; como el médico, ya para hacer con provecho estudios críticos, ya para concurrir á los progresos de la ciencia publicando trabajos nuevos,

desvaneciendo añejas preocupaciones, ilustrando á los tribunales, no hade ser extraño al método, claridad y buenas formas en el decir; como el sacerdote, al par que edifica con el ejemplo y persuade con la palabra, necesita con frecuencia deslindar hechos naturales de los que no lo son y en el mismo campo de la naturaleza luchar abiertamente contra los que en la misma quieren oscurecer á su Autor: como al estudio de algunas profesiones superiores es conducente el de las lenguas sabias, preparando á los adeptos á recibir con menos repugnancia un tecnicismo, necesario para evitar difusos cincunquios, pero tan disonante y poco significativo que acobarda al alumno mas fervoroso y entusiasta por su carrera, obligándole á consumir mucho tiempo en aprender por mera y ciega repetición lo que en poquísimo habria comprendido consultando etimologías.

Con respecto á la utilidad del francés ni aun cargos infundados hay que desvanecer. Aparte de la numerosa juventud que acude á las clases públicas y privadas, multitud de personas que en sus primeros años consideraron por lo menos muy subordinado este ramo se esfuerzan por conocerlo: muchos establecimientos de los que se rigen por especiales disposiciones (entre ellos varios seminarios conciliares) lo colocan en el número de asignaturas obligatorias, y es de creer que en las Escuelas Profesionales de Náutica y otras no tardará en darse esta enseñanza. Hay sugetos que, en edad no ya muy temprana, se retraen, no por falta de deseo, sino porque quisieran aprender, como oímos de boca de uno de ellos, *de contrabando*.

Ante este convencimiento y deseo general, lo que conviene es facilitar el estudio.

Para ello se han publicado y publican muchas obras: gramáticas, temas, métodos especiales, diálogos etc., cuyos autores rivalizan en el noble deseo de remover los muchos y penosos obstáculos que han de vencer profesores y alumnos. No tratamos (y en esta ocasion menos) de entrar en juicios comparativos. Aplaudiendo celo tan laudable tratamos de contribuir al mismo fin redactando un *Manual de traduccion para facilitar haciendo amena é instructiva la de francés á español.*

Entre una obra ó tratado especial y una coleccion de trozos escogidos, indudablemente es preferible la segunda para aprender idiomas. La variacion de materias suministra al alumno un caudal de voces, que solo fatigando la memoria adquiriria, mientras que encontrándolas ligadas y formádo conceptos, cultiva mas la inteligencia. La diversidad de autores ofrece diversidad de estilo tambien, la fraseologia y aun los primores del idioma. Por esto en las clases de latin, Ciceron, Tácito, Salustio, el autor de la Eneida, el del Arte poética ó el de los Tristes no merecen la preferencia, sino que de ellos y otros se forman colecciones. Hasta la saciedad suele repetirse una frase por un autor que escluye sin echarlo de ver otras muchas que es preciso conocer tambien.

La historia no exige la elevacion del discurso académico; las cartas familiares no se escriben como el poema épico, ni este como las obras didácticas. Bossuet, Fléchier, Bourdaloue, Mascaron, Fleury, Fénelon, Massillon, La Fontaine, Nicole, Rollin, son excelentes modelos, y á pesar de ello los franceses prefieren á el discurso sobre la Historia universal, á el Telémaco etc., extractos de los clásicos.

Penetrados de la utilidad de esta clase de obras, espusimos y desarrollamos el pensamiento de formar una coleccion de trozos franceses, relativos en su mayor parte á los estudios de los aspirantes del Colegio naval militar, en las Juntas Facultativas á que se nos llamó por el hoy Excmo. Sr. D. Juan de Dios Ramos Izquierdo, al pasar por orden de S. M. la Revista general de Inspeccion de aquel establecimiento el año de 1856. Poco despues se nos dió encargo de redactar unas selectas para traduccion y hubiéramos cumplido aquella orden superior; mas al confiarnos S. M. la clase de la Escuela de Comercio, Industria y Náutica de Cádiz, sin desentendernos de aquel trabajo, pensamos ampliarlo á las asignaturas de aplicacion de la misma. Cuando íbamos á emprenderlo, las reiteradas gestiones que se practicaban para la creacion de un Instituto en Cádiz, haciéndonos concebir esperanzas que en este año se han realizado, nos hicieron tambien diferir el propósito hasta ahora que nos hemos estendido á todos los ramos de 2.^a enseñanza.

El crecido número de alumnos matriculados en la clase de francés (133): la circunstancia de cursar la mayor parte de ellos simultáneamente otras asignaturas, la de poder estudiar francés en cualquier año nos han confirmado en la idea de que los ejercicios de traduccion deben versar en gran parte sobre las materias que en otras clases aprenden. Unos traduciendo recordarán lo que aprendieron, otros se preparan para los estudios subsiguientes, y todos pueden auxiliarse en los trabajos como correctores.

Basta revisar el índice para ver que se han tocado todas las asignaturas de 2.^a enseñanza y otras de carreras especiales. Entre ellas hemos

intercalado parábolas, que amenizando la lectura conduzcan á un fin moral, punto en el que hemos puesto el mayor esmero, sin hacer de él capítulo separado, sino creando una atmósfera en que se halle envuelto siempre el que lea. Por ejemplo, antes de hablar del comercio se encuentra un trozo sobre la probidad y buena fé, vinculo de la sociedad, y antes de este, otro que expone que el hombre ha nacido para vivir en sociedad. Despues de hablar de la moneda se habla de la prodigalidad, de la avaricia y de la economía, y á continuacion se ridiculiza al avaro y al vanidoso, acabando con la necesidad de dar limosna, poniendo ejemplos prácticos en los trozos siguientes. Antes de las nociones de Física un trozo de Fénélon sobre objetos de ciencias físicas y naturales, señalando al supremo Artífice en sus obras. Máximas morales, amor al trabajo, respeto á los padres, deberes para con los maestros, prácticas religiosas, utilidad del estudio, apuntes filológicos forman el principio de la obra.

El sistema métrico decimal, tan recomendado por repetidas superiores disposiciones, se halla espuesto con regular estension. Algunas nociones sobre navegacion, buques de vapor, caminos de hierro, telegrafía y otras materias de actual interés y aplicacion no se han olvidado.

Hemos tomado mucho de autores didácticos y no poco de colecciones, que recomendamos encarecidamente á los que quieran conocer mas á fondo el francés. Entre otras nos parecen excelentes la de *Noël y De la Place*, de la cual se han hecho muchas ediciones, las inmejorables del Profesor *Léon Feugère*, la de *Marcel*, cuyo conocimiento y adquisicion debimos al muy erudito Excmo. é Ilmo. Sr. D. Juan José Arbo-

lí y Acaso, Obispo que fué de Cádiz, y otra que con el título de *Dictées de l'Hôtel de Ville recueillies et mises en ordre par Mme. C. B. Institutrice*, hemos revisado y contiene 802 modelos de ejercicios. Alguna de ellas hubiéramos elegido para texto, pero unas son muy voluminosas y de precio no moderado, y otras están anotadas espresamente para los franceses, y por lo mismo no ofrecen igual ventaja para los principiantes de otra nacion que necesitan fijarse en comparaciones con su idioma nativo.

Para llamar la atencion sobre una regla, una escepcion, ó algo notable hemos usado *letracursiva*, proponiéndonos exigir esplicacion de lo anotado antes que de toda la traduccion, así como nos fijaremos en las anotaciones al preparar conferencia próxima.

Las advertencias sobre pronunciacion y otras que van intercaladas no han de tenerse como esplicacion bastante á las materias á que se refieren y que en las gramáticas y de boca de los profesores han de aprender con mas estension los alumnos. Léanlas, sin embargo, principalmente las de formacion de tiempos, manejo de Diccionario y partículas *y, en*. Ejercítense tambien en buscar significado de las palabras que en la página 114 están señaladas como parecidas á otras españolas: y verán que *altéré* no siempre es *alterado*, y sí muchas veces *sediento*, que *affamé* es *hambriento* y no *afamado*; *sol*, *suelo* y no *sol*; *ermite*, *ermitaño* y no *ermita*; *ermitage*, *ermita* y no *ermitaño*; con cuyo trabajo evitarán no pocas equivocaciones á que la analogía de sonido está exponiendo é incitando, por decirlo así. No menos deben fijarse en los homónimos y fraseología.

No hemos puesto notas en la página corres-

pondiente porque, á nuestro parecer, esto, si ayuda algo, favorece no poco la pereza del alumno. Confiado en que los pasages difíciles han de encontrarse resueltos á la vista, se cuida poco ó nada de entenderlos antes de ir á clase, y entre varios que traducen un mismo trozo no puede apreciarse cual dice lo que ha estudiado y sabe, y cual lo que está leyendo.

Probablemente publicaremos una clave aclaratoria de algunos modismos, frases y reglas, con el objeto de evitar en lo posible los galicismos, sobre lo cual nos vamos á permitir algunas palabras dirigidas á los principiantes.

Desde que el estudio del francés se ha generalizado en España y se han multiplicado las traducciones empieza á decaer la pureza del castellano, ya por poco esmero, ya por falta de conocimiento en los traductores, en unos del francés, en otros del español, en muchos de ambos idiomas. Si esto se cree exagerado consúltense las novelas que tanto cunden por donde quiera y se encontrarán tales locuciones que acaso no sabrían descifrar Cervantes ni Jovellanos.

Que á medida que se estrechan las relaciones entre los pueblos se vayan asemejando estos en sus ocupaciones y en su language, es cosa tan poco sorprendente, que lo contrario peca contra las leyes de la naturaleza.

Que verificado un invento en un país, al pasar á otro conserve el nombre que se le impusiera en el suyo natal como lo recibió ó con desinencia propia del lenguaje del que lo importa es conforme á las mas justas y equitativas leyes. Enríquese de este modo las lenguas real y verdaderamente, puesto que un nuevo nombre dice un adelanto. De este modo pueden admitirse millares de voces nuevas.

Pero de esto á una fatuidad que por algunos se cree de buen tono, y consiste en decir por tertulia ó reunion, *soirée*, persona *comme il faut* por persona decente, y otras necedades por el estilo, hay la misma distancia que de aumentar un tesoro con moneda de buena ley á acrecentarlo ó abultarlo con otra de mucha liga, ó de nacion con la que no está convenido el cambio.

Leimos hace tiempo un trabajo escrito con tanta gracia como erudicion debido á la pluma del Sr. D. José Joaquin de Mora, en el que su autor, salvando el respeto debido á la corporacion á que se dirigia (Real Academia Española), con las armas de la razon y las del ridiculo censuraba esto mismo. Se nos vienen á la memoria y no podemos citar autor por no recordarlo unos versos que bien pueden aplicarse á los que negando á su lengua y á su patria, negarian á su madre con poco trabajo, y si hacen un viage al extranjero, al regresar á los 100 dias desconocen hasta su casa y necesitan intérprete:

Andresito el casquivano
Recienvenido de Francia,
Afecta con petulancia
No saber ya castellano.

Dad el parabien á Andrés
Por lo que en Francia ha ganado:
Que el español ha olvidado
Y no ha aprendido el francés.

Afortunadamente los encargados de vigilar por la pureza de nuestro idioma á cada paso oponen el correctivo de la crítica y del buen ejemplo á aquellas aberraciones, y así como se ha dicho con respecto á alguna ciencia que «lo que debe consolar es que en medio de la perpétua variacion de sistemas y á pesar de todos los

estravíos de las escuelas siempre ha quedado inculcada en el ánimo de algunos la idea de la verdad, y que en todos tiempos ha habido un santuario de hombres puros y fieles á la naturaleza animados de su espíritu y conformes con sus leyes, que procuraron conservar la palabra santa, queriendo y pensando todos la misma cosa, los cuales se han entendido y se entenderán en medio de todas las vicisitudes de los siglos y los idiomas,» así decimos nosotros que á pesar de los rudos ataques que aun de sus mismos hijos recibe nuestra lengua, los guardadores de este rico tesoro han de salvarlo.

Si á alguien pareciesen estas observaciones impropias en una obra destinada á la enseñanza de un idioma extraño, desde ahora contestaríamos que con muy arraigado convencimiento creemos posible y conveniente enseñar y aprender francés sin menoscabar el español. Para ello es preciso redoblar los esfuerzos, pero los frutos serán mas abundantes y sanos.

No desconocemos que hay bellezas, modismos, particularidades propias de cada lengua que se pierden ó por lo menos se desvanecen en la traducción hasta el punto de haberse dicho que una obra original es una pieza de tela mirada por el derecho, y la mejor traducción es la misma vista por el revés: tampoco se nos oculta que á muy poco que se descuide un traductor puede aplicársele lo que dicen los italianos: «Traduttore, Traditore.»

Cuando se encuentren pasages de estremada dificultad es forzoso esclarecer en lo posible la traducción por medio de notas.

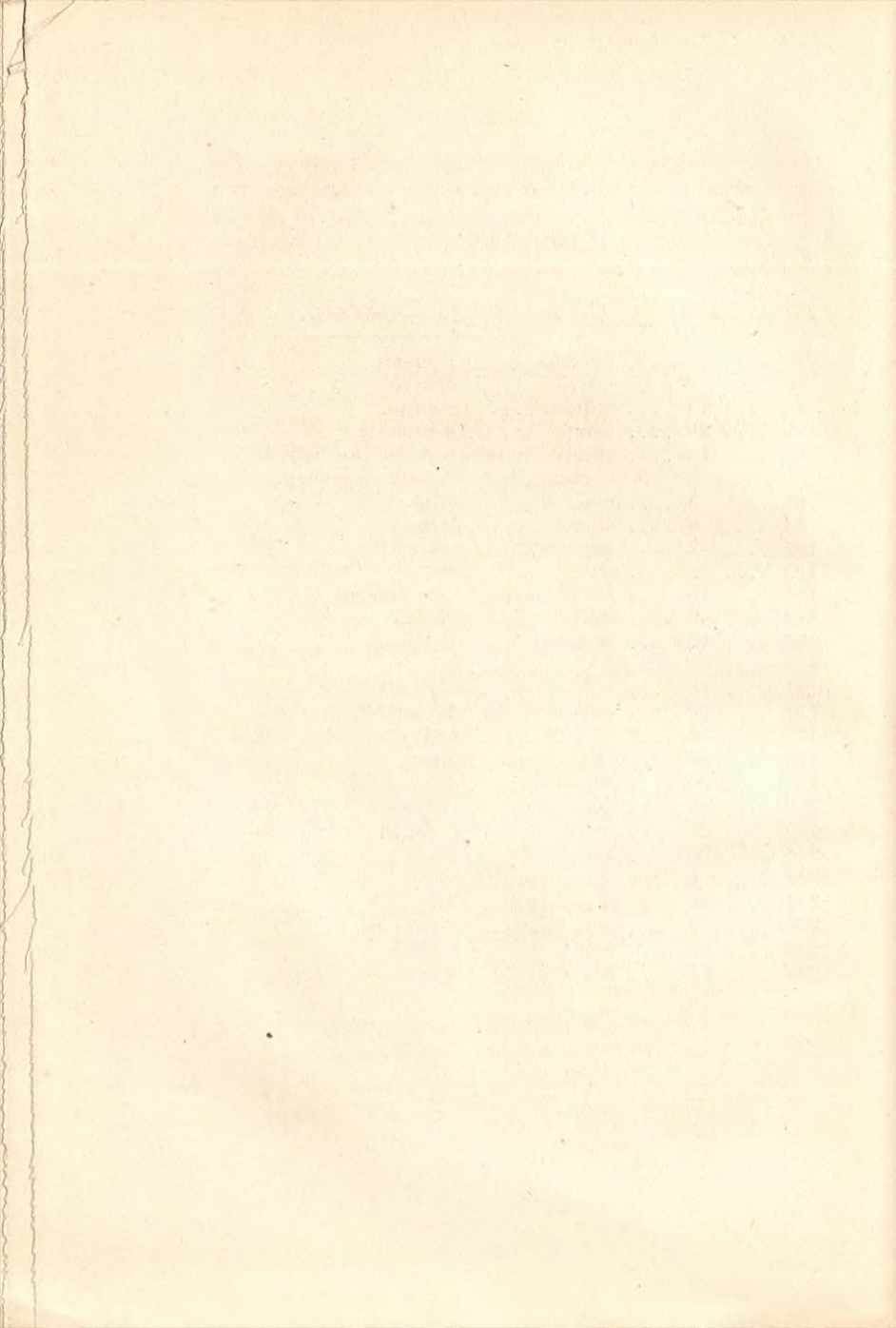
Aquí damos por terminado nuestro trabajo. Pero antes queremos y debemos hacer público nuestro agradecimiento á los profesores y demás per-

sonas entendidas que nos han favorecido con sus consejos sobre eleccion y órden de materias. Nuestros dignos compañeros del Instituto de Cádiz: algunos que lo fueron en el Colegio naval militar, y otros sugetos muy competentes son acreedores á esta manifestacion que de ningun modo envuelve la idea de compartir una responsabilidad, que en los errores que se notaren esclusivamente nos pertenece. Aseguramos de la mejor buena fé que agradeceremos cuantas observaciones se nos dirijan encaminadas á mejorar este trabajo si llega á reimprimirse.

Cádiz 1.º de Mayo de 1864.

ERRATAS.

<i>Página.</i>	<i>Línea.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Debe decir.</i>
4	29	aumone	aumône.
5	5	oisivité	oisiveté.
14	14	<i>mâitres</i>	<i>maîtres.</i>
29	29	seront	serons.
64	12	suivi d' un pro- nom	suivi d' un adjectif ou d' un pronom.
84	3	elui	celui.
84	5	ctages	tages.
104	2	intreprit	entreprit.
108	4	on	ont.
120	16	Carlemagne	Charlemagne.
145	8	flnité	finité.
155	10	Romais	Romains.
158	32	á	à.
171	18	si je me m'	si je m'.
171	19	devant les les	devant les.
174	32	n' y à	n' y a.
174	34	bien	biens.
184	20	dévienment	deviennent.
199	13	vos, jours	vos jours.
199	20	paisir	plaisir.
240	20	ont	on.
241	1	<i>La</i>	<i>Le.</i>
261	30	il	ils.
263	6	long temps	longtemps.
286	22	mérite	mérité.
286	24	admit	admit.



EJERCICIOS

y algunas anotaciones

SOBRE LA PRONUNCIACION FRANCESA.

Be, ce, che, de, fe, phe, ge, je, gue, gne, he, ke, le, me, ne, pe, que, re, se, te, ve, xe, ze. *Tu te fâches de ce que je te redemande le mien.*

La patte, le pâté, je donnai, succès, plaire, mesure, que, ne, lit, gîte, hotte, porte, le vôtre, au, bateau, usure, flûte, jeu, feu, peu, courroux, août, enfin, fin, faim, sein, donjon, pigeon, un, parfum, loi, roi, moi, voix, toit.

Bombe, car, chaos, kan, qualité, chercher, chanoine, cure, quitter, ciel, situation, David, filer, philosophe, garçon, goguenard, guérir, guider, gêner, jambe, ignorer, compagnie, la haine, lumière, mail, vermeil, mouillé, midi, narine, par, pour, point, réussira, tirer, tenir, vivant, vanité.

Oi, ortografía antigua.—Anglois, François, Hollandois, Ecossois, Irlandois, Maltois, Piémontois, Milanois, Bourbonnois, Lyonois, Orléanois, je portois, il porteroit, connoître, paroître, foible, *roide, harnois*, monnoie.

Ai, ortografía moderna.—Anglais, français, etc.

La pronunciacion ha de cargar en la última sílaba. Si esta termina en *e* sin acento, en la penúltima sílaba ó vocal.

Paris, Madrid, Espagne, France, Cadix, Seville, Andalousie, Lisbonne.

F-u-LM-i-N-a-R. Las consonantes finales que se pronuncian son las que se encuentran en esta palabra. Esta regla admite muchas excepciones, pero auxilia no poco á los principiantes.

Actif, plaintif, cruel, animal, parfum, Abraham, mon, ton, douleur, venir.

Excepciones: clef, fusil, porter, officier.

La *e* antes de *m* ó *n* en la misma sílaba se convierte en *a*, y la *i* en *e*; ó sea cada una en la letra que le precede en el orden con que leemos las vocales. Enfin, pr. anfen.

Excepciones: bien, rien, Phénicien, Européen, je viens, tu tiens, il parvient, examen, Jérusalem, item.

Ent final de plural en los verbos no se pronuncia: ils portent.

Eu tiempos del verbo avoir se pronuncia *u* francesa: eu, j'eus, tu eusses.

Ai en *faisant* y tiempos que de él se forman, se pronuncia *e* muda: faisons, faisiez.

Ao, *ae*. Caen, paon, taon, Laon, faon.

Ou se pronuncia *u* española, *u* *u* francesa: bulle, boule, dessus, dessous, mule, moule, nu, nous, puce, puce, pur, pour, tu, tout, vu, vous.

No se confundan la pronunciacion de la *b* y la de la *v*, como es frecuente en algunas provincias de España. Bague, vague, bain, vain, banc, vent, beau, veau, bœuf, veuf, boire, voir, bout, vous, bu, vu.

Tampoco los sonidos fuerte y suave de la *s*. Poisson, poison, rosse, rose, présent, pressant, cousin, coussin, désert, dessert, pensant, savoir, trois ans.

Ail, *aille*, se pronuncia *all*. Bétail, bataille, bataillons, paille, une botte de paille, canaille, les entrailles, la voilaille, maille, qu'il faille, gouvernail, épouvantail, émail, corail, taille, caille, baille, vaille, funérailles, broussailles, vaillant.

Eil, eille, se pronuncia *ell*. *Soleil, vermeil, pareille*.
Quille se pronuncia *ull*: mouillé.

E sin acento y no muda: mes, tes, ces, ses, bec, pied, chef, legs, cruel, cep, donner, porter, officier, sujet, index, nez.

Et. Nunca se pronuncia la *t* final de esta palabra, ni se liga con la vocal con que empieza la siguiente. *Petite et étroite, et il avait, et elle me dit*. Là, il trouve sa nourriture *et* une protection contre ses ennemis. Sa forme est grêle *et* arrondie. Lent *et* incertain. (Las personas acostumbradas á leer latin deben tener muy presente esta regla para no equivocarse.)

Algunas consonantes finales mudan de sonido antes de voz que empieza con vocal. *D* suena como *t*; *f* como *v*; *g* como *k*. *Grand ami, le grand Econome de l' univers. Vif argent, neuf ans, long apprêt, suer sang et eau, le second étage*.

T, *éducation, condition, action, patience, mention, amitié, question, mixtion, tâter, attirer, portons*. (Los que sepan leer latin encontrarán mucha analogía entre las reglas de pronunciacion de la *t* en latin, y las del francés.)

Les enfants des hommes, un imprudent officier, un officier imprudent, un ami, deux hommes, trois ans, le premier officier, trois et deux font cinq, cent au plus, le premier est noble, le second aussi, tu auras un emploi, vous avez entendu, il avait été, il était encore temps, finit-il? il doit écouter, il veut aller, elle peut entrer, il peut écrire, il fit écrire, un enfant avait été nourri à la campagne par une chèvre, il se mit à écrire, fait à la main, très-humble, chez un ami.

Si el alumno encuentra dificultad en la pronunciacion de una palabra debe descomponerla en sílabas. Despues examine cada letra separadamente, y verá desaparecer la dificultad. Sirva de ejemplo la palabra *Imprudent*. *I* antes

de *m* en la misma sílaba se pronuncia *e*; *m* como en español; 1.^a sílaba será *em*, (nasal); *p r* como en español; *u* sonido de *u* francesa; 2.^a sílaba *pru*; ambas reunidas *empru*; *d* sonido español; *e* antes de *n* en la misma sílaba *a*; *n* igual; *t* final no se pronuncia generalmente: 3.^a sílaba *dan* (nasal); unida á las dos primeras dará la verdadera pronunciacion *emprudan*. Primer sonido *nasal*; segundo de *u* francesa; tercero *nasal*.

TRADUCCION.

Dieu seul est grand. La fierté prend sa source dans la médiocrité. *La vérité n'est sujette ni à la vicillesse ni à la mort. La leçon des exemples instruit beaucoup plus que celle des préceptes. Les chrétiens ne doivent parler qu'avec respect de celui qui est la vérité pure. Le vrai chrétien sait se faire (des) avantages de toutes choses. Les grands noms abaissent ceux qui ne savent pas les soutenir. Par la définition du point, de la ligne, de la surface, nous parvenons à (des) connaissances qui mesurent enfin le ciel et la terre. L'envie, la malignité ni la cabale n'avaient (de) voix parmi eux. La charité nous oblige à faire plaisir aux personnes, lorsque nous le pouvons. Le devoir de la comédie est de corriger les hommes en les divertissant. La philosophie nous a été donnée por porter nos esprits à la connaissance de Dieu. Les belles actions cachées sont les plus estimables. Si la première règle est de parler avec vérité, la seconde est de parler avec discrétion. Il est meilleur d'obéir à Dieu qu'aux hommes. Il y a dans la vertu, dès cette vie même, une récompense de la vertu. Que le pauvre prie ou qu'il ne prie pas, l'aumone prie toujours pour nous, indépendamment du pauvre. La vé-*

ritable grandeur consiste à servir *le maître des maîtres*, et à *mettre* en lui sa confiance. Le roi part demain. *Il y aura* cent mille hommes hors de Paris: *on* a fait *ce* calcul *à peu près*. La lecture nous sauve *du* malheur extrême *d'être* livré à l'ennui et à l'oisiveté. Vous souhaitez que le temps marche: vous ne savez *ce que* vous faites. Quand *on* compte sans la Providence, *il faut* très-souvent compter deux fois. *Suis-je* digne de l'enfer? *Suis-je* digne du paradis? Les Egiptiens appelaient les bibliothèques "le trésor des remèdes de l'âme." La justice est le lien sacré de la société humaine. L'intérêt est le *plus* ancien, le plus décrié et le plus inévitable de tous les trompeurs. La vérité est une reine qui *a* dans le ciel son trône éternel. Le bonheur de l'homme *ne* consiste *pas* dans les biens qu'il a, mais dans le bien qu'il peut faire. L'aumône est une justice: ce que nous appelons un don, le sage le nomme une dette. Il y a je ne sais quoi de noble dans la simplicité: et *moins* l'homme est superbe, *plus* il est vénérable. Les pécheurs ne veulent pas reconnaître Dieu comme père: ils *seront* forcés un jour de le reconnaître comme juge. Un grand cœur triomphe de *ses* ennemis par sa douceur et par sa clémence.

La lecture des lettres de Cicéron est excellente pour un homme qui veut écrire des lettres, *soit* d'affaires, *soit* de choses moins sérieuses. La réputation d'être un bavard est la plus méchante réputation qu'un homme puisse *avoir*. Il n'y a que la religion qui puisse sauver les hommes et les Etats. L'on se repent rarement de parler peu; très-souvent de trop parler. Les sots sont toujours prêts à se fâcher et à croire qu'on se moque d'eux ou qu'on les méprise. La santé donne de plus véritables plaisirs que les plaisirs mêmes. Voulez-vous observer un homme, observez quels sont *ses* amis. La paresse qui est une langueur de l'âme, est une source inépuisable d'ennuis. Il faut

mériter les louanges et les fuir. Le méchant *a beau* fuir la peine de son crime, il la porte avec lui. L'envieux, est malheureux de son malheur, et du bonheur *d'autrui*. La simplicité est un des caractères du vrai mérite. Le repos n'est établi qu'afin de nous donner une nouvelle force pour continuer nos travaux. C'est un supplice continuel de vivre sans règle et au hasard, et d'être incapable de suite et d'uniformité.

On *est né* pour de grandes choses, quand on a la force de se vaincre soi-même. La foi est absolument nécessaire dans les voies ténébreuses de cette vie. L'univers entier est un temple que Dieu remplit de sa gloire et de sa présence. La crainte du Seigneur est la seule source de la véritable sagesse.

Dieu est le créateur du ciel et de la terre, des anges et des hommes, des animaux et des plantes, en un mot de toutes les créatures. C'est lui qui nous donne les fleurs du printemps, les fruits de l'été et les récoltes de l'automne pour nous nourrir pendant l'hiver. Offrons donc à ce roi puissant, à ce père tendre, les pensées de notre esprit, les affections de notre cœur, les actes de notre volonté, et tous les sentiments de notre âme ici-bas.

Chez moi, chez toi, chez Pierre, valoir mieux, dans un quart d'heure, en un quart d'heure, faire un tour, aimer mieux, devant les yeux.

Charlemagne est le premier roi de France qui ait établi des écoles publiques; *on* enseignait dans *ces* écoles, la théologie, le chant et le droit divin aux ecclésiastiques; la grammaire, la jurisprudence et plusieurs arts aux laïques: la lecture, l'écriture et les premiers principes de la religion

aux enfants; à tous, leurs devoirs envers Dieu, envers leurs supérieurs et envers le prochain: on y faisait connaître la différence entre le corps et l'âme, entre le temps et l'éternité.

La Géographie divise le globe en cinq parties, savoir: l'Europe, l'Asie, l'Afrique, l'Amérique et l'Océanie: elle subdivise ces grandes régions en empires, en royaumes, en républiques, en comtés, etc.: elle examine les produits, les richesses et les propriétés de ces contrées; elle parle du caractère des peuples qui les habitent, de leurs mœurs, de leurs usages; des diverses branches de leur commerce, etc. La connaissance de la Géographie est utile aux voyageurs, aux commerçants, aux historiens et presque à tous les hommes.

Il y a de certaines choses dont la médiocrité est insupportable: la poésie, la musique, la peinture, le discours public.

L'on devrait aimer à lire ses ouvrages à ceux qui en savent assez pour les corriger et les estimer.

Ne vouloir être ni conseillé ni corrigé sur son ouvrage, est un pédantisme. Il faut qu'un auteur reçoive avec une égale modestie les éloges et la critique que l'on fait de ses ouvrages.

L'homme propre à tout et propre à rien.

Que faire d'Egésippe qui demande un emploi? Le mettra-t-on dans les finances ou dans les troupes? Cela est indifférent, et il faut que ce soit l'intérêt seul qui en décide; car il est aussi capable de manier de l'argent, ou de

dresser *des* comptes, *que* de porter les armes. Il est propre à tout, disent ses amis: *ce qui* signifie toujours qu'il n'a pas plus de talent pour une chose que pour une autre: ou en d'autres termes, qu'il n'est propre à rien. Ainsi la plupart des hommes, occupés d'eux seuls dans leur jeunesse, corrompus par la paresse ou par le plaisir, croient faussement, dans un âge plus avancé, qu'il leur suffit d'être inutiles ou dans l'indigence, afin que la république soit engagée à les placer ou à les secourir; et ils profitent rarement de cette leçon si importante: que les hommes devraient employer les premières années de leur vie à devenir tels par leurs études et par leur travail, que la république elle-même eût besoin de leur industrie et de leurs lumières: qu'ils fussent comme une pièce nécessaire à tout l'édifice, et qu'elle se trouvât portée par ses propres avantages à faire leur fortune ou à l'embellir.

La Bruyère.

La modestie est au mérite ce que les ombres sont aux figures dans un tableau: elle lui donne de la force et du relief.

Il ne faut regarder dans ses amis que la seule vertu qui nous attache à eux, sans aucun examen de leur bonne ou de leur mauvaise fortune; et, quand on se sent capable de les suivre dans leur disgrâce, il faut les cultiver hardiment et avec confiance jusque dans leur plus grande prospérité.

Il vaut mieux s'exposer à l'ingratitude que de manquer aux misérables.

Il me semble que l'esprit de politesse est une certaine attention à faire que, par nos paroles et par nos manières, les autres soient contents de nous et d'eux-mêmes.

C'est une faute contre la politesse que de louer immodérément, en présence de ceux que vous faites chanter, ou

toucher un instrument, quelque autre personne qui a ces mêmes talents; comme devant ceux qui vous lisent leurs vers, un autre poète.

Il y aurait un espèce de férocité à rejeter indifféremment toutes sortes de louanges: l'on doit être sensible à celles qui nous viennent des *gens de bien*, qui louent en nous sincèrement des choses louables.

L'esclave n'a qu'un maître: l'ambitieux *en* a autant qu'il y a de gens utiles à sa fortune.

Nommer un roi père du peuple est moins faire son éloge que l'appeler par son nom ou faire sa définition.

L'unique soin des enfants est de trouver l'endroit faible de leurs maîtres, comme de tous *ceux à qui* ils sont soumis: dès qu'ils ont pu les entamer, ils *gagnent le dessus*, et prennent sur eux un ascendant qu'ils ne perdent plus. Ce qui nous fait déchoir une première fois de cette supériorité à *leur égard* est toujours ce qui nous empêche de la récupérer.

Si certains hommes ne vont pas dans le bien jusqu'où ils pourraient aller, c'est par le vice de leur première instruction.

Ceux qui, sans nous connaître assez, pensent mal de nous, ne nous font pas de tort: ce n'est pas nous qu'ils attaquent, c'est le fantôme de leur imagination.

L'une des marques de la médiocrité de l'esprit est de toujours conter.

Ceux qui emploient mal leur temps sont les premiers à se plaindre de sa brièveté.

Il n'y a *point* de chemin trop long à qui marche lentement et sans se presser: il n'y a *point* d'avantages trop éloignés à qui s'y prépare par la patience.

L'Écriture nous vient des Phéniciens par Cadmus; l'Arithmétique, la Géométrie et la Géographie des Égyptiens; mais les chiffres nous viennent des Arabes. L'invention du Dessin est due aux Grecs; *celle de l'Imprimerie* à Guttemberg de Mayence, qui en fit les premiers essais à Strasbourg sous le règne de Louis XI; *celle des lunettes* à Sylvio de Florence; celle de la poudre à Perthold de Fribourg; celle du télégraphe à Chappe; celle des aérostats à Montgolfier d'Annonay; celle du baromètre à Torricelli de Florence; celle du thermomètre à Drebbel, paysan Hollandais; Réaumur, Delisle, Leroi, etc., l'ont perfectionné. La soie fut introduite en France sous Louis XI; les premiers essais s'en firent à Tours par des ouvriers venus de Gênes. Il y a, il y avait, il y eut, il y aura, il y aurait, il y aït, il y eût, en attendant.

On estime les blés de la Beauce, les vins rouges de Bordeaux, les vins blancs de Limoux, les eaux-de-vie de Pésénas, les vinaigres d'Orléans, les biscuits de Rheims, les dragées de Verdun, le miel de Narbonne, la bière du Nord, les artichauts de Laon, les haricots de Soissons, le beurre de Bretagne, les marrons de Lyon, les jambons de Bayonne, les armes d'Abbeville, les fusils de Saint Etienne, les toiles de Troyes, les indiennes de Rouen, les papiers d'Annonay, la dentelle d'Alençon, les draps d'Elbeuf, les couteaux de Langres, les soiries de Lyon, les savons de Marseille, les fruits du Midi de la France. Plaindre, se plaindre, être à plaindre, plus, de plus en plus, non plus; *plus* il a, *plus* il veut avoir; foi, ma foi, foi d'honnête homme.

Honore ton père et ta mère.

Un prince, *étant* un jour à la promenade, s'arrêta auprès d'un laboureur qui se livrait gaiement à son travail. Il engagea une conversation avec cet homme. Après lui avoir adressé quelques questions, il apprit que le champ auquel le laboureur travaillait ne lui appartenait pas; l'homme était simplement au service d'un fermier, et son salaire s'élevait à quatre-vingt-dix centimes par jour. Le prince, qui recevait un salaire bien autrement considérable pour les soins assidus qu'il donnait au gouvernement de l'État, eut de la peine à comprendre comment il était possible qu'on vécut au moyen de quatre-vingt-dix centimes par jour et qu'on fût encore d'aussi bonne humeur. Aussi en témoigna-t-il son étonnement. Mais l'homme des champs lui répondit:

—Ma foi, monsieur, je serais bien à plaindre si j'avais besoin de tout cet argent-là pour vivre. Il faut que je me contente du tiers par jour: le deuxième tiers me sert à éteindre mes dettes; et le troisième, je le place à intérêt.

Cette réponse fut pour le prince une nouvelle énigme. Mais le laboureur reprit aussitôt:

—Je partage mon salaire avec mes vieux parents qui ne sont plus capables de travailler et avec mes enfants qui doivent encore apprendre à gagner leur vie. Aux premiers je rends ce qu'ils m'ont donné lorsque j'étais jeune, et à l'aide du sacrifice que je fais pour les seconds, je m'assure le secours dont j'aurai besoin à mon tour lorsque je serai devenu vieux.

Le brave homme n'avait-il pas sagement parlé? N'agissait-il pas avec plus de sagesse et de noblesse encore?

Aussi le prince récompensa-t-il généreusement ce beau calcul. Il prit soin des enfants du laboureur; les béné-

diction que celui-ci reçut de ses vieux parents quand ils furent à l'article de la mort, il put à son tour les donner à ses enfants reconnaissants qui le soutinrent pieusement jusqu' à la fin de sa vie.

Hebel. Trad. Ch. André.

Prières à l'usage des catholiques.

Au nom du Père, et du Fils, et du Saint-Esprit. Ainsi soit-il.

L'oraison dominicale.—Notre père qui est dans les cieux, que votre nom soit sanctifié, que votre règne arrive, que votre volonté soit faite en la terre comme au ciel; donnez-nous aujourd'hui notre pain quotidien, et pardonnez-nous nos offenses; comme nous pardonnons à ceux qui nous ont offensés: et ne nous abandonnez point à la tentation, mais délivrez-nous du mal. Ainsi soit-il.

La salutation angélique.—Je vous salue, Marie, pleine de grâce, le Seigneur est avec vous, vous êtes bénie entre toutes les femmes, et Jésus, le fruit de vos entrailles, est béni. Sainte Marie, mère de Dieu, priez pour nous, pauvres pécheurs, maintenant et à l'heure de notre mort. Ainsi soit-il.

Le symbole des apôtres.—Je crois en Dieu le Père tout-puissant, créateur du ciel et de la terre, et en Jésus-Christ, son Fils unique, notre Seigneur, qui a été conçu du Saint-Esprit, est né de la Vierge Marie, a souffert sous Ponce Pilate, a été crucifié, est mort et a été enseveli; est descendu aux enfers, et est ressuscité des morts le troisième jour; est monté aux cieux, et est assis à la droite de Dieu le Père tout-puissant, d'où il viendra juger les vivants et les morts.

Je crois au Saint-Esprit, à la sainte Église catholique, à la communion des saints, à la remission des péchés, à la

resurrection de la chair, à la vie éternelle. Ainsi soit-il.

La confession des péchés.—Je confesse à Dieu tout-puissant, à la bienheureuse Marie toujours Vierge, à Saint Michel archange, à Saint Jean-Baptiste, aux apôtres Saint Pierre et Saint Paul, à tous les Saints, que j'ai beaucoup péché, par pensée, par paroles et par actions; j'ai péché par ma faute, par ma faute, par ma très-grande faute. C'est pourquoi je supplie la bienheureuse Marie toujours Vierge, Saint Michel archange, Saint Jean-Baptiste, les apôtres Saint Pierre et Saint Paul, tous les Saints, de prier pour moi le Seigneur, notre Dieu.

Les commandements de Dieu.

Un seul Dieu tu adoreras,
Et aimeras parfaitement.
Dieu en vain tu ne jureras,
Ni autre chose pareillement.
Les dimanches tu garderas
En servant Dieu dévotement.
Tes père et mère honoreras,
Afin de vivre longuement.
Homicide point ne seras,
De fait ni volontairement.
Luxurieux point ne seras,
De corps ni de consentement.
Le bien d'autrui tu ne prendras,
Ni retiendras à ton escient.
Faux témoignage ne diras,
Ni mentiras aucunement.
L'œuvre de chair ne désireras
Qu'en mariage seulement.
Bien d'autrui ne convoiteras
Pour les avoir injustement.

Les commandements de l'Église.

Les fêtes tu sanctifieras,
Qui te sont de commandement.
Les dimanches messe ouïras,
Et les fêtes pareillement.
Tous tes péchés confesseras
A tout le moins une fois l' an.
Ton Créateur tu recevras,
Au moins à Pâques humblement.
Quatre-Temps, Vigiles jeûneras
Et le Carême entièrement.

.
.

Devoirs des écoliers envers leurs maîtres.

Quintilien prétend avoir renfermé presque tous les devoirs des écoliers dans cet unique avis qu' il leur donne, d' aimer ceux qui les enseignent comme ils aiment les sciences qu' ils apprennent d' eux, et de les regarder comme des pères dont ils tiennent, non la vie du corps, mais l' instruction, qui est comme la vie de l' âme. En effet, ce sentiment de tendresse et de respect suffit pour les rendre dociles pendant leurs études, et pleins de reconnaissance pendant tout le temps de leur vie: ce qui me paraît renfermer une grande partie de ce qu' on attend d' eux.

La docilité, qui consiste à se laisser conduire, à bien recevoir les avis des maîtres et à les mettre en pratique est proprement la vertu des écoliers, comme celle des maîtres est de bien enseigner. L' une ne peut rien sans l' autre; et comme il ne suffit pas qu' un laboureur répande la semence, mais qu' il faut que la terre, après avoir ouvert son sein pour la recevoir, la couve pour ainsi dire,

l'échauffe, l'entretienne et l'humecte, de même tout le fruit de l'instruction dépend de la parfaite correspondance du maître et du disciple.

La reconnaissance pour ceux qui ont travaillé à notre éducation fait le caractère d'un honnête homme, et est la marque d'un bon cœur. Qui de nous, dit Cicéron, a été instruit avec quelque soin, à qui la vue ou même le simple souvenir de ses précepteurs, de ses maîtres, et du lieu où il a été nourri ou élevé, ne fasse un singulier plaisir? Sénèque exhorte les jeunes gens à conserver toujours un grand respect pour leurs maîtres, aux soins desquels ils sont redevables de s'être corrigés de leurs défauts, et d'avoir pris des sentiments d'honneur et de probité.

Leur exactitude et leur sévérité déplaisent quelquefois dans un âge où l'on est peu en état de juger des obligations qu'on leur a; mais quand les années ont mûri l'esprit et le jugement, on reconnaît que ce qui nous donnait de l'éloignement pour eux, je veux dire les avertissements, les réprimandes, et la sévère exactitude à réprimer les passions d'un âge imprudent et inconsidéré, est précisément ce qui les doit faire estimer et aimer: aussi voyons-nous que Marc-Aurèle, l'un des plus sages et des plus illustres empereurs de Rome, remerciait les dieux de deux choses surtout: de ce qu'il avait eu pour lui-même d'excellents précepteurs, et de *ce qu'il en avait trouvé de pareils* pour ses enfants.

Rollin.

Utilité de l'étude des langues.

L'on ne peut guère charger l'enfance de la connaissance de trop de langues, et il me semble que l'on devrait mettre toute son application à l'*en* instruire: elles sont utiles à toutes les conditions des hommes, et elles leur ouvrent

également l'entrée ou à une profonde, ou à une facile et agréable érudition. Si l'on remet cette étude si pénible à un âge un peu plus avancé, et qu'on appelle la jeunesse, ou l'on n'a pas la force de l'embrasser par choix, ou l'on n'a pas celle d'y persévérer; et si l'on y persévère, c'est consumer à la recherche des langues le même temps qui est consacré à l'usage que l'on *en* doit faire.

Un si grand fonds ne se peut bien faire que lorsque tout s'imprime dans l'âme naturellement et *profondément*, que la mémoire est neuve, prompte et fidèle, que l'esprit et le cœur sont encore vides de passions, de soins et de désirs, et que l'on est déterminé à de longs travaux par *ceux de qui* l'on dépend.

Je suis persuadé que le petit nombre d'habiles, ou le grand nombre de gens superficiels, vient de l'oubli de cette pratique.

La Bruyère.

Utilité de l'étude du latin pour bien comprendre le français.

Le français n'est pas un langage primitif et né de lui-même. Il est sorti des ruines du latin mêlé à d'autres idiomes, apportés ou confondus par la conquête. Ainsi quand d'un côté, l'instinct du bon sens général, l'esprit vif et lucide de la nation, donnaient à notre langue une marche ferme, précise et régulière; d'un autre côté, le mélange de langages divers, les formes conservées ou introduites, le développement des idées nouvelles, tout ce travail enfin a dû laisser des traces confuses et donner naissance à mille irrégularités qu'on ne peut expliquer aujourd'hui que par l'usage. De là tant d'exceptions dont la raison nous échappe; tant d'idiotismes qu'il faut admettre *en aveugle*, parce qu'il serait trop difficile et trop hasar-

deux d'*en* vouloir rendre compte; enfin tant de tournures empruntées au latin et qu'il faut nécessairement expliquer par la Grammaire de cette langue.

Cette seule considération doit suffire pour démontrer que le secours du latin est du moins très-utile pour étudier à fond et pour bien comprendre le français. N'est-ce pas, d'ailleurs, à cette source principale qu'ont puisé nos grands écrivains pour former leur style? Et malgré la différence profonde des deux idiomes, ne reconnaît-on pas à chaque instant une affinité bien marquée dans leurs formes et leur développement?

Si donc la Grammaire ne doit pas s'arrêter à la lettre morte, au mécanisme matériel de la phrase, si, pour remplir toute sa mission, elle doit vivifier la science du langage, il faut bien alors qu'elle *en* consulte les origines, qu'elle *en* étudie les variations, qu'elle *en* connaisse le génie, pour rendre en tout temps les arrêts d'une critique sûre et éclairée. Appelée à juger les rapports des mots, c'est elle en effet qui décide du style, qui *en* applique les règles, *en* interprète les lois. Chargée du soin de maintenir et de conserver la pureté du langage, elle a, dans ce cas, le droit de prononcer sur les créations du génie.

Quand une littérature est en progrès, les esprits supérieurs découvrent dans les choses *des* rapports ignorés du vulgaire, et trouvent en même temps l'expression la plus juste pour les rendre. Ils s'emparent de la langue, cet instrument souvent rebelle, ils *en* assouplissent les ressorts, et lui enseignent à reproduire tous les mouvements de l'imagination, toutes les délicatesses du sentiment, tous les élans de l'inspiration la plus sublime. Alors les mots sont fécondés par le travail de la pensée, le style s'enrichit de *tours* nouveaux, d'alliances heureuses, d'expressions *frappées au coin* de la raison. La langue brille de son plus grand éclat et se *pare* de toutes les richesses de l'esprit humain.

Mais toutes ces créations ne peuvent vivre et durer qu'autant que le bon sens public les adopte et les consacre. Or, les interprètes de ce jugement suprême sont les grammairiens. Ils observent, ils recueillent, ils pèsent. Et comme *il est* en tout *des* règles posées éternellement par l'intelligence et le bon goût, ils ont toujours un point d'appui pour arrêter les écarts et redresser les erreurs de l'imagination. *Est-ce à dire* qu'ils peuvent imposer des lois au génie? Non certes; le génie commande à la Grammaire; il peut franchir les bornes qu'elle a marquées, mais ses efforts ne peuvent cependant *aller au delà des* limites de la raison même.

Lemaire.

La *Rhétorique*, la *Logique*, la *Grammaire* sont trois Arts qui devraient toujours marcher de compagnie. La Logique est l'Art de bien penser. La Grammaire est l'Art de bien parler. La Rhétorique est l'Art de bien dire. Bien penser, c'est mettre de la précision et de la netteté dans ses idées, de la circonspection dans ses jugements, de la liaison et de la justesse dans ses raisonnements. Bien parler, c'est se servir de termes reçus et de constructions légitimes; c'est éviter le barbarisme dans les mots, et le solécisme dans les phrases. Bien dire, c'est parler de manière à nous faire écouter, et à persuader ceux qui nous écoutent: trois instruments universels, c'est-à-dire, dont l'usage s'étend à tous les genres, dans les Sciences et dans la Littérature; et qui dans ceux qui les réunissent, caractérisent la bonne éducation, la droiture d'esprit, et la fécondité de génie.

Batteux.

Du verbe.—Les mots que nous employons pour exprimer nos pensées servent à donner aux hommes la connaissance des objets qui sont présents à notre esprit et du ju-

gement que nous *en portons*. Or, toutes les fois que nous portons un jugement, nous pouvons distinguer trois choses: le *sujet*, le *verbe* et l'*attribut*. Quand nous disons: *la vertu est aimable*; *la vertu* est le sujet ou l'objet du jugement que nous énonçons par cette proposition: *aimable* est l'attribut ou la qualité que nous assurons convenir à la vertu, que nous affirmons appartenir à la vertu; *est* est le verbe, le mot par lequel nous déclarons cette convenance, cette attribution de qualité, cette affirmation. Le verbe est donc le mot par excellence; il entre dans toutes les phrases pour être le lien de nos pensées; lui seul a la propriété, non seulement d'*en* manifester l'existence, mais encore d'exprimer le rapport qu'elles ont au *présent*, au *passé* et au *futur*.

Remarquez que, quoiqu'il y ait des jugements négatifs, le verbe renferme et exprime toujours l'affirmation. Ainsi quand nous disons: *La vertu n'est pas inutile*, le verbe *est* marque aussi bien l'affirmation que s'il n'était pas accompagné d'une négation; en effet si cette négation n'y était pas, j'affirmerais que l'inutilité se trouve avec la vertu; mais en joignant la négation au verbe, j'affirme qu'elle ne s'y trouve pas.

Remarquez *encore* que les verbes négatifs renferment et expriment aussi l'affirmation. *Nier*, par exemple, c'est affirmer ou qu'une chose n'est pas, ou qu'elle ne convient pas à une autre. Donc le principal emploi du verbe est l'affirmation, c'est là sa qualité essentielle.

Cependant cette définition du verbe ne marque pas tout l'usage des verbes, et il n'y a réellement que le verbe *être* dont elle rende bien toute la nature.

Les verbes *pronominaux* sont ceux qui se conjuguent avec deux pronoms de la même personne: *je me*, *tu te*, *il ou elle se*, *nous nous*, *vous vous*, *ils ou elles se*. *Je me flatte*, *tu te méfies* sont donc des verbes pronominaux.

Les verbes auxquels les Grammairiens donnent ordinairement le nom d'*impersonnels*, et que nous appelons unipersonnels, sont certains verbes défectueux que l'on n'emploie, dans tous les temps, qu'à la troisième personne du singulier: *il faut, il importe, il y a* etc. Dans les verbes unipersonnels le pronom *il* ne tient la place d'aucun nom.

Des conjugaisons. Tout qui concerne les différentes inflexions ou variations des verbes est appelé par les Grammairiens *conjugaison*, d'un terme pris des Grammairiens latins, qui signifie *assemblage sous un même joug*; et non seulement tous les verbes qui sont ainsi sous le joug d'une même règle sont appelés *verbes d'une même conjugaison*; mais, en appliquant le même terme à une signification plus particulière, on dit la conjugaison d'un verbe pour signifier les différentes inflexions ou variations de chaque verbe; de sorte que conjuguer un verbe, c'est le faire passer par toutes les inflexions ou variations que produisent les nombres, les personnes, les modes et les temps.

Chaque verbe de la langue française prend ordinairement de son infinitif les règles de sa conjugaison, et c'est qui fait qu'on est dans l'usage de classer les conjugaisons suivant les différentes terminaisons des infinitifs, qui sont réduites à quatre classes de conjugaisons.

La première est celle des verbes dont l'infinitif est terminé en *er*, comme *aimer, chanter*, etc.

La seconde est celle des verbes dont l'infinitif est terminé en *ir*, comme *finir, remplir*, etc.

La troisième est celle des verbes dont l'infinitif est terminé en *oir*, comme *recevoir, devoir*, etc.

Et la quatrième est celle des verbes dont l'infinitif est terminé en *re*, comme *rendre, plaire*, etc.

Dans chacune de ces conjugaisons, il y a des verbes réguliers, des verbes irréguliers, et des verbes défectifs.

Un verbe est réputé *régulier* lorsque, dans tous ses mo-

des et dans tous ses temps, il prend exactement toutes les formes qui appartiennent à l'une des quatre conjugaisons; il est réputé *irrégulier* lorsque, dans quelque temps, il prend des formes différentes de celles qui caractérisent la conjugaison à laquelle il appartient. Un verbe est *défectif* lorsqu'il manque d'un ou plusieurs temps ou seulement quand un de ses temps n'est point employé à toutes les personnes.

Girault-Duvivier. Gramm. des Gramm.

L'Académie Française.

Le cardinal Richelieu *ayant appris* que plusieurs savants s'étaient maintes fois *rassemblés* pour causer ensemble des ouvrages qu'ils avaient *composés* conçut dès lors le projet d'un des plus utiles établissements qui aient jamais illustré une nation; je veux parler de l'Académie Française, qui fut fondée en *mil six cent trente-cinq*. Le cardinal *en fixa* lui-même les *statuts*. *Quelques* talents que possédassent les candidats, *quels* que fussent, du reste, leurs droits, ils perdaient tout l'espoir d'être *admis*, s'ils s'étaient *rendus* coupables d'un seul délit politique, s'ils avaient *souillé* leur plume d'un libelle, d'un simple *pamphlet*.

Le garde des sceaux et plusieurs conseillers d'Etat furent les premiers affiliés; et depuis, que de révérences n'a-t-on pas *vu* faire aux gens en place par les hommes qui, *tout* estimables qu'ils étaient du reste, se sont *érigés* en solliciteurs pour siéger sur le fauteuil académique!

Mme. C. B. D. de l' H. de V.

Quelques réflexions sur le projet d'une langue universelle.

Ortografia antigua (*oi por ai*).

M. Leibnitz *avoit* formé le projet d'une langue universelle; mais malheureusement ce projet est plus séduisant que possible.

On demande comment les hommes qui ont eu la même origine ont pu parler différentes langues; mais on *devoit* demander plutôt comment il a été possible qu'une grande quantité d'hommes parlât la même langue. En effet, il se trouve une si grande différence dans la conformation de nos organes, la combinaison des sons est si variée, si infinie, qu'il est bien étrange qu'une multitude d'êtres se soit réunie constamment à articuler de la même façon une même suite de sons, pour exprimer une certaine suite d'idées qui *auroit* pu être exprimée tout aussi facilement par une foule infinie d'autres combinaisons.

Les hommes concentrés dans un même canton ont pu, par la force d'une habitude continuelle, surmonter les obstacles que la nature, et la foule des hasards mettaient à l'identité de leur langage: mais, dès qu'il se sont séparés, la nature a repris ses droits; le langage s'est altéré insensiblement; et ces altérations ont augmenté de génération en génération, au point que le premier peuple n'a plus entendu la langue du second. Une colonie de Normands, sur la fin du siècle dernier, alla s'établir sur les côtes de Saint-Domingue, et forma les Flibustiers et les Boucaniers. Etant restés vingt ans sans avoir des relations avec les *François*, quoiqu'ils communiquassent entre eux, la langue qu'ils *avoient* tous apprise et parlée dès leur enfance se trouva tellement dénaturée qu'il n'*étoit* plus possible de les entendre

Non seulement les mots de la langue se sont corrom-

pus, mais la nouveauté des objets *y en* a introduit de nouveaux. Par exemple, *aurait-on* pu parler la même langue en Espagne et à la Chine, lorsque toutes les productions du pays, les plantes, les animaux, sont si différents? Joignez à cela la différence des mœurs: comment est-il possible que la langue d'un peuple ichthyophage soit la même que celle d'un peuple chasseur; celle d'un peuple chasseur la même que celle d'un peuple pasteur; celle d'un peuple pasteur que celle d'un peuple guerrier?

La différence a dû aussi *en* apporter une considérable dans la langue. Dans les climats du midi, les organes ont toute leur souplesse; aussi les mots sont coulants, harmonieux; la douce influence de l'air invite à la gaieté, enflamme l'imagination, augmente le babil; les mots *y* sont allongés, abondants: la nature *ne* présente *que* des objets rians; les mots *y* sont doux et flatteurs. Dans les pays du nord, l'organe est resserré par le froid; aussi la prononciation est dure, paresseuse: la nature n'y présente que des objets hideux, hérissés; la tristesse du climat se communique aux esprits; le silence lugubre de la nature produit la taciturnité, raccourcit les mots, multiplie les monosyllabes. Toutes les langues méridionales, composées de mots différents, ont à *peu près* le même caractère de douceur et d'harmonie; celles du nord diffèrent de même par les mots, et se ressemblent également par l'âpreté des sons.

La différence des mots qui composent les langues amènera nécessairement celle du génie de ces langues. Ce qui fait les mots d'une langue, c'est la différente combinaison des sons; et ce qui fait son génie, c'est la différente combinaison des mots entre eux; rapports qui peuvent varier d'une infinité de manières, qui peuvent être plus directs ou plus réfléchis, *plus* justes ou *moins* exacts. Ce qui fait encore le génie des langues, c'est leur facilité ou difficulté à exprimer certaines idées, leur richesse ou leur indi-

gence, leur force ou leur *foiblesse*, leur précision ou leur prolixité. Mille causes peuvent varier leur génie: plusieurs de celles qui varient les mots d'une langue varient son génie. Nous avons dit que dans telle langue il y *auroit* une foule de mots qui *manqueroient* à une autre: le genre de vie d'un peuple amène nécessairement une foule de mots que lui seront particuliers. On remarquera tous les objets qui frapperont continuellement, on observera toutes leurs nuances, tous leurs genres, toutes leurs espèces; on aura des synonymes. On observera leurs différentes actions sur les corps; on aura des verbes. Les Arabes ont cent cinquante mots pour exprimer le mot *Lion*, et trois cents pour exprimer le mot *Serpent*.

Nous avons dit aussi que les mots d'une langue *seroient* doux, que les autres *seroient* durs: cela détermine encore le génie d'une langue. La première aura plus de facilité à exprimer des choses agréables et voluptueuses; la seconde des choses horribles et sombres. La peinture des jardins d'Armide *appartenoit* à la langue italienne; celle de l'enfer et du combat des anges ne *convenoit* guère qu'à la langue *angloise*.

Le génie d'une langue est encore déterminé par celui de la nation; et ce qui détermine le génie d'une nation, c'est d'abord le climat, ensuite le gouvernement. Dans les climats du midi, l'imagination plus vive, plus exaltée, peindra les objets d'une manière plus brillante; les images seront plus fréquentes, plus hardies; le passage d'une idée à l'autre sera plus brusque. Dans les climats moins chauds, l'imagination plus tempérée produira des ouvrages plus froids et plus corrects. Dans les pays plus froids encore, l'imagination *laissant* plus de flegme, on raisonnera mieux et on parlera moins bien, on aura plus de profondeur que de saillie; la nation produira plus de philosophes que de poètes, et ces poètes seront plus profonds, plus penseurs, que ceux des autres nations.

Cependant ce qu'on dit ici des pays froids ne convient pas à tous les peuples, aux *Anglois*, par exemple, dont les ouvrages ont une effervescence et une force d'imagination prodigieuses.....

Enfin le degré de civilisation d'un peuple influe beaucoup sur sa langue. Les peuples barbares ont une langue très-grossière: presque tous les verbes à l'infinitif, point de ces mots abstraits qui lient les idées, qui expriment les propriétés générales des corps, ou les notions purement spirituelles; enfin le défaut d'idées amène la disette de mots.

De Lille.

De la prononciation des jeunes gens dans les exercices publics.

La première chose que les *jeunes gens* ont à observer, est que leur prononciation soit nette. Pour cela, il faut parler doucement, distinguer les sons, soutenir les finales, séparer les mots, les syllabes, quelquefois même certaines lettres qui pourraient se confondre, ou produire par le choc un mauvais *son*: s'arrêter aux points et aux virgules, et partout où le sens ou la netteté l'exigent. La prononciation est au discours, ce que l'impression est à la lecture. Un ouvrage élégamment imprimé, sur beau papier, exactement ponctué, justement espacé dans les lignes et dans les mots, acquiert un nouveau mérite. Il séduit les yeux. De même on entend avec plaisir une prononciation nette, qui porte à l'oreille les mots, sans confusion, sans embarras: l'esprit en voit mieux l'ordre et les détails des pensées.

2.^o Que la prononciation soit aisée et coulante. Dès que l'Orateur peine, l'Auditeur est gêné. Il vaudrait mieux *faire quelque faute en galant homme*, que d'être scrupuleux en pédant.

3.° Ce n'est point assez que la prononciation soit exacte et aisée (c'est déjà un grand point), il faut *encore* prendre le ton convenable à ce qu'on dit. Comme ces tons varient à l'infini, il est très-difficile d'*en* marquer les différences, et d'*en* donner des règles. Cependant *il* semble qu'on peut les réduire à trois espèces: le ton familier, le soutenu, et un troisième qui tient le milieu entre les deux, et que pour cela on peut appeller ton *moyen*.

Le ton familier est celui de la conversation ordinaire. Il n'est ni chantant ni monotone. Il consiste dans des inflexions douces et simples. Il est plus facile de l'apprendre par imitation, en choisissant quelque modèle, que par règles. J'ai dit *en choisissant* un modèle, car *il y a* un certain choix à faire: il y a le familier des honnêtes gens et il ne serait pas sûr de faire parler les *jeunes gens* comme ils parlent avec ceux de leur âge.

Le ton soutenu est celui qu'on emploie dans la déclamation des discours graves, ou lorsqu'on lit des ouvrages très-sérieux. La voix est toujours pleine, les syllabes prononcées avec une sorte de mélodie demi-chantante: on ne varie les inflexions qu'avec dignité.

Le ton moyen a un peu plus d'apprêt que le familier, et un peu moins que le soutenu. Ces trois espèces de tons ont chacun leurs degrés, où il y a du plus ou du moins, selon les sujets, les acteurs, les auditeurs et les lieux.

Il semble qu'on doit dire, dans un exercice public, d'un ton familier toutes les définitions, les remarques, les réflexions, les récits: c'est un entretien littéraire.

D'un ton un peu plus élevé, toutes les citations, soit en vers, soit en prose, quand elle ne seront pas dans le genre noble; quand *ce sera*, par exemple, quelque morceau de dissertations, ou de comédies, ou un apologue, car on ne dira pas du même ton *la Cigale* ou *la Grenouille*, et les remarques qui seront faites sur cette fable. *Celles-ci* seront dites

d'un ton plus uni, plus négligé. La fable se sentira un peu de l'art, on lui donnera un air plus gracieux, plus riant.

Enfin, on dira d'un ton plus soutenu les morceaux d'oraisons ou de haute poésie. Je mets ici la haute poésie avec l'oraison, quoiqu'elle ait encore un degré *au-dessus*.

Ce ton soutenu consiste principalement: 1.^o à baisser la voix au commencement de chaque période. Il est d'observation qu'on ne manque jamais de remonter insensiblement au ton qu'on a *quitté*. Cela fait une variété qui termine les phrases, et dont il n'est pas difficile à l'oreille de se contenter: 2.^o à prononcer d'un ton d'intérêt: c'est-à-dire, en appuyant sur certaines syllabes, pour faire sortir l'âme et exprimer la verve: 3.^o à faire sentir la rime, sur-tout la féminine, dans la haute poésie, sans néanmoins s'arrêter qu'aux points et aux virgules. Car *c'est une faute de s'arrêter à la rime quand le sens ne l'exige point*.

Batteux.

L'Océan, l'Eternité.

Sur ce chemin de l'Océan, le long duquel on n'aperçoit ni arbres, ni villages, ni villes, ni tours, ni clochers, ni tombeaux; sur cette route sans colonnes, sans pierres milliaires, qui n'a pour bornes que les vagues, pour relais que les vents, pour flambeaux que les astres, la plus belle des aventures, quand *on n'est pas en quête de terres et de mers inconnues* est la rencontre de deux vaisseaux. On se découvre mutuellement à l'horizon avec la longue-vue, on se dirige les uns vers les autres. Les matelots et les passagers se pressent sur le pont. Les deux bâtiments s'approchent, et hissent leur pavillon, carguent à demi leurs voiles, se mettent en travers. Quand tout est silence, les deux capitaines placés sur le *gaillard d'arrière*, se hêlent avec le

porte-voix: Le nom du navire? De quel port? Nom du capitaine? D'où vient-il? Combien de jours de traversée? La latitude et la longitude? Adieu, va! La *voile* tombe, les matelots et les passagers des deux vaisseaux se regardent fuir sans mot dire: les uns vont chercher le soleil de l'Asie, les autres le soleil de l'Europe, qui les verront également mourir. Le temps emporte et sépare les voyageurs sur la terre, plus promptement encore que le vent ne les emporte et ne les sépare sur l'Océan. On se fait signe de loin: Adieu, va! *Le port commun est l'Eternité.*

Chateaubriand.

A Mr. Benjamin Web en lui envoyant dix louis.

Passy, vingt-deux avril, mil sept cent quatre-vingt-quatre.

Mon cher monsieur:

J'ai reçu votre lettre du *quinze courant* et le *mémoire* qui y était joint. Le tableau que vous me faites de votre situation m'afflige; je vous envoie ci-inclus un billet de dix louis. Je ne prétends pas vous donner cette somme, je ne fais *que* vous la prêter. Lorsque vous retournerez dans votre patrie, vous ne *pourrez* manquer de prendre un intérêt dans quelque affaire qui vous mettra en état de payer vos dettes; dans ce cas, si vous rencontriez un honnête homme qui se trouve dans une détresse semblable à celle que vous éprouvez en ce moment, vous me paieriez en lui prêtant cette somme, et vous lui enjoindrez d'acquitter sa dette par une semblable opération, dès qu'il sera en état de le faire, et qu'il *en* trouvera une occasion du même genre. J'espère que ces dix louis passeront de la sorte en beaucoup de mains, avant de tomber dans celles d'un malhonnête homme qui veuille *en* arrêter la marche; c'est un ar-

tifice que j'emploie pour faire *beaucoup de bien avec peu d'argent*. Je ne suis pas assez riche pour *en consacrer beaucoup* à de bonnes œuvres, et je suis obligé d'user d'adresse afin de faire le plus possible avec peu.

C'est en vous offrant tous mes vœux pour le succès de votre mémoire et pour votre prospérité future que j'ai l'honneur d'être, mon cher monsieur,

Votre très-humble serviteur,

Benjamin Franklin.

A chacun selon ses œuvres.

Il faut que chacun concoure au bien-être général, que le riche secoure le pauvre, que le pauvre ait de la reconnaissance pour le riche sans envier les grands biens que lui a départis la Providence. Ainsi s'effectuera cette parole du divin Sauveur: "Aimez-vous les uns les autres comme je vous ai aimés." *S'il en est* parmi vous qui haïssent leurs frères, qu'ils soient repris par l'Eglise, et s'ils n'écoutent pas l'Eglise, qu'ils soient regardés comme des païens ou des publicains. L'égoïsme est anti-chrétien, la charité est le fond du christianisme. Le peu de charité que nous aurons *eue* pour nos frères, nous sera comptée au centuple, quand viendra ce jour où nous comparâtrons devant le Juge qui connaît les replis de notre cœur, *quelque* profonds qu'ils soient, et apprécie les motifs qui nous ont fait agir, de quelque apparence de vertu que nous les ayons colorés. Alors *plus de palliatifs, plus d'accommodements* avec sa conscience; *ainsi* nous aurons été, *ainsi* nous serons récompensés. *En vain* requerrons-nous un autre poids, une autre mesure que celle dont nous nous serons servis, nos actions seront jugées par celui qui nous les aura *vus* faire.

A chacun selon ses œuvres.

Mme. C. B. D. de P. H. de V.

Conseils de d'Aguesseau à son fils aîné sur la religion.

Vous venez, mon cher fils, d'achever le cercle ordinaire de l'étude des humanités et de la philosophie; vous l'avez rempli avec succès: je vous en félicite de tout mon cœur, je m'en félicite moi-même, ou plutôt nous devons l'un et l'autre en rendre grâces à Dieu, de qui viennent tous les biens dans l'ordre de la nature comme dans celui de la grâce....

L'étude de la religion, mon fils, doit être le fondement, le motif et la règle de toutes les autres.

Deux choses peuvent être renfermées sous ce nom: la première est l'étude des preuves de la vérité de la religion chrétienne; la seconde est l'étude de la doctrine qu'elle enseigne, et qui est ou l'objet de notre foi ou la règle de notre conduite.

L'une et l'autre sont absolument nécessaires à tout homme qui veut avoir une foi éclairée et rendre à Dieu ce culte spirituel, cet hommage de l'être raisonnable à son auteur, qui est le premier et le principal devoir des créatures intelligentes; mais l'une et l'autre sont encore plus essentielles à ceux qui sont destinés à vivre au milieu de la corruption du siècle présent, et qui désirent sincèrement d'y conserver leur innocence, en résistant au torrent du libertinage qui s'y répand avec plus de licence que jamais, et qui serait bien capable de faire trembler un père qui vous aime tendrement, si je ne croyais, mon cher fils, que vous le craignez vous-même.

Vous ne sauriez mieux réussir à l'éviter qu'en vous attachant aux deux vues générales que je viens de vous marquer: l'une, de vous convaincre toujours de plus en plus du bonheur que vous avez d'être né dans la seule véritable

religion, en vous appliquant à considérer les caractères éclatants qui en démontrent la vérité; l'autre, de vous remplir le cœur et l'esprit des préceptes qu'elle renferme, et qui sont la route assurée pour parvenir au souverain bien, que les anciens philosophes ont tant cherché et que la religion seule peut nous faire trouver.

Par rapport au premier point, c'est-à-dire, l'étude des preuves de la vérité de la religion, je ne crois pas avoir besoin de vous avertir, mon cher fils, que la persuasion, ou la conviction à laquelle on peut parvenir en cette matière par l'étude et par le raisonnement, ne doit jamais être confondue ni même comparée avec la foi, qui est un don de Dieu, une grâce singulière qu'il accorde à qui lui plaît, et qui exige d'autant plus notre reconnaissance, que nous ne la devons qu'à la bonté de ce Dieu, qui a bien voulu prévenir en nous la lumière de la raison même par celle de la foi.

Mais quoique cette conviction et cette espèce de foi humaine qu'on acquiert par l'étude des preuves de la religion chrétienne, soient d'un ordre fort inférieur à la foi divine, qui est le principe de notre sanctification, et quoique la simplicité d'un paysan, qui croit fermement tous les mystères de la religion parce que Dieu les lui fait croire, soit infiniment préférable à toute la doctrine d'un savant, qui n'est convaincu de la vérité de la religion que comme il l'est de la certitude d'une proposition de géométrie ou d'un fait dont il a des preuves incontestables, il est néanmoins très-utile d'envisager avec attention et de réunir avec soin toutes les marques visibles et éclatantes dont il a plu à Dieu de revêtir et de caractériser, pour ainsi dire, la véritable religion.

Non seulement cette étude affermit et fortifie notre foi, mais elle nous remplit d'une juste reconnaissance envers Dieu, qui a fait tant de prodiges, et dans l'ancienne loi et

dans la nouvelle, soit pour révéler aux hommes la véritable manière de l'adorer et de le servir, soit pour les convaincre de la vérité et de la certitude de cette révélation.

On ne saurait trop se remplir de ces pensées et de ces sentiments, dans l'âge où vous êtes, mon cher fils.

Vous allez entrer dans le monde, et vous n'y trouverez que trop de jeunes gens qui se font un faux honneur de douter de tout, et qui croient s'élever en se mettant au-dessus de la religion. Quelque soin que vous preniez pour éviter les mauvaises compagnies, comme je suis persuadé que vous le ferez, et quelque attention que vous ayez dans le choix de vos amis, il sera presque impossible que vous soyez jamais assez heureux pour ne rencontrer jamais quelqu'un de ces prétendus esprits forts qui blasphèment ce qu'ils ignorent. Il sera donc fort important pour vous d'avoir fait de bonne heure un grand fonds de religion, et de vous être mis hors d'état de pouvoir être ébranlé ou même embarrassé par des objections qui ne paraissent spécieuses à ceux qui les proposent que parce qu'elles flattent l'orgueil de l'esprit ou la dépravation du cœur, qui voudraient pouvoir *se mettre au large*, en secouant le joug de la religion.

Vous devez même éviter avec soin de paraître vouloir dogmatiser: c'est un caractère qui ne convient point à un jeune homme, et qui ne sert qu'à donner à des libertins le plaisir de le tourner en ridicule, et quelquefois même la religion avec lui. Mais c'est une grande satisfaction pour un jeune homme aussi bien né que vous l'êtes, de s'être mis en état de sentir la frivolité des raisonnements qu'on se donne la liberté de faire contre la religion, et de bien comprendre que le système de l'incrédulité est infiniment plus difficile à soutenir que celui de la foi, puisque les incrédules sont réduits à oser dire, ou qu'il n'y a point de Dieu, ce qui est évidemment absurde; ou que Dieu n'a rien

révélé aux hommes, ce qui est démenti par tant de démonstrations et de faits qu'il est impossible d'y résister: en sorte que quiconque a bien médité toutes ces preuves trouve qu'il est non-seulement plus sûr, mais plus facile de croire que de ne pas croire, et rend grâces à Dieu d'avoir bien voulu que la plus importante de toutes les vérités fût aussi la plus certaine, et qu'il ne fût pas plus possible de douter de la vérité de la religion chrétienne, qu'il l'est de douter s'il y a eu un César ou un Alexandre....

Pour ce qui est de l'étude de la doctrine que la religion nous enseigne, et qui est l'objet de notre foi ou la règle de notre conduite, c'est l'étude de toute notre vie, mon cher fils: vous en êtes déjà aussi instruit qu'on le peut être à votre âge, et je vois avec joie que vous travaillez à vous en instruire de plus en plus; je ne puis donc que vous exhorter à vous y appliquer sans relâche.

Il ne me reste, après cela, que de prier Dieu qu'il répande sa bénédiction sur l'étude que vous en ferez, qu'il vous préserve de cet esprit de curiosité qui se perd en voulant approfondir des questions vaines, inutiles ou même dangereuses, et qu'il vous inspire ce goût solide de la vérité, qui la cherche avec ardeur, mais avec simplicité, et qui s'occupe tout entier des vérités utiles, bien moins pour les connaître que pour les pratiquer.

Utilité du silence.

La pente et l'instinct d'un homme de bien est de tendre au silence autant qu'il lui est possible, parce que la lumière de cette vie consiste principalement à bien connaître la profondeur de son ignorance: de sorte qu'au lieu que ceux qui avancent dans les sciences humaines en deviennent ordinairement plus décisifs, ceux qui avancent dans la science de Dieu deviennent au contraire plus retenus, *plus*

réservés, *plus* portés à se taire, moins *attachés* à leur sens, et moins hardis à juger des autres; parce qu'ils découvrent *de plus en plus* combien nos connaissances sont obscures et incertaines, combien on se trompe souvent dans les choses que l'on croit le mieux savoir, combien la précipitation à juger fait commettre des fautes, combien on cause souvent de désordres par des avis et des jugements téméraires.

Plus on connaît Dieu, *plus* sa loi paraît profonde, admirable, infinie: *plus* on la respecte, *plus* on craint de la blesser; *plus* on regarde avec étonnement l'infinité des voies de Dieu et l'impuissance où est l'homme de les comprendre; *plus* on est persuadé des ténèbres et de la faiblesse de l'esprit humain; *plus* on *hait* sa présomption et sa hardiesse: et toutes ces dispositions portent à parler le moins que l'on peut.

Nicole.

Arithmétique.

L'*Arithmétique* est la science qui a pour objet de résoudre tous les problèmes que l'on peut se proposer sur les nombres. On appelle *quantité* ou *grandeur* tout ce qui est susceptible d'être augmenté ou diminué: les longueurs les poids, les forces, les temps, etc. sont des quantités. On appelle *unité* une quantité prise le plus souvent arbitrairement ou dans la nature pour servir de terme de comparaison à toutes les quantités de même espèce: ainsi si l'on dit vingt *kilomètres*, un *kilomètre* est ici l'*unité*: vingt est la quantité qui exprime combien d'unités elle contient. On voit que l'évaluation ou la mesure d'une quantité donne naissance à l'unité.

Pour exprimer les quantités, pour calculer, en un mot, on a créé les nombres qui représentent, à l'aide des caractères, 0, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, appelés chiffres, toutes les quantités, quelque grandes qu'elles soient. Donc, le *nombre* est le rapport d'une quantité à son unité.

On distingue deux espèces de nombres:

Le nombre *abstrait*, qui est celui qui ne fait pas connaître, lorsqu'on l'énonce, l'espèce d'unités dont il s'agit: 20, 45, 87, sont des nombres abstraits.

Le nombre *concret*, qui est celui qui exprime la nature des unités dont on veut parler: 20 hommes, 45 chevaux, 87 francs, sont des nombres concrets.

Le nombre est encore dit *entier*, lorsque la quantité dont il exprime le rapport à l'unité se compose d'unités entières. Il est dit *fractionnaire*, lorsque cette quantité se compose d'unités entières et de parties d'unités.

La *numération* est l'ensemble des conventions établies,

pour rendre facile la *conception des nombres*, et pour donner des moyens simples de les énoncer et de les écrire.

La convention fondamentale de ce système est qu'une unité vaut un certain nombre d'unités de l'ordre immédiatement inférieur, et la base du système est le nombre d'unités d'un ordre qu'il faut pour valoir une unité de l'ordre immédiatement supérieur.

Le système en usage est le *système décimal* dont la base est dix. Ces conventions étant établies, on peut concevoir tous les nombres, quelque grands qu'ils soient.

La *numération parlée* a pour but d'exprimer tous les nombres à l'aide d'un nombre limité de mots combinés entre eux d'une manière convenable. Or, pour nommer tous les *nombres*, on a commencé par donner des *noms* aux neuf premiers *nombres* et on a dit: *un, deux, trois, quatre, cinq, six, sept, huit, neuf*. A neuf on a ajouté une unité, et on a ainsi formé un nouveau nombre que l'on a appelé *dixaine* ou *dix*. A dix on a ajouté les *noms* des neuf premiers *nombres* et l'on a dit *dix-un, dix-deux, dix-trois, dix-quatre, dix-cinq, dix-six, dix-sept, dix-huit, dix-neuf*, (l'usage a changé les *noms* des dix premiers *nombres*, et au lieu de dire: dix-un, dix-deux, etc. on dit *onze, douze, treize, quatorze, quinze, seize*).

La numération écrite est basée sur trois conventions:

1.° Que les neuf premiers nombres soient représentés par les caractères *que voici*: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9.

2.° Que tout chiffre placé à la gauche d'un autre exprime des unités de l'ordre immédiatement supérieur.

3.° Que si dans l'énoncé d'un nombre, il n'y avait pas d'unités d'un ordre et qu'il y en eût d'un autre ordre, on représenterait celles de l'ordre qui manque par des zéros: (0, chiffre qui n'a aucune valeur par lui-même).

Un chiffre a deux valeurs: la valeur *relative*, qui est celle que le chiffre acquiert suivant le rang qu'il occupe

dans les nombres; la valeur *absolue*, qui est celle que le chiffre a par lui-même.

Dans les nombres, un chiffre quelconque, allant de droite à gauche, acquiert une valeur dix fois plus grande de place en place; et de gauche à droite, il devient de place en place, dix fois plus petit.

Pour énoncer un nombre, on le sépare en tranches de trois chiffres, en allant de droite à gauche; la première tranche à droite porte le nom d'*unités*, la seconde de *mille*, et ainsi de suite. On commence par énoncer la tranche de la plus forte espèce; on énonce ensuite les autres tranches, en ayant soin de donner à chaque tranche le nom qui lui appartient: ainsi, on dira:

1,027.225,364.612

1 trillion, 027 billions, 225 millions, 364 mille, 612 unités.

On représente une *fraction* par deux nombres placés l'un sous l'autre, et séparés par un *trait*. Le nombre supérieur se nomme *numérateur*, et le nombre inférieur *dénominateur*. Leur nom commun est *termes* de la fraction. Le *numérateur* d'une fraction marque combien on prend de parties de l'unité, et le *dénominateur* indique en combien de parties égales l'unité est divisée.

De toutes les manières de diviser l'unité en unités de différents ordres, celle qui offre le plus d'avantages, est le *système décimal*. Cette division consiste à partager l'unité principale en dix parties égales appelées *dizièmes*, chaque dixième en dix parties égales appelées *centièmes*, parce qu'il faut cent centièmes pour faire une unité entière, chaque partie en dix parties égales appelées *millièmes*, et ainsi de suite. Ces subdivisions de l'unité principale se nomment *parties d'unités décimales*, et le nombre complexe formé par ces subdivisions se nomme *nombre décimal*.

Ainsi, le *nombre décimal* est l'unité subdivisée en parties

successives de dix en dix fois plus petites.

Le *calcul* consiste dans la composition et dans la décomposition des nombres.

Les principales opérations sont: pour la composition des nombres, l'*addition*, la *multiplication* etc.; pour la décomposition des nombres la *soustraction*, la *division* etc.

L'*addition* est la réunion de plusieurs nombres en un seul. Le résultat de l'opération s'appelle *somme* ou *totale*. Le signe abrégé qui sert à indiquer l'addition est + qui s'énonce *plus*.

Pour additionner plusieurs nombres entiers, on commence par placer les nombres les uns au-dessous des autres, en ayant soin que les unités de chaque tranche se correspondent; puis on souligne le tout, et on commence par faire la somme de la colonne des unités: si elle ne dépasse pas neuf, on l'écrit au-dessous du trait; si elle dépasse 9, elle exprimera des dizaines: on écrit les unités, et on porte les dizaines à la colonne des dizaines. On fait la somme de cette colonne, et si elle ne dépasse pas neuf, on l'écrit au-dessous; si elle exprime des centaines, on écrit les dizaines, et on porte les centaines à la colonne suivante, qui est celle des centaines. On fait la somme de cette colonne, et l'on continue ainsi jusqu'à la dernière colonne, au-dessous de laquelle on écrit le nombre tel qu'il se trouve.

La *soustraction* est une opération par laquelle, étant donnés deux nombres, on veut trouver la différence qui existe entre ces deux nombres. Dans ce cas, le résultat de l'opération se nomme *différence*. Le signe par lequel on indique la soustraction est — que l'on énonce: *moins*.

Pour soustraire un nombre d'un autre plus petit, on commence par écrire le nombre le plus grand, puis le plus petit au-dessous; on souligne le tout, et l'on commence par la colonne des unités, en allant de droite à gauche. On retranche le chiffre inférieur du chiffre supérieur: si

le chiffre inférieur est plus grand que le chiffre supérieur, on ajoute au chiffre supérieur dix unités de l'ordre du chiffre sur lequel on opère, et on retranche l'inférieur du supérieur. On passe à la colonne des dizaines, et comme l'on a ajouté dix unités au nombre supérieur, il faut aussi les ajouter au nombre inférieur: mais comme dix unités de l'ordre sur lequel on a opéré en valent une de l'ordre sur lequel on opère, on ajoute une unité au chiffre inférieur, et on le soustrait du chiffre supérieur; si le chiffre supérieur est moindre, alors on l'augmente de dix unités de son ordre, et l'on retranche le chiffre inférieur du supérieur. On continue ainsi jusqu'à la dernière colonne, où on écrit le nombre tel qu'il se trouve.

La *multiplication* est une opération par laquelle, étant donnés deux nombres, on veut former un troisième nombre qui soit au premier ce que le second est à l'unité.

Le nombre que l'on multiplie s'appelle *multiplicande*; celui par lequel on multiplie, s'appelle *multiplicateur*; et le résultat de l'opération s'appelle *produit*.

On appelle *facteurs du produit* le multiplicande et le multiplicateur, parce qu'ils concourent ensemble à former le produit.

On indique la multiplication par le signe \times qui signifie *multiplié par*.

On appelle *multiple* d'un nombre, un nombre qui contient le premier un nombre exact de fois.

On appelle *sous-multiple* d'un nombre, un nombre qui est contenu dans un autre un nombre exact de fois. 25 est multiple de 5. 5 est sous-multiple de 25.

On appelle *produit de plusieurs facteurs*, un produit formé par la multiplication de deux nombres entre eux et un 3^e nombre, puis de ces trois nombres par un 4^e, et ainsi de suite. 30 est un *produit de plusieurs facteurs*, parce que 30 est formé par la multiplication de 2 par 3; puis le produit par 5.

Dans un produit de deux facteurs, on peut intervertir l'ordre des facteurs sans changer le produit: $6 \times 7 = 7 \times 6$.

La *division* est une opération par laquelle, étant donnés un produit de deux facteurs et l'un de ces facteurs, il s'agit de trouver l'autre facteur.

Le produit donné se nomme *dividende*, le facteur connu se nomme *diviseur*, et le facteur cherché se nomme *quotient*.

Le nom commun du dividende et du diviseur est *termes de la division*.

On a donné au résultat de l'opération le nom de *quotient*, parce qu'il vient du mot latin *quoties*, qui signifie *combien de fois*; en effet il exprime combien de fois le dividende contient le diviseur. Le mot *dividende* vient du latin *dividendus*, qui signifie: *devant être divisé* ou *partagé*, et le mot *diviseur* vient de *dividere*.

On indique la division par le signe : qui s'énonce *divisé par*.

On peut encore définir ainsi la division. Etant donnés deux nombres, on veut savoir combien de fois le premier nombre contient le second.

On peut encore dire de la division: c'est une opération par laquelle on divise le dividende en autant de parties égales qu'il y a d'unités dans le diviseur.

Le quotient d'une division pourrait être représenté par une fraction qui aurait pour *numérateur* le dividende et pour *dénominateur* le diviseur.

Pour effectuer la division des nombres entiers, on écrit le dividende à gauche du diviseur, on les sépare l'un de l'autre par un trait, on souligne le diviseur. On prend sur la gauche du dividende autant de chiffres *qu'il en faut* pour contenir le diviseur, on voit combien de fois le diviseur y est contenu; on écrit le nombre de fois au quotient. On multiplie le diviseur par le quotient; on retranche le

produit, du dividende sur lequel on opère; à côté du reste, on abaisse le chiffre suivant du dividende; on divise ce nouveau dividende partiel par le diviseur; on écrit le nombre de fois qu'il y est contenu, au quotient, et on retranche le produit, du dividende sur lequel on opère; à côté du reste, on abaisse le chiffre suivant, et on continue l'opération de la même manière, jusqu'à ce que tous les chiffres du dividende aient été abaissés.

En multipliant le dividende et le diviseur par un même nombre on ne change pas le quotient.

On ne change pas le quotient d'une division lorsqu'on en divise les deux termes par un même nombre.

On appelle *problème*, une question dans laquelle, étant données des quantités connues et des quantités inconnues, il faut déduire des relations qui existent entre les quantités connues et les inconnues, la valeur des inconnues: *théorème*, la démonstration de l'existence de certaines propriétés dont jouissent des nombres connus et donnés: *analyse* ou *résolution du problème*, les raisonnements qui conduisent à trouver les opérations qui doivent donner la solution du problème: *rapport* ou *raison*, le résultat de la comparaison de deux grandeurs. La comparaison de deux grandeurs se fait par soustraction ou par quotient.

On appelle *rapport par différence*, la comparaison par soustraction, et *rapport* la comparaison par quotient.

On appelle *équidifférence*, l'expression de l'égalité de deux rapports par différence; c'est-à-dire, que lorsque deux rapports par différence sont égaux, l'ensemble des quatre nombres qui le constituent est ce qu'on appelle une équidifférence.

On appelle *antécédents*, le premier et le troisième terme d'une équidifférence; et *conséquents*, le deuxième et le quatrième terme: *proportion* l'expression de l'égalité de deux rapports ou quotients: *extrêmes*, le premier et le

quatrième terme d'une proportion, et *moyens*, le deuxième et le troisième terme.

Dans toute équidifférence, la somme des extrêmes est égale à celle des moyens.

Dans toute proportion, le produit des extrêmes est égal à celui des moyens.

Connaissant les trois termes d'une équidifférence, pour chercher le quatrième terme, si c'est un extrême, on retranche de la somme des moyens l'extrême connu; si c'est un moyen, on retranche de la somme des extrêmes le moyen connu.

Connaissant les trois termes d'une proportion, pour obtenir le quatrième terme, si c'est un extrême, on divise le produit des moyens par l'extrême connu; si c'est un moyen, on divise le produit des extrêmes par le moyen connu.

Dans toute proportion la somme ou la différence des deux premiers termes est au second terme, comme la somme ou la différence des deux derniers termes est au quatrième.

Dans toute proportion, la somme ou la différence des deux premiers termes est au premier terme, comme la somme ou la différence des deux derniers termes est au troisième.

Dans toute proportion, la somme ou la différence des antécédents est à la somme ou à la différence des conséquents, comme un antécédent est à son conséquent.

La *règle de trois* a pour objet de faire connaître le quatrième terme d'une proportion dont on n'en connaît que trois.

On appelle *intérêt* d'une somme, le prix de loyer de cette somme pendant un certain temps. La somme placée s'appelle le *capital*; et on appelle *taux* de l'intérêt, le bénéfice ou le prix de location de 100 fr. pendant un an.

L'*intérêt* d'une somme dépend de la quotité du *capital*,

du *temps* pendant lequel il est loué ou placé, et du prix de la location ou *taux* de l'intérêt.

La *règle de société* a pour but de partager, entre plusieurs personnes associées dans un même commerce, le bénéfice ou la perte qui résulte de leur association.

La *règle conjointe* a pour but de déterminer le rapport des monnaies de deux pays, connaissant déjà les rapports de ces monnaies avec celles d'autres pays.

Les règles *du terme moyen, de mélange, d'alliage*, ont pour but de trouver le terme moyen, ou la valeur moyenne, ou l'alliage de plusieurs sortes de choses, connaissant le nombre et la valeur particulière de chaque sorte.

L'émission faite par un Gouvernement d'une rente pour un capital qu'il n'est pas obligé de rembourser, mais pour lequel il sert annuellement et par semestre les intérêts ou la rente, est ce qu'on appelle *Fonds publics*.

Gustave Mongin. (*Cours de commerce*, 1856.)

Système métrique des poids et mesures.

Exposé du système.

Par décret du 8 mai 1790, l'Assemblée constituante voulut mettre un terme aux nombreux abus qui résultaient de la diversité des poids et mesures en usage dans les relations commerciales; elle chargea l'Académie des sciences de déterminer une longueur dont le modèle fût invariable pour toutes les mesures et pour les poids. L'Académie prit pour cette unité la dix-millionième partie de la distance du pôle à l'équateur, c'est-à-dire du quart de la circonférence de la terre.

Cette mesure prit le nom de *mètre*.

Deux lois, celle du 18 germinal an III et celle du 19

frimaire an VIII, consacrèrent la grande opération qui donna à la France une mesure déterminée par *des* calculs positifs.

Pour n'avoir pas à recommencer de longtemps cette opération, un mètre en platine fut déposé au Corps législatif sous le nom d'étalon *prototype*.

Une fois le *mètre*, mesure de longueur, arrêté comme base fixe, invariable, on put *en* déduire tous les autres poids et mesures.

Pour les mesures de superficie, c'est-à-dire pour les terrains, on fit une mesure nommée *are*, égale à un carré de 10 mètres de côtés.

Pour mesurer les solides, et particulièrement le bois de chauffage, on fit une mesure d'un mètre dans les trois sens: longueur, largeur et profondeur, nommée *stère*, qui n'est autre chose que le *mètre cube*.

Pour les liquides, les grains, les noix et autres matières sèches, on créa une mesure dont la contenance est égale à un décimètre cube, et qui s'appelle *litre*.

On conçoit assez facilement que du *mètre*, unité de *longueur*, on ait pu former les unités de mesures de *superficie*, de *solidité* et de *capacité*; mais *ce qui* pourrait surprendre au premier abord, c'est qu'on soit parvenu à déduire de cette unité les poids. La difficulté a *pourtant* été vaincue, puisque le *gramme*, unité fondamentale de l'espèce, est égal au poids d'un centimètre cube d'eau ramenée à son maximum de densité, c'est-à-dire distillée et élevée à la température de 4 degrés centigrade.

La mesure de longueur s'appela donc *mètre*.
Celle de superficie *Are*.
Celle de solidité *Stère*.
Celle de capacité. *Litre*.
Celle de poids. *Gramme*.

Ces mesures peuvent s'appliquer à l'évaluation de toutes espèces de quantités: ce sont elles qui ont été adoptées et mises en vigueur par la loi du 4 juillet 1837; leurs noms étaient déjà depuis longtemps connus.

Il faut maintenant s'occuper de certains termes qui pourraient décourager au premier coup d'œil par leur forme étrangère; ces mots sont au nombre de *sept*: ce sont les multiples et sous-multiples des unités génériques de poids et mesures exprimées plus haut, et, quoique empruntés à une langue qui n'est pas la nôtre, ils sont faciles à retenir.

Il y a d'abord les multiples: ils ont été tirés du grec, et se trouvent au nombre de *quatre*, savoir:

<i>Déca</i> ,	qui veut dire dix	10
<i>Hecto</i> ,	— cent	100
<i>Kilo</i> ,	— mille	1,000
<i>Myria</i> ,	— dix mille	10,000

Ces quatre indications de quantités sont appelées multiples, parce qu'en les joignant, soit à l'unité fondamentale, le *mètre*, soit aux unités secondaires, l'*are*, le *stère*, le *litre*, le *gramme*, on représente par un mot composé ces différentes unités prises autant de fois que l'indiquent les dénominateurs *déca* dix, *hecto* cent, *kilo* mille, *myria* dix mille.

<i>Décamètre</i>	représentera	dix mètres.
<i>Décalitre</i>	dix litres.
<i>Décagramme</i>	dix grammes.
<i>Hectomètre</i>	cent mètres.
<i>Hectolitre</i>	cent litres.
<i>Hectogramme</i>	cent grammes.

En appliquant à ces dénominations et aux suivantes,

afin de remplir l'intervalle qu'elles laissent entre elles, ce principe, consacré par une disposition de la loi du 8 germinal an III, que chaque unité de poids et mesures a son *double* et sa *moitié*, on pourra facilement se faire une idée exacte de tous les multiples et sous-multiples des poids et mesures.

Ceux-ci, les sous-multiples ou diminutifs, sont appelés ainsi, parce que, rapprochés des unités de poids et mesures, ils indiquent des fractions de ces unités, dix, cent, mille fois plus petites; ces sous-multiples se composent de *trois* mots seulement, ce sont:

<i>Déci</i> ,	diminutif de	DÉCA.
<i>Centi</i> ,	—	HECTO.
<i>Milli</i> ,	—	KILO.

Ces trois mots viennent du latin. Si on les joint aux unités *mètre*, *are*, *stère*, *litre*, *gramme*, on aura alors de nouveaux mots qui représenteront des fractions dix, cent, mille fois plus petites que le *mètre*, l'*are*, le *stère*, le *litre*, le *gramme*. (1)

Ainsi *décimètre* exprimera une fraction dix fois plus petite que le mètre, c'est-à-dire un dixième de mètre.

Décilitre, une fraction dix fois plus petite que le litre, c'est-à-dire un dixième du litre, etc., etc.

(1) Il y a exception pour l'*are* et le *stère*.

On est convenu de retrancher de certaines combinaisons, et de ne se servir habituellement que des suivantes.

Hecto-are.	par syncope hectare, cent ares, ou dix mille mètres carrés.
Are.	cent mètres; carré de dix mètres de côté.
Centiare.	centième de l' <i>are</i> , ou un mètre carré.
Décastère.	dix stères.
Demi-décastère.	cinq stères.
Double stère.	deux stères.
Stère.	mètre cube.
Demi-stère.	moitié du stère.
Décistère.	dixième du stère.

Il en sera de même de *centi* et de *milli*, qui exprimeront des centaines et des millièmes de l'unité à laquelle ils seront joints.

Pour se fixer invariablement sur ce qui vient d'être dit, il faut d'abord se rappeler que le système métrique décimal repose en entier sur *douze* termes seulement; et ensuite, afin de faire plus nettement ressortir la simplicité de ce système, faire subir une classification aux termes qui le composent.

On pourra diviser ces termes en trois classes:

La première comprendra les *cinq* unités génériques de poids et mesures: *mètre, are, stère, litre, gramme*.

La seconde, les multiples de ces unités représentés par les *quatre* mots suivants: *déca, hecto, kilo, myria*, lesquels multiplient les unités de la première classe par dix, cent, mille, dix mille.

En fin la troisième classe renfermera les sous-multiples ou diminutifs, au nombre de *trois*, et qui ont été nommés *deci, centi, milli*, pour désigner la dixième, la centième, la millième partie du *mètre*, de l'*are*, du *stère*, du *litre*, du *gramme*.

Tableau du système métrique,

Dénominations des unités.	UNITÉS.	{	Mètre, mesure de longueur.		
			Are, — de surface.		
			Stère, — de volume ou de solidité.		
			Litre, — de capacité.		
			Gramme. — de pesanteur.		
	MULTIPLÉS.	{	Myria, qui signifie 10,000 fois	{	plus grand que l'unité.
			Kilo, — 1,000 fois		
			Hecto, — 100 fois		
			Déca. — 10 fois		
	SOUS-MULTIPLÉS OU DIVISEURS.	{	Déci, — 10 fois	{	plus petit que l'unité.
Centi, — 100 fois					
Milli. — 1,000 fois					

EXEMPLE.

1^m,20 (un mètre vingt centimètres).
0^m,50 (cinquante centimètres).

Il y a différentes manières d'énoncer les quantités décimales de poids et mesures, selon les multiples ou sous-multiples que l'on voudra prendre pour unités.

Ainsi, qu'on ait le nombre 15.352^m,134, on pourra l'énoncer en prenant pour unité, soit les myriamètres, soit les kilomètres, etc.

On emploiera alors l'une des expressions suivantes.

1	Myriamètre.	5,352 mètres,	134 millimètres.
15	Kilomètres.	352 mètres,	134 millimètres.
153	Hectomètres.	52 mètres,	134 millimètres.
1,535	Décamètres.	2 mètres,	134 millimètres.
15,352	Mètres.	134 millimètres.
153,521	Décimètres.	34 millimètres.

Progrès du système métrique décimal.

C'est la France qui a eu l'honneur d'inaugurer le système métrique.

Le décret de l'Assemblée constituante de 1790 fera sentir un jour son influence dans le monde entier. La simplicité, la logique de ce système sont dignes du grand peuple qui l'a décrété avant tous les autres peuples.

Les travaux entrepris pour déterminer cette mesure, le mètre, qui devait engendrer toutes les autres mesures, furent conduits avec des précautions extraordinaires. "L'Institut de France, dit l'illustre Arago, et le gouvernement ont donné à cette occasion un grand et bel exemple au monde, exemple unique dans l'histoire des sciences: ils ont voulu qu'un congrès de savants de toutes les nations qui voudraient bien envoyer des députés s'assemblât pour

prendre connaissance de toutes les observations, de toutes les expériences déjà faites, pour les vérifier et les recommencer au besoin, pour s'assurer de l'exactitude de toutes les déterminations et de tous les calculs."

L'Espagne, le Danemark, le Piémont, la Toscane, les Républiques batave, ligurienne, helvétique, romaine, plus tard l'Angleterre et la Prusse, prirent part à ces travaux en envoyant au congrès l'élite de leurs savants.

Aujourd'hui le système décimal est adopté en France, en Belgique, dans toute l'Italie, en Espagne, en Grèce, en Portugal et dans le Chili. Les poids métriques seulement sont en usage en Hollande, en Suisse, en Prusse, en Danemark, dans le duché de Bade et dans les deux Hesses.

Un jour viendra prochainement où ce système, admirable par sa simplicité, sera admis par le monde entier.

Victor Borie.

Carré, cube d'un nombre.

Lorsqu'on multiplie un nombre par lui-même, le produit qu'on obtient est ce qu'on appelle le *carré* de ce nombre. Ainsi 4 est le *carré* de 2, parce que 2 fois 2 font 4: 9 est le *carré* de 3, parce que 3 fois 3 font 9: 16 est le *carré* de 4, parce que 4 fois 4 font 16: 49 est le *carré* de 7, parce que 7 fois 7 font 49. Le *carré* de 9 est 81: le *carré* de 10 est 100, etc.

Le *cube* d'un nombre est le résultat qu'on obtient en multipliant ce nombre deux fois par lui-même, ou bien en multipliant ce nombre par son *carré*. Ainsi, en multipliant 2 par 2, et puis encore par deux, on obtient 8, qui est le *cube* de 2. En multipliant par 3 le *carré* de 3, qui est 9, on obtient 27, qui est le *cube* de 3. Le *cube* de 4 est 64, parce qu'on obtient 64 en multipliant 4 deux fois par

lui-même, ou en multipliant par 4 le carré de ce nombre qui est 16. On trouve que 125 est le *cube* de 5, parce que si l'on multiplie par 5 le carré de 5 qui est 25, on obtient 125.

Nombres naturels.

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12.

Carrés de ces nombres.

1, 4, 9, 16, 25, 36, 49, 64, 81, 100, 121, 144.

Cubes.

1, 8, 27, 64, 125, 216, 343, 512, 729, 1000, 1331, 1728.

J. Morand.

En Arithmétique on a pour but de combiner entre eux des nombres, selon *de* certaines règles: en *Algèbre* ce n'est pas un résultat numérique qu'on veut obtenir, mais on cherche la manière dont chaque nombre entre dans le calcul. La solution de tous les problèmes de même nature, qui ont seulement des données différentes, exige des calculs semblables pratiqués sur ces données. Par exemple, l'intérêt d'un capital se trouve en multipliant ce capital par le temps écoulé et par le 100^e de l'intérêt que rapportent 100 francs dans l'unité de temps. L'*Algèbre* s'occupe de la recherche des calculs à faire dans chaque problème, et pour *y parvenir*, on y représente les données par des lettres *a, b, c,* propres à désigner tous les nombres, afin de reconnaître dans le résultat, à travers toutes les réductions et les modifications, la manière dont chacune s'y comporte.

La manière de démontrer les théorèmes peut encore différer beaucoup en *Algèbre* et en *Arithmétique*. *Veut-on* prouver une proposition? On prendra en *Arithmétique* un

exemple numérique quelconque, et l'on procédera de manière à *conclure* la proposition, non-seulement pour l'exemple individuel sur lequel on a opéré, *mais encore* pour tout autre. On fera donc un raisonnement général sur un exemple particulier. En Algèbre, au contraire, on prendra un exemple formé de symboles assez généraux pour représenter tous les nombres, on pourra raisonner d'une manière qui soit particulière, et souvent les combinaisons seront purement mécaniques.

Francoeur.

La caisse de Dieu.

Il y avait un homme riche et fort considéré, qui s'appelait Bénédicte, c'est-à-dire béni. Il justifiait parfaitement le nom qu'il portait; car Dieu lui avait dispensé avec largesse les dons de la fortune, et tous ceux qui le connaissaient le comblaient de bénédictions, tant il était bon et généreux envers tout le monde, envers les étrangers comme envers ses voisins, mais surtout envers les malheureux et les indigents. Et voici comment il faisait. Quand il avait passé une journée de bonheur avec ses amis, il se retirait dans sa chambre, et disait:

—Il y a bien des gens qui n'ont pas eu une journée aussi heureuse. Et qui m'eût empêché de doubler le nombre de mes invités?

Alors il déposait dans un tiroir, qu'il appelait la caisse de Dieu, autant d'argent que le repas lui en avait coûté.

De même, quand il apprenait qu'un incendie avait éclaté quelque part, il commençait par contribuer généreusement au secours des victimes du désastre. Puis il regardait sa propre maison et rentrait dans sa chambre en disant:

—Chez moi tout est en bon état.

Et il mettait une nouvelle somme dans la caisse de Dieu.

Chaque fois qu'il entendait parler d'un désastre causé par la grêle, par une inondation ou par d'autres événements, il faisait de même.

Lorsqu'on lui offrait quelque beau meuble, ou quelque partie de vin précieux, il n'en achetait que ce qu'il fallait pour orner sa maison et pour réjouir ses amis; puis il s'en allait dans sa chambre et disait:

—J'aurais pu en acheter plus encore.

Et l'argent qu'il avait réservé, il le déposait dans le tiroir.

Pendant, il envoyait volontiers de bon vin aux malades qui se trouvaient dans le besoin.

C'est ainsi qu'il fit tant qu'il vécut.

Aussi, lorsqu'il fut près de mourir, les pauvres, les veuves et les orphelins furent désolés, et ils dirent:

—Qui donc aura pitié de nous quand Bénédicte aura cessé de vivre? Tant qu'il était là, rien ne nous a manqué. Maintenant qu'aviendra-t-il de nous?

Mais il dit:

—Un bon père de famille a soin de faire en sorte qu'il ne manque rien à ses enfants, même quand il n'est plus avec eux. Prenez donc la caisse de Dieu avec tout ce qu'elle contient. Elle appartient aux pauvres, aux veuves et aux orphelins. Partagez-la et faites-en un sage emploi.

Là-dessus il mourut, et il fut fait ainsi qu'il avait dit.

Depuis cent ans, la caisse de Dieu existe pour le soutien des indigents, et la mémoire de l'homme charitable reste honorée et bénie.

Trad. Ch. André.

Les trois amis.

Gardons-nous de nous fier à des amis que nous n'avons pas éprouvés. On en trouve bien plus à la table d'un festin qu'à la porte d'une prison.

Un homme avait trois amis. Il faisait le plus grand cas de deux d'entre eux, et traitait le troisième avec indifférence, bien que celui-ci lui fût plus dévoué que les autres. Un jour il fut cité devant le juge pour répondre à une accusation grave, mais injuste.

—Qui de vous, dit-il, veut aller avec moi pour témoigner en ma faveur? Je suis l'objet d'une grave accusation, et le roi est très-irrité.

Le premier de ses amis s'excusa aussitôt de ne pouvoir l'accompagner, prétextant d'autres affaires. Le deuxième l'accompagna jusqu'à la porte du tribunal; mais là il rebroussa chemin et s'en alla, n'osant se présenter devant le juge. Le troisième, sur qui l'accusé avait le moins compté, entra avec lui, le défendit avec tant de chaleur et détruisit d'une manière si victorieuse la fausse accusation portée contre son compagnon, que celui-ci fut renvoyé absous et comblé de présents. L'homme en ce monde a trois amis; mais comment se conduisent-ils lorsque, à l'heure de la mort, il doit comparaître au jugement de Dieu? L'argent, qui est l'ami dont il fait le plus de cas, l'abandonne le premier et le laisse aller seul. Le groupe de ses parents et de ses connaissances le suit jusqu'au bord de la fosse; puis ils s'en retournent chez eux. Le troisième, qu'il a parfois le plus négligé pendant sa vie, c'est le trésor des bonnes œuvres. Elles seules l'accompagnent devant le tribunal du juge suprême; elles plaident pour lui, et elles trouvent grâce et miséricorde.

Le même.

La santé est une grande richesse.

Un jeune voyageur, après avoir longtemps marché, arriva, tout harassé de fatigue, dans une hôtellerie de village, où il demanda un pot de bière et un morceau de pain noir. Il maugréait d'être réduit à voyager à pied, et surtout de n'avoir pas les moyens de se faire servir un meilleur repas.

Peu de temps après, une berline de voyage s'arrêta bruyamment devant la porte de l'hôtellerie. Elle contenait un riche seigneur qui demanda un morceau de rôti froid et une bonne bouteille de vin, mais qui refusa de descendre et voulut faire sa consommation sans quitter les moelleux coussins de sa voiture.

Le jeune voyageur le regarda d'un œil d'envie, et se dit en lui-même :

— Que ne suis-je aussi riche que celui-là !

Comme si le seigneur eût compris la pensée du jeune homme, il lui dit :

— Mon ami, auriez-vous bien envie de changer avec moi ?

— Parbleu ! je ne me laisserai pas demander cela deux fois, repartit l'autre sans prendre le tems de réfléchir. Votre seigneurie n'a qu'à descendre de son carrosse et à donner tout ce qu'elle possède, et sans compter je lui donnerai tout ce que j'ai.

Alors le seigneur ordonna aux domestiques qui l'accompagnaient de le descendre de la voiture. Mais, mon Dieu ! quel spectacle ! Ses jambes étaient entièrement paralysées ; il ne pouvait se tenir debout, et les deux valets durent le soutenir jusqu'à ce qu'on lui eût ajusté sous les bras les béquilles à l'aide desquelles il se traînait plutôt encore qu'il ne marchait.

— Eh bien ! mon ami, reprit-il alors, êtes-vous encore disposé à échanger votre sort contre le mien ?

—Certainement non, répliqua le jeune homme; j'aime mille fois mieux manger du pain noir et marcher sur mes propres jambes, que d'avoir du vin et du rôti et de me faire porter par d'autres comme un enfant. Merci, mon bon seigneur, et que Dieu vous assiste!

Le même.

Infinitivo, gerundio, participio, singular presente de indicativo, y pretérito definido; o sea tiempos primitivos de verbos regulares.

Je suis honteux, monsieur, de vous *devoir* depuis si longtemps une réponse: mais ma mauvaise santé et mes embarras continuels ont *causé* ce retardement. *J'avoue* que la demande que vous me faites au nom d'un corps auquel je *dois* tant, *m'embarrasse* un peu: mais je vais *parler* au hasard, puis qu'on l'*exige*. Quand notre langue sera changée, le Dictionnaire de l'Académie servira à faire *entendre* les livres dignes de la postérité qui sont *écrits* en notre temps. Il faudrait abréger en *donnant* un terme simple et propre pour *exprimer* chaque objet, chaque sentiment, chaque action. Je voudrais même plusieurs synonymes pour un seul objet: c'est le moyen d'*éviter* toute équivoque, de *varier* les phrases, et de *faciliter* l'harmonie, en *choisissant* celui de plusieurs synonymes qui sonnerait le mieux avec le reste du discours. Les Latins ont *enrichi* leur langue des termes étrangers qui manquaient chez eux. Par exemple, ils manquaient des termes propres pour la philosophie, qui *commença* si tard à Rome. *J'entends* dire que les Anglais ne se refusent aucun des mots qui leur sont commodes. Il ne *s'agit* que de la manière de mouvoir ses lèvres. Nous pouvons *achever* de nous *enrichir*. Toute circonlocution *affaiblit* le discours. Tibère *parut* ridicule en *affectant* se *rendre* le maître du terme *monopolium*. Il nous faudrait

des phrases où l'art de *joindre* les termes qu'on n'a pas coutume de mettre ensemble fit une nouveauté gracieuse. Je ne crus avoir rien *gagné*, pendant que je n'*entendis* que leurs acclamations: mais j'*espérai* quand je les vis *pleurer*. Leurs larmes *marquèrent* qu'ils étaient changés. Ils avaient *reçu* de leurs ancêtres cette horrible coutume. Il n'y a aucune plus pressante nécessité que celle qui *résulte* de la honte d'avoir mal *conduit* ses affaires. Me sera-t-il permis de *représenter* ici ma peine sur ce que la perfection de la versification française me *paraît* impossible? Je sais bien aussi qu'on doit vous *plaindre*, vous *consoler*, vous *soulager*, vous *parler* avec zèle, douceur et respect; mais enfin il faut vous dire la vérité. Il l'*introduisit* dans sa caverne. Il leur *fournit* l'argent dont ils avaient besoin. Le général *apercevant* les ennemis *monta* à cheval. Le soldat ayant *reçu* l'ordre de partir, dit adieu à ses anciens camarades. Je crains pour vous une nouvelle trahison. Je lui *répondis*: faites-nous mourir plutôt que de nous traiter si indignement. En *plaisant* au monde, tu perds ton salut. L'art de *plaire* est très-utile pour vivre en paix. Il lui *donne* la forme qui lui plaît. Cela lui *déplut*. Elle a *plu* par sa modestie, bien *plus* que par sa beauté. Le roi, *connaissant* sa perfidie, le fit mettre en prison. Je ne vous ai pas *reconnu*. Il *parut* devant les juges. Je ne le *connais* pas. En *peignant* les vices, il fit *aimer* la vertu. Ils *craignirent* les artifices de leurs ennemis. Il *traduisit* Virgile.

Tiempos de verbos tanto regulares como irregulares para que los designen y clasifiquen los alumnos.

La nation des belettes ne *veut* aucun bien aux rats. Il *tenait* en son bec un fromage. Il *ouvre* un large bec, *laisse tomber* sa proie. Le chêne *dît* au roseau. *Attendons* la fin.

On se *cache*, on *tremble* à l'environ. Il *faudrait*, *disaient-ils*, sans nous, qu'il *vécût* d'air. Les mains *cessent* de *prendre*, les bras d'*agir*, les jambes de *marcher*. *Dites-moi*, donc, de grâce, *reprit* l'autre, pourquoi vous *affligez-vous* tant.

Gil Blas chez le Duc de Lerme.

Lorsque le roi *était* à l'Escurial, il y *défrayait* tout le monde; de manière que je ne *sentais* point là où le bât me *blessait*. Je *couchais* dans une garde-robe auprès de la chambre du duc. Ce ministre, un matin, *s'étant levé* à son ordinaire au point du jour, me *fit prendre* quelques papiers avec une écritoire et me *dit* de le *suivre* dans les jardins du palais. Nous *allâmes* nous *asseoir* sous des arbres, où je me *mis* par son ordre dans l'attitude d'un homme qui *écrit* sur la forme de son chapeau; et lui, il *tenait* à la main un papier qu'il *faisait* semblant de *lire*. Nous *paraissions* de loin occupés d'affaires fort sérieuses, et nous ne *parlions* cependant que de bagatelles, car son Excellence ne les *haïssait* pas. Il y *avait* plus d'une heure que je la *réjouissais* par toutes les saillies que mon humeur enjouée me *fournissait*, quand deux pies *vinrent* se *poser* sur des arbres qui nous *couvraient* de leur ombrage. Elles *commencèrent* à *caquetter* d'une façon si bruyante, qu'elles *attirèrent* notre attention. Voilà des oiseaux, *dit* le duc, qui semblent se quereller. Je serais assez curieux de savoir le sujet de leur querelle. Monseigneur, lui *dis-je*, votre curiosité me *fait souvenir* d'une fable indienne que j'*ai lue* dans Pilpay ou dans un autre auteur fabuliste. Le ministre me demanda quelle *était* cette fable et je la lui *racontai* dans ces termes:

Il *regnait* autrefois dans la Perse un bon monarque, qui, n'*ayant* pas assez d'étendue d'esprit pour *gouverner* lui-même ses États, en *laissait* le soin à son grand vizir. Ce ministre, nommé Atalmuc, *avait* un génie supérieur. Il

soutenait le poids de cette vaste monarchie, sans en être accablé. Il la maintenait dans une paix profonde. Il avait même l'art de rendre aimable l'autorité royale, en la faisant respecter, et les sujets avaient un père affectionné dans un vizir fidèle au prince. Atalmuc avait parmi ses secrétaires un jeune Cachemirien, appelé Zéangir, qu'il aimait plus que les autres. Il prenait plaisir à son entretien, le menait avec lui à la chasse, et lui découvrait jusqu'à ses plus secrètes pensées. Un jour qu'ils chassaient ensemble dans un bois, le vizir, voyant deux corbeaux qui croassaient sur un arbre dit à son secrétaire: Je voudrais bien savoir ce que ces oiseaux se disent en leur langage. Seigneur, lui répondit le Cachemirien, vos souhaits peuvent s'accomplir. Et comment cela? reprit Atalmuc. C'est, répondit Zéangir, qu'un derviche cabaliste m'a enseigné la langue des oiseaux. Si vous le souhaitez, j'écouterai ceux-ci, et je vous répéterai mot pour mot, tout ce que je leur aurai entendu dire.

Le vizir y consentit. Le Cachemirien s'approcha des corbeaux, et parut leur prêter un oreille attentive. Après quoi, revenant à son maître: Seigneur, lui dit-il, le croiriez-vous? nous faisons le sujet de leur conversation. Ce n'est pas possible, s'écria le ministre pensan. Eh! que disent-ils de nous? Un des deux, reprit le secrétaire, a dit: Le voilà lui-même, ce grand vizir Atalmuc, cet aigle tutélaire qui couvre de ses ailes la Perse comme son nid, et qui veille sans cesse à sa conservation. Pour se délasser de ses pénibles travaux, il chasse dans ce bois avec son fidèle Zéangir. Que ce secrétaire est heureux de servir un maître qui a mille bontés pour lui! Doucement, a interrompu l'autre corbeau, doucement. Ne vante pas tant le bonheur de ce Cachemirien. Atalmuc, il est vrai, s'entretient avec lui familièrement, l'honore de sa confiance, et je ne doute pas même qu'il n'ait dessein de lui donner un emploi considé-

nable; mais avant ce temps-là Zéangir mourra de faim. Ce pauvre diable est logé dans une petite chambre garnie, où il manque des choses les plus nécessaires. En un mot, il mène une vie misérable, sans que personne s'en aperçoive à la cour. Le grand vizir ne s'avise pas de s'informer s'il est bien ou mal dans ses affaires, et, content d'avoir pour lui de bons sentiments, il le laisse en proie à la pauvreté.

Je cessai de parler en cet endroit pour *voir venir* le duc de Lérme, qui me demanda en souriant quelle impression cet apologue avait faite sur l'esprit d'Atalmuc, et si ce grand vizir ne s'était point offensé de la hardiesse de son secrétaire. Non, monseigneur, lui répondis-je, un peu troublé de sa question; la fable dit au contraire qu'il le combla de bienfaits. Cela est heureux, reprit le duc d'un air sérieux. Il y a des ministres qui ne trouveraient pas bon qu'on leur fit des leçons. Mais, ajouta-t-il en rompant l'entretien et en se levant, je crois que le roi ne tardera guère à se réveiller; mon devoir m'appelle auprès de lui. A ces mots, il marcha vers le palais à grands pas sans me parler davantage, et très-mal affecté, à ce qu'il me semblait, de ma fable indienne.

Je le suivis jusqu'à la porte de la chambre de sa Majesté, après quoi j'allai remettre les papiers dont j'étais chargé, à l'endroit où je les avais pris.

Le jour suivant fut le jour de crise. Le duc me fit appeler le matin. J'entrai dans sa chambre, plus tremblant qu'un criminel qu'on va juger. Santillane, me dit-il en me montrant un papier qu'il avait à la main, prends cette ordonnance.... Je frémis à ce mot d'ordonnance. La frayeur qui me saisit dans ce moment fut telle, que j'interrompis le ministre, et, me jettant à ses pieds: Monseigneur, lui *dis-je* tout en pleurs, je *supplie* très-humblement Votre Excellence *de me pardonner* ma hardiesse: *c'est la nécessité* qui m'a forcé de vous apprendre ma misère. Le duc *ne put*

s'empêcher de rire du désordre où il me voyait. Console-toi, Gil Blas, me répondit-il, et m'écoute. Quoique en me découvrant tes besoins, ce soit me reprocher de ne les avoir pas prévus, je ne *t'en sais point mauvais gré*, mon ami. Je me veux plutôt du mal à moi-même de ne t'avoir pas demandé comment tu vivais. Mais pour commencer à réparer cette faute d'attention, je te donne une ordonnance de quinze cents ducats, qui te seront comptés à vue au trésor royal. Ce n'est pas tout. Je t'en promets autant chaque année; et de plus *quand* des personnes riches et généreuses te *prieront de leur rendre service*, je ne te *défends* pas de me parler en leur faveur.

Histoire de Gil Blas.

Lettre de Madame de Sévigné à Monsieur de Pomponne.

Il faut que je vous conte une petite *historiette* qui est très-vraie, et qui vous divertira. Le roi se mêle depuis peu de faire des vers; Messieurs de Saint Aignan et de Dangeau lui apprennent comment il faut *s'y prendre*. Il fit l'autre jour un petit madrigal, que lui-même ne trouva pas trop joli. Un matin il dit au maréchal de Grammont: "Monsieur le maréchal, lisez, je vous prie, ce petit madrigal, et voyez si vous *en* avez jamais vu un si impertinent: parce qu'on sait que depuis peu j'aime les vers, on m'*en* apporte de toutes les façons." Le maréchal, après avoir lu, dit au roi: "Sire, Votre Majesté juge divinement de toutes les choses; il est vrai que voilà le plus sot et le plus ridicule madrigal que j'aie jamais lu." Le roi *se mit à rire*, et lui dit: "N'est-il pas vrai que celui qui l'a fait est un fat?"—Sire, il n'y a pas moyen de lui donner un autre nom.—Oh! bien, dit le roi, je suis ravi que vous m'en ayez parlé si bonnement: c'est moi qui l'ai fait.—Ah! sire,

quelle trahison! que Votre Majesté me le rende, je l'ai lu brusquement,—Non, Monsieur le maréchal, les premiers sentiments sont toujours les plus naturels. Le roi a fort ri de cette folie; et tout le monde trouve que voilà la plus cruelle petite chose que l'on puisse faire à un vieux courtisan. Pour moi, qui aime toujours à faire des réflexions, je voudrais que le roi en fit *là-dessus*, et qu'il jugeât par là combien il est loin de connaître jamais la vérité.

L'Académie silencieuse ou les Emblèmes.

Il y avait à Amadan une célèbre Académie, dont le premier statut était conçu en ces termes: Les Académiciens penseront beaucoup, écriront peu, et ne parleront que le moins qu'il sera possible. On l'appelait l'*Académie silencieuse*, et il n'était point en Perse de vrai savant qui n'eût l'ambition d'y être admis. Le docteur Zeb, auteur d'un *petit livre* excellent intitulé le *Baïllon*, apprit au fond de sa province, qu'il vaquait une place dans l'Académie silencieuse. Il part aussitôt; il arrive à Amadan, et, se présentant à la porte de la salle où les académiciens sont assemblés, il prie l'huissier de remettre au président ce billet: *Le docteur Zeb demande humblement la place vacante*. L'huissier s'acquitta sur-le-champ de sa commission; mais le docteur Zeb et son billet arrivaient trop tard: la place était déjà remplie.

L'Académie fut désolée de ce contre-temps; elle reçut, un peu malgré elle, un bel esprit de la Cour, dont l'éloquence vive et légère faisait l'admiration de toutes les rues, et elle se voyait réduite à refuser le docteur Zeb, le fléau des bavards, une tête si bien faite, si bien meublée! Le président, chargé d'annoncer au docteur cette nouvelle désagréable, ne pouvait presque s'y résoudre, et ne sa-

vait comment *s'y prendre*. Après avoir un peu rêvé, il fit remplir d'eau une grande coupe, mais si bien remplie, qu'une goutte de plus eût fait déborder la liqueur; puis il fit signe qu'on introduisit le candidat. Il parut avec cet air simple et modeste, qui annonce presque toujours le vrai mérite. Le président se leva, et, sans proférer une seule parole, il lui montra d'un air affligé la coupe emblématique, cette coupe si exactement pleine. Le docteur comprit du reste qu'il n'y avait plus de place à l'Académie; mais, sans *perdre* courage, il songeait à faire comprendre qu'un académicien surnuméraire n'y dérangerait rien. Il voit à ses pieds une feuille de rose, il la *ramasse*, il la pose délicatement sur la surface de l'eau, et fait si bien qu'il n'en échappe pas une seule goutte.

A cette réponse ingénieuse, *tout le monde battit des mains*, on laissa dormir les règles ce jour-là, et le docteur Zeb fut reçu par acclamation. On lui présenta sur-le-champ le registre de l'Académie, où les récipiendaires devaient s'inscrire eux-mêmes. Il s'y inscrivit donc; et il ne lui restait plus, qu'à prononcer, *selon l'usage*, une phrase de remerciement. Mais, *en* Académicien vraiment silencieux, le docteur Zeb remercia sans dire mot. Il écrivit en marge le nombre *cent*, c'était celui de ses nouveaux confrères; puis en mettant un zéro devant le chiffre, il écrivit au-dessous: *Ils n'en vaudront ni moins ni plus* (0100). Le président répondit au modeste docteur avec autant de politesse que de présence d'esprit. Il mit le chiffre *un* devant le nombre *cent*, et il écrivit: *Ils en vaudront dix fois davantage* (1100).

L'Abbé Blanchet.

On emploie *du, de la, des*, avant les substantifs communs employés dans un sens partitif, c'est-à-dire, pour désigner

une partie, une portion des personnes ou des choses dont on parle: il a *du* papier, c'est-à-dire, quelque papier; vous avez *de la* fortune, c'est-à-dire, quelque fortune; nous possédons *des* amis, c'est-à-dire, quelques amis.

On supprime l'article, c'est-à-dire, on emploie simplement *de* quand le substantif pris dans un sens *partitif* est précédé d'un adjectif; donnez-moi *de* bon pain: je bois *d'*excellente bière: il possède *de* belles maisons.

Le substantif commun ne prend pas l'article quand il est le complément d'un verbe actif accompagné d'une négation: je ne vous ferai pas *de* reproches.

Excepté quand le substantif est suivi d'un pronom relatif qui en détermine la signification: je ne vous ferai pas *des* reproches frivoles: on ne soulage point *des* douleurs qu'on méprise.

Noël, et Chapsal

Géographie.

La *Géographie* est la description de la *Terre*. La *Terre* est ronde; elle a la forme d'un globe ou d'une boule immense. L'eau couvre les trois quarts de sa surface. Le *Levant* est le point où le soleil *se lève*. Le *Couchant* est le point où le soleil *se couche*. Le *Nord* est le point qu'on a devant soi quand on a le *Levant* à sa droite et le *Couchant* à sa gauche. Le *Midi* est le point opposé au nord. Le *Levant* s'appelle aussi *Est* ou *Orient*. Le *Couchant*, *Ouest*, ou *Occident*. Le *Nord*, *Septentrion*. Le *Midi*, *Sud*. La *Terre* se divise en cinq parties, qui sont: l'*Europe*, l'*Asie*, l'*Afrique*, l'*Amérique*, et l'*Océanie*. On appelle *Continents* les deux plus vastes étendues de terre qu'on puisse parcourir sans traverser la *Mer*. On donne le nom d'*Océan* ou de *Mer* à la vaste étendue d'eau salée qui couvre les trois quarts du globe. Une *Contrée* est une grande étendue de terre, qui

est ordinairement soumise au même gouvernement, ou dont les différentes parties sont réunies sous un nom commun. L'Europe se divise en 16 contrées principales, dont 4 au nord, 7 au milieu et 5 au sud. L'Europe est baignée par 15 mers, dont 3 grandes et 12 petites. Un *Détroit* est une partie de mer resserrée entre deux terres. Les détroits servent de communication entre deux mers ou deux portions de mer. Il y a en Europe 16 détroits principaux, dont 9 au nord et 7 au sud. Un *Golfe* ou une *Baie* est une partie de mer qui s'avance dans la terre. On donne ordinairement le nom de baie aux petits golfes. Une *Ile* est un espace de terre entouré d'eau de tous côtés. On appelle *groupe d'îles* plusieurs îles rapprochées les unes des autres. Il y a en Europe 61 îles ou groupes principaux. On appelle *presqu'île* ou *péninsule* un espace de terre presque entouré d'eau et qui ne *tient au* continent que d'un seul côté. Il y a en Europe 6 presqu'îles principales, dont 3 grandes et 3 petites. Un *Isthme* est une partie de terre très-étroite qui joint une presqu'île à une autre terre. On compte en Europe deux isthmes principaux. Un *Cap* ou *Prémontoire* est une éminence de terre qui s'avance dans la mer; on appelle seulement *Pointe* ou *Bec* quand elle est peu élevée. Une *Montagne* est une grande élévation de terre. Une *Chaîne de montagnes* est la réunion d'un grand nombre de montagnes qui occupent une longue étendue. On compte en Espagne 18 chaînes principales, dont 9 grandes et 9 petites. Un *Volcan* est une montagne qui lance, par une longue ouverture nommée *Cratère*, des tourbillons de flamme, de fumée et de matières fondues. Un *Lac* est une étendue d'eau entourée de terre de tous côtés. Il y a en Europe 23 lacs remarquables, dont 9 dans les contrées du nord, 7 dans les contrées du milieu, et 7 dans les contrées du sud. Un *Fleuve* est un cours d'eau qui se jette dans la mer. On compte en Europe 36 fleuves principaux. On appelle

Source le lieu où le fleuve commence, et *Embouchure* le lieu où il entre dans la mer. Une *Rivière* est un cours d'eau qui se jette dans un fleuve ou dans une autre rivière. On appelle *Confluent* l'endroit où se réunissent deux cours d'eau. On compte en Europe 30 rivières principales. On peut diviser l'Espagne en 14 parties, dont 4 au nord, 4 au milieu, 2 au sud et 4 à l'est. Les 4 au nord, sont: la Galice, cap. Santiago de Compostelle; les Asturies, cap. Oviedo; les provinces Basques, cap. Bilbao; et la Navarre, cap. Pampelune. Les 4 au milieu, sont: le royaume de Léon, cap. Léon; la Vieille-Castille, cap. Burgos; la Nouvelle-Castille, cap. Madrid; l'Estremadure, cap. Badajoz. Les deux au midi, sont: l'Andalousie, v. pr. Séville, Cadix, Cordoue, Jaën, Grenade et Malaga; le royaume de Murcie, cap. Murcie. Les 4 à l'est sont: l'Aragon, cap. Saragosse; la Catalogne, cap. Barcelone; le royaume de Valence, cap. Valence; et les îles Baleares, cap. Palma.

La *ligne droite* est la plus courte qu'on puisse mener d'un point à un autre. La *ligne brisée* est une ligne composée de plusieurs lignes droites jointes ensemble. La *ligne courbe* est celle qui n'est ni droite, ni composée de lignes droites. Le *plan* ou *surface plane* est une surface sur laquelle une ligne droite peut s'appliquer dans tous les sens et dans toute son étendue. Deux lignes, situées dans un même plan, sont *parallèles* lorsque leur distance est toujours la même, quelque prolongées qu'on les suppose. Quand deux lignes se rencontrent, elles sont plus ou moins inclinées l'une sur l'autre; cette inclinaison se nomme *angle*. Le *sommet de l'angle* est le point où les deux lignes qui le forment viennent se rencontrer. Ces lignes sont les *côtés* de l'angle. Lorsqu'une ligne tombe sur une autre de manière à former deux angles égaux, ces angles sont *droits*

et les deux lignes sont *perpendiculaires* entre elles. Lorsqu'une ligne forme avec une autre deux angles inégaux, l'un est plus grand que l'angle droit, l'autre plus petit, et les deux lignes sont *obliques* entre elles. On nomme angle *obtus* l'angle plus grand que l'angle droit, et angle *aigu* celui qui est plus petit. Le *cercle* est une surface plane, terminée par une ligne courbe dont tous les points sont à égale distance d'un point intérieur qu'on appelle *centre*. Les *rayons* sont des lignes droites menées du centre à la circonférence. Tous les rayons sont *égaux*. L'*arc* est une partie de la circonférence. La *corde* est une ligne droite qui joint les extrémités d'un arc. Toute ligne droite qui passe par le centre et qui se termine des deux côtés à la circonférence se nomme *diamètre*. Le diamètre divise le cercle en deux parties égales appelées *demi-cercles*.

On appelle *sphère* ou *globe* un corps dont la surface a tous ses points à égale distance d'un autre point placé dans l'intérieur, et qu'on appelle *centre*. La ligne qui va du centre à la surface de la sphère se nomme *rayon* de la sphère. La ligne qui passe par le centre de la sphère et qui se termine de deux côtés à la surface se nomme *diamètre* de la sphère. Si la sphère tourne autour de ce diamètre, il prendra le nom d'*axe*. Les deux points où l'axe se termine à la surface sont les deux *pôles*. Tout plan qui coupe un globe trace un cercle sur la surface de ce globe. Les *grands cercles* sont formés par des plans qui passent par le centre du globe, et le partagent en deux parties égales appelées *hémisphères*. Les autres sont appelés *petits cercles*. On nomme *cercles parallèles* les cercles situés dans des plans parallèles, et dont les centres sont sur un même diamètre perpendiculaire à leurs plans. La circonférence d'un cercle, soit grand, soit petit, se divise en 360 parties égales qu'on appelle *degrés*, chaque degré en 60 parties qu'on appelle *minutes*, chaque minute en 60 *secondes*. On di-

vise aussi le quart de cercle en 100 degrés ou grades, chaque grade en 100 minutes, chaque minute en 100 secondes, et ainsi de suite. Les degrés se marquent ordinairement ($^{\circ}$), les minutes ($'$), les secondes ($''$). Tout angle a autant de degrés qu' on en compte dans la portion de cercle comprise entre ses côtés, lorsque le sommet de l'angle est au centre du cercle. L'angle droit a 90° ; l'angle de 45° est la moitié d'un droit. Lorsque nous sommes dans une grande plaine où la vue n'est gênée par aucun obstacle, il nous semble voir un grand cercle autour de nous: ce cercle s'appelle *horizon visuel*; les surfaces parallèles à ce cercle sont dites *horizontales*; la surface des eaux tranquilles, dans un bassin peu étendu, est une surface horizontale. La ligne perpendiculaire à l'horizon se nomme *verticale*. On nomme *zénith* le point du ciel qui se trouve verticalement au-dessus de nos têtes, et *nadir* le point diamétralement opposé. L'*horizon rationnel* est un plan parallèle à l'*horizon visuel*, et que l' on suppose passer par le centre de la terre. L'*orbite* d'un astre est la route qu'il parcourt dans le ciel autour d'un autre astre. Le *périhélie* est le point auquel une planète ou une comète se trouve le plus rapprochée du soleil; l'*aphélie* est le point où elle en est le plus éloignée. Le *périgée* est le point où la lune est le plus rapprochée de la terre; l'*apogée* est celui où elle en est le plus éloignée.

La *Cosmographie* traite des rapports de la terre avec le reste de l'univers. L'*Univers* est l'ensemble de tout ce qui existe. C'est un espace sans bornes dans lequel est disséminée une multitude de corps appelés *astres*. On peut diviser tous les astres en deux classes: 1.^o ceux qui se meuvent autour du soleil; 2.^o les *étoiles fixes*. La première classe forme le *système solaire*. Si la surface de la terre était plane, les objets qui s'éloignent ou qui se rapprochent dans une vaste plaine ou sur la haute mer sembleraient seule-

ment diminuer ou augmenter de volume; mais on les verrait toujours en entier, tant qu'ils ne seraient pas hors de la portée de la vue. Tous les objets qui se trouvent à la surface de la terre y sont retenus par une force que l'on nomme *attraction*, qui les attire sans cesse vers le centre du globe, et dont l'effet est la *pesanteur* ou *gravité*. Cette force peut être comparée à celle de l'aimant qui attire le fer. Chaque jour le soleil, la lune et les étoiles s'élèvent au-dessus de l'horizon du côté de l'orient et disparaissent vers l'occident, après avoir décrit dans le ciel une route circulaire. Il n'y a que deux manières d'expliquer ce phénomène: il faut que tout l'univers tourne en vingt-quatre heures autour de notre globe, ou que la terre tourne sur elle-même dans cet intervalle. La seconde explication est bien plus simple, et s'accorde mieux avec tout ce que nous observons dans le ciel. Le mouvement de la terre est insensible pour nous, parce qu'il se fait sans secousse, et que tous les objets qui sont sur le globe tournent avec lui; de sorte que nous les voyons toujours dans la même position relative. Les *méridiens* sont des demi-cercles qui vont d'un pôle à l'autre, et dont le centre est le même de la terre. Les *parallèles* ou *cercles parallèles* sont des cercles perpendiculaires au méridien, et parallèles entre eux; ils ont tous leur centre sur l'axe de la terre. L'*équateur* est le plus remarquable des parallèles; c'est un grand cercle qui est à égale distance des deux pôles. Il partage la terre en deux hémisphères: l'un est l'hémisphère *septentrional*, ou *boréal*, ou *du nord*; l'autre, l'hémisphère *meridional*, ou *austral*, ou *du sud*.

On appelle *latitude* la distance d'un parallèle à l'équateur, et *longitude* la distance d'un méridien à un autre méridien, pris arbitrairement pour le premier. Ces distances se comptent en degrés: sur les globes et sur les cartes, on met à chaque parallèle un numéro indiquant de com-

bien de degrés il est éloigné de l'équateur, et à chaque méridien un numéro indiquant de combien de degrés il est éloigné du méridien que l'on a choisi pour le premier. Les Français prennent ordinairement le méridien de Paris pour le premier; autrefois c' était celui de l'île de Fer qui était généralement adopté. Au moyen de la longitude et de la latitude on peut déterminer d'une manière précise la position de tous les lieux de la terre. Les tropiques et les cercles polaires partagent la terre en cinq zones. La *zone torride* est entre les deux tropiques; elle renferme les pays les plus chauds de la terre. Les deux zones *tempérées* s'étendent entre les deux tropiques et les deux cercles polaires. Les deux *zones glaciales* s'étendent depuis le cercle polaire jusqu'au pôle. C'est là que l'on ressent les froids les plus rigoureux. Le *zodiaque* est une zone céleste que l'écliptique traverse par le milieu, et qui est terminée par deux cercles parallèles à ce dernier. Il a environ 17 degrés de largeur. On l'a partagé en douze parties de 30° chacune, et l'on a réuni les étoiles qui se trouvent dans chacune de ces parties, sous diverses figures qu'on appelle les signes du zodiaque. Le soleil semble entrer dans un nouveau signe vers le 21 de chaque mois, et parcourt à peu près un degré par jour. Le *soleil*, qui occupe le centre du système solaire, est un astre lumineux, environ 1.407.000 fois plus gros que la terre. Il tourne sur lui-même en 25 jours et 12 heures. Les *planètes* sont des astres opaques qui nous paraissent brillants parce qu'ils réfléchissent la lumière du soleil. Les anciens ne connaissaient que 6 planètes; les modernes en ont découvert 6 autres. Cinquante trois autres petites planètes ont été découvertes de l'an 1845 au mois de octobre 1859. L'observation des planètes a conduit à la découverte des forces qui règlent tous leurs mouvements. L'une est la force d'*attraction* ou de *gravitation*, ou *centripète*, par laquelle tous les corps céles-

tes s'attirent dans l'espace en raison directe des masses, et en raison inverse du carré des distances. La seconde force est la force de *projection* qui tend à faire mouvoir les planètes en ligne droite, et qui, combinée avec la force d'attraction, leur fait décrire des ellipses dont le soleil occupe un des foyers. Les *satellites* sont de petits astres qui tournent autour des planètes pendant que celles-ci tournent autour du soleil. La Terre a un satellite, qui est la Lune; Jupiter en a quatre, Saturne et Uranus en ont chacun huit, et Neptune un. La *lune* est un corps à peu près sphérique, 49 fois plus petit que la terre. La lune n'étant pas lumineuse par elle-même, nous ne pouvons en apercevoir que la partie éclairée par le soleil; c'est pour cela que dans sa révolution nous la voyons sous divers aspects ou phases. On dit qu'un astre est éclipsé toutes les fois qu'il cesse momentanément de paraître à notre vue; à une heure où il est ordinairement visible. Il y a éclipse de soleil toutes les fois que la lune passe entre cet astre et la terre, et éclipse de lune lorsque la terre, passant entre ce satellite et le soleil, le couvre de son ombre. Les *comètes* sont des planètes qui décrivent des ellipses extrêmement allongées, dont le soleil occupe le foyer. Elles sont souvent accompagnées d'une *queue* à travers laquelle on peut distinguer les étoiles. On appelle *chevelure* la nébulosité qui entoure la comète. Le globe même de la comète s'appelle *noyau*. Plusieurs astronomes pensent que les comètes sont formées d'une vapeur blanchâtre qui se condense pour produire des comètes et même des planètes. On a déjà calculé la marche de plus de cent comètes: cependant il n'en est que trois dont on puisse prédire le retour d'une manière sûre. La première porte le nom de *Halley*; sa révolution dure 75 ans et demi, elle a reparu en 1835, la seconde dont la révolution dure 6 ans et 8 mois a paru en 1846, l'autre appelée *comète à courte période*, ou comète de

Enke, parcourt son orbite dans un peu moins de trois ans et demi. On croit qu'il en est dont la révolution dure plusieurs siècles, et d'autres qui vont se perdre auprès des étoiles fixes et ne reparaissent jamais dans le système solaire. Les *étoiles fixes* sont des astres lumineux qui conservent toujours entre eux, à très peu de chose près, la même distance. Les plus rapprochées de nous sont au moins cent mille fois plus loin que le soleil; d'autres sont infiniment plus éloignées. Le nombre des étoiles est infini: on n'en compte que trois ou quatre mille à la vue simple, mais on en voit plusieurs millions à l'aide des instruments. On distingue encore dans le ciel de petits nuages blanchâtres, appelées *nébuleuses*: les unes sont formées par des amas d'étoiles, les autres par l'agglomération d'une certaine quantité de matière blanchâtre. On compte près de mille *nébuleuses*. La *voie lactée*, longue bande irrégulière et blanchâtre qui traverse le ciel du sud au nord, n'est elle-même qu'un assemblage de nébuleuses. Comme il n'est pas possible de donner un nom à chaque étoile on les a classées par constellations ou astérismes, groupes auxquels on a imposé des noms tirés pour la plupart de la Fable ou des animaux. On dessine sur les globes les figures dont ces constellations portent le nom. Chaque jour les étoiles passent au méridien environ 4 minutes plus tôt que la veille. Le temps qu'elles emploient à y revenir est ce qu'on appelle *jour sidéral*; il ne dure que 23 h. 56'. Le jour sidéral a toujours la même durée; il n'en est pas ainsi du jour solaire. On appelle *temps vrai* l'heure que marque le soleil, et *temps moyen* celle qu'indiquerait une horloge parfaitement réglée. Ces deux heures ne peuvent être constamment les mêmes, puisque le jour solaire n'a pas toujours la même durée; elles diffèrent quelquefois d'un quart d'heure. C'est vers le milieu de février que l'heure du temps moyen avance le plus sur celle du temps vrai;

c'est le contraire au commencement de novembre. On appelle *année* le temps que la terre emploie à parcourir son orbite autour du soleil. La terre achève sa révolution en 365 jours, 5 heures, 49' environ; d'après cela, on conçoit qu'au bout de 4 ans, supposés de 365 jours seulement, elle se trouvera retardée de près de 24 heures; aussi a-t-on imaginé de faire chaque quatrième année de 366 jours; les années 1857, 1858 et 1859 n'ont eu que 365 jours; l'année 1860 en a 366. Cette quatrième année se nomme *bissextile*. Cependant, comme on ajoute près de trois quarts d'heure de trop en faisant chaque quatrième année de 366 jours, on retranche trois jours tous les 400 ans, c'est-à-dire, que la dernière année de trois siècles consécutifs n'est pas bissextile, quoique elle doive l'être par son rang de quatrième année; mais celle du quatrième siècle le sera: ainsi les années 1700, 1800, 1900, n'ont eu ou n'auront que 365 jours, tandis que l'an 2000 en aura 366. On divise l'année en douze mois que l'on a fait inégaux. Il y a sept mois de 31 jours, quatre de 30: le mois de février est de 28 jours dans les années ordinaires, et de 29 dans les années bissextilles. Les mois sont alternativement de 31 jours et de 30, excepté le mois de juillet et d'août, qui sont tous les deux de 31, quoiqu'ils soient consécutifs. On emploie une autre division périodique du temps, qui est la semaine; elle est composée de 7 jours dont les noms sont tirés des planètes. Lundi, mardi, mercredi, jeudi, vendredi, samedi, dimanche, jour du Seigneur, était le jour du soleil, que les anciens regardaient comme une planète, ainsi que la lune.

On appelle *fêtes mobiles* celles qui ne tombent pas au même jour de chaque année: elles sont presque toutes réglées sur celle de Pâques. La fête de Pâques a été fixée au premier dimanche après la pleine lune qui suit l'équinoxe du printemps ou qui arrive ce jour-là, en observant:

1.^o que l'équinoxe est toujours censé avoir lieu le 20 mars;
 2.^o que le jour de la pleine lune est toujours censé le 14 de la nouvelle lune inclusivement. Il suit de là que Pâques ne peut jamais arriver plus tôt que le 21 mars, ni plus tard que le 25 avril. Les autres fêtes mobiles sont: la *Septuagésime*, qui est le 9^e dimanche avant Pâques; la *Sexagésime*, le 8^e; la *Quinquagésime* ou dimanche gras, le 7.^e; le *jour de Cendres*, qui est le mercredi suivant; la *Quadragesime*, le 6^e dimanche avant Pâques; *Reminiscere*, le 5^e; *Oculi*, le 4^e; *Lætare*, le 3^e; la Passion, le 2^e; les Rameaux, le 1^{er}; le *Vendredi Saint*, le vendredi avant Pâques; la *Quasimode*, le premier dimanche après Pâques; les *Rogations*, pendant les trois jours qui précèdent l'Ascension; l'*Ascension*, le jeudi 40^e jour après Pâques; la *Pentecôte*, le dimanche 50^e jour après Pâques; la *Trinité*, le dimanche après la Pentecôte; la *Fête-Dieu*, le jeudi après la Trinité. Les quatre dimanches avant Noël sont ceux de l'*Avent*. Les Quatre-temps sont aux mercredis qui suivent: 1.^o les Cendres; 2.^o la Pentecôte; 3.^o le 14-septembre; 4.^o le 13 décembre; et aux vendredis et samedis suivants.

Le *Cycle lunaire* est une période de 19 ans au bout de laquelle les phases lunaires reviennent aux mêmes dates. Pour trouver l'année du cycle lunaire ou le *nombre d'or*, comme on l'appelle ordinairement, il faut ajouter 1 au millésime, et diviser par 19; le reste sera le nombre d'or de l'année proposée. Ainsi, comme 1857 divisé par 19 donne le reste 14, 14 est le nombre d'or de l'année 1856: les nouvelles lunes arrivent cette année aux mêmes jours que dans tous les quatorzièmes années du cycle lunaire. On appelle *épacte* l'âge de la lune au commencement de l'année. Puisque l'année solaire dépasse de 11 jours la durée de 12 lunaisons, si l'épacte est 0 la 1^{re} année du cycle lunaire, elle sera 11 la seconde année, 22 pour la troisième,

33 pour la quatrième, ou plutôt 3, en retranchant 30 pour une lunaison qui se trouve de plus dans les trois premières années. On peut ainsi former le tableau des épactes pour chaque année du cycle lunaire du nombre d'or, en ajoutant 11 à l'épacte de l'année précédente, et retranchant 30 toutes les fois qu'il se trouve dans le nombre de l'épacte.

La Géographie physique traite: 1.° de la forme extérieure de la terre; 2.° des substances qui la composent; 3.° des eaux qui la couvrent en partie; 4.° de la atmosphère qui l'environne; 5.° de la distribution des végétaux et des êtres animés qui croissent ou se meuvent à sa surface. La surface du globe est inégalement partagée en terres et en eaux: les terres en occupent près d'un quart, le reste est couvert par les eaux. Les *plaines* sont des vastes espaces à peu près unis. On appelle *steppes* dans la Russie et dans l'Asie septentrionale, des vastes plaines sablonneuses ou couvertes d'herbes épaisses, mais généralement dépourvues d'arbres. On donne le nom de *savanes* dans l'Amérique septentrionale, et celui de *pampas* et de *llanos* dans l'Amérique méridionale à des plaines qui, dans le nouveau continent, sont le plus souvent basses, humides et couvertes d'herbes élevées; enfin on désigne sous le nom général de *déserts* de vastes plaines couvertes de sables arides, brûlées par un soleil ardent et privées de l'eau nécessaire à la végétation, comme celles de l'Afrique et de l'Arabie. Cependant, au milieu de ces déserts on trouve quelques parties plus basses, où s'infiltrent les eaux des pluies, et qui sont semblables à des îles fertiles au milieu d'une mer de sable; on les appelle *oasis*. Les *montagnes* sont les éminences les plus élevées; on appelle *collines* celles qui ont une moindre hauteur. Les sommets ont une grande variété de formes qui leur ont fait donner différents noms. On les appelle *pics*, lorsqu'ils offrent des es-

pièces de cônes; *aiguilles* lorsqu'ils sont aigus et élancés; on leur donne encore le nom de *puy*s dans l'Auvergne; de *ballons* dans les Vosges; des *cornes* dans la Suisse, etc. On nomme *crête* ou *arête* la partie supérieure qui se prolonge dans toute la longueur d'une chaîne; les flancs ou pentes qui se trouvent de chaque côté de l'arête, et par où s'écoulent les eaux sont les *versants*. Les montagnes sont séparées entre elles par des enfoncements qu'on appelle *vallées*, s'ils ont une certaine étendue; *vallons*, quand ils sont renfermés entre deux montagnes très-rapprochées et peu élevées; *gorges*, *défilés*, lorsqu'ils n'offrent qu'un passage étroit entre des rochers escarpés; et *cols*, lorsque le passage s'élève jusque vers le faite des montagnes. Volcans *ignivomes* sont ceux qui vomissent des matières incandescentes; *terrivomes* ceux dont les éruptions sont boueuses; *sous-marins* ceux qui sont cachés sous les eaux de la mer.

Les *tremblements de terre* paraissent causés par ces vapeurs souterraines qui soulèvent ou ébranlent le sol en cherchant à s'ouvrir une issue. On divise en cinq sortes principales les terrains que l'on trouve dans notre globe. 1.^o *terrains primitifs*, qui paraissent avoir toujours été dans le même état: 2.^o *terrains secondaires*, disposés par couches au-dessus des premiers; ils renferment souvent une grande quantité de débris d'animaux et de végétaux: 3.^o *terrains tertiaires*, composés des débris de ces deux premières espèces: 4.^o *terrains volcaniques*, formés par les laves et les cendres des volcans. 5.^o L'*humus* se trouve au-dessus de tous les autres terrains; il est seul propre à la végétation. Parmi les substances que l'on extrait du globe on doit distinguer: 1.^o les pierres précieuses, telles que les diamants, les rubis etc.: 2.^o les métaux, tels que l'or, le platine, l'argent etc.: 3.^o les minéraux combustibles. Les eaux répandues à la surface du globe se divisent en deux parties, les

eaux marines ou la mer, et les *eaux continentales*. L'eau s'offre à nous sous trois états différents: dans l'état de liquide, c'est de l'eau proprement dite; dans l'état de glace ou de neige; et enfin dans l'état de fluide, lorsque la chaleur la réduit en vapeurs qui se condensent ensuite, et forment les brouillards et les nuages. Les *eaux marines* sont amères et salées. Le fond de la mer offre les mêmes inégalités que la surface des terres. La mer est peuplée d'une multitude d'animaux qui nous sont en partie inconnus; il y croît aussi des plantes d'une nature particulière. Les eaux de la mer sont soumises à trois sortes de mouvements: 1.^o *mouvements atmosphériques*; produits par l'impulsion des vents qui soulèvent quelquefois d'énormes vagues: 2.^o les *courants*; de grands mouvements qui portent les eaux de la mer dans une certaine direction: 3.^o les *marées*; des oscillations régulières qui se répètent deux fois dans l'intervalle d'un jour et 51 minutes. Les eaux s'élèvent et s'étendent sur le rivage pendant environ six heures: c'est le moment du *flux*; parvenues à leur plus grande hauteur, elles restent stationnaires pendant près d'un quart d'heure, et s'abaissent et se retirent ensuite pendant le même temps qu'elles ont mis à s'élever: c'est le moment du *reflux*. La mer demeure basse environ une demi-heure, puis elle recommence à monter. Les vapeurs qui s'élèvent de l'Océan et de tous les lieux forment les *nuages*, qui se résolvent en *pluie*. L'eau des pluies s'infiltré dans la terre, et y forme des *sources* qui alimentent les *ruisseaux*. Les ruisseaux, en se réunissant, forment les *rivères*, et enfin des *fleuves* qui roulent leurs eaux jusque dans la mer. La *rive droite* d'un fleuve est celle qui se trouve à la droite d'une personne qui suit le courant de l'eau; l'autre rive est la *rive gauche*. On appelle *eaux minérales* celles qui, en coulant dans le sein de la terre, se chargent de substances minérales, telles que le

soufre, le fer etc. On les appelle *thermales* lorsqu'elles sont échauffées par une cause qui n'est pas encore bien connue mais que l'on attribue à la chaleur intérieure de la terre. Leur chaleur est quelquefois égale à celle de l'eau bouillante. L' *atmosphère* est un mélange de différents fluides qui entourent le globe jusqu' à la hauteur de 70 à 90 kilomètres: c'est l'air que nous respirons. L'air est transparent, et, quand le ciel est pur, il semble avoir une belle couleur bleue. L'atmosphère réfléchit, et détourne ou réfracte les rayons de lumière du soleil, de sorte que nous voyons le jour avant que cet astre s'élève au-dessus de l'horizon, et après qu'il s'est abaissé au-dessous. Les *arcs-en-ciel* sont causés par la réfraction et la décomposition de la lumière dans les globules d'eau de pluie suspendus en l'air. L'atmosphère éprouve des mouvements qui en déplacent les parties dans différents sens; on les nomme *vents*. Lorsque deux vents opposés se rencontrent, ils produisent un tourbillon rapide, connu sous le nom de *trombe* ou de *siphon*. Aucune partie du globe n'est à l'abri de ce redoutable phénomène. Le *fluide électrique* manifeste sa présence dans l'atmosphère par divers phénomènes; le plus connu est la *foudre*, qui n'est autre chose qu'une explosion électrique. L'*aiguille aimantée* tourne sans cesse une de ses pointes vers le nord et l'autre vers le sud. On remarque deux irrégularités dans cette direction de l'aiguille: la *déclinaison* et l'*inclinaison*. La *déclinaison* est l'angle que l'aiguille fait avec le méridien du lieu où l'on se trouve. L'*inclinaison* est l'angle que l'aiguille aimantée fait avec l'horizon. Les *aurores boréales* offrent l'aspect d'un arc de cercle lumineux. Les différentes espèces de végétaux ne croissent pas également sous tous les climats. La zone glaciale produit peu d'espèces de végétaux. Dans la zone tempérée, les pins, les sapins et les mélèzes s'étendent jusqu' aux limites de la zone glaciale, et la franchissent même en quel-

ques lieux: à mesure qu'on avance vers le sud, on trouve le hêtre, le chêne, l'érable, l'orme, le tilleul, le cèdre, le cyprès, le liège. Les pommiers commencent à croître à la latitude de 60°; les cérisiers se tiennent encore plus loin du pôle; les poiriers viennent ensuite; et toujours en se rapprochant des tropiques, on trouve successivement les pruniers, les châtaigniers, les noyers, la vigne, le figuier, l'olivier, et l'oranger qui s'étend dans la zone torride, et occupe sur la terre plus de place qu'aucun autre arbre fruitier. Les diverses sortes de blés sont répandues dans toute la zone tempérée; le riz et le maïs abondent dans le midi. La zone torride voit mûrir les fruits les plus succulents et les aromates du goût le plus relevé: toute la végétation y a plus de force et d'éclat. On y voit des arbres qui s'élèvent deux fois aussi haut que nos chênes, et qui se couvrent de fleurs aussi belles que nos lis: c'est là que croissent la canne à sucre, le caféier, le palmier, l'arbre à pain, l'immense baobab, le palmiste, le cacaoyer, le vanillier, le cannellier, le muscadier, le poivrier etc. Cette classification des végétaux d'après les différentes latitudes n'est pas toujours exacte. Parmi les *animaux*, les uns ne peuvent vivre que sur les glaces du nord: tels sont l'ours blanc, le renne, l'isatis ou renard polaire; les martres, les hermines, le castor; et en général tous les animaux à fourrures habitent vers le nord. Les mers glaciales sont habitées par les baleines et quelques espèces de phoques. Les contrées tempérées offrent peu d'espèces qui leur appartiennent exclusivement: le chien, le cheval, l'âne, le bœuf, la brebis ont suivi l'homme dans presque toutes ses migrations. Ces contrées ont peu d'animaux malfaisants: l'ours, le loup, l'aigle sont presque les seuls animaux carnassiers qui s'y fassent redouter. Les espèces faibles, et innocentes s'y montrent en grand nombre; le lapin, le lièvre, le cerf, une multitude d'animaux sédentaires les ha-

bitent. C'est dans les régions les plus chaudes que la nature produit les animaux terrestres les plus redoutables: le lion, le tigre, la panthère, l'hyène, les serpents, les cocodriles. On y voit aussi les oiseaux et les quadrupèdes paisibles, les plus grands et les plus forts: l'autruche, le caoïar, le condor, l'éléphant, le rinocéros, l'hippopotame, la girafe, en fin le chameau que l'homme a répandus dans plusieurs contrées de la zone tempérée. Les mêmes régions nourrissent aussi les insectes les plus brillants et les oiseaux du plus éclatant plumage, tels que le perroquets, les colibris, les oiseaux de paradis, &c. Le nouveau continent ne nourrit aucun des grands quadrupèdes que nous venons de nommer.

Tous les hommes répandus sur la terre ne forment qu'une seule espèce d'êtres organisés; mais ils sont divisés en plusieurs races, que le climat, le genre de vie, ou d'autres causes inconnues, ont rendues assez différentes les unes des autres pour qu'on puisse les désigner par des noms particuliers. Toutes ces races réunies forment une population que l'on estime à plus de onze cent millions d'individus.

Tous les peuples reconnaissent l'existence de quelque divinité; mais tous n'honorent pas de la même manière celle qui est l'objet de leur culte. Les principales religions répandues sur la terre sont: le *christianisme*, le *mahométisme*, le *brahmanisme*, le *bouddhisme*, qui reconnaissent un seul Dieu; et le *polythéisme* comprenant toutes les religions qui enseignent l'existence de plusieurs divinités.

Le *Christianisme* est la religion révélée par Jésus-Christ. Les peuples d'après leur manière de vivre et les progrès qu'ils ont faits dans les arts, peuvent se diviser en trois classes: 1.º les *sauvages* n'ont pas d'autre culte que de vaines superstitions; ils ne connaissent point l'art d'écrire; leur industrie se borne à un peu de jardinage, à la pêche,

à la chasse; ils sont ordinairement nomades ou errants, et ne forment que de très-petites peuplades: 2.^o les peuples *barbares* ou demi-civilisés ont un culte religieux et des lois; ils connaissent plusieurs arts, même celui de l'écriture. 3.^o Les peuples *civilisés* ont perfectionné les arts mécaniques; ils cultivent les sciences, les lettres et les beaux-arts.

MM. Meissas et Michelot.

La boussole.

Les anciens n'ayant pas la boussole, ne pouvaient guère naviguer que sur les côtes: aussi ils ne se servaient que de bâtiments à rames, petits et plats; presque toutes les rades étaient pour eux *des* ports; la science des pilotes était très-bornée. L'art était si imparfait, qu'on ne faisait guère avec mille rames, que ce qui se fait aujourd'hui avec cent. Les grands vaisseaux étaient désavantageux, en ce qu'étant difficilement mus par la chiourme, ils ne pouvaient pas faire les évolutions nécessaires.

Les vaisseaux anciens *étant* à rames, les plus légers, brisaient aisément celles des plus grands qui, pour lors, n'étaient plus que *des* machines immobiles, comme sont aujourd'hui nos vaisseaux démâtés. Depuis l'invention de la boussole on a changé de manière, on a abandonné les rames, on a fui les côtes, on a construit *de* gros vaisseaux, la machine est devenue plus composée, et les pratiques se sont multipliées.

L'invention de la poudre a fait une chose qu'on n'aurait pas soupçonnée, c'est que la force des armées navales a plus que jamais consisté dans l'art; car pour résister à la violence du canon, et ne pas essayer un feu supérieur, il

a fallu de gros navires; mais à la grandeur de la machine, on a dû proportionner la puissance de l'art.

D. de V. H. de V.

L'homme de mer. Il faut qu'il ajoute les connaissances aux talents.

Qu'est-ce qu'un homme de mer? C'est un homme qui, placé sur un élément orageux où il a des ennemis à combattre, doit mettre toute la nature d'intelligence avec lui-même; connaître toute les qualités du navire qu'il monte, en saisir d'un coup d'œil toutes les parties; leur commander comme l'âme commande au corps, avec le même empire et la même rapidité; distinguer la direction réelle des vents de leur direction apparente; diminuer ou augmenter à son gré l'impulsion; tirer de la même force des effets tout contraires; se rendre maître de l'agitation des vagues, ou même la faire concourir à la victoire; enchaîner l'inconstance de tant de causes différentes, de la combinaison desquelles résulte le succès; enfin, calculer les probabilités et maîtriser les hasards: tel est l'art d'un homme de mer.

La nature, sans doute, contribue à le former: elle lui donne le génie des détails, ce *coup d'œil* qui saisit les rapports, cet instinct qui décide tandis que la raison balance, et le courage qui agit quand la prudence délibère. Mais la nature ne fait que commencer l'ouvrage, c'est à l'homme à l'achever; il faut qu'il ajoute les connaissances aux talents. Où les prendra-t-il? *sera-ce* au milieu des cours? dans les villes? dans l'oisiveté des ports? Non, ce sera parmi les travaux, les dangers et les épreuves de la mer. Mais ces épreuves ne doivent point être dangereuses pour la patrie: il faut que l'homme de mer soit éprouvé au *plus grand* risque pour lui-même, au moindre pour l'Etat.

(*C'est*) du sein de la marine marchande (*que*) sont sortis et Jean-Bart, et Tourville, et le chevalier Paul: (*c'est*) elle (*qui*) a formé Duguay-Trouin....

Si jamais l'homme eut occasion de développer cet instinct de courage que lui donna la nature, c'est dans les combats qui *se livrent sur mer*. Les batailles de terre présentent, à la vérité, un spectacle terrible; mais *du moins* le sol qui porte les combattants ne menace point de s'entr'ouvrir sous leurs pas; l'air qui les environne n'est pas leur ennemi, et les laisse diriger leurs mouvements à leur gré; la terre entière leur est ouverte pour échapper au danger.

Dans les combats de mer tout conspire à augmenter les périls, à diminuer les ressources. L'eau *n'* offre *que des* abîmes, dont la surface, balancée par d'éternelles secousses, est toujours prête à s'ouvrir. L'air agité par les vents produit les orages, *trompe* les efforts de l'homme et le précipite au-devant de la mort qu'il veut éviter. Le feu déployé sur les eaux son activité terrible, entr'ouvre les vaisseaux, et réunit la double horreur d'un naufrage et d'un embrasement. La terre, ou reculée à une grande distance, refuse son asile; ou si elle est près, sa proximité même est dangereuse, et le refuge est souvent un écueil. L'homme isolé est séparé du monde entier, est reserré dans une prison étroite d'où il ne peut sortir, tandis que la mort y entre de toutes parts. Mais parmi ces horreurs, il trouve quelque chose de plus terrible pour lui: c'est l'homme son semblable, qui, armé du fer et mêlant l'art à la fureur, l'approche, le joint, le combat, lutte contre lui sur ce vaste tombeau, et unit les efforts de sa rage à celle de l'eau, des vents et du feu....

Il est pour l'homme de mer d'autres études, *il est* des moments plus tranquilles, où dans le calme des sens, son génie s'instruit par les sciences et se forme par les réflexions. La marine, comme tous les autres arts, ne fut d'abord

que le résultat informe de quelques combinaisons grossières: car l'esprit du genre humain a eu son enfance comme elui de tous les hommes. Le temps, qui agit lentement, mais qui agit sans cesse; l'expérience qui voit tous les avantages et tous les abus; la pratique des hommes de mer, les observations de quelques hommes de génie qui saisissent en un instant ce que des nations et des siècles n'ont point vu, l'activité des passions qui cherchent à exécuter de grandes choses, et plus que tout cela peut-être, le hasard qui découvre des choses utiles échappées à la méditation du genre humain, toutes ces causes réunies ont étendu les idées et changé la marine en une science vaste dont la philosophie est l'âme, et qui embrasse l'air, les cieux, la terre et les mers.

L'art d'Euclide est le fondement des connaissances d'un homme de mer. Duguay-Trouin étudie les rapports de l'étendue. Aidé de cette science, il s'élève dans les cieux pour y chercher des points fixes; de là il mesure les mers; il observe la nature de cet élément, les qualités qui lui sont partout communes, celles qu'il reçoit de la diversité des climats, de l'inconstance des saisons et des vents, de la distance ou de la proximité des terres.

C'est de ces connaissances combinées que résulte l'art du pilotage: c'est par lui que Duguay-Trouin apprend à diriger le cours d'un vaisseau. Souvent il prend en main le crayon, le télescope et le compas. Son *œil* est tantôt fixé sur les cieux, tantôt égaré sur les mers, quelquefois attaché sur les côtes. Il s'avance *la sonde* à la main, il calcule les profondeurs et les distances. Celui qui un instant auparavant était dans le combat un guerrier intrépide et bouillant, est ici un observateur tranquille, et qui sait prendre toutes les précautions de la crainte.

Ne croyez pas que ces *études multipliées* suffisent pour former le grand homme de mer. Un vaisseau est une masse

immense et compliquée: il faut donner le mouvement à ce grand corps, malgré sa masse; il faut le régler malgré l'agitation de la mer et la violence des vents. Les deux éléments qui le font mouvoir sont ses deux ennemis les plus redoutables. Comment *mettre à profit* tout ce qu'ils ont d'utile et enchaîner ce qu'ils ont de dangereux? *C'est la manœuvre qui opère ces prodiges.*

Il joint à tant d'études celle des exemples. Les merveilles de la navigation et de la guerre se reproduisent *sous ses yeux*. Souvent dans le silence de la nuit, tandis que tout repose, tandis que son vaisseau fend la mer d'un cours tranquille, Duguay Trouin, seul et retiré, veille à la lueur d'un flambeau. Il parcourt les annales des mers; et lorsqu'il lit de grandes actions, son âme s'élève; il s'enflamme et palpète de plaisir, d'admiration et de joie.

Thomas.

Voyage de circomnavigation.

La Terre est arrondie dans tous les sens. Il restait, pour démontrer d'une manière absolue la rondeur de la Terre, à effectuer un *voyage autour du monde*. C'est ce que le célèbre *Magalhaens* entreprit le premier. Parti du petit port de *Sanlúcar de Barrameda*, situé à l'embouchure du Guadalquivir, le 21 septembre 1519, il se dirigea vers le sud-ouest, et aborda, successivement, à Ténériffe, à Rio-Janeiro et au port de Saint Julien, dans la Patagonie. Le 21 octobre 1520, il découvrit à la pointe de l'Amérique méridionale, le détroit qui porte son nom; puis, remontant vers le nord-ouest, il traversa le grand Océan, et arriva aux îles Philippines. C'est à Zébu, l'une de ces dernières, qu'il périt dans un combat, le 26 avril 1521. Un seul vaisseau et dix-huit hommes d'équipage, commandés par Sébastien

del Cano, continuèrent leur route vers l'ouest, et rentrèrent à San-Lucar le 6 septembre 1522, comme s'ils *fussent* venus de l'orient.

E. Catalan.

Navire. C'est le nom générique de toutes les embarcation qui servent à transporter, *sur mer*, les hommes ou les choses. La plus petite barque, destinée à naviguer sur les eaux de la mer, et le plus grand bâtiment, sont également des navires. Cependant ce mot sert plus spécialement à désigner les bâtiments de la marine marchande, tandis que le mot *bâtiment* s'applique surtout à ceux qui appartiennent à l'Etat.

Outre ce nom générique, on emploie un grand nombre de dénominations spéciales pour désigner les diverses espèces de navires. Ces noms varient suivant la nature, le grément, la forme, le tonnage, la nation et autres circonstances de détail.

Hautefeuille.

Une tempête sur mer.

Le ciel était serein, on n'y voyait que quelques petits nuages cuivrés, semblables à des vapeurs rousses, qui le traversaient avec plus de vitesse que celle des oiseaux; mais la mer était *sillonée* par cinq ou six vagues longues et élevées, semblables à des chaînes de collines *espacées* entre elles par de larges et profondes vallées. Chacune de ces collines aquatiques était à deux ou trois étages; le vent détachait de leurs sommets anguleux une espèce de crinière d'écume où se peignaient, ça et là, les couleurs de l'*arc-en-ciel*. Il en emportait aussi des *tourbillons* d'une poussière blanche qui se répandait au loin, dans leur va-

llons, comme celle qu'il élève sur les *grands chemins* en été. Ce qu'il y avait de plus redoutable, c'est que quelques sommets de ces collines, poussés en avant de leur base par la violence du vent, se *déferlaient* en énormes voûtes qui se *roulaient* sur elles-mêmes en mugissant et en écumant, et qui eussent englouti le plus gros vaisseau, s'il se fût trouvé sous leurs ruines. L'état de notre vaisseau concourait avec celui de la mer à rendre notre situation affreuse. Notre *grand mât* avait été brisé la nuit par la foudre, et le *mât de misaine*, notre unique voile, avait été emporté par le vent. Le vaisseau, incapable de *gouverner, voguait en travers*, jouet du vent et des lames. J'étais sur le *gaillard d'arrière*, me tenant accroché aux *haubans* du *mât d'artimon*, tâchant de me familiariser avec ce terrible spectacle. Quand une de ces montagnes *approchait de nous*, j'en voyais le sommet à la hauteur de nos *luniers*, c'est-à-dire à plus de cinquante pieds au-dessus de ma tête; mais la base de *cette* effroyable *digue* venant à passer sous notre vaisseau, elle faisait tellement *pencher*, que ses *grandes vergues* trempaient à moitié dans la mer qui mouillait le pied de ses mâts, de sorte qu'il était au moment de *chavirer*.

D. de l'H. de V.

Bateaux à vapeur.

Si le commerce est le lien des nations, les voies fluviales et la mer, destinées en apparence à les séparer, *sont devenues* l'élément le plus actif de leur rapprochement. La navigation a transformé en énergique moyen d'action l'obstacle lui-même: *alors que* les routes de terre étaient rares et peu sûres, l'eau et le vent portèrent aux extrémités du monde connu les hommes et les choses, en les rapprochant pour favoriser les échanges.

A mesure que les chemins, tracés sur le *sol*, se multi-

plièrent en s'améliorant, une sorte de mouvement parallèle s'est produit dans les transports par eau: les canaux s'ajoutèrent aux routes naturelles, la construction des navires reçut des perfectionnements nombreux, la boussole permit d'explorer l'univers tout entier.

L'histoire de la navigation à vapeur a trop d'importance, elle exerce une influence trop grande sur tout le mouvement commercial du monde, pour que nous la *passions sous silence*.

La première idée de faire servir une machine à vapeur à mouvoir des rames à palettes qui entraîneraient la marche du navire, remonte à 1695; elle appartient à celui qui découvrit un agent nouveau, infatigable, inépuisable, dans l'expansion de l'eau dilatée par la chaleur, à Denis Papin.

La première application couronnée de succès, date de 1783; c'est aussi un Français, le marquis de Jouffroy, qui la mena à bonne fin. Il vint à Paris et là, après avoir vu le jeu de la *pompe à feu* de Chaillot (première application en France de la vapeur à l'industrie), il acquit la conviction qu'on pourrait également bien l'employer comme propulseur.

Un ingénieur, Constantin Perrier, qui avait installé la pompe à feu à Chaillot, se livra, en même temps que de Jouffroy et quelques amis de ce dernier, aux premiers essais.

Ils avaient calculé la force contraire que devait présenter l'eau, pour remonter le courant, d'après la résistance du navire remorqué par des chevaux, sur le chemin de halage. De Jouffroy comprit qu'en prenant son point d'appui dans l'eau, il fallait une force plus considérable. Perrier ne voulut pas se rendre à ses raisons; peut-être *fit-il* peu d'attention à ce gentilhomme, qui, *à ses yeux, se mêlait de ce qu'il ne devait guère savoir*.

De Jouffroy, avec la foi d'un homme qui, ayant entrevu

la vérité, est décidé d'aller jusqu'au bout, continua à se livrer à de nouvelles expériences; en 1780, il fit fabriquer dans les ateliers de MM. Frère-Jean, à Lyon, une machine qu'il mit sur un bateau de 46 mètres de longueur, avec une charge de 300 milliers. Le 15 juillet 1783, il remonta la Saône *au grand ébahissement* des spectateurs qui voyaient le navire se mouvoir par sa propre impulsion, sans rames et sans voiles. L'Académie de Lyon avait été conviée à cette expérience. Elle y assista, et procès-verbal en fut dressé.

Les privilèges se délivraient alors après examen préalable. De Jouffroy le demanda, en s'appuyant sur l'expérience heureusement accomplie. L'Académie demanda que l'expérience fût renouvelée à Paris. Il fallait pour cela des fonds assez considérables, et de Jouffroy était au bout de ressources. Il dut ajourner ses espérances; les événements politiques le jetèrent dans l'émigration.

L'idée de la navigation à vapeur après avoir touché le domaine de l'application, retomba dans des essais moins heureux jusqu'au moment où le génie de Fulton l'amena au but, vainement poursuivi. Doué d'une persévérance infatigable, il ne se laissa point décourager par de nombreux échecs, et il finit par doter les États-Unis et le monde d'une des plus fécondes inventions des temps modernes. Napoléon avait saisi toute la portée de la pensée de Fulton, et il *était impatient* d'en voir la réalisation. Par des motifs qui n'ont jamais été suffisamment expliqués, un examen ordonné par l'empereur n'eut pas lieu. Fulton, oublié et méconnu, risquait de subir le triste sort qui avait atteint le marquis de Jouffroy, lorsqu'un homme illustre, Livingston, vint lui prêter son appui.

Déjà, le 9 août 1803, un bateau construit par Fulton à l'île des Cygnes, grâce aux ressources que Livingston avait mises à sa disposition, navigua sur la Seine, en marchant

contre le courant avec une vitesse de six kilomètres à l'heure.

Mais le public, les savants et l'administration n'arrêtèrent pas longtemps leur pensée sur ce merveilleux phénomène, et Fulton dut reporter dans sa patrie la découverte qui immortalisa son nom.

Livingston avait, en 1797, obtenu le privilège de la navigation à la vapeur dans toutes les eaux des Etats-Unis, et ce privilège fut prolongé de 20 années à partir de 1803, en faveur de Livingston et de Fulton.

De véritables flottes de bateaux à vapeur se *croisent* entre l'Amérique et l'Europe; de jour en jour les dimensions de ces vaisseaux, véritables villes mouvantes *s'accroissent*, et la vitesse du trajet augmente. Ce mode de communication est devenu à la fois de nécessité commerciale et politique.

Les tempêtes et les naufrages n'ont pas épargné la navigation à voiles, mais ils ont plus de retentissement quand ils atteignent la navigation à vapeur. Il y a ici quelque chose d'analogue aux accidents sur les chemins de fer, qui cependant, en fin de compte, laissent moins de victimes que les accidents sur les routes ordinaires.

L. Wolowski.

Ejercicios de analogía, y algunas advertencias para manejar el diccionario.

Le livre, du maître, au père, la plume, de la femme, à la vie, l'enfant, de l'eau, à l'ange, les livres, des femmes, aux hommes, le oui, le onze, la huitième.

Livre, livres, le bras, les bras, la voix, les voix, le nez, les nez, cheval, chevaux, bals, regals, locaux, carnivals, l'eau, les eaux, feu, feux, pou, poux, bleus, clous, trous,

fous, filous, sous, verrous, matous, enfant, moment, enfans, momens, enfans, momens, ciel, *cieux*, ciels, aïeul, aïeux, aïeuls, œil, yèux, œils, jeune *homme*, jeunes *gens*. *La douleur, la fin, le printemps, le sang.*

Un homme savant, une femme savante, homme aveugle, femme aveugle, blanc, *blanche*, franc, *franche*, sec, *sèche*, caduc, *caduque*, public, *publique*, ture, *turque*, grec, *grecque*, cruel, *cruel-le*, pareil-*le*, nul-*le*; paysan-*ne*, mien-*ne*, bas-*se*, épais-*se*, expres-*se*, fou, *folle*, beau, *belle*, trompeur, *trompeuse*, meilleur-*e*, tuteur, *tutrice*, long, *longue*, actif, *active*.

Pierre est *aussi* savant *que* Jean. Pierre est *moins* savant etc. Pierre est *plus* savant etc. Pierre n'est pas *si* savant *que* etc. meilleur, moindre, pire. Pierre parle *mieux* *que* Jean.

Très, fort, bien, extrêmement, très-savant etc, illustrissime, *petit* homme, histoire, historiette, Charles, Charlot, perdrix, perdreau, *grand, gros.*

ANALOGIA DE TERMINACIONES.—Misérable, horrible, ingrât, soldat, animal, canal, banc, romain, Océan, constance, prudence, constant, prudent, salaire, bonté, poésie, justice, perfide, jardin, destin, gallicisme, liste, actif, erreur, oratoire, histoire, glorieux, ridicule, particule, singulier, figure.

0, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, **16**, 20, **21, 22**, 30, **31, 32**, 40, 41, 46, 50, 60, **70, 71, 72, 80**, 81, 88, 89, **90**, 91, 95, 96, 100, 200, 348, 495, 516, 674, 783, 803, 999, 1000. **1400**, 1672, 1825, **1996**, 2000, 1.000.000. Premier, second, *deuxième*, *troisième*, quatrième, cinquième, neuvième, Charles *trois*, François premier, Philippe second, Charles *quint*, Sixte *quint*, Clément onze *ú* onzième.

Paire, couple, demi-douzaine, *huitaine*, octave, neuvaine, dixaine, douzaine, quinzaine, vingtaine, trentaine,

quarantaine, cinquante, soixante, millier, 2, 6, 8, 9, 10, 12, 15, 20, 30, 40, 50, 60, 100, 1000, la moitié, le tiers, le quart, le cinquième, la dîme.

Je porte, tu finis, il ó elle reçoit, nous défendons, vous répondez, ils ó elles répandent, moi, toi, lui, eux, mon livre, ton père, son canif, ma mère, ta sœur, sa fille, mon âme, ton âme, son âme, mes livres, tes maisons, ses amis, notre, votre, leur, nos, vos, leurs, votre frère, vos frères, le mien, la mien-ne, le tien, la tien-ne, le sien, la sien-ne, le ó la nôtre, le vôtre, la vôtre, le ó la leur, c'est à moi, c'est à Jean, un de mes amis, madame, mesdames, mademoiselle, mesdemoiselles, ce jardin, cet homme, cette femme, ces jardins, ces femmes, ci, là, ce livre-ci, ce livre-là, celui-ci, celui-là, celle-ci, celle-là, ceux-ci, ceux-là, celles-ci, celles-là, celui que, ceux qui, celles qui, ce qui, celui de, celle de, ceux de, celles de, ceci, cela, qui, que, quoi, quel-le, dont, l'homme qui parle, la vertu que je respecte, voici, voilà sur quoi je me fonde, quelle beauté nous offre le spectacle de la nature!

Port-er, fin-ir, rec-evoir, rép-and-re, déf-end-re conf-ond-re, pl-ai-re, par-ait-re, cr-aind-re, p-eind-re, j-oind-re, trad-ui-re.

Port-ant, fin-issant, rec-evant, rép-andant, déf-endant, conf-ondant, pl-aisant, par-aissant, cr-aignant, p-eignant, j-oignant, trad-uisant.

Port-é, fin-i, reç-u, rép-andu, déf-enfu, conf-ondu, pl-u, par-u, cr-aint, p-eint, j-oint, trad-uit.

Port-e, es, e, fin-is, is, it, réc-ois, ois, oit, rép-and, and, and, déf-ends, ends, end, conf-ons, onds, ond, pl-ais, ais, ait, par-ais, ais, ait, cr-ains, ains, aint, p-eins, eins, eint, j-oins, oins, oint, trad-uis, uis, uit.

Port-ai, fin-is, reç-us, rép-andis, déf-endis, conf-ondis, pl-us, par-us, cr-aignis, p-eignis, j-oignis, trad-uisis.

Ai, as, a, âmes, âtes, èrent: terminacion de pretérito de-

finido que corresponde á infinitivo en *er*.

Is, is, it, ímes, ítes, írent á infinitivo en *ir, andre, endre, ondre, aindre, eindre, oindre, uire*.

Us, us, ut, úmes, útes, urent, á infinitivo en *evoir, aire, aître*.

De los cinco tiempos primitivos que son; infinitivo presente, gerundio, participio, singular de presente de indicativo, y pretérito definido se forman todos los demás así: *plural de presente de indicativo*, del gerundio quitando *ant* y poniendo en su lugar *ons, ez, ent*, ej. port-*ant*, port-*ons*, etc.: *imperfecto de indicativo*, del mismo poniendo en vez de *ant, ais, ais, ait, ions, iez, aient*, ej. port-*ant*, port-*ais*, etc. Del mismo tiempo y poniendo en vez de *ant, e, es, e, ions, iez, ent* se forma el *presente de subjuntivo*, ej. port-*ant*, port-*e*, port-*es* &c.

Del mismo tambien el *plural del imperativo*, poniendo *ons, ez*, ej.: port-*ant*, port-*ons*, port-*ez*.

El *futuro simple*, del *infinitivo* poniendo en vez de *r ó re, rai, ras, ra, rons, rez, ront*, ej.: fini-*r*, fini-*rai*, fini-*ras* &c. El *condicional*, del mismo tiempo poniendo en vez de *r ó re, rais, rais, rait, rions, riez, raient*, ej.: tradui-*re*, tradui-*rais*, *rais*, etc.

El *imperfecto de subjuntivo*, del *pretérito definido*. Como este ha de acabar en *ai, is, ó us*, póngase *asse, asses, át, assions, assiez, assent; isse, isses, ít*, etc.; *usse, usses, út*, etc. en vez de la terminacion y quedará formado aquel, je. je port-*ai*, je port-*asse*; je fin-*is*, tu fin-*isses*; je reç-*us*, il reç-*út*.

La 2.^a persona del imperativo es igual á la misma del singular del presente de indicativo. En los verbos en *es* no tiene *s* generalmente: ej.: port-*es*, port-*e*, fin-*is*, fin-*is* &c.

Los tiempos compuestos se forman con los verbos *avoir* ó *être*, y el participio del que se conjuga; nous avons *parlé*: ils sont *punis*.

En resúmen: del *infinitivo* se forman: el *futuro simple* y el *condicional*: del *gerundio*: plural de presente de indicativo, pretérito imperfecto de idem, presente de subjuntivo y plural de imperativo: del *sing. presente de indicativo*: la segunda persona *sing. de imperativo*: del *pretérito definido*: el *imperfecto de subjuntivo*.

En rigor no hay mas tiempo primitivo que el *infinitivo presente*: es posible, pues, resolver esta cuestion: dado un *infinitivo* encontrar los demás tiempos llamados (para simplificar el estudio) primitivos.

Para ello tómesese un infinitivo cualquiera, fin-*ir*, por ej.: se verá que cambia la terminacion *ir* en *issant* para el gerundio, en *is, is, it*, para singular de presente de indicativo, en *i* para el participio, y en *is, is, it, ímes, ítes, írent* para el pretérito definido.

Conocidos los primitivos, se ha visto el modo de formar los derivados. Será posible pues, dado un infinitivo formar los demás tiempos.

Por el contrario, dado un tiempo cualquiera será posible encontrar, si es derivado, su primitivo, y si es primitivo, el infinitivo. Para ello se procederá al contrario que para formacion de derivados. Sirva de ejemplo el siguiente: *fournissait*: terminacion *ait* es muchas veces *pretérito imperfecto*, que se formó del gerundio quitando *ant*: el gerundio debe ser *fournissant*: gerundio terminado en *issant* corresponde á infinitivo en *ir*: el infinitivo que se busca debe ser *fournir*: búsquese en el diccionario así y conjúguese en español; dará por resultado que *fournissait* significa *suministraba*. Propóngase el alumno cualquier otro verbo y tiempo y verá igual resultado, que es el que necesita á cada paso en la traduccion. En esta se presentan indiferentemente todos los tiempos y el diccionario solo da el infinitivo.

No se alcanza tanta exactitud en los verbos en *avoir*, pero estos son los menos.

Tampoco en los irregulares. Su nombre indica que se hallan fuera de las reglas que se dan para la mayoría de casos.

Para buscar en el diccionario los nombres, adjetivos y demás partes variables de la oración, téngase presente que de los nombres se encontrará solo el singular, de los adjetivos el singular masculino. Es necesario buscar las palabras siguiendo la regla contraria á la que se diera para formar el plural, el femenino, etc. Ej.: encuéntrase en la traducción la palabra *chevaux* cuyo significado se ignora: se busca en el diccionario y no se encuentra: recuérdese que los nombres en *al* cambian esta terminacion en *aux* y por lo mismo el singular debe ser *cheval*, caballo, que es lo que se encontrará.

En los tiempos compuestos téngase por verbo el *auxiliar* y no el *participio* para los efectos de las partículas negativas *ne, pas, point, guère*; para posponer el pronombre en la interrogativa, y para la colocacion de las partículas *y, en*.

NOTA.—Nos hemos detenido mas de lo que pensábamos y de lo que queríamos en pormenores relativos á verbos y manejo de diccionario, porque á cada paso observamos que por falta de práctica en ambas cosas, alumnos de muy buen deseo adelantan menos de lo que debieran, no pudiendo preparar las traducciones por sí mismos.

Lista de verbos irregulares mas usuales. Aller, envoyer, sentir, dormir, sortir, partir, ouvrir, servir, souffrir, offrir, venir, haïr, bouillir, courir, fuir, mourir, acquérir, cueillir, s'asseoir, voir, pourvoir, prévoir, pouvoir, savoir, vouloir, valoir, prendre, faire, naître, dire, suffire, écrire, lire, luire, perdre, mordre, coudre, moudre, rompre, battre, mettre, suivre, vivre, boire, croire, conclure, exclure.

Impersonales propios: Falloir, fallu, il faut, il fallait, il fallut, il faudra, il faudrait, qu'il faille, qu'il fallût. Pleuvoir, pleuvant, plu, il pleut, il pleuvait, il plut, il

pleuvra, il pleuvrait, qu'il pleuve, qu'il plût. Gélér. Neiger. Eclairer. Tonner. Gréler. Bruiner. Se conjugan en la tercera persona de singular precedida de *il*.

Impersonales improprios. Il y a, il y avait y demás terceras personas de singular de avoir precedidas de *il y*. Il est juste, il était juste etc. Arriver, paraître, pouvoir, s'agir, convenir, plaire, suffire, servir, valoir, se souvenir, s'en suivre, tenir, faire, il fait chaud, il fait froid etc., il fait beau, il fait vilain. On dit, on pense.

Demain, hier, où, ici, combien, beaucoup, en gros, en détail, à petit bruit, à l'envi, être debout, aller à tâtons, franchement, pleinement, vraiment, prudemment, précisément, profondément, oui, en vérité, pas davantage, pas encore, peut-être.

A, de, avant, après, chez, sur, sous, avec, selon, pendant, outre, pour, par.

Et, ni, ou, mais, si, pourvu que, pourquoi, parce que, attendu, là-dessus, au reste, aussitôt, à tel point que, de mon mieux, plutôt que, plutôt que de.

Dieu merci, hélas! bis, bis; fi le vilain!, parbleu, gare l'eau, au feu, au voleur, silence, chut.

Je n'*avais* pas, *avez-vous* acheté le cheval? Tu n'y en *as* pas porté.

Ce que l'imitation de Jésus-Christ dit aux hommes.

Ames *que* le seigneur éprouve,

"Je suis la voix, je suis l'esprit,

"Je suis le jardin où l'on trouve

"L'herbe divine *qui* guérit."

Cœurs blessés *que* le deuil désole,

"Je parle à tout ce *qui* gémit.

"Je suis la bouche *qui* console,

”Je suis la main *qui* raffermi.”
Voyageurs *dont* le ciel se voile,
”Je suis le phare et la clarté;
”Je suis l’astre, je suis l’étoile
”*Qui* luit dans toute obscurité.”
Nochers *qui* sentez le courage
”Faillir dans votre cœur humain,
”Je suis votre ancre dans l’orage,
”La boussole en votre chemin.”
Vous tous *qu’* assiège la souffrance,
Que visite l’affliction,
”Je suis le vase d’espérance,
”L’urne de consolation.”
Vous tous dont quelque membre saigne,
”Je suis le baume des douleurs,
”Le livre d’or *qui* vous enseigne
Quel trésor vous feront vos pleurs.”
Vous tous *que* Dieu met à l’épreuve,
”Je suis l’abri toujours ouvert;
”Je suis la source où l’on s’abreuve
”Dans les sables du grand désert.”
Désespoirs, tristesses funèbres,
Nuits où l’on s’égare en luttant,
”Je suis dans toutes les ténèbres
”La douce aurore *qu’*on attend.”

Trad. Ch. André.

Le juge.

Un jour, dans une école, un jeune prince fut chargé par deux de ses camarades, dont l’un était grand et l’autre petit, de juger un différend qui s’était élevé entre eux.

Le petit disait:

—Mon camarade m'a pris mon habit qui est plus long et il m'a laissé le sien qui est plus court.

—Et pourquoi as-tu fait cela? demanda le prince au plus grand.

Celui-ci répondit:

—Nous avons, par simple badinage, changé nos habits. Le sien, qui est plus long, *va juste* à ma taille, et le mien, qui est plus court, lui sied à merveille. Alors, je me suis dit que cela était au mieux, et j'ai tenu le marché pour conclu.

Le jeune arbitre trouva ce raisonnement parfaitement juste, et exhorta le plus petit des deux plaideurs à s'accommoder de l'échange opéré.

Sur ces entrefaites, le maître était survenu. Quand il eut entendu le jugement, il dit au prince:

Fort bien jugé, mon prince, si vous aviez eu à partager les habits selon les convenances personnelles des deux parties. Mais il ne saurait s'agir de ces convenances dans le présent débat. Toute la question se réduit à ceci: "Est-ce juste?" Or, la première règle de la justice est celle-ci: "A chacun ce qui lui appartient."

Le même.

La politesse orne toutes les conditions.

Un homme de haute condition, qui était fort riche et qui gouvernait une province tout entière, se trouvait un jour dans la rue avec un autre personnage également riche et d'un rang distingué, et ils s'entretenaient ensemble.

En ce moment, un pauvre esclave nègre passa auprès des deux seigneurs et les salua avec une grande politesse. Le gouverneur répondit à ce salut de la manière la plus affable.

—Comment! s'écria aussitôt l'autre personnage, Votre

Excellence s'abaisse au point de répondre au salut d'un simple esclave!

—Et pourquoi pas? répondit le gouverneur; je ne voudrais pour rien du monde qu'un pauvre esclave, qui n'a pas eu le bonheur de recevoir la moindre éducation, parût mieux élevé et fût plus poli que moi.

Cet excellent homme avait parfaitement raison. *La politesse orne toutes les conditions.*

Le même.

Les deux meilleurs témoins.

Un jeune homme, qui vivait dans le mal, fut conduit par la miséricorde divine dans une société de gens vertueux.

La pureté de leurs mœurs, la gaieté de leur esprit et la sérénité qui ne les quittait jamais, firent sur le jeune homme une impression si profonde qu'il voulut rentrer dans le chemin de la vertu. Il prit *de plus en plus* en horreur les mauvaises habitudes qu'il avait contractées; bien qu'il eût la plus grande peine à s'en corriger, il réussit cependant à s'affranchir de la lourde chaîne du vice et à devenir un homme plus modéré, plus laborieux, plus patient et plus doux envers ses semblables.

Dès ce moment, personne ne pouvait *plus* nier qu'il ne fût d'une conduite irréprochable: Cependant, beaucoup de gens interprétaient d'une manière odieuse l'heureux changement qui s'était opéré en lui; car ils ne cessaient de faire au jeune homme amendé un crime de sa conduite passée.

Il était profondément affligé de cette injustice.

Un jour, comme il s'en plaignait, en versant des larmes, à un vertueux vieillard qui était plus juste et plus humain que les autres, celui-ci lui dit:

—*Mon fils*, tu *vauz* infiniment *mieux* que la renommée. Rends-en grâces à Dieu. Bienheureux l'homme qui peut se dire: "Les autres trouvent en moi des fautes que je n'ai point." Et qu'importe, du reste, ce que tu peux paraître aux yeux de ceux qui ne sont ni sages ni purs? Le plus important, c'est d'être ce que tu es en réalité aux yeux des deux meilleurs témoins que l'homme puisse avoir, c'est-à-dire: *Dieu et la conscience*.

Le même.

Merveilleuses inventions de l'homme. Quelle en est la source.

Je ne suis pas de ceux qui *font grand état* des connaissances humaines, et je confesse, néanmoins, que je ne puis contempler sans admiration ces merveilleuses découvertes qu'a *faites* la science pour pénétrer la nature, ni tant de belles inventions que l'art a *trouvées* pour l'accommoder à notre usage. L'homme a presque *changé* la face du monde; il a *su* dompter, par l'esprit, les animaux qui le surmontaient par la force; il a su discipliner *leur* humeur brutale, et contraindre leur liberté indocile; il a même fléchi, par *adresse*, les créatures inanimées. La terre n'a-t-elle pas été forcée, par *son* industrie, à lui donner des aliments plus convenables? les plantes à corriger en *sa faveur*, *leur* aigreur sauvage? les venins mêmes à se tourner en remèdes pour l'amour de lui?

Quoi de plus? il est monté jusqu' aux cieux! Pour marcher plus sûrement, il a appris aux astres à le guider dans ses voyages; pour mesurer plus également sa vie, il a obligé le soleil à rendre compte, pour ainsi dire, de tous ses pas. C'est que Dieu *ayant* formé l'homme pour être le chef de l'univers; il *lui* a laissé un certain instinct de chercher *ce qui* lui manque dans toute l'étendue de la nature.

Comment aurait *pu* prendre un tel ascendant, une créature si faible et si exposée, selon le corps, aux insultes de toutes les autres, si elle n'avait en son esprit une force supérieure à toute la nature visible, un souffle immortel de l'esprit de Dieu, un rayon de sa face, un trait de sa ressemblance? Non, non, *il ne se peut autrement.*

Bossuet.

La Bétique

Le fleuve Bétis coule dans un pays fertile, et sous un ciel doux, qui est toujours serein. Le pays a pris le nom de *ce* fleuve qui se jette dans le grand Océan, assez près des colonnes d'Hercule, et de cet endroit où la mer furieuse, rompant ses digues, sépara autrefois la terre de Tarsis d'avec la grande Afrique. Ce pays semble avoir conservé les délices de l'âge d'or. Les hivers y sont tièdes, et les rigoureux aquilons n'y soufflent jamais. L'ardeur de l'été y est toujours tempérée par *des* zéphyrs rafraîchissants qui *viennent adoucir* l'air vers le milieu du jour. Ainsi toute l'année n'est qu'un heureux hymen du printemps et de l'automne qui semblent se donner la main. La terre, dans les vallons et dans les campagnes unies, y porte chaque année une double moisson. Les chemins y sont bordés de lauriers, de grenadiers, de jasmins, et d'autres arbres toujours verts et toujours fleuris. Les montagnes sont couvertes de troupeaux qui fournissent *des* laines fines recherchées de toutes les nations connues. *Il y a* plusieurs mines d'or et d'argent dans ce beau pays, mais les habitants, simples et heureux dans leur simplicité, ne daignent pas seulement *compter* l'or et l'argent parmi leurs richesses, ils n'estiment que ce qui sert véritablement aux besoins de l'homme.

Ils sont presque tous bergers ou laboureurs. On voit en ce pays *peu* d'artisans; car ils ne veulent souffrir *que* les

arts qui servent aux véritables nécessités des hommes; encore même, la plupart des hommes en ce pays, *étant* adonnés à l'agriculture ou à conduire *des* troupeaux, ne laissent pas d'exercer les arts nécessaires à leur vie simple et frugale.

Les femmes filent cette belle laine et *en* font *des* étoffes fines d'une merveilleuse blancheur; elles font le pain, *apprêtent à manger*; et ce travail leur est facile, car on ne vit en ce pays *que* de fruits ou de lait, et rarement de viande. Elles emploient le cuir de leurs moutons à faire une légère chaussure pour elles, pour leurs maris et pour leurs enfants; elles font *des tentes*, dont les unes sont de peaux cirées et les autres d'écorces d'arbres; elles font et lavent tous les habits de la famille et tiennent leurs meubles dans un ordre et dans une propreté admirables. Leurs habits sont *aisés à faire*; car en ce doux climat, on ne porte qu'une pièce d'étoffe fine et légère, qui n'est point taillée, et que chacun met à *longs plis* autour de son corps pour la modestie, lui donnant la forme qu'il veut.

Les hommes n'ont d'*autres* arts à exercer, *ou*tre la culture des terres et la conduite des troupeaux, que l'art de *mettre* le bois et le fer *en œuvre*; encore même ne se servent-ils guère du fer, excepté pour les instruments nécessaires au labourage. Tous les arts *qui regardent* l'architecture leur sont inutiles; car ils ne bâtissent jamais de maison. "C'est *disent-ils*, s'attacher trop à la terre, que de s'y faire une demeure qui dure plus que nous; *il suffit de* se défendre des injures de l'air."

Ils ont horreur de notre politesse, et il faut avouer que *la leur* est grande dans leur aimable simplicité. Ils vivent tous ensemble sans partager les terres; chaque famille est gouvernée par son chef qui en est le véritable roi. Le père de famille est en droit de punir chacun de ses enfants ou *petits-enfants* qui fait une mauvaise action; mais avant (que)

de le punir, il prend l'avis du reste de la famille. Ces punitions n'arrivent presque jamais, car l'innocence des mœurs, la bonne foi, l'obéissance et l'horreur du vice habitent dans cette heureuse terre. Il semble qu'Astrée qu'on dit s'est retirée dans le ciel, est encore *ici-bas* cachée parmi ces hommes. *Il ne faut point de juges* parmi eux, car leur propre conscience les juge. Tous les biens sont communs; les fruits des arbres, les légumes de la terre, les troupeaux, sont des richesses si abondantes, que des peuples si sobres et si modérés n'ont pas besoin de les partager. Chaque famille errante dans ce beau pays, transporte ses tentes d'un lieu à l'autre, quand elle a *consumé* les fruits et épuisé les pâturages de l'endroit où elle s'était mise. Ainsi, ils n'ont point d'intérêts à soutenir les uns contre les autres, et ils s'aiment tous d'un amour fraternel que rien ne trouble. C'est le retranchement des vaines richesses et des plaisirs trompeurs qui leur conserve cette paix, cette union et cette liberté. Ils sont tous libres, tous égaux. On ne voit parmi eux aucune distinction, que celle qui vient de l'expérience des sages vieillards, ou de la sagesse extraordinaire de quelques jeunes hommes qui égalent les vieillards *consommés* en vertu. La fraude, la violence, le parjure, les procès, les guerres ne font jamais entendre leur voix cruelle et empestée dans ce pays chéri des dieux. Jamais le sang humain n'a rougi cette terre, *à peine* y voit-on couler *celui des agneaux*. Quand on parle à ces peuples des batailles sanglantes, des rapides conquêtes, des renversements d'États qu'on voit dans les autres nations, ils ne peuvent assez s'étonner. Quoi! disent-ils, les hommes ne sont-ils pas assez mortels, sans se donner encore *les uns aux autres* une mort précipitée? La vie est si courte! et il semble qu'elle leur paraisse trop longue. Sont-ils sur la terre pour se déchirer *les uns les autres*, et pour se rendre mutuellement malheureux!

Fénelon (*Télémaque*).

Télémaque visite le Tartare.

Il entreprit de descendre aux enfers par un lieu célèbre qui n'était pas éloigné du *camp*; on l'appelait Achérontia, à cause qu'il y avait en ce lieu une caverne affreuse, de laquelle on descendait sur les rives de l'Achéron, par lequel les dieux mêmes craignent de jurer. La ville était sur un rocher, posée comme un nid sur le haut d'un arbre: au pied de ce rocher on trouvait la caverne, de laquelle les timides mortels n'osaient approcher; les bergers avaient soin d'en détourner les troupeaux. La vapeur soufrée du marais Stygien, qui s'exhalait sans cesse par cette ouverture, empestait l'air.

Tout autour, il ne croissait ni herbe ni fleurs; on n'y sentait jamais les doux zéphyrs, ni les grâces naissantes du printemps, ni les riches dons de l'automne; la terre aride y languissait: on y voyait seulement quelques arbustes dépouillés et quelques cyprès funestes. Au loin même, tout à l'entour, Cérès refusait aux laboureurs ses moissons dorées. Bacchus semblait en vain y promettre ses doux fruits; les grappes de raisin se desséchaient au lieu de mûrir. Les Naiades, tristes, ne faisaient point couler une onde pure: leurs flots étaient toujours amers et troubles. Les oiseaux ne chantaient jamais dans cette terre hérissée de ronces et d'épines, et n'y trouvaient aucun bocage pour se retirer: ils allaient chanter leurs amours sous un ciel plus doux. Là on n'entendait que le croassement des corbeaux et la voix lugubre des hiboux: l'herbe même y était amère, et les troupeaux qui la paissaient ne sentaient point la douce joie qui les fait bondir...

C'est là que Télémaque résolut de chercher le chemin de la sombre demeure de Pluton. Minerve, qui veillait sans cesse sur lui, et qui le couvrait de son égide, lui avait

rendu Pluton favorable. Jupiter *même*, à la prière de Minerve, avait ordonné à Mercure, qui descend chaque jour aux enfers pour livrer à Charon un certain nombre de morts de dire au roi des ombres qu'il laissât entrer le fils d'Ulysse dans son empire.

Le fils d'Ulysse, l'épée à la main, s'enfonce dans ces ténèbres horribles. Bientôt il aperçoit une faible et sombre lueur, telle qu'on la voit pendant la nuit sur la terre: il remarque les ombres légères qui voltigent autour de lui; il les écarte avec son épée; ensuite il voit les tristes bords du fleuve marécageux dont les eaux bourbeuses et dormantes ne font que tourner. Il découvre, sur ce rivage, une foule innombrable de morts privés de la sépulture, qui se présentent en vain à l'impitoyable Charon. Ce dieu dont la vieillesse éternelle est toujours triste et chagrine, mais pleine de vigueur, les menace, les repousse, et admet d'abord dans sa barque le jeune Grec....

La barque touchait déjà le rivage de l'empire de Pluton: toutes les ombres accouraient pour considérer cet homme vivant qui paraissait au milieu de ces morts dans la barque; mais dans le moment où Télémaque mit pied à terre, elles s'enfuirent, semblables aux ombres de la nuit, que la moindre clarté du jour dissipe. Charon montrant au jeune Grec un front moins ridé et des yeux moins farouches qu'à l'ordinaire, lui dit: "Mortel chéri des dieux, puisqu'il t'est donné d'entrer dans le royaume de la nuit, inaccessible aux autres vivants, hâte-toi d'aller où les destins t'appellent: va par ce chemin sombre au palais de Pluton, que tu trouveras sur son trône; il te permettra d'entrer dans les lieux dont il m'est défendu de te découvrir le secret."

Télémaque s'avance à grands pas: ses cheveux se dressent sur sa tête quand il aborde le noir séjour de l'impitoyable Pluton: il sent ses genoux chancelants: la voix

lui manque; et *c'est avec peine* qu'il peut prononcer au dieu ces paroles;” Vous voyez, ô terrible divinité, le fils du malheureux Ulysse; je viens vous demander si mon père est descendu dans votre empire, ou s'il est encore errant sur la terre.”

Pluton était sur un trône d'ébène; son visage était pâle et sévère, ses yeux creux et étincelants; son front *ridé* et menaçant.

Au pied du trône était la *Mort*, pâle et dévorante, avec sa faux tranchante qu'elle aiguisait sans cesse. Autour d'elle volaient les noirs soucis; les cruelles défiances, les vengeances toutes *degouttantes* de sang et couvertes de plaies; les haines injustes; l'*Avarice* qui se ronge elle-même; le *Désespoir* qui se déchire de ses propres mains; l'*Ambition* forcenée qui renverse tout, la *Trahison* qui veut se repaître de sang, et qui ne peut jouir des maux qu'elle a faits; l'*Envie* qui verse son venin mortel autour d'elle, et qui se tourne *en rage*, dans l'impuissance où elle est de nuire; l'*Impiété* qui se creuse elle même un abîme sans fond, où elle se précipite sans espérance; les spectres hideux; les fantômes qui représentent les morts pour épouvanter les vivants; les songes affreux; les insomnies aussi cruelles que les tristes songes. Toutes ces images funestes environnaient le fier Pluton, et remplissaient le palais où il habite.

Il répondit à Télémaque d'une voix basse qui fit mugir le fond de l'Érèbe: ”Jeune mortel, le destin t'a fait violer cet asile sacré des ombres; *suis* ta haute destinée: je ne te dirai point où est ton père; il suffit que tu sois libre de le chercher. Puisqu'il a été roi sur la terre, tu n'as qu'à parcourir d'un côté l'endroit du noir Tartare où les mauvais rois sont punis; de l'autre les champs-Elysées, où les bons rois sont récompensés. Mais tu ne peux aller d'ici dans les champs-Elysées, *qu'après* avoir passé le Tartare: hâte-

toi d'y aller, et de sortir de mon empire.

A l'instant Télémaque semble voler dans ces espaces vides et immenses, *tant il lui tarde de savoir* s'il verra son père....

Parmi toutes les ingrattitudes, celle qui était punie comme la plus noire, c'est celle qui se commet envers les dieux. *Quoi donc!* disait Minos, on passe pour un monstre, quand on manque de reconnaissance pour son père, ou pour un ami de qui on a reçu quelques secours; et *on fait gloire* d'être ingrat envers les dieux, de qui on tient la vie et tous les biens qu'elle renferme! Ne leur doit-on pas sa naissance plus qu'au père et à la mère de qui on est né?

Plus les crimes sont impunis et excusés sur la terre, plus ils sont dans les enfers l'objet d'une vengeance implacable et à qui rien n'échappe.

Télémaque voyant les trois juges qui étaient assis et qui condamnaient un homme osa leur demander quels étaient ses crimes. Aussitôt le condamné, prenant la parole, s'écria: Je n'ai jamais fait aucun mal; j'ai mis tout mon plaisir à faire du bien; j'ai été magnifique, libéral, juste, compatissant: que peut-on donc me reprocher? Alors Minos lui dit: On ne te reproche rien à l'égard des hommes; mais ne devais-tu pas moins aux hommes qu'aux dieux? Quelle est donc cette justice dont tu te vantes? Tu n'as manqué à aucun devoir envers les hommes qui ne sont rien; tu as été vertueux: mais tu as rapporté toute la vertu à toi-même, et non aux dieux qui te l'avaient donnée; car tu voulais jouir du fruit de ta propre vertu et te renfermer en toi-même: tu as été ta divinité. Te voilà à jamais séparé des hommes, auxquels tu as voulu plaire: te voilà seul avec toi-même qui étais ton idole: apprends qu'il n'y a point de véritable vertu sans le respect et l'amour des dieux à qui tout est dû....

Enfin Télémaque aperçut les rois qui étaient condamnés

pour avoir abusé de leur puissance. C'est une tristesse noire qui ronge ces criminels; ils ont horreur d'eux-mêmes, et ils ne peuvent *non plus se délivrer* de cette horreur *que* de leur propre nature; ils n'ont point besoin d'autres châti-ments de leurs fautes, que leurs fautes *mêmes*; il les voient sans cesse dans toute leur énormité; elles se présentent à eux, comme des spectres horribles; elles les poursuivent. Dans le désespoir où ils sont, ils appellent à leur secours une mort qui puisse éteindre tout sentiment et toute connaissance en eux: ils *demandent* aux abîmes *de les* engloutir, pour se dérober aux rayons vengeurs de la vérité qui les persécute; mais ils sont réservés à la vengeance qui distille sur eux goutte à goutte, et qui ne tarira jamais.

Le même.

Télémaque visite les champs-Elysées.

Lorsque Télémaque sortit du Tartare, il se sentit soulagé, comme si on avait ôté une montagne de dessus sa poitrine; il comprit, par ce soulagement, le malheur de ceux qui y étaient renfermés sans espérance d'en sortir jamais. Il était effrayé de voir combien les rois étaient plus rigoureusement tourmentés que les autres coupables. "Quoi! disait-il, *tant de devoirs, tant de périls, tant de pièges, tant de difficultés* de connaître la vérité pour se défendre contre les autres et contre soi-même! enfin, tant de tourments horribles dans les enfers, après avoir été si agité, *si* envié, *si* traversé dans une vie courte! O insensé celui qui cherche à régner! Heureux celui qui se borne à une condition privée et paisible, où la vertu lui est moins difficile!"

En faisant ces réflexions il se troublait au dedans de lui-même; il frémit, et tomba dans une consternation qui lui fit sentir quelque chose du désespoir de ces malheureux

qu'il venait de considérer. Mais à mesure qu'il s'éloigna de ce triste séjour des ténèbres, de l'horreur et *du* désespoir, son courage *commença* peu à peu à renaître: il respirait et entrevoyait déjà de loin la douce et pure lumière du séjour des héros.

C'est dans ce lieu qu'habitaient tous les bons rois qui avaient jusqu'alors gouverné sagement les hommes: ils étaient séparés du reste des justes. Comme les méchants princes souffraient dans le Tartare des supplices infiniment plus rigoureux que les autres coupables d'une condition privée, ainsi les bons rois jouissaient dans les champs-Elysées d'un bonheur infiniment plus grand que celui du reste des hommes qui avaient aimé la vertu sur la terre.

Télémaque s'avança vers ces rois, qui étaient dans des bocages odoriférans, sur des gazons toujours renaissans et fleuris: mille petit ruisseaux d'une onde pure arrosaient ces beaux lieux et y faisaient sentir une délicieuse fraîcheur: un nombre infini d'oiseaux faisaient résonner ces bocages de leurs doux chants. On voyait tout ensemble les fleurs du printemps, avec les plus riches fruits de l'automne qui pendaient des arbres. *Là* jamais on ne ressentit les ardeurs de la furieuse canicule: *là* jamais les noirs aquilons n'osèrent souffler ni faire sentir les rigueurs de l'hiver. Ni la guerre *alterée* de sang, ni la cruelle envie qui mord d'une dent venimeuse et qui porte des vipères entortillées dans son sein et autour de ses bras, ni les jalousies, ni les défiances, ni la crainte, ni les vains désirs, n'*approchent* jamais de cet heureux séjour de la paix. Le jour n'y finit point; et la nuit, avec ses sombres voiles, *y* est inconnue; une lumière pure et douce se répand autour des corps de ces hommes justes et les environne de ses rayons comme d'un vêtement. Cette lumière n'est point semblable à la lumière sombre qui éclaire les yeux des misérables mortels, et qui n'est que ténèbres; c'est plutôt une gloire céleste

qu'une lumière; elle pénètre plus subtilement les corps les plus épais que les rayons du soleil ne pénètrent le plus pur cristal: elle n'éblouit jamais; au contraire, elle fortifie les yeux et porte dans le fond de l'âme je ne sais quelle sérénité: c'est d'elle seule que ces hommes bienheureux sont nourris; elle sort d'eux et elle y entre; elle les pénètre et s'incorpore à eux comme les aliments s'incorporent à nous. Ils la voient, ils la sentent, ils la respirent; elle fait naître en eux une source intarissable de paix et de joie: ils sont plongés dans cet abîme de délices comme les poissons dans la mer; ils ne veulent plus rien; ils ont tout sans rien avoir; car ce goût de lumière pure apaise la faim de leur cœur: tous leurs désirs sont rassasiés, et leur plénitude les élève au-dessus de tout ce que les hommes vides et affamés cherchent sur la terre: toutes les délices qui les environnent ne leur sont rien, parce que le comble de leur félicité, qui vient du dedans, ne leur laisse aucun sentiment pour tout ce qu'ils voient de délicieux au dehors; ils sont tels que les dieux, qui rassasiés de nectar et d'ambroisie, ne daigneraient pas se nourrir des viandes grossières qu'on leur présenterait à la table la plus exquise des hommes mortels. Tous les maux s'enfuient loin de ces lieux tranquilles: la mort, la maladie, la pauvreté, la douleur, les regrets, les remords, les craintes, les espérances mêmes qui coûtent souvent autant de peines que les craintes, les divisions, les dégoûts, les dépits, ne peuvent y avoir aucune entrée.

Les hautes montagnes de Thrace, qui de leurs fronts couverts de neige et de glace depuis l'origine du monde fendent les nues, seraient renversées de leurs fondements posés au centre de la terre que les cœurs de ces hommes justes ne pourraient pas même être émus: seulement ils ont pitié des misères qui accablent les hommes vivant dans le monde; mais c'est une pitié douce et paisible qui n'altère en rien

leur immuable félicité. Une jeunesse éternelle, une félicité sans fin, une gloire toute divine est peinte sur leur visage: mais leur joie n'a rien de folâtre ni d'indécant; c'est une joie douce, noble, pleine de majesté; c'est un goût sublime de la vérité et de la vertu qui les transporte: ils sont, sans interruption, à chaque moment, dans le même saisissement de cœurs où est une mère qui revoit son cher fils qu'elle avait cru mort; et cette joie, qui échappe bientôt à la mère, ne s'enfuit jamais du cœur de ces hommes; jamais elle ne languit un instant; elle est toujours nouvelle pour eux: ils ont le transport de l'ivresse sans en avoir le trouble et l'aveuglement.

Ils s'entretiennent ensemble de ce qu'ils goûtent: ils foulent à leurs pieds les molles délices et les vaines grandeurs de leur ancienne condition qu'ils déplorent; ils repassent avec plaisir ces tristes mais courtes années où ils ont eu besoin de combattre contre eux-même et contre le torrent des hommes corrompus, pour devenir bons; ils admirent les secours des dieux qui les ont conduits, comme par la main, à la vertu, au milieu de tant de périls. Je ne sais quoi de divin coule sans cesse au travers de leurs cœurs comme un torrent de la divinité même qui s'unit à eux; ils voient, ils goûtent qu'ils sont heureux, et sentent qu'ils le seront toujours. Ils chantent les louanges des dieux, et ils ne font tous ensemble qu'une seule voix, une seule pensée, un seul cœur; une même félicité fait comme un flux et reflux dans ces âmes unies.

Dans ce ravissement divin, les siècles coulent plus rapidement que les heures parmi les mortels; et cependant mille et mille siècles écoulés n'ôtent rien à leur félicité toujours nouvelle et toujours entière. Ils règnent tous ensemble, non sur des trônes que la main des hommes peut renverser, mais en eux-mêmes, avec une puissance immuable; car ils n'ont plus besoin d'être redoutables par une

puissance empruntée d'un peuple vil et misérable. Ils ne portent plus ces vains diadèmes dont l'éclat cache tant de craintes et de noirs soucis; les dieux mêmes les ont couronnés de leurs propres mains avec des couronnes que rien ne peut flétrir.

Télémaque qui cherchait son père, et qui avait craint de le trouver dans ces beaux lieux, fut *si* saisi de ce goût de paix et de félicité, qu'il eût voulu y trouver Ulysse, et qu'il s'affligeait d'être contraint lui-même de retourner ensuite dans la société des mortels. "C'est ici, disait-il, que la véritable vie se trouve, et *la nôtre* n'est qu'une mort." Mais ce qui l'étonnait, c'était d'avoir vu tant de rois punis dans le Tartare, et d'en voir si peu dans les champs-Elysées; il comprit qu'il y a peu de rois assez fermes et assez courageux pour résister à leur propre puissance, et pour rejeter la flatterie de tant de gens qui excitent toutes leurs passions.

Télémaque, *ne voyant* point son père Ulysse parmi tous ces rois, chercha du moins *des yeux* le divin Laërte, son *grand-père*. Pendant qu'il le cherchait inutilement, un vieillard vénérable et plein de majesté s'avança vers lui. Sa vieillesse ne ressemblait point à celle des hommes que le poids des années accable sur la terre: on voyait seulement qu'il avait été vieux avant sa mort; c'était un mélange de tout ce que la vieillesse a de grave, avec toutes les grâces de la jeunesse; mais ces grâces renaissent même dans les vieillards les plus caducs, au moment où ils sont introduits dans les champs-Elysées. Cet homme s'avançait avec empressement, et regardait Télémaque avec complaisance, comme une personne qui lui était fort chère. Télémaque qui ne le reconnaissait point, était en peine et en suspens.

"Je te pardonne, ô mon cher fils, lui dit le vieillard, de *ne me point* reconnaître; je suis Arcésius, père de Laërte. J'avais fini mes jours avant qu'Ulysse, mon *petit-fils*, par-

tit pour aller au siège de Troie, alors tu étais encore un petit enfant entre les bras de ta nourrice: dès lors j'avais conçu de toi de grandes espérances; elles n'ont point été trompeuses, puisque je te vois descendu dans le royaume de Pluton pour chercher ton père, et que les dieux te soutiennent dans cette entreprise. O heureux enfant, les dieux t'aiment et te préparent une gloire égale à celle de ton père! O heureux moi-même de te revoir! Cesse de chercher Ulysse dans ces lieux; il *vit* encore; et *il* est réservé pour relever notre maison dans l'*île* d'Ithaque. Laërte même, quoique le poids des années l'ait abattu, jouit encore de la lumière, et attend que son fils revienne lui fermer les yeux. Ainsi les hommes passent comme les fleurs qui s'épanouissent le matin, et qui le soir sont flétries et foulées aux pieds. Les générations des hommes s'écoulent comme les ondes d'un fleuve rapide; rien ne peut arrêter le temps qui entraîne après lui tout ce qui paraît le plus immobile. Toi-même, ô mon fils! mon cher fils! toi-même, qui jouis maintenant d'une jeunesse si vive et si féconde en plaisirs, souviens-toi que ce bel âge n'est qu'une fleur qui sera presque aussitôt séchée qu'écloso; tu verras changer insensiblement les grâces riantes et les doux plaisirs qui t'accompagnent. La force, la santé, la joie, s'évanouiront comme un beau songe; il ne t'*en* restera qu'un triste souvenir: la vicillesse languissante et ennemie des plaisirs *viendra rider* ton visage, courber ton corps, affaiblir tes membres, faire tarir dans ton cœur la source de la joie, te dégoûter du présent, te faire craindre l'avenir, te rendre insensible à tout, excepté à la douleur.

"Ce temps te paraît éloigné: hélas! tu te trompes, mon fils, il se hâte, le voilà qui arrive: ce qui vient avec tant de rapidité, n'est pas loin de toi; et le présent qui s'enfuit est déjà bien loin, puisqu'il s'anéantit dans le moment que nous parlons, et ne peut plus se rapprocher. Ne *compte*

done jamais, mon fils, *sur* le présent; mais soutiens-toi dans le sentier rude et âpre de la vertu par la vue de l'avenir. Prépare-toi, par des mœurs pures et par l'amour de la justice, une place dans cet heureux séjour de la paix..."

Il dit; et aussitôt il conduisit Télémaque vers la porte d'ivoire, par où l'on peut sortir du ténébreux empire de Pluton. Télémaque, *les larmes aux yeux*, le quitta sans pouvoir l'embrasser; et sortant de ces sombres lieux, il retourna en diligence vers le camp des alliés.

Le même.

Algunas palabras que significan otra cosa de lo que á primera vista parece por su sonido análogo al de otras españolas.

Altéré, affamé, pourtant, caresser, sol, ermite, nombre, cadenas, bâtir, réussir, rebâtir, procurer, s'emparer, ramage, équipage, *simple*, outre, en outre, quitter, paysan, salut, pavot, armée, *question*, passage, campagne, parer, se parer, ville, principe, *lettre*, *apprendre*, *reconnaître*, *obligé*, sable, ruse, azote, nièce, écrivain, courage, table, ombre, voûte, *entendre*, once, onze, limon, subir, maçon, onde, livrer, se livrer, *murmurer*, boutique, *costume*, bâton, venir de, camp, propre, large.

Nécessité de la Géographie et de la Chronologie pour l'étude de l'Histoire.

Croira-t-on que quelques personnes, tout intelligentes du reste, étudient l'histoire sans le secours de la géographie et de la chronologie? Quel fruit *en* retirent-elles? *Quelques* volumes que vous ayez *feuilletés*, *quelles* que soient les chroniques que vous ayez *eu* devoir consulter *tout*

heureuse qu'est votre mémoire, vos lectures ne développeront dans votre esprit qu'un chaos indigeste, si vous ne vous êtes pas habitués à fixer par une habile mnémotechnique l'époque de chaque fait, et le théâtre des événements que vous avez vus se dérouler devant vous. *Serait-ce donc à tort qu'on aurait appelé la géographie et la chronologie les yeux de l'histoire.* Que vous importerait qu'on vous annonçât les révolutions qu'a subies la Grèce, si vous ne saviez ni en quel temps ni en quel lieu? Et au contraire, que d'attraits n'a pas l'histoire, quand tout concourt à la rendre piquante, quand toutes les circonstances, et de temps et de lieu *coïncident* nettement; quand enfin on peut se dire: Ici, sont descendues les hordes barbares qui ont renouvelé les populations helléniques; là, trois cent mille Perses se sont vus arrêter et se sont laissés battre par trois cents Spartiates: plus loin, l'Orient expie par des échecs réitérés ses incessants efforts pour envahir l'Occident, puis arrivent les années où le peuple-roi réunit tous ces flambeaux sous sa domination! Et l'on voudrait voir nettement toutes ces péripéties sans savoir les temps et les lieux! Autant vaudrait voyager *les yeux fermés*, autant vaudrait voir *pêle-mêle* les scènes d'une tragédie, ou *sans dessus dessous* les personnages d'une optique.

D. de l'H de V.

La vraie science de l'histoire.

Quand vous voyez passer devant vos yeux, je ne dis pas les Rois et les Empereurs, mais les grands Empires qui ont fait trembler tout l'univers; quand vous voyez les Assyriens anciens et nouveaux, les Mèdes, les Perses, les Grecs, les Romains, se présenter devant vous successivement, et tomber, pour ainsi dire, les uns sur les autres, ce fracas

effroyable vous fait sentir qu'il n'y a rien de solide parmi les hommes, et que l'inconstance et l'agitation sont le propre partage des choses humaines. Mais ce qui rendra ce spectacle plus utile et plus agréable, ce sera la réflexion que vous ferez, non seulement sur l'élévation et la chute des Empires, mais encore sur les causes de leur progrès et sur celle de leur décadence, car le même Dieu qui a fait l'enchaînement de l'univers, et qui, tout-puissant par lui-même, a voulu, pour établir l'ordre, que les parties d'un si grand tout dépendissent les unes des autres, ce même Dieu a voulu aussi que le cours des choses humaines eût sa suite et sa proportion; je veux dire que les hommes et les nations ont eu des qualités proportionnées à l'élévation à laquelle ils étaient destinés, et qu'à la réserve de certains coups extraordinaires, où Dieu voulait que sa main parût toute seule, il n'est point arrivé de grand changement qui n'ait eu ses causes dans les siècles précédens. Et comme dans toutes les grandes affaires il y a ce qui les prépare, ce qui détermine à les entreprendre, et ce qui les fait réussir, *la vraie science de l'histoire est de remarquer dans chaque temps les secrètes dispositions qui ont préparé les grands changemens et les conjonctures importantes qui les ont fait arriver.* En effet, il ne suffit pas de regarder seulement devant ses yeux, c'est-à-dire, de considérer les grands événemens qui décident tout à coup de la fortune des Empires. Qui veut entendre les choses humaines doit les reprendre de plus haut, et il lui faut observer les inclinations et les mœurs, ou, pour dire tout en un mot, le caractère, tant des peuples dominans en général, que des princes en particulier, et enfin de tous les hommes extraordinaires, qui, par l'importance du personnage qu'ils ont eu à faire dans le monde, ont contribué en bien ou en mal aux changemens des Etats et à la fortune publique.

Bossuet.

L'histoire, dit Cicéron, est la lumière des temps, le flambeau de la vérité, la règle de la conduite et des mœurs.

C'est là que les grands écrivains se sont *donné rendez-vous* depuis que la civilisation a policé les nations. Auparavant c'étaient les poètes qui écrivaient l'histoire. Ils se sont *attachés* plutôt à embellir, par les fictions de la poésie, des fables qu'ils avaient entendu raconter, qu'à chercher la vérité. De beaux vers ont suffi pour faire passer de siècle en siècle, ces traditions divertissantes, *tout* extravagantes qu'elles étaient. C'est ainsi qu'Homère nous a transmis les exploits fabuleux des anciens héros de la Grèce; mais il a fallu un Thucydide, un Xénophon, un Hérodote pour écrire l'histoire. Polybe et Plutarque *chez* les Grecs, Salluste et Ennius *chez* les Romains.

Histoire.

L'objet immédiat de la poésie est de séduire, *celui de* l'éloquence est de persuader; celui de la philosophie est de chercher la vérité.....; celui de l'histoire est de la démêler dans les faits dignes de mémoire, et d'*en* perpétuer le souvenir en ce qu'il a d'intéressant.

M.

Nécessité d'étudier l'histoire universelle.

Il serait honteux, je ne dis pas à un prince, mais en général à tout honnête homme, d'ignorer le genre humain et les changements mémorables que la suite des temps a faits dans le monde. Si on n'apprend de l'histoire à distinguer les temps, on représentera les hommes sous *la loi de nature*, ou sous *la loi écrite*, tels qu'ils sont sous *la loi évangélique*, on parlera des Perses vaincus sous Alexandre, comme on parle des Perses victorieux sous Cyrus; on

fera la Grèce *aussi libre du temps* de Philippe que du temps de Thémistocle ou de Miltiade; le peuple romain aussi fier *sous* les empereurs que *sous* les consuls; l'Eglise aussi tranquille sous Dioclétien que sous Constantin; et la France, agitée de guerres civiles du temps de Charles IX et d'Henri III, aussi puissante que du temps de Louis XIV, où réunie sous un si grand roi, seule elle triomphe de toute l'Europe.

C'est, **Monseigneur**, pour éviter ces inconvéniens, que vous avez lu tant d'histoires anciennes et modernes. Il a fallu, avant toutes choses, vous faire lire dans l'écriture l'histoire du peuple de Dieu, qui fait le fondement de la religion. On ne vous a pas laissé ignorer l'histoire grecque, ni la romaine; et ce qui vous était plus important, on vous a montré avec soin l'histoire de grand royaume que vous êtes obligé de rendre heureux. Mais *de peur que* ces histoires et celles que vous avez encore à apprendre ne se confondent dans votre esprit, *il n'y a rien de plus nécessaire* que de vous représenter distinctement, mais *en raccourci*, toute la suite des siècles.

Cette manière d'histoire universelle est, à l'égard des histoires de chaque pays et de chaque peuple, ce qu'est une *carte générale à l'égard des cartes particulières*. Dans les cartes particulières, vous voyez tout le détail d'un royaume, ou d'une province en elle-même: dans les cartes universelles, vous apprenez à situer ces parties du monde dans leur tout, vous voyez ce que Paris ou l'Ile-de-France est dans le royaume, ce que le royaume est dans l'Europe, et ce que l'Europe est dans l'univers.

Ainsi les histoires particulières représentent la suite des choses qui sont arrivées à un peuple dans tout leur détail; mais afin de tout entendre, il faut savoir le rapport que chaque histoire peut avoir avec les autres; ce qui se fait par un abrégé où l'on voit, comme d'un coup-d'œil, tout l'ordre des temps.

Un tel abrégé, **Monseigneur**, vous propose un grand spectacle. Vous voyez tous les siècles précédens se développer, pour ainsi dire, en peu d'heures devant vous: vous voyez comme les empires se succèdent les uns aux autres; et comme la religion, dans ses différens états, se soutient également depuis le commencement du monde jusqu'à notre temps.

C'est la suite de ces deux choses, je veux dire *celle de la religion et celle des empires*, que vous devez imprimer dans votre mémoire; et comme la religion et le gouvernement politique sont les deux points sur lesquels roulent les choses humaines, voir ce qui regarde ces choses, renfermé dans un abrégé, et *en découvrir* par ce moyen tout l'ordre et toute la suite, c'est comprendre dans sa pensée *tout ce qu'il y a de grand* parmi les hommes, et tenir, pour ainsi dire, *le fil* de toutes les affaires de l'univers.

Comme donc, *en considérant* une carte universelle, vous sortez du pays où vous êtes né, et du lieu qui vous renferme, pour parcourir toute la terre habitable que vous embrassez par la pensée avec toutes ses mers et tous ses pays: ainsi, *en considérant* l'abrégé chronologique, vous sortez des *bornes étroites* de votre âge, et vous vous étendez dans tous les siècles.

Mais de même que pour aider sa mémoire dans la connaissance des lieux, on retient certaines villes principales, autour desquelles on place les autres, chacune selon sa distance; ainsi, dans l'ordre des siècles, il faut avoir certains temps marqués par quelque grand événement, auquel on rapporte tout le reste.

C'est ce qui s'appelle **époque**, d'un mot grec qui signifie **Arrêter**, parce qu'on s'arrête là pour considérer comme d'un lieu de repos tout ce qui est arrivé devant ou après et éviter par ce moyen les *anachronismes*, c'est-à-dire, cette sorte d'erreur qui fait confondre les temps.

Il faut d'accord s'attacher à un petit nombre d'époques, telles que sont dans les temps de l'histoire ancienne:

Adam, ou la création;

Noé, ou le déluge;

La vocation d'Abraham, ou le commencement de l'alliance de Dieu avec les hommes;

Moïse, ou la loi écrite;

La prise de Troie;

Salomon, ou la fondation du temple;

Romulus, ou Rome bâtie;

Cyrus, ou le peuple de Dieu délivré de la captivité de Babylone;

Scipion, ou Carthage vaincue;

La naissance de **Jésus-Christ**.

Constantin, ou la paix de l'église;

Charlemagne, ou l'établissement du nouvel empire.

Je vous donne cet établissement du nouvel empire sous Charlemagne, comme la fin de l'histoire ancienne, parce que c'est là que vous verrez finir tout-d-fait l'ancien empire romain. C'est pourquoi je vous arrête à un point si considérable de l'histoire universelle. La suite vous en sera proposée dans une seconde partie,....

Après vous avoir expliqué en général le dessein de cet ouvrage, j'ai trois choses à faire pour en tirer toute l'utilité que j'en espère.

Il faut premièrement que je parcoure avec vous les époques que je vous propose; et que, vous marquant en peu de mots les principaux événemens qui doivent être attachés à chacune d'elles, j'accoutume votre esprit à mettre ces événements dans leur place, sans y regarder autre chose que l'ordre des temps. Mais, comme mon intention principale est de vous faire observer dans cette suite des temps celle de la religion et celle des grands empires; après avoir fait aller ensemble, selon le cours des années, les faits qui

regardent ces deux choses, je reprendrai en particulier, avec les réflexions nécessaires, premièrement ceux qui nous font entendre la *durée perpétuelle de la religion*, et enfin ceux qui nous découvrent les *causes des grands changements arrivés dans les empires*.

I Epoque.—Adam, ou la création.

Premier âge du monde.

Ans du monde. 1: ans avant J. C. 4004. La première époque vous présente d'abord un grand spectacle: Dieu qui crée le ciel et la terre par sa parole, et qui fait l'homme à son image. C'est par où commence Moïse, le plus ancien des historiens, le plus sublime des philosophes, et le plus sage des législateurs.

Il pose ce fondement tant de son histoire que de sa doctrine et de ses lois. Après, il nous fait voir tous les hommes renfermés en un seul homme, et sa femme même tirée de lui; la concorde des mariages, et la société du genre humain établie sur ce fondement; la perfection et la puissance de l'homme, tant qu'il porte l'image de Dieu en son entier; son empire sur les animaux, son innocence *tout ensemble* et sa félicité dans le paradis, dont la mémoire s'est conservée dans l'âge d'or des poètes; le précepte divin donné à nos premiers parens, la malice de l'esprit tentateur, et son apparition sous la forme du serpent, la chute d'Adam et d'Eve, funeste à toute leur posterité....

a. d. m. 129: a. av. J. C. 3875. La terre commence à se remplir, et les crimes s'augmentent. Caïn, le premier enfant d'Adam et d'Eve, fait voir au monde la première action tragique; et la vertu commence dès lors à être persécutée par le vice.... la ruine des hommes, résolue par un juste jugement de Dieu; sa colère dénoncée aux pécheurs

par son serviteur Noé; leur impénitence et leur endurcissement puni enfin par le déluge; Noé et sa famille réservés pour la réparation du genre humain. *Voilà* ce qui s'est passé en 1656 ans.

La tradition du déluge universel se trouve par toute la terre. L'arche où se sauvèrent les restes du genre humain a été de tout temps célèbre en Orient.

II Epoque.—Noé, ou le Déluge.

Second âge du monde.

a. d. m. 1656: a. av. J. C. 2348. Près du déluge se rangent le décroissement de la vie humaine; le changement dans le vivre, et une nouvelle nourriture substituée aux fruits de la terre; quelques préceptes donnés à Noé de vive voix seulement (1757: 2247), la confusion des langues, arrivée à la tour de Babel, premier monument de l'orgueil et de la faiblesse des hommes; le partage des trois enfans de Noé, et la première distribution des terres....

Un peu après ce premier partage du genre humain, Nemrod homme farouche, devient par son *humeur violente* le premier des conquérans; et telle est l'origine des conquêtes. Il établit son royaume à Babylone, au même lieu où la tour avait été commencée et déjà élevée fort haut, mais non pas autant que le souhaitait la vanité humaine. On peut aussi rapporter à ce temps le commencement des lois et de la police des Egéptiens, celui de leurs pyramides, qui durent encore, et celui des observations astronomiques tant de ces peuples que des Chaldéens.... les arts sont inventés ou perfectionnés. On passe les montagnes et les précipices; on traverse les fleuves et enfin les mers, et on établit de nouvelles habitations. On s'instruit à prendre certains animaux, à apprivoiser les autres, et à les accoutumer au service. Avec les animaux, l'homme sut encore

adoucir les fruits et les plantes; il plia jusqu'aux métaux à son usage, et peu-à-peu il y fit servir toute la nature.

Les anciennes traditions s'oubliaient et s'obscurcissaient; les fables qui leur succédèrent, n'en retenaient plus que de grossières idées, les fausses divinités se multipliaient: et c'est ce qui donna lieu à la vocation d'Abraham.

III Epoque.—La vocation d'Abraham.

Troisième âge du monde.

a. d. m. 2083: a. av. J. C. 1921 *Quatre cent vingt-six* ans après le déluge, comme les peuples marchaient chacun en sa voie, et oubliaient celui qui les avait faits, ce grand Dieu, pour empêcher les progrès d'un si grand mal, au milieu de la corruption, commença à se séparer un peuple élu. Abraham fut choisi pour la tige et le père de tous les croyans. Dieu l'appella dans la terre de Chanaam. A la promesse qu'il lui fit de donner cette terre à ses descendans il joignit cette grande bénédiction qui devait être répandue sur tous les peuples du monde en Jésus-Christ sorti de sa race.

De son temps Inachus, le plus ancien de tous les rois connus par les Grecs, fonda le royaume d'Argos.

Après Abraham on trouve Isaac son fils, et Jacob son petit-fils. De Jacob naquirent les douze patriarches, pères des douze tribus du peuple hebreu; entre autres Lévi, d'où devaient sortir les ministres des choses sacrées; Juda, d'où devait sortir avec la race royale le Christ.

Jacob meurt (2315: 1689); et un peu devant sa mort, il fait cette célèbre prophétie, où découvrant à ses enfans l'état de leur prospérité, il découvre en particulier à Juda les temps du Messie qui devait sortir de sa race.

La maison de ce patriarche devient un grand peuple:

en peu de temps cette prodigieuse multiplication excite la jalousie des Egiptiens: les Hébreux sont injustement haïs, et impitoyablement persécutés: Dieu fait naître Moïse leur libérateur, qu'il délivre des eaux du Nil, et le fait tomber entre les mains de la fille de Pharaon: elle l'élève comme son fils, et le fait instruire dans toute la sagesse des Egiptiens.

Héllen, fils de Deucalion, regna en Phthie, pays de la Thessalie, et donna son nom à la Grèce. Ses peuples, auparavant appellés Grecs, prirent toujours depuis le nom d'Hellènes.

Cependant Moïse s'avançait en âge.....

IV Epoque.—Moïse, ou la loi écrite.

Quatrième âge du monde.

Les temps de la loi écrite commencent (2513: 1492.) Elle fut donnée à Moïse 430 ans après la vocation d'Abraham, 856 ans après le déluge, et la même année que le peuple hebreu sortit d'Egipe. *Cette date est remarquable*, parce qu'on s'en sert pour désigner tout le temps qui s'écoule depuis Moïse jusqu' à Jésus-Christ. Tout ce temps est appelle le temps de la **loi écrite** pour le distinguer du temps précédent qu'on appelle le temps de la **loi de nature**, où les hommes n'avaient pour se gouverner *que* la raison naturelle et les traditions de leurs ancêtres.

Dieu donc ayant affranchi son peuple de la tyrannie des Egiptiens, pour le conduire en la terre où il veut être servi, avant (que) de l'y établir lui propose la loi selon laquelle il y doit vivre. Il écrit de sa propre main, sur deux tables qu'il donne à *Moïse* au haut du Mont-*Sinaï*, le fondement de cette loi, c'est-à dire, le décalogue, ou les dix commandemens. Il dicte au même Moïse les autres préceptes par lesquels il établit le tabernacle, l'arche, où les

tables de la loi étaient renfermées, les fonctions des prêtres, enfans d'Aaron, celles des lévites; et ce qu'il y a de plus beau, les règles des bonnes mœurs, la police et le gouvernement de son peuple élu, dont il veut être lui-même le législateur. Voilà ce qui est marqué par l'époque de la loi écrite. Danaüs, égyptien, se fait roi d'Argos et dépossède les anciens rois venus d'Inachus. Moïse meurt, et laisse aux Israélites toute leur histoire, qu'il avait soigneusement digérée dès l'origine du monde jusqu' au temps de sa mort. Cette histoire est continuée par l'ordre de Josué et de ses successeurs. On la divisa depuis en plusieurs livres; et c'est de là que nous sont venus le livre de Josué, le livre de juges et les quatre livres des rois. L'histoire que Moïse avait écrite, et où toute la loi fut renfermée, fut aussi partagée en cinq livres, qu'on appelle Pentateuque, et qui sont le fondement de la religion.....

V Epoque.—La prise de Troie.

Cette époque de la ruine de Troie, arrivée l'an 308 après la sortie d'Egypte, et 1164 ans après le déluge (a. d. m. 2820: a. av. J. C. 1184), est considérable, tant à cause de l'importance d'un si grand événement célébré par les deux grands poètes de la Grèce et de l'Italie, qu'à cause qu'on peut rapporter à cette date ce qu'il y a de plus remarquable dans les temps appelés fabuleux ou héroïques; fabuleux à cause des fables dont les histoires des ces temps sont enveloppées; héroïques, à cause de ceux que les poètes ont appelés les enfans des dieux et les héros. Leur vie n'est pas éloignée de cette prise; car *du temps de* Laomédon, père de Priam, paraissent tous les héros de la toison d'or, Jason, Hercule, Orphée, Castor et Pollux, et les autres qui vous sont connus; et du temps de Priam même, durant le dernier siège de Troie on voit les Achille, les

Agammenon, les Ménélas, les Ulysse, Hector, Sarpedon fils de Jupiter. Enée fils de Vénus.

Mais ce qu'on voit dans l'histoire sainte est en toutes façons plus remarquable: la force prodigieuse d'un Samson, et sa faiblesse étonnante; Eli,.... Saül, premier roi du peuple de Dieu....

En ce temps, Codrus, roi d'Athènes, se dévoua à la mort pour le *salut* de son peuple.... Ses enfans disputèrent entre eux le royaume. Les Athéniens abolirent la royauté, et déclarèrent Jupiter le seul roi du peuple d'Athènes. Ils *créèrent* des gouverneurs, ou présidens perpétuels. Ces magistrats furent appelés Archontes. Médon, fils de Codrus fut le premier qui exerça cette magistrature....

Après Saül paraît un David; grand roi, grand conquérant, grand prophète....

A ce pieux guerrier succéda son fils Salomon....

VI Epoque. Salomon, ou le temple achevé.

Cinquième âge du monde.

a. d. m. 3000: a. av. J. C. 1004. Ce fut environ l'an 3000 du monde, le 488 depuis la sortie d'Egipte, et pour ajuster les temps de l'histoire sainte avec ceux de la profane, 180 ans après la prise de Troie, 250 devant la fondation de Rome, et 1000 ans devant J. C., que Salomon acheva ce merveilleux édifice. Il en célébra la dédicace avec une piété et une magnificence extraordinaires. Cette célèbre action est suivie des autres merveilles du règne de Salomon, qui finit par de honteuses faiblesses.

En ce temps les rois d'Egipte étaient puissans. Les quatre royaumes avaient été réunis sous celui de Thèbes.... (3112: 892). Il faut placer vers ce temps la fondation de Carthage, que Didon, venue de Tyr, bâtit en un lieu où, à

L'exemple de Tyr, elle pouvait trafiquer avec avantage et aspirer à l'empire de la mer....

En ce temps Homère fleurit, et Hésiode fleurissait trente ans avant lui.

(3228: 776). Les jeux olympiques, instituées par Hercule, et longtemps discontinués, furent rétablis. De ce rétablissement sont venues les olympiades, par où les Grecs compaient les années. La première olympiade est marquée par la victoire de Corèbe. Elles se renouvellaient *tous les cinq ans*, et après quatre ans *révolus*. Là, dans l'assemblée de toute la Grèce, à Pise premièrement, et dans la suite à Elide, se célébraient ces fameux combats, où les vainqueurs étaient couronnés avec des applaudissemens incroyables....

VII Epoque.—Romulus, ou Rome fondée.

Romulus et Rémus fondèrent Rome, pendant que Joatham régnait en Judée.

a. d. m. 3250: a. av. J. C. 754. Cette ville qui devait être la maîtresse de l'univers et *dans la suite* le siège principal de la religion, fut fondée sur la fin de la troisième année de la sixième olympiade, 430 ans *environ* après la prise de Troie, de laquelle les Romains croyaient que leurs ancêtres étaient sortis, et 753 ans devant J. C. Romulus, nourri durement avec *des bergers*, et toujours dans les exercices de la guerre, consacra cette ville au dieu de la guerre, qu'il disait son père....

Rome s'accroissait, mais faiblement. *Sous* Tullius Hostilius son troisième roi, et par le fameux combat des Horaces et des Curiaces, Albe fut vaincue et ruinée: ses citoyens incorporés à la ville victorieuse, l'agrandirent et la fortifièrent. Romulus avait pratiqué le premier ce moyen d'augmenter la ville, où il reçut les Sabins et les autres peuples vaincus.

ans de Rome 176: a. av. J. C. 594. La Grèce était floris-

sante, et ses sept sages se rendaient illustres. Quelque temps devant la dernière désolation de Jérusalem, Solon, l'un de sept sages, donnait des lois aux Athéniens, et établissait la liberté sur la justice: les Phocéens d'Ionic menaient à Marseille leur première colonie.

Tarquain l'ancien, roi de Rome, après avoir subjugué une partie de la Toscane, et orné la ville de Rome par des ouvrages magnifiques, acheva son règne.

Nabuchodonosor embellissait Babylone qui s'était enrichie des dépouilles de Jérusalem et de l'orient.

Pisistrate usurpa aussi dans Athènes l'autorité souveraine, qu'il sut conserver trente ans durant.

Cyrus prit dans sa ville capitale Crésus, roi de Lydie, et jouit de ses richesses immenses.

Dans le règne de Cyaxare, Daniel, déjà honoré sous les règnes précédens de plusieurs célestes visions, où il vit passer devant lui en figures si manifestes *tant de rois et tant d'empires*, apprit par une nouvelle révélation, ces *septante* fameuses semaines où les temps du Christ et la destinée du peuple juif sont expliqués. C'étaient des semaines d'années, si bien qu'elles contenaient 490 ans; et cette manière de compter était ordinaire aux Juifs, qui observaient la septième année aussi bien que le septième jour avec un repos religieux....

Il reste encore à vous découvrir une des causes de l'obscurité de ces anciennes histoires. C'est que, comme les rois d'orient prenaient plusieurs noms, et que les peuples les traduisaient ou les prononçaient différemment, selon les divers idiômes de chaque langue; des histoires si anciennes, dont il reste si peu de *bons mémoires*, ont dû être *par-là* fort obscurcies.... On pourrait vous faire une grande liste des Orientaux dont chacun a eu dans les histoires plusieurs noms différens. Parmi les Latins les titres et les adoptions ont multiplié les noms en tant de sortes. Ainsi

le titre d'Auguste et celui d'Africain sont devenus les noms propres de César Octavien et des Scipions; ainsi les Nérons ont été Césars....

VIII Epoque.—Cyrus, ou les Juifs rétablis.

Sixième âge du monde.

a. d. Rome 218: a. av. J. C. 536. Ce fut donc 218 ans après la fondation de Rome, 536 ans avant J. C., après les 70 ans de la captivité de Babylone, et la même année que Cyrus fonda l'empire des Perses, que ce prince, choisi de Dieu pour être le libérateur de son peuple et le restaurateur de son temple, mit la main à ce grand ouvrage....

Environ ce temps, Servius Tullius, après avoir agrandi la ville de Rome, conçut le dessein de la mettre en république.

C'est du temps de Darius que commencent la liberté de Rome et d'Athènes, et la grande gloire de la Grèce....,

La Grèce ne jouit pas long-temps du repos que la bataille de Marathon lui avait donné. Pour venger l'affront de la Perse et de Darius, Xerxès, son fils et son successeur, et petit-fils de Cyrus par sa mère Atosse, *attaqua les Grecs avec onze cent mille combattans (d'autres disent dix-sept cent mille), sans compter son armée navale de douze cents vaisseaux.* Léonidas, roi de Sparte, qui n'avait que trois cents hommes, lui en tua vingt mille au passage des Thermopyles, et périt avec les siens....

Xerxès fut tué par Artaban, son capitaine de gardes.

Artaxerxe, son fils, protégea le peuple juif, et permit à Néhémias de rétablir Jérusalem avec ses murailles. Ce décret d'Artaxerxe diffère de celui de Cyrus, en (ce) que celui de Cyrus regardait le temple, et celui-ci est fait pour la ville...,

La réputation de la Grèce, plus célèbre encore par son gouvernement que par ses victoires, excitèrent les romains à se régler sur son exemple. Ainsi ils envoyèrent des députés, pour rechercher les lois des villes de Grèce, et surtout celle d'Athènes, plus conforme à l'état de leur république. Sur ce modèle, dix magistrats absolus qu'on créa l'année d'après sous le nom de décemvirs, rédigèrent les lois des douze tables, qui sont le fondement du droit romain.....

Esdras et Néhémias, réformaient les abus et faisaient observer la loi de Moïse qu'ils observaient les premiers.

Esdras mit en ordre les livres saints, dont il fit une exacte révision, et ramassa les anciens mémoires du peuple de Dieu pour *en* composer les deux livres des Paralipomènes ou Chroniques, auxquels il ajouta l'histoire de son temps, qui fut achevée par Néhémias. C'est par leurs livres que se termine cette longue histoire que Moïse avait commencée, et que les auteurs suivans continuèrent sans interruption jusqu'au rétablissement de Jérusalem.

Hérodote, que les auteurs profanes appellent le père de l'histoire, commençait à écrire. Ainsi les derniers auteurs de l'histoire sainte se rencontrent avec le premier auteur de l'histoire *grecque*; et quand elle commence, celle du peuple de Dieu, à la prendre seulement depuis Abraham, enferme déjà quinze siècles.

383: 371. Epaminondas, Thébain, se signala par son équité et par sa modération autant que par ses victoires. On remarque qu'il avait pour règle de ne mentir jamais même en riant.

La puissance des rois de Macédoine commence avec Philippe, père d'Alexandre le grand. Il assujettit toute la Grèce, malgré les oppositions d'Ochus et d'Arsès son fils, rois de Perse, et malgré les difficultés plus grandes encore que lui suscitait dans Athènes l'éloquence de Démosthène.

Philippe fut assassiné par Pausanias. Alexandre vengea la mort de son père et dompta les peuples rebelles qui méprisèrent sa jeunesse. Il ruina Thèbes, où il n'épargna que la maison et les descendans de Pindare, dont la Grèce admirait les *odes*. Il défait Darius, entre triomphant dans Babylone et dans Susse; détruit Persépolis; pousse ses conquêtes jusqu'aux Indes; et vient mourir à Babylone âgé de trente-trois ans. Après l'empire d'Alexandre son empire fut partagé.....

Après 480 ans de guerre les Romains se virent les maîtres en Italie. La république de Carthage tenait les deux côtes de la mer Méditerranée. Outre celle d'Afrique qu'elle possédait toute entière, elle s'était étendue du côté de l'Espagne, par le détroit. Maîtresse de la mer et du commerce, elle avait envahi les îles de Corse et de Sardaigne. La Sicile avait peine à se défendre, et l'Italie était menacée de trop près pour *ne pas* craindre. De là les guerres puniques.....

Au milieu de la première guerre punique, Théodote, gouverneur de la Bactrienne, enleva mille villes à Antiochus appelé le dieu, fils d'Antiochus Soter, roi de Syrie. Les Parthes se révoltèrent sous la conduite d'Arsace, chef de la maison des Arsacides, et fondateur d'un empire qui s'étendit peu-à-peu dans toute la haute Asie. (a. d. R. 504: a. av. J. C. 250).

Durant tous ces temps la philosophie florissait dans la Grèce. La secte des philosophes italiques et celle des ioniques, la remplissaient de grands hommes. Du temps de Cyrus et de Cambyse, Pythagore commença la secte italique dans la grande Grèce, aux environs de Naples. *A-peu-près* dans le même temps, Thalès, milésien, forma la secte ionique. De-là sont sortis ces grands philosophes, Héraclite, Démocrite, Empédocle, Parménides; Anaxagore, qui fit voir le monde construit par un esprit éternel; Socrate, qui,

un peu après, ramena la philosophie à l'étude des bonnes mœurs, et fut le père de la philosophie morale; Platon, son disciple, chef de l'académie; Aristote, disciple de Platon et précepteur d'Alexandre, chef des péripatéticiens; sous les successeurs d'Alexandre, Zénon, nommé Cittien, d'une ville de l'île de Cypre, où il était né, chef des stoïciens; et Epicure, athénien, chef des philosophes qui portent son nom, si toutefois on peut nommer philosophes ceux qui niaient ouvertement la Providence, et qui, ignorant *ce que c'est que* le devoir, définissaient la vertu par le plaisir.

On peut compter parmi les plus grands philosophes, **Hippocrate**, le père de la médecine, qui éclata au milieu des autres dans ces heureux temps de la Grèce...

IX Epoque.—Scipion, ou Carthage vaincue.

a. d. R. 552: a. av. J. C. 202. L'an 552 de la fondation de Rome, environ 250 ans après la fondation de la monarchie des Perses, et 202 ans avant J. C., Carthage fut assujettie aux Romains. Annibal ne laissait pas *sous main* de leur susciter des ennemis partout où il pouvait: mais il ne fit qu'entraîner tous ses amis, anciens et nouveaux, dans la ruine de sa patrie et dans la sienne. Par les victoires du consul Flamininus, Philippe, roi de Macédoine, fut abattu; les rois de Macédoine *réduits à l'étroit*, et la Grèce affranchie de leur joug. Les Romains entreprirent de faire périr Annibal, qu'ils trouvaient encore redoutable après sa perte. Ce grand capitaine réduit à se sauver de son pays, remua l'orient contre eux, et attira leurs armes *en Asie*. Par ses puissans raisonnemens, Antiochus, surnommé *le grand*, roi de Syrie, devint jaloux de leur puissance, et leur fit la guerre: mais il ne suivit pas en la faisant les conseils d'Annibal qu'il y avait engagé. Battu par mer et par terre, il reçut la loi que lui imposa le consul Lucius Scipion, frère

de Scipion l'Africain, et il fut renfermé dans le mont Taurus.....

Carthage remuait, et souffrait avec peine les lois que Scipion l'Africain lui avait imposées. Les romains résolurent sa perte totale; et la troisième guerre punique fut entreprise. (a. de R. 606: a. av. J. C. 148).

Carthage fut prise et réduite en cendre par Scipion AEmilien, qui confirma par cette victoire le nom d'Africain dans sa maison. Corinthe eut la même destinée. Le consul Mummius ruina de fond en comble cette ville, la plus voluptueuse de la Grèce et la plus ornée. Il *en* transporta à Rome les incomparables statues, sans *en* connaître le prix: les Romains ignoraient les arts de la Grèce, et se contentaient de savoir la guerre, la politique et l'agriculture.....

a. d. R. 686; a. av. J. C. 68. Lucullus *prenait le dessus* en orient. Les Romains passèrent l'Euphrate. Mithridate, souvent battu sans jamais perdre courage, se relevait; et le bonheur de Pompée semblait nécessaire à terminer cette guerre. Le consul Cicéron sauve la ville des feux que lui préparait Catilina, suivi de la plus illustre noblesse de Rome. Ce redoutable parti fut miné par l'éloquence de Cicéron plutôt que par les armes de C. Antonius son collègue.....

Jules César, en domptant les Gaules, fit à sa patrie la plus utile conquête qu'elle eût jamais faite. Il voulut premièrement égaler et ensuite surpasser Pompée.

Les immenses richesses de Crassus lui firent croire qu'il pourrait partager la gloire de ces deux grands hommes, comme il partageait leur autorité. César, victorieux, parut en un moment par tout l'univers.

Brutus et Cassius crurent affranchir leurs citoyens en le tuant comme un tyran, malgré sa clemence.

Rome retomba entre les mains de Marc-Antoine, de Lé-

pide et du jeune César Octavien, petit-neveu de Jules César, et son fils par adoption: trois insupportables tyrans dont le triumvirat et les proscriptions font encore horreur en les lisant. Antoine et César, après avoir ruiné Lépide, se tournent l'un contre l'autre. Toute la puissance romaine se met sur la mer.

César gagne la bataille actiaque: tout cède à sa fortune. Alexandrie lui ouvre ses portes: l'Égypte devient une province romaine: Rome tend les bras à César. Il dompte, vers les Pyrénées, les Cantabres et les Asturiens révoltés: l'Éthiopie lui demande la paix: les Parthes, épouvantés, lui rendent les étendards pris sur Crassus avec tous les prisonniers romains: les Indes recherchent son alliance: ses armes se font sentir aux Rhètes ou Grisons, que leurs montagnes ne peuvent défendre: la Pannonie le reconnaît: la Germanie le redoute, et le Weser reçoit ses lois. Victorieux par mer et par terre, il ferme le temple de Janus. Tout l'univers vit en paix sous sa puissance, et Jésus-Christ vient au monde.

X Époque.—Naissance de Jésus-Christ.

Septième et dernier âge du monde.

Nous voilà enfin arrivés à ces temps tant désirés par nos pères, de la venue du Messie. Ce nom veut dire le Christ ou l'oint du Seigneur; et Jésus-Christ le mérite comme pontife, comme roi, et comme prophète.

Il suffit que nous sachions qu'elle est arrivée environ l'an 4000 du monde. *Cette époque est la plus considérable de toutes, non seulement par l'importance d'un si grand événement, mais encore parce c'est celle d'où il y a plusieurs siècles que les Chrétiens commencent à compter leurs années. Elle a encore ceci de remarquable, qu'elle*

concourt à-peu-près avec le temps où Rome retourne à l'état monarchique sous l'empire paisible d'Auguste.

Tous les arts fleurirent de son temps; et la poésie latine fut portée à sa dernière perfection, par Virgile et par Horace, que ce prince n'excita pas seulement par ses bienfaits, mais encore en leur donnant un libre accès auprès de lui.

La naissance de Jésus-Christ fut suivie de près par la mort d'Hérode. Auguste acheva son règne avec beaucoup de gloire.

Tibère, qu'il avait adopté, lui succéda sans contradiction; et l'empire fut reconnu pour héréditaire dans la maison des Césars.

A la quinzième année de Tibère, saint Jean Baptiste paraît: Jésus-Christ se fait baptiser par ce divin précurseur: le Père éternel reconnaît son fils bien-aimé par une voix qui vient d'en haut: le *Saint-Esprit* descend sur le Sauveur sous la figure pacifique d'une colombe: toute la Trinité se manifeste.

Jésus-Christ établit sa mission et sa doctrine par des miracles innombrables, et ensuite par sa mort.

Les ténèbres couvrirent toute la face de la terre *en plein midi*, et au moment que J. C. fut crucifié. Ni au temps de la pleine lune où J. C. était mort, ni dans toute l'année où cette éclipse est observée, il ne pouvait en être arrivée aucune qui ne fût surnaturelle.

Pour achever les mystères, Jésus-Christ sort du tombeau le troisième jour; il apparaît à ses disciples; il monte aux cieux en leur présence; il leur envoie le *Saint-Esprit*; l'église se forme; la persécution commence; saint Etienne est lapidé; saint Paul est converti.

Un peu après Tibère meurt. Caligula, étonne l'univers par sa folie cruelle et brutale. Chéréas délivre le monde de ce monstre.

Claudius règne malgré sa stupidité. (a. 41 de J. C.)

Les apôtres tiennent le concile de Jérusalem, où saint Pierre parle le premier, comme il fait *par-tout ailleurs*. Les *Gentils* convertis y sont affranchis des cérémonies de la loi. La sentence en est prononcé au nom du Saint-Esprit et de l'Eglise. Saint Paul et saint Barnabé portent le décret du concile aux églises, et enseignent aux fidèles à s'y soumettre. Telle fut la forme du premier concile.

a. 54. Le stupide empereur déshérita son fils Britannicus, et adopta Néron, fils d'Agrippine. En récompense, elle empoisonna ce trop facile mari: mais l'empire de son fils ne lui fut pas moins funeste à elle-même qu'à tout le reste de la république.

Néron est le premier empereur qui ait persécuté l'église. Il fit mourir à Rome saint Pierre et saint Paul.

L'empire affligé se reposa sous Vespasien.... Tite, fils et successeur de Vespasien, donna au monde une courte joie;.... On vit revivre Néron en la personne de Domitien. a. 93. La persécution se renouvela. Saint Jean, sorti de l'huile bouillante, fut relégué dans l'île de Pathmos, où il écrivit son apocalypse. Un peu après, il écrivit son évangile, âgé de *quatre-vingt-dix* ans.

Depuis ce temps les Chrétiens furent toujours persécutés: trente papes confirmèrent par leur sang l'évangile qu'ils annonçaient à toute la terre.

a. 96. Domitien est tué: l'empire commence à respirer sous Nerva. Son grand âge ne lui permet pas de rétablir les affaires: mais pour faire durer le repos public, il choisit Trajan pour son successeur. L'empire, tranquille au dedans et triomphant au dehors, ne cesse d'admirer un si bon prince. *Aussi* avait-il pour maxime: qu'il fallait que ses citoyens le trouvassent tel qu'il eût voulu trouver l'empereur s'il eût été simple citoyen.....

258 à 260. C'est alors qu'on voit commencer l'inondation

des Barbares. Les Bourguignons et d'autres peuples germains, les Goths, autrefois appellés les Gètes et d'autres peuples qui habitaient vers le Pont-Euxin et au delà du Danube entrèrent dans l'Europe: l'orient fut envahi par les Scythes asiatiques et par les Perses. Ceux-ci défirent Valérien qu'ils prirent ensuite par une infidélité; et après lui avoir laissé achever sa vie dans un pénible esclavage, ils l'écorchèrent pour faire servir sa peau déchirée de monument à leur victoire. Gallien son fils et son collègue, acheva de tout perdre par sa mollesse.

Trente tyrans partagèrent l'empire.....

Les Franes commençaient alors à se faire craindre. C'était une ligne de peuples germains qui habitaient le long du Rhin. Aurélien les avait battus étant particulier, et les tint en crainte étant empereur. Un tel prince se fit haïr par ses actions sanguinaires.

a. 286. Dioclétien gouverna avec vigueur, mais avec une insupportable vanité.

a. 304. L'empire vint entre les mains de Constantius Chlorus et de Galerius.

Les Gaules, l'Espagne et la grande Bretagne furent heureuses, mais trop peu de temps, sous Constantius Chlorus. Son fils, le jeune Constantin, se rendait illustre.... il embrassa publiquement le christianisme.

XI Epoque.—Constantin ou la paix de l'Eglise.

Cette célèbre déclaration de Constantin arriva l'an 313 de Notre-Seigneur....

325. Constantin assembla à Nicée en Bithynie le premier concile général, où 318 évêques, qui représentaient toute l'église, condamnèrent le prêtre Arius, ennemi de la divi-

nité du fils de Dieu, et dressèrent le symbole où la consubstantialité du père et du fils est établie.

Constantin, déshonoré par la malice de sa femme, reçoit en même temps beaucoup d'honneur par la piété de sa mère. Elle découvrit dans les ruines de l'ancienne Jérusalem la vraie croix féconde en miracles. Le saint sépulchre fut aussi trouvé. La nouvelle ville de Jérusalem qu'Ardrien avait fait bâtir, la grotte où était né le Sauveur du monde, et tous les saints lieux, furent ornés de temples superbes par Hélène et par Constantin. Quatre ans après (330), l'empereur rebâtit Byzance, qu'il appella Constantinople, et *en* fit le second siège de l'empire.

Ce prince mourut plein de joie et d'espérance, après avoir partagé l'empire entre ses trois fils, Constantin, Constance et Constant. Leur concorde fut bientôt troublée.

Théodose, seul empereur, fut la joie et l'admiration de tout l'univers. Il écouta saint Ambroise, célèbre docteur de l'église, qui le reprenait de sa colère, seul vice d'un si grand prince.

De son temps, saint Jérôme, prêtre retiré dans la sainte grotte de Bethléem, entreprit des travaux immenses pour expliquer l'écriture, *en* lut tous les interprètes, déterra toutes les histoires saintes et profanes qui la peuvent éclaircir, et composa sur l'original hebreu la version de la Bible que toute l'église a reçue sous le nom de **Vulgate**.

L'empire qui paraissait invincible sous Théodose, changea tout-à-coup sous ses deux fils.

406. L'occident était troublé par l'inondation des Barbares. Les Vandales occupèrent une partie de la Gaule et se répandirent dans l'Espagne.

713. L'Espagne est soumise aux Maures: *c'est ainsi qu'* on apellait les Sarrasins d'Afrique.

719. Les Sarrasins reçurent de grands coups durant l'empire de Léon. Ils levèrent honteusement le siège de Cons-

tantinople. Pélage, qui se cantonna dans les montagnes d'Asturie avec ce qu'il y avait de plus résolu parmi les Goths, après une victoire signalée, opposa à ces infidèles un nouveau royaume, par lequel ils devaient un jour être chassés de l'Espagne. Malgré les efforts et l'armée immense d'Abdérame leur général, Charles Martel gagna sur eux la fameuse bataille de Tours. Il y périt un nombre infini de ces infidèles; et Abdérame lui-même y demeura sur la place.

Le nouveau royaume d'Espagne, qu'on appelait dans ces premiers temps le royaume d'Oviède, s'augmentait par les victoires et par la conduite d'Alphonse, gendre de Pélage, qui, à l'exemple de Recarède, dont il était descendu, prit le nom de catholique....

772. Charlemagne, fils de Pépin, soutient l'église avec autant de courage que de piété.

793. Alphonse le Chaste régnait en Espagne. Il l'affranchit de l'infâme tribut de cent filles que son oncle Maurégat avait accordé aux Maures.....

Les Romains se tournèrent à Charlemagne qui subjuguait les Saxons, réprimait les Sarrasins, détruisait les hérésies, et faisait ressentir non-seulement à la France et à l'Italie, mais à l'Espagne, à l'Angleterre, à la Germanie et partout, les effets de sa piété et de sa justice....

XII Epoque. — Charlemagne, ou l'établissement du nouvel empire.

Enfin l'an 800 de Notre-Seigneur, ce grand protecteur de Rome et de l'Italie, ou pour mieux dire de toute l'église et de toute la chrétienté, élu empereur par les Romains sans qu'il y pensât, et couronné par le Pape Léon III qui avait porté le peuple à ce choix, devint le fondateur du nouvel empire et de la grandeur temporelle *du saint-siège.*

Voilà, **Monseigneur**, les douze époques que j'ai suivies dans cet abrégé.

Vous devez éviter les *anachronismes* qui brouillent l'ordre des affaires, et laisser disputer des autres entre les savans.

Je ne veux *non plus* charger votre mémoire du compte des olympiades. Il faut savoir *ce que c'est*, afin d'y avoir recours dans le besoin.

Les dates les plus simples et les plus suivies sont: celles du monde jusqu'à Rome, celles de Rome jusqu'à Jésus-Christ, et celles de J. C. dans toute la suite.

Le même.

Algunas frases que no pueden traducirse literalmente.

Il y a. chercher à. on a beau dire. en attendant. il s'agit de. il ne tient qu'à moi. il ne tient pas à moi. à mon insu. quoi qu'il en soit. là-dessus. faire part. brisons là-dessus. prendre garde à. de plus en plus. ni moi non plus. je ne pouvais mieux que de continuer. il vaut mieux. de mon mieux. c'est-à-dire. tant s'en faut. Il en est de même de. vin de deux, de trois feuilles. ne pouvoir s'empêcher de. Il est besoin que. ce que c'est que de craindre. tenir lieu de. de temps à autre. tout-à-fait. tout au long. c'est à vous, messieurs, d'empêcher. faire naufrage. faire en sorte que. se piquer de. à mon avis. venir de. au-dessus de. au-dessous de. chez moi. chez les Romains. chef-d'œuvre. sans y penser. aller au devant. faire semblant de. peindre d'après nature. d'après. au prix de. tourner en raillerie. c'est pourquoi. il est jour. mettre bas les armes. ni à beaucoup près. à mon livre près. après quoi. de gaieté de cœur. fondre en larmes. aimer mieux. depuis trois jours. entre chien et loup. devant les yeux. coucher

en joue. tout au plus. pour moi. quoi qu'on ait fait pour. faire horreur. faute de. tenir parole. faire peur. dire adieu à. prendre congé de. tout de bon. prendre son temps. encore si je pouvais. encore un pas. encore une fois. encore un coup. plus de moyen. il ne se peut autrement. trouver sur son passage. mettre en furie. être sur ses gardes. qu'à cela ne tienne. plus au long. pour l'ordinaire. au lever du soleil. au coucher du soleil. à propos. nulle part. oiseau de proie. vous voilà. être fâché de. dans un quart d'heure. j'ai tort. ici-bas. il laisse Homère bien derrière lui. au reste. se passer de. l'impie a beau se vanter. à plus forte raison. plaindre, se plaindre, être à plaindre. chemin faisant. Si j'avais de l'argent. j'acheterais des livres. Quand j'aurai de l'argent. c'est là que. c'est ainsi que. c'est alors que. c'est ici que. c'est moi qui. fussiez-vous au fond de l'abîme, la main de Jupiter pourrait vous en tirer. fût-il roi, il ne serait pas content. dût-il m'en coûter la vie. quoi qu'il m'en coûte. quoi qu'on en puisse dire. quoi qu'il plaise à Dieu ou à vous d'ordonner de moi.

Utilité générale de l'étude des sciences..

Il est vrai que toutes les spéculations de géométrie pure ou d'algèbre ne s'appliquent pas à des choses utiles; mais il est vrai aussi que la plupart de celles qui ne s'y appliquent pas conduisent ou tiennent à celles qui s'y appliquent: savoir que, dans une parabole, la sous-tangente est double de l'abscisse correspondante, c'est une connaissance fort stérile par elle-même; mais c'est un degré nécessaire pour arriver à l'art de tirer les bombes avec la justesse dont on sait les tirer présentement. *Il s'en faut beaucoup qu'il y ait* dans les mathématiques autant d'usages évidents que de propositions ou de vérités; c'est bien assez que le

concours de plusieurs vérités produise presque toujours un usage.

De plus, telle spéculation géométrique, qui ne s'appliquait d'abord à rien d'utile, vient à s'y appliquer dans la suite. Quand les plus grands géomètres du XVII^e siècle se mirent à étudier une nouvelle courbe, qu'ils appelèrent la cycloïde, ce ne fut qu'une pure spéculation, où ils s'engagèrent par la seule vanité de découvrir à l'envi les uns des autres des théorèmes difficiles. Ils ne prétendaient pas eux-mêmes travailler pour le bien public; cependant il s'est trouvé, en approfondissant la nature de la cycloïde, qu'elle était destinée à donner aux pendules toute la perfection possible et à porter la mesure du temps jusqu'à sa dernière précision.

Il en est de la physique comme de la géométrie.

Les anciens ont connu l'aimant, mais il n'en ont connu que la vertu d'attirer le fer: soit qu'ils n'aient pas fait beaucoup de cas d'une curiosité qui ne les menait à rien, soit qu'ils n'eussent pas assez le génie des expériences, ils n'ont pas examiné cette pierre avec assez de soin. Une seule expérience de plus leur apprenait qu'elle se tourne d'elle-même vers les pôles du monde, et leur mettait entre les mains le trésor inestimable de la boussole. Il touchaient à cette découverte si importante qu'ils ont laissée échapper, et s'ils avaient donné un peu plus de temps à une curiosité, inutile en apparence, l'utilité cachée se déclarait.

Amassons toujours des vérités de mathématiques et de physique au hasard de ce qui en arrivera: ce n'est pas risquer beaucoup. Il est certain qu'elles seront puisées dans un fonds d'ou il en est déjà sorti un grand nombre qui se sont trouvées inutiles. Nous pouvons présumer avec raison

que, de ce même fonds, nous en tirerons plusieurs, brillantes dès leur naissance, d'une utilité sensible et incontestable. Il y en aura d'autres qui attendront quelque temps qu'une fine méditation, ou un heureux hasard, découvre leur usage. *Il y en aura* qui prises séparément, seront stériles, et ne cesseront de l'être que quand on s'avisera de les rapprocher. Enfin, *au pis aller*, il y en aura qui seront éternellement inutiles.

J'entends inutiles, par rapport aux usages sensibles, et, pour ainsi dire, grossiers, car du reste elles ne le seront pas. Un objet vers lequel on tourne uniquement ses yeux en est plus clair et plus éclatant quand les objets voisins, qu'on ne regarde pourtant pas, sont éclairés aussi bien que lui: c'est qu'il profite de la lumière qu'ils lui communiquent par réflexion. Ainsi les découvertes sensiblement utiles, et qui peuvent mériter notre attention principale, sont en quelque sorte éclairées par celles qu'on peut traiter d'inutiles. Toutes les vérités deviennent plus lumineuses les unes par les autres.

L'esprit géométrique n'est pas si attaché à la géométrie qu'il n'en puisse être tiré, et transporté à d'autres connaissances. Un ouvrage de morale, de politique, de critique, peut-être même d'éloquence, en sera plus beau, toutes choses d'ailleurs égales, s'il est fait de main de géomètre. L'ordre, la netteté, la précision, l'exactitude qui règnent dans les bons livres depuis un certain temps pourraient bien avoir leur première source dans cet esprit géométrique, qui se répand plus que jamais, et qui, en quelque façon se communique de proche en proche à ceux même qui ne connaissent pas la géométrie. Quelquefois un grand homme donne le ton à tout son siècle, et celui à qui on pourrait le plus légitimement accorder la gloire d'avoir établi un nouvel art de raisonner était un excellent géomètre.

Enfin, tout ce qui nous élève à des réflexions, qui,

quoique purement spéculatives, son grandes et nobles, est d'une utilité qu'on peut appeler spirituelle et philosophique. L'esprit a ses besoins, et peut-être aussi étendus que ceux du corps. Il veut savoir; tout ce qui peut être connu lui est nécessaire, et rien ne marque mieux combien il est destiné à la vérité, rien n'est peut-être plus glorieux pour lui, que le charme que l'on éprouve, et quelquefois malgré soi, dans les plus sèches et les plus épineuses recherches de l'algèbre.

Mais sans vouloir changer les idées communes, et sans avoir recours à des utilités qui peuvent paraître trop subtiles et trop raffinées, on peut convenir nettement que les mathématiques et la physique ont des endroits qui ne sont que curieux, et cela leur est commun avec les connaissances les plus généralement reconnues pour utiles telles qu'est l'histoire.

L'histoire, ne fournit pas, dans toute son étendue, des exemples de vertu ni des règles de conduite. Hors de là, ce n'est qu'un spectacle de révolutions perpétuelles dans les affaires humaines, de naissances et de chutes d'empires, de mœurs, de coutumes, d'opinions, qui se succèdent incessamment, en fin, de tout ce mouvement rapide, quoique insensible, qui emporte tout et change continuellement la face de la terre.

Si nous voulons opposer curiosité à curiosité nous trouverons qu'au lieu de ce mouvement qui agite les nations, qui fait naître et qui renverse des Etats, la physique considère ce grand et universel mouvement qui a arrangé toute la nature, qui a suspendu les corps célestes en différentes sphères, qui allume et qui éteint les étoiles, et qui en suivant toujours des lois invariables, diversifie à l'infini ses effets. Si la différence étonnante des mœurs et des opinions des peuples est si agréable à considérer, on étudie aussi avec un extrême plaisir la prodigieuse diversité

de la structure des différentes espèces d'animaux par rapport à leur différentes fonctions, aux éléments où ils vivent, aux climats qu'ils habitent, aux aliments qu'ils doivent prendre, etc. Les traits d'histoire les plus curieux auront peine à l'être plus que les phosphores, les liqueurs froides qui en se mêlant produisent de la flamme, les arbres d'argent, les jeux presque magiques de l'aimant, et une infinité de secrets que l'art a trouvés en observant de près et en épiant la nature. En un mot, la physique suit et dé mêle, autant qu'il est possible, les traces de l'intelligence et de la sagesse infinie qui a tout produit; au lieu que l'histoire a pour objet les effets irréguliers des passions et des caprices des hommes, et une suite d'événements si bizarres, que l'on a autrefois imaginé une divinité aveugle et insensée pour lui en donner la direction.

Ce n'est pas une chose que l'on doit compter parmi les simples curiosités physiques, que les sublimes réflexions où elle nous conduit sur l'auteur de l'univers. Ce grand ouvrage, toujours plus merveilleux à mesure qu'il est plus connu, nous donne une si grande idée de son ouvrier, que nous en sentons notre esprit accablé d'admiration et de respect. Surtout l'astronomie et l'anatomie sont les deux sciences qui nous offrent le plus sensiblement deux grands caractères du Créateur: l'une son immensité, par les distances, la grandeur et le nombre des corps célestes; l'autre, son intelligence infinie, par la mécanique des animaux.

Les différentes vues de l'esprit humain sont presque infinies, et la nature l'est véritablement. Ainsi l'on peut espérer chaque jour, soit en mathématiques, soit en physique, des découvertes qui seront d'une espèce nouvelle d'utilité ou de curiosité. Rassemblez tous les différents usages dont les mathématiques pouvaient être: il y a cent ans, rien ne ressemblait aux lunettes qu'elles nous ont données depuis ce temps-là, et qui sont un nouvel organe de

la vue, que l'on n'eût pas osé attendre des mains de l'art. Quelle eût été la surprise des anciens, si on leur eût prédit qu'un jour leur postérité, par le moyen de quelques instruments, verrait une infinité d'objets qu'ils ne voyaient pas, un ciel qui leur était inconnu, des plantes et des animaux dont ils ne soupçonnaient seulement pas la possibilité?

Les physiiciens avaient déjà un grand nombre d'expériences curieuses, mais voici encore, depuis près d'un demi-siècle, la machine pneumatique qui en a produit une infinité d'une nature toute nouvelle, et qui, en nous montrant les corps dans un lieu vide d'air, nous les montre comme transportés dans un monde différent du nôtre, ou ils éprouvent des altérations dont nous n'avions pas d'idée. Peut-être l'excellence des méthodes géométriques que l'on invente, ou que l'on perfectionne de jour en jour, fera-t-elle voir à la fin le bout de la géométrie, c'est-à-dire de l'art de faire des découvertes en géométrie, ce qui est tout; mais la physique, qui contemple un objet d'une variété et d'une fécondité sans bornes, trouvera toujours des observations à faire et des occasions de s'enrichir, et aura l'avantage de n'être jamais une science complète.

Tant de choses qui restent encore, et dont apparemment plusieurs resteront toujours à savoir, donnent lieu au découragement affecté de ceux qui ne veulent pas entrer dans les épines de la physique. Souvent, pour mépriser la science naturelle, on se jette dans l'admiration de la nature, que l'on soutient absolument incompréhensible. La nature, cependant, n'est jamais si admirable, ni si admirée, que quand elle est connue. Il est vrai que ce que l'on sait est peu de chose, en comparaison de ce qu'on ne sait pas; quelquefois même ce qu'on ne sait pas est justement ce qu'il semble qu'on devrait le plus tôt savoir. Par exemple, on ne sait pas, du moins bien certainement, pourquoi une pierre jetée en l'air retombe; mais on sait a-

vec certitude quelle est la cause de l'arc-en-ciel, pourquoi il ne passe jamais une certaine hauteur, pourquoi la largeur en est toujours la même, pourquoi, quand il y a deux arcs-en-ciel à la fois, les couleurs de l'un sont renversées à l'égard de celles de l'autre, etc.; et, cependant combien la chute d'une pierre dans l'air paraît-elle un phénomène plus simple que l'arc-en-ciel? Mais enfin, quoique l'on ne sache pas tout, on n'ignore pas tout aussi; quoique l'on ignore ce qui paraît plus simple, on ne laisse pas de savoir ce qui paraît plus compliqué; et si nous devons craindre que notre vanité ne nous flatte souvent de pouvoir parvenir à des connaissances qui ne sont pas faites pour nous, il est dangereux que notre paresse ne nous flatte aussi quelquefois d'être condamnés à une plus grande ignorance que nous ne le sommes effectivement.

Il est permis de compter que les sciences ne font que de naître, soit parce que chez les anciens elles ne pouvaient être encore qu'assez imparfaites, soit parce que nous en avons presque entièrement perdu les traces pendant les longues ténèbres de la barbarie, soit parce qu'on ne s'est mis sur les bonnes voies que depuis environ un siècle. Si l'on examinait historiquement le chemin qu'elles ont déjà fait dans un si petit espace de temps, malgré les faux préjugés qu'elles ont eu à combattre de toutes parts et qui leur ont longtemps résisté, quelquefois même malgré les obstacles étrangers de l'autorité et de la puissance, malgré le peu d'ardeur que l'on a eu pour des connaissances éloignées de l'usage commun, malgré le petit nombre de personnes qui se sont vouées à ce travail, malgré la faiblesse des motifs que les y ont engagées, on serait étonné de la grandeur et de la rapidité du progrès des sciences; on en verrait de même de toutes nouvelles sortir du néant, et peut-être laisserait-on aller trop loin ses espérances pour l'avenir.

Fontenelle.

La *Géométrie* est la science qui se propose de mesurer l'*Etendue* et d'en considérer les formes et les propriétés. Tout corps a trois dimensions, *Longueur*, *Largeur* et *Épaisseur* ou *Profondeur*: les limites qui le déterminent en sont la *Surface*: Mais les surfaces d'un corps, en se rencontrant deux à deux, sont elles-mêmes terminées par des *Lignes*; les limites qui bornent les lignes sont les *Points*. Ce sont ces diverses limites des corps qui nous servent à reconnaître leur *Figure*.

Quoiqu'il n'y ait pas de corps sans trois dimensions, on fait souvent abstraction d'une d'elles ou de deux: par ex., si l'on parle de la grandeur d'un champ, ou de la hauteur d'un édifice, on n'a égard qu'à une surface ou une ligne. Afin de procéder du simple au composé, par une gradation qui facilite l'étude, nous diviserons la *Géométrie* en trois parties: la première traitera des *Lignes*, la seconde des *Surfaces*, la troisième des *Volumes*.

On peut regarder une ligne comme la trace que laisse un point qui se meut vers un autre point. On dit que la ligne est *droite*, quand, en la faisant pirouetter autour de deux de ses points, aucun des autres points, n'éprouve de déplacement: sinon, la ligne est composée de lignes droites *brisées* disposées bout à bout; ou bien cette ligne n'a aucune partie rectiligne et est appelée *courbe*.

Un *Plan* est une surface sur laquelle est appliquée toute ligne droite joignant deux points quelconques de cette surface. Etant donnés trois points non en ligne droite, on peut toujours faire passer un plan par ces trois points, puisqu'en tournant autour de la droite qui joint ces deux points, on pourra faire passer le plan par le 3^e point: et il est évident que la position absolue du plan sera alors déterminée, c'est-à-dire, fixée de manière qu'un autre plan ne pourrait contenir ces trois points sans *coïncider* avec le premier.

Deux droites *n'ayant* qu'un seul point commun, ne peuvent enclore un espace; l'étendue indéfinie comprise entre ces droites prolongées sans limites, est ce qu'on appelle un *Angle*. Le point de section des deux lignes est le *sommet de l'angle*.

Les côtés d'un angle *devant* toujours être considérés comme indéfiniment prolongés, on voit que *la grandeur d'un angle ne dépend pas de la longueur de ses côtés*, mais de l'écartement des deux lignes.

Lorsqu'une droite tombe sur une autre droite, elle fait deux angles qu'on appelle *de suite* ou *adjacents*. Deux angles *de suite* ont pour somme deux angles droits. Lorsque deux droites se coupent, les angles opposés au sommet sont égaux.

Deux lignes droites *ne suffisant* pas pour enclore un espace, il faut au moins une 3^e ligne pour limiter l'étendue. La figure ainsi formée est appelée un *Triangle*: elle a trois côtés et trois angles. Si les trois côtés sont égaux, le triangle est *équilatéral*; il est *isoscèle* quand deux côtés seulement sont égaux; enfin il est *scalène* lorsque les trois côtés sont inégaux. Quand il a un angle droit, le triangle est *rectangle*; on donne le nom d'*hypoténuse* au côté qui est opposé à cet angle droit.

Le sommet de l'un quelconque des angles est *le sommet du triangle*, la *base* est le côté opposé; la *hauteur* est la perpendiculaire abaissée du sommet sur la base.

Deux triangles sont égaux lorsque deux de leurs côtés sont respectivement égaux chacun à chacun, comprenant un angle égal.

Lorsqu'un triangle est isoscèle, les angles opposés aux côtés égaux, sont égaux.

On peut inscrire un cercle dans tout triangle.

On *n'en* peut inscrire qu'un seul.

Le centre est situé à l'intersection de deux lignes qui

divisent en parties égales deux des angles du triangle.

La droite menée de ce centre au 3^e angle, coupe pareillement cet angle en parties égales.

Une *Aire* est l'étendue comprise entre les lignes qui terminent une figure fermée. Les aires *Équivalentes* sont celles qui sont d'égale étendue, sans qu'elles puissent coïncider par superposition.

Les parallélogrammes qui ont des bases égales et des hauteurs égales sont équivalens.

Tout triangle est la moitié d'un parallélogramme de même base et de même hauteur.

Tant que l'Algèbre et la Géométrie ont été séparées, leurs progrès ont été lents et leur usages bornés; mais lorsque les deux sciences se sont réunies, elle se sont prêté des forces mutuelles, et ont marché ensemble d'un pas rapide vers la perfection. C'est à Viète et à Descartes que l'on doit l'application de l'Algèbre à la Géométrie, application qui est devenue la *clé* des plus grandes découvertes dans toutes les branches des Mathématiques.

C'est donc en introduisant dans les formules algébriques les grandeurs qui composent les parties d'une figure, que nous transporterons dans la Géométrie toutes les ressources de l'Algèbre, et nous parviendrons sans peine à des résultats qu'il serait difficile d'obtenir par la Géométrie seule. *Celle-ci* a l'avantage de ne jamais faire perdre de vue l'objet principal, et d'éclairer la route entière qui conduit des premiers axiomes à leurs dernières conséquences; mais l'Algèbre a bien plus de ressources.

Francoeur.

Chemins de fer.

Chemins en France—On se servait depuis bien des années des chemins de fer aux abords ou dans l'intérieur de mines d'Angleterre, qu'à *peine* les connaissions-nous en France.

De 1820 à 1830, l'industrie des chemins de fer fit un grand pas en Angleterre; on établit dans le nord plusieurs lignes d'une longueur considérable dans le but d'ouvrir des débouchés au commerce des charbons. Vers la même époque, en 1823, M. Beaunier obtenait l'autorisation de construire, pour le transport des *charbons de terre*, le chemin de Saint-Etienne à Andrezieux; MM. Séguin, un peu plus tard, celle d'exécuter le chemin de Saint-Etienne à Lyon, et MM. Mellet et Henry, la permission de relier Saint-Etienne à Roanne par une voie ferrée. Mais, si alors la France *marcha* un moment *sur les traces* de l'Angleterre, elle s'arrêta bientôt dans cet élan, et, plus occupée de ses dissensions politiques que du soin de conserver sa position industrielle, elle hésita longtemps avant de procéder *franchement et hardiment* à la création de ces grandes lignes dont l'immense utilité pour l'avenir du pays est maintenant passée à l'état d'axiome.

Ce fut en 1842 seulement que le gouvernement fit adopter par les Chambres une loi qui, malgré ses imperfections, est devenue pour la France l'origine d'une nouvelle ère sociale. Les Chambres, la France entière, comprirent enfin la nécessité de procéder, sans plus attendre, à l'établissement des grandes voies métalliques. Le projet de toutes les grandes lignes ayant été, pour ainsi dire, enfanté en un seul jour, on en a retiré du moins cet avantage qu'elles ont été tracées dans des idées d'ensemble qui n'ont pas présidé à la conception des chemins de fer anglais et allemands.

Les forces isolées de l'Etat ou de l'industrie eussent été insuffisantes pour une œuvre aussi grande. Aussi ont-elles été appelées à concourir à son exécution. Ralenties en 1847 dans leur marche par une crise financière, et en 1848 par la Révolution de février, les Compagnies de chemins de fer n'en sont pas moins parvenues à accomplir leur tâche.....

Si l'on jette un coup d'œil sur la carte des chemins exploités ou en construction, on est tout d'abord frappé de la haute importance des deux grandes voies ferrées qui partagent la France en deux parties: la première, dans sa longueur, du Havre à Marseille, passant par Rouen, Paris et Lyon; la seconde, dans sa largeur de Brest à Strasbourg, par Rennes, Paris et Nancy, aussi utiles l'une et l'autre au point de vue de la civilisation et de la stratégie que sous le rapport commercial.

A Paris viennent aussi converger le chemin du Nord qui, en se soudant à la grande voie du Havre à Marseille, forme le lien entre la mer du Nord et la Méditerranée; le chemin de Paris à Nantes par Orléans, qui, se reliant au chemin de Brest à Strasbourg occupe une première place parmi nos voies de communication de l'est à l'ouest; enfin, celui de Paris à Bordeaux et Bayonne, également par Orléans.

Nous aurons encore, d'ici à peu d'années, le chemin de Paris à Toulouse, qui partagera, avec celui de Paris à Marseille, le trafic du nord avec le midi, les chemins de Bordeaux à Genève par Lyon, de Paris à Mulhouse, de Dijon à Mulhouse et de Blesme à Gray.

Le Chemin de Bordeaux à Cette vient d'être livré à la circulation (avril 1856).....

La plupart de nos grandes industries ont éprouvé la bienfaisante influence de la création des chemins de fer. L'industrie minière est devenue tellement florissante,

qu'elle est arrêtée dans ses développements par le défaut de bras; l'industrie métallurgique s'est trouvée un moment incapable de fournir aux besoins des grandes Compagnies; les manufactures ont généralement profité de la réduction considérable que les chemins de fer ont opérée dans le prix des transports; l'agriculture a pu, grâce aux chemins de fer, écouler ses produits sur des marchés qu'elle n'avait pu aborder jusqu'alors, et elle a réalisé de grandes améliorations en faisant usage d'engrais, tels que le plâtre, le guano etc., que les chemins de fer lui fournissent à bas prix, et en généralisant l'emploi des tuyaux de drainage, pour le transport desquels les Compagnies ont abaissé leurs tarifs à leurs dernières limites.

Les chemins de fer, par la création d'un immense personnel façonné à des habitudes d'ordre et de discipline, ont encore exercé sur nos mœurs une action qui n'a peut-être pas été suffisamment appréciée.

D'autres ont dit mieux que nous ne saurions le faire leur influence sur nos relations intérieures et extérieures.

Le gouvernement impérial a donné une vive impulsion à l'établissement de ces admirables voies de communication; il a compris, mieux qu'aucun des gouvernements qui l'ont précédé, tout le parti que l'on pouvait tirer du concours des grandes Compagnies....

Espagne. Les renseignements les plus récents que nous possédions sur les chemins de fer espagnols datent du 1.^{er} novembre 1856. La longueur des chemins de fer exploités alors était de 533 kilomètres $\frac{1}{2}$; celle des chemins concédés, y compris ceux exploités, était de 2,866 kilomètres. Aujourd'hui, en 1857, la longueur des chemins concédés dépasse 3,000 kilomètres.

En 1830, lorsque l'Angleterre commençait à peine l'établissement de ses grandes lignes de chemins de fer, un projet fut rédigé pour l'établissement d'un *camino de hierro*

de Cadix à Puerto Santa María. Nous avons eu ce projet entre les mains. Mais il resta inexécuté. Ce n'est qu'en 1840 que fut concédé le chemin de Madrid à Aranjuez, long de 28 kilomètres seulement, aujourd'hui exploité. De 1843 à 1851, deux autres lignes ont été entreprises; celle de Langreo à Gijon et à Oviedo, longue de 50 kilomètres. De 1852 à 1855, quelques lignes importantes ont été concédées, telles, par exemple, que celle de Barcelone à Saragosse, longue de 320 kilomètres, faisant partie aujourd'hui du chemin de Madrid à Albacete. En 1848 on commença celle de Barcelone à Mataro, longue de 28 kilomètres; les lignes d'Almansa à Jativa, longue de 71 kilomètres; d'Almansa à Alicante, longue de 97 kilomètres, et de Jativa à Valence, longue de 60 kilomètres, furent concédées en 1851 et 1852; mais l'impulsion qu'a reçue l'industrie des chemins de fer en Espagne ne date réellement que de 1855. Les grandes lignes de Madrid à Saragosse (360 kilomètres), Madrid à Almansa (356 kilomètres), Madrid à la frontière française, par Valladolid et Burgos (621 kilomètres), Jerez à Séville (100 kilomètres), et de Valence à Tarragone (280 kilomètres, ont été toutes concédées en 1855 à 1856.

Les noms de nos grands financiers Rotschild et Pereire, qui ont exercé une si grande influence sur l'établissement des chemins de fer français, se retrouvent encore parmi ceux des fondateurs des lignes principales de la péninsule espagnole. M. Salamanca a également joué un rôle important dans la création des voies ferrées espagnoles. Parmi les ingénieurs nous nommerons M. Pedro Miranda, qui a été ingénieur en chef directeur du chemin d'Aranjuez, MM. Angel, Retortillo, Meliton, et l'ingénieur anglais William Green.

L'Espagne, si riche en minéraux de toute espèce, et à laquelle il ne manque que de bonnes voies de communi-

cation pour devenir l'un des pays du monde les plus prospères, retirera incontestablement de l'établissement des chemins de fer les plus grands avantages.....

Notions générales sur la disposition des voies en fer.

Dispositions des voies.—L'effort qu'il faut exercer pour remorquer un véhicule sur une route est d'autant moindre que la surface sur laquelle se meuvent les roues est plus dure et plus unie.

Les Romains attachaient une grande importance à la construction de la chaussée de leur routes. Ils la composaient de matériaux si résistants et lui donnaient une épaisseur telle, que l'on trouve encore fréquemment des portions de routes dans un état parfait de conservation. La partie extérieure des ces chaussées sur laquelle s'opérait le roulement se composait en général de blocs de pierre d'assez forte dimension assemblés avec soin.

Dans les temps modernes, on a dû renoncer à un mode de construction si dispendieux; aussi a-t-on composé les chaussées de matériaux de plus faible dimension, mais qui par cela même, offraient au roulage une surface moins unie.

Le roulage sur ces nouvelles routes étant devenu beaucoup plus difficile que sur les anciennes routes romaines, on imagina d'abord de faire porter les roues sur deux files parallèles de pierres dures et bien dressées, tandis que les chevaux marchaient dans l'espace compris entre ces bandes de pierres; puis, voulant augmenter encore la dureté du chemin, on fut conduit à les remplacer par des plaques ou des bandes de fonte ou de fer.

Telle a été l'origine *des chemins de fer ou chemins garnis de files parallèles de bandes de fer ou de fonte fixées solidement au terrain.*

Les chemins de fer sont souvent désignés sous le nom de *railways*. Ce mot, emprunté à la langue anglaise, est formé de deux autres; *way*, chemin, et *rail*, bande. Ainsi *railway* ne signifie pas seulement un chemin de fer, mais un chemin composé de files parallèles de bandes de matière quelconque, un chemin composé, par exemple, de bandes parallèles de pierre, comme il en existe encore à Milan et à Londres, ou bien un chemin composé de bandes de bois, comme on en voit aux Etats-Unis et dans beaucoup de mines en Prusse. Les bandes qui constituent le chemin s'appellent alors des rails.

Les *railways* sont à *bandes saillantes* (*edge-rails*), lorsque les bandes de fer ne portent aucun rebord pour maintenir le chariot sur la voie; c'est alors sur les roues que se trouvent les bourrelets ou saillies qui empêchent la roue de dévier.

Ils sont à *bandes plates* (*plate rails*), quand les bandes sont garnies d'un rebord, ce qui permet d'employer pour les voitures les roues ordinaires.

Les chemins à bandes saillantes sont aujourd'hui généralement préférés aux chemins à bandes plates à cause de la grande facilité avec laquelle on maintient la surface des rails parfaitement propre.

On trouve cependant encore un grand nombre de chemins à bandes plates dans les mines ou dans le voisinage des grands établissements d'industrie.

Le chemin de fer réduit, pour ainsi dire, à sa plus simple expression n'est composé que de deux files de bandes de fer. C'est ainsi que l'on peut concevoir le chemin de fer tel qu'on l'a établi dans l'origine pour transporter du charbon ou des produits industriels à de petites distances, sur des chariots qui marchaient une partie de la journée dans un sens avec la même vitesse, et qui revenaient ensuite sur le même chemin dans la direction opposée.

Mais cette voie unique, composée de deux files de rails seulement, devint insuffisante dès que les chariots durent se croiser ou se dépasser. On posa alors deux voies, ou quatre files de rails, sur toute la longueur de la route, ou du moins de distance en distance, sur une partie de la longueur, et on se ménagea les moyens de passer à volonté d'une voie sur une autre.

Les chemins de fer composés de deux voies sur toute leur longueur sont appelés *chemins à double voie*; ceux dans lesquels on n'a posé une double voie que sur une partie de la longueur sont nommés *chemins à simple voie*.

Dans certains pays où le terrain est précieux, les routes ordinaires sont tellement étroites, que deux voitures ne peuvent y marcher de front et se croiser que dans quelques endroits où elles présentent des espèces de renflements. On est alors forcé de faire en sorte de ne se rencontrer que dans ces gares ménagées à *dessein*. Sur les chemins à simple voie il faut aussi calculer la marche des convois, de telle façon qu'ils se rencontrent exactement dans les parties où sont placées les deux voies. Les chemins à double voie sont plus commodes, mais ils sont plus coûteux.

Quelques accidents arrivés sur des chemins à une seule voie en France ont conduit à penser qu'ils étaient excessivement dangereux. La plupart des chemins belges et des chemins allemands ont cependant été exploités avec une seule voie pendant plusieurs années sans que le nombre des accidents y fût plus grand que sur les chemins à deux voies.

Les chemins à une voie ne sont d'une exploitation réellement difficile, et par suite, dangereuse, que lorsque la circulation y dépasse certaines limites. Ce n'est que sur des chemins de cette espèce, où la circulation était trop active pour une seule voie, ou sur des chemins mal exploi-

tés, que l'on a eu à déplorer des accidents graves.

On a construit des chemins de fer composés d'une seule file de rails qui ont été appelés, du nom de leur inventeur Palmer, *chemins à la Palmer*.

Les roues des voitures employées sur ces chemins sont creusées en gorge de poulies à leur pourtour et placées au milieu des essieux, chaque essieu n'en portant qu'une seule. La charge en marchandises ou en voyageurs est logée dans des caisses suspendues aux extrémités des essieux, et les rails sont établis sur des colonnes ou des piliers au-dessus du sol.

Ce mode de construction est, sans doute, fort économique; mais les chariots sur un chemin de ce genre éprouvent une grande résistance, si on ne charge également les extrémités des essieux, condition difficile à remplir lorsqu'on transporte des voyageurs; le tirage par des chevaux ne peut s'y faire que dans une direction oblique, et la traction par locomotive y paraît difficilement applicable; aussi l'usage en a-t-il été jusqu'à ce jour fort limité. On ne les a employés que dans l'intérieur d'un petit nombre d'établissements industriels (chemin du bureau des navires à Deptfort près de Londres); pour un transport de marchandise peu important (chemin des fours à chaux et de la briqueterie de Cheshunt, au canal de Lee); pour le service de la briqueterie de Posen; dans quelques mines de houille (mines de Rive-de-Gier), ou enfin pour des travaux de terrassement (terrassements pour les fortifications de Paris au bois de Boulogne).

M. Amédée Burat décrit, dans son *Traité de la recherche et de l'exploitation des minéraux utiles*, le chemin à la Palmer de Rive-de-Gier, sur lequel on se sert de chariots à une seule caisse, placée, au moyen d'une espèce d'essieu recourbé au dessous du rail. Il signale comme inconvénient de ce système le défaut de stabilité des caisses de chariots.

On trouve sur tous les chemins de fer employés au transport des voyageurs et marchandises, aux deux extrémités et à chacun des points intermédiaires où les convois doivent s'arrêter, des bâtiments plus ou moins vastes qui servent à loger les bureaux de distribution des billets ou à procurer un abri aux voyageurs. Dans le voisinage de ces bâtiments, en certains points, il existe, outre les voies principales du chemin de fer, des voies auxiliaires pour le remisage des voitures et des machines. Le service du chemin exige enfin des ateliers de réparation, des magasins, des réservoirs etc. etc.

L'emplacement plus ou moins vaste sur lequel ces bâtiments divers avec leurs dépendances ont été construits et ces voies auxiliaires posées porte le nom de *gares de stationnement* ou *stations*.

Nous étendrons ce nom de gare aux emplacements réservés pour les ateliers, ordinairement construits dans des terrains situés en dehors du chemin, et où les convois ne stationnent pas.

On appelle enfin *gares d'évitement* les parties des chemins à une seule voie sur lesquelles on a posé une double voie.

Ce nom de gares d'évitement est usité aussi pour les parties des chemins à double voie où les convois passent sur une voie latérale, pour reprendre ensuite l'une des voies principales.

On distingue les gares ou stations *extrêmes*, gares d'arrivée ou de *départ*, et les gares ou stations *intermédiaires*.

Les gares intermédiaires se subdivisent en :

Gares intermédiaires de *première classe*, *deuxième classe* et *troisième classe*, et quelquefois même en gares de *quatrième classe*.

Les gares de première classe sont placées près des grandes villes ou à proximité de localités très-peuplées;

tous ou presque tous les trains s'y arrêtent. Une partie seulement des convois stationne dans les gares de seconde classe.

Considérant les gares sous un autre point de vue, on les divise en :

Gares appropriées au service des *voyageurs* seulement.

Gares appropriées au service des *marchandises* seulement.

Gares appropriées au service des *voyageurs* et des *marchandises*.

Les ateliers de réparation ne sont quelquefois que les dépendances des gares de voyageurs ou de marchandises. Souvent aussi ils sont renfermés dans des gares spéciales. On peut enfin distinguer les gares traversées par un seul chemin de fer et celles dans les quelles aboutissent ou se croisent plusieurs chemins de fer.

Moteurs.—On emploie comme moteurs sur les chemins de fer les *hommes* ou les *animaux*, les *machines fixes*, les *machines locomotives*, et la force naturelle de la *pesanteur* ou *gravité*.

Les hommes poussent ou traînent les chariots; les chevaux ou les bœufs les traînent presque toujours en agissant également comme sur les routes ordinaires, ou quelquefois en leur donnant le mouvement à un manège. Dans ce dernier cas, les chariots, attachés à la suite les uns des autres sont fixés à une corde qui s'enroule ou se déroule sur le tambour d'un manège. Ce n'est guère que sur des rampes d'une grande inclinaison (plans inclinés) qu'on emploie les tambours et les manèges. Les machines fixes sont des machines *fixées* au sol, et qui font tourner des tambours, à l'aide desquels on remorque les convois exactement de la même manière. On se sert ordinairement dans ce cas, de machines à vapeur. Cependant on peut aussi faire usage des machines hydrauliques ou de toute autre

espèce. Aux Etats-Unis, on trouve sur quelques chemins de fer des roues hydrauliques.

Les machines locomotives sont des machines à vapeur, accompagnées de leur chaudière, de leur foyer et de leurs cheminées portées sur un chariot spécial placé en tête du convoi qu'elles remorquent.

Elles impriment le mouvement de rotation à un des essieux du chariot. Les roues qui sont fixées aux extrémités de cet essieu tournent aussi; mais comme elles sont gênées dans leur mouvement par la résistance qu'elles trouvent sur le rail, il suffit que cette résistance soit en rapport avec la charge que la machine doit traîner pour qu'elles ne puissent tourner qu'en avançant.

C'est à peu près de la même manière qu'une machine à vapeur, placée sur un bateau le fait marcher en faisant tourner les deux roues à palettes qui remplacent les rames.

La force naturelle de la pesanteur ne peut être employée qu'à la descente, où elle entraîne les chariots avec d'autant plus d'énergie que la pente est plus forte. Sur un chemin de fer en ligne droite, elle suffit pour faire équilibre à la résistance dès que la pente atteint quatre millièmes, c'est-à-dire, lorsque, par un parcours de mille unités de longueur, mètres ou pieds, le niveau du chemin s'est abaissé de quatre fois cette unité. La plus légère impulsion met alors les chariots en mouvement, et ils peuvent, à la rigueur, descendre sur une pareille pente sans le secours d'aucun moteur.

Sur une pente plus forte, il y a excès de *gravité* et les chariots descendraient avec une vitesse qui croîtrait constamment jusqu'à une certaine limite si l'on ne se servait de freins pour les contenir.

Quand la pente atteint deux centièmes environ, l'effet de la pesanteur qui entraîne les chariots descendans est

assez grand pour que ces chariots puissent, à l'aide d'une disposition particulière, faire monter des chariots moins pesamment chargés marchant en sens contraire sur une voie parallèle.

Les chariots qui doivent descendre sont alors accrochés à l'extrémité d'une corde passant sur une poulie couchée horizontalement, ou à peu près, au sommet du chemin incliné, et les chariots qui doivent monter sont fixés à l'autre extrémité de la corde.

On conçoit comment les premiers, roulant du haut du plan vers le bas sur une même voie, entraînant, par l'intermédiaire de la corde, les seconds qui suivent, ont, en sens contraire, une voie parallèle.

Les plans inclinés disposés de cette manière portent le nom de *plans automoteurs* (self acting planes).

Perdonnet.

Télégraphie.

L'art de transmettre la pensée à de grandes distances peut, malgré de nombreux essais qui remontent à l'origine même de l'histoire, être considéré comme essentiellement moderne. *Ce n'est*, en effet, qu'en 1794 et grâce à l'invention de Claude Chappe, que la transmission de signaux télégraphiques est devenue un moyen régulier d'information et d'action. En France *ce n'est qu'en* mars 1851 qu'il a été transmis pour la première fois des messages relatifs à des intérêts privés.

La télégraphie aérienne, tant de jour que de nuit, avait trois principaux inconvénients: *lenteur* des transmissions par suite de la répétition des signaux de station en station; *irrégularité* du service en raison de la dépendance où la visibilité des signaux se trouvait des phénomènes atmos-

périques; enfin et surtout *insuffisante extension* des communications, chaque ligne ne pouvant recevoir à la fois qu'une seule dépêche. L'importance capitale de l'application de l'électricité à la production des signaux réside donc dans la suppression radicale de ce triple défaut; aujourd'hui toute station quelconque peut, théoriquement du moins, être mise en relation immédiate et instantanée avec tous les points du réseau donné; les phénomènes atmosphériques sont en général devenus presque complètement indifférents; enfin *le nombre* de fils conducteurs qui peuvent être placés sur une même ligne *étant indéfini*, le nombre de dépêches n'a plus à se limiter au pouvoir de transmission de la ligne, car la ligne se multiplie à volonté et en raison des besoins de la correspondance. *Instantanéité* des communications, *continuité* du service, *simultanéité* des transmissions, tels sont donc les trois caractères essentiels de la télégraphie électrique.

La correspondance télégraphique est *officielle*, de *service* ou *privée*. La première gratuite dans les pays où les lignes se trouvent entre les mains du gouvernement, ne figure pas sur les statistiques françaises. *Il en est de même* de la seconde, qui comprend d'une part, les dépêches échangées pour le service général des lignes, d'autre part, les avis divers nécessaires pour le service des transmissions. Enfin, on comprend sous le nom de dépêches privées, toutes les dépêches *payantes*, quel que soit leur contenu. On les divise, d'après leur origine, ou leur destination, en *intérieures* ou *internationales*.

E. Robert.

Anotaciones sobre las partículas francesas *y*, *en*.

EQUIVALENCIA COMO ADVERBIOS.

Y: se traduce por *aquí*, *allí*, *acá*, *acullá*.
En: por *de aquí*, *de allí*, *de acá*, *de acullá*.

EQUIVALENCIA COMO PRONOMBRES.

Y: *en él*, *en ella*, *en ellos*, *en ellas*, *en estos*, *en esos*, *en aquellos*, *en estas*, *en eso*, *en ello*, etc.,
En: *de él*, *de ella*, *de ellos*, etc.

COLOCACION.

Tanto *y* como *en*, se colocan inmediatamente antes del verbo.

Si el tiempo es compuesto, van inmediatamente antes del auxiliar, y no del participio.

Si la oracion es afirmativo-imperativa, van inmediatamente despues del verbo.

Si en una misma oracion van *y*, *en*, se coloca *y* primero. Por consiguiente, en la oracion imperativo-afirmativa, *y* estará mas cerca del verbo que *en*, y en los demás casos al contrario.

A veces no están espresas en español las equivalencias de dichas partículas. Pero basta que pueda entenderse cualquiera de ellas para traducirla en francés. Por ejemplo: se pregunta á una persona: cuántos hijos tiene V.? contesta: tengo cuatro. Como desde luego entendemos en español que quiere decir hijos, esto es, tengo cuatro hijos,

tengo cuatro de ellos, de eso que V. me pregunta, es preciso decir en francés, *j'en ai quatre*.

Lo mismo si la relacion sobreentendida fuese de lugar. Irá V. á casa mañana? Iré. Es decir, iré allá, allí. Es preciso usar *y*.

Por el contrario se encuentran tan repetidas en francés, que á veces es necesario no traducirlas al español, si bien es preciso fijarse en la referencia que hacen.

CASOS EN QUE LAS PRECITADAS PARTÍCULAS NO TIENEN LA
EQUIVALENCIA QUE SE LES ACABA DE DAR.

Y antepuesta al verbo *avoir* no se traduce, y dicho verbo se conjuga como impersonal. *Il y a*, hay; *il y avait*, habia; *il y eut*, hubo, etc.

En, puede ser preposicion que se traduce por *en*, *á*, etc. segun los casos: ejemplo: En Espagne, je vais en Franco.

En, puede ser partícula expletiva del gerundio: ejemplo: *en tombant*, *en mourant*, que en unos casos no se traduce y en otros se expresa por *al* y el gerundio que sigue por infinitivo: ejemplo: *mon père en mourant*, al morir mi padre.

Es difícil el uso y colocacion de dichas partículas, por lo cual deben los alumnos ejercitarse mucho en ellas, si quieren traducir y hablar bien francés.

En los ejercicios para sintaxis que mas adelante verán, se encuentran muchos ejemplos. Muchos están anotados en el discurso de esta obra y por ello no los repetimos.

Nota.—*Lo*, *la*, *los*, *las*, se traducen por *y* ó *en* cuando pueden interpretarse por *en ello*, de ellas, etc. ej. Tiene V. vino? *lo* tengo excelente: esto es, tengo *de eso*. Piénsalo bien; es decir, piensa *en ello*.

Elégie.

LA PETITE MENDIANTE.

C'est la petite mendiante
Qui vous demande un peu de pain;
Donnez à la pauvre innocente,
Donnez, donnez car elle a faim.
Ne rejetez pas ma prière:
Votre cœur vous dira pourquoi.
J'ai six ans, je n'ai plus de mère,
J'ai faim, ayez pitié de moi.

Hier c'était fête au village,
A moi personne n'a songé.
Chacun dansait sous le feuillage,
Hélas! et je n'ai pas mangé.
Pardonnez-moi si je demande;
Je ne demande que du pain;
Du pain! je ne suis pas gourmande;
Ah! ne me grondez pas, j'ai faim.

N'allez pas croire que j'ignore
Que dans ce monde il faut souffrir:
Mais je suis si petite encore?
Ah! ne me laissez pas mourir.
Donnez à la pauvre petite,
Et pour vous comme elle priera?
Elle a faim, donnez, donnez vite;
Donnez, quelqu'un vous le rendra.

Si ma plainte vous importune,
Eh bien! je vais rire et chanter;

De l'aspect de mon infortune,
Je ne dois pas vous attrister,
Quand je pleure l'on me rejette,
Chacun me dit: Eloigne-toi.
Ecoutez donc ma *chansonnette*;
Je chante, ayez pitié de moi.

B. de P.

INSCRIPTION POUR UNE FONTAINE.

Vois-tu, passant, couler cette onde,
Et s'écouler incessamment?
Ainsi fuit la gloire du monde,
Et rien que Dieu n'est permanent.

Malherbe.

POUR LE PORTRAIT DE ROSSINANTE.

Tel fut ce roi des bons chevaux,
Rossinante, la fleur des coursiers d'Ibérie,
Qui trottant jour et nuit et par monts et par vaux,
Galopa, dit l'histoire, une fois en sa vie.

Boileau.

POUR UNE MAISON DE JEU.

Il est trois portes à cet antre:
L'espoir, l'infamie et la mort.
C'est par la première qu'on entre,
C'est par les autres qu'on sort.

Anonyme.

Fonctions à remplir par l'Orateur. Parties du discours.

Quelque sujet que l'orateur entreprenne, il a à remplir d'abord trois fonctions: la première est de trouver les choses qu'il doit dire: la seconde est de les mettre dans un ordre convenable: la troisième de les exprimer avec décence. C'est ce qu'on appelle Invention, Disposition, Elocution.

L'objet de l'orateur est de persuader. Or, pour persuader les hommes, il faut prouver, plaire, toucher. On prouve par les arguments; on plaît par les mœurs; on touche par les passions.

L'*Exorde* est la partie du discours qui prépare l'auditeur à entendre le reste. Les maîtres de l'Art veulent qu'il soit ingénieux, modeste, court, et tiré du fond même du sujet. On distingue deux sortes d'exordes. L'un se fait par la voie d'insinuation, quand il s'agit de disposer peu-à-peu les esprits à prendre la route qu'on veut qu'ils suivent ou de les ramener doucement de leurs préventions. Mais quand une vive douleur, une grande joie, une indignation violente se trouve dans le cœur de ceux qui écoutent, on ne risque rien d'éclater en commençant: "Jusqu'à quand serons-nous le jouet de votre fureur?" C'est ainsi que Cicéron commence ses Catilinaires. On appelle cette espèce d'exorde, en terme d'art, *exorde ex abrupto*.

A la fin de l'Exorde, se trouve naturellement la *Proposition* ou l'exposé, de la fin qu'on se propose. Elle doit être claire, précise, en peu de mots. La *Division*, lorsqu'elle a lieu, suit de près la proposition.

Le *Récit*, est l'exposé clair et court d'un fait.

Dans le genre judiciaire le Récit vient ordinairement après la Division. L'ordre et le détail du Récit doivent

être relatifs à la même fin. On a soin de mettre dans les lieux les plus apparents les circonstances favorables.

Une *Preuve* est un raisonnement qui établit la vérité d'une proposition. L'orateur dans sa preuve a deux choses à faire; l'une d'établir sa proposition par tous les moyens que sa cause lui fournit; l'autre de réfuter les moyens de son adversaire. Quand à l'arrangement des preuves, les Rhéteurs proposent pour modèle, celui d'une armée. Qu'on mette au premier rang, ce qu'il y a de plus vigoureux et de plus brave: car souvent du premier choc dépend tout le succès. On réservera pour porter un dernier coup, et assurer la victoire, d'autres troupes d'élite. Et dans le milieu on placera les soldats d'une bravoure équivoque; de manière que par leur position, s'ils ne vont pas au combat, ils y seront portés par ceux qui les suivent. Cela paraît assez juste dans la spéculation; mais sur le terrain, les choses demandent souvent d'autres arrangements. Bourdaloue, Bossuet, Démosthène, Cicéron, sont des modèles parfaits dans cette partie comme dans les autres.

La *Réfutation*, demande beaucoup d'art, parce qu'il est plus difficile de guérir une blessure que de la faire.

Quelquefois on retorque l'argument sur son adversaire. Protagore, philosophe, sophiste, et rhéteur, était convenu avec Enathlus son disciple, d'une somme qui lui serait payée par celui-ci, lorsqu'il aurait gagné une cause. Le temps paraissant long au maître il fit un procès à son disciple, et voici son argument: Ou vous perdrez votre cause, ou vous la gagnerez. Si vous la perdez, il faudra payer, par la sentence des Juges. Si vous la gagnez, il faudra payer, en vertu de notre convention. Le disciple répondit: Ou je perdrai ma cause, ou je la gagnerai; si je la perds, je ne vous dois rien en vertu de notre convention: si je la gagne, je ne vous dois rien en vertu de la sentence des Juges.

La *Péroraison* est la conclusion du discours. Elle comprend ordinairement une récapitulation de tout ce qui a été dit de plus frappant, soit pour convaincre, soit pour toucher. Après quoi on fait reparaitre la proposition, comme résultant de toutes les raisons qui ont été employées.

B.

Défense du surintendant Fouquet, adressée à Louis XIV.

Première partie.

Sire, deux choses bien différentes, mais qui ne sont nullement contraires, m'ont fait prendre la résolution d'adresser directement ce discours à Votre Majesté; l'admiration véritable que j'ai pour un roi le plus grand, le plus magnanime, le plus triomphant et le plus heureux qui soit au monde, et la juste compassion dont je suis touché pour le plus infortuné de ses sujets. Ce n'est pas la coutume ni le défaut du siècle que la disgrâce trouve trop de défenseurs, et Votre Majesté n'est sans doute guère importunée de ceux qui lui parlent aujourd'hui pour M. Fouquet naguère procureur général, surintendant des finances, ministre d'Etat, objet de l'admiration et de l'envie, maintenant à peine estimé digne de pitié. Tout se tait, tout tremble, tout révère la colère de Votre Majesté. Je la révèrerais plus que personne, et quelque obligé que je fusse de parler, je me tairais comme les autres, si je n'avais à dire à Votre Majesté des choses essentielles qu'autre que moi ne lui dira point, et qui regardent le bien de son service.

Veuille le maître des cœurs et le roi des rois que, pour en reconnaître la vérité et l'importance, Votre Majesté les lise sans dégoût jusqu'à la fin, et que, donnant tant de

temps aux moindres supplications de ses sujets, elle ne refuse pas un peu de véritable attention à une affaire qui regarde sa gloire, et qui n'est pas de si petite considération qu'elle n'attire aujourd'hui les yeux de toute l'Europe!

Je parlerai, sire, avec toute la liberté d'un homme qui n'a rien à craindre ni à espérer, mais avec tout le respect et la soumission d'un sujet fidèle; et si par malheur, ce que je ne saurais croire, il m'échappait le moindre mot qui semblât s'éloigner tant soit peu de cette parfaite soumission et de ce profond respect que je lui garderai toute ma vie, je le désavoue dès cette heure; je l'efface avant que de l'avoir écrit, et supplie très-humblement Votre Majesté de croire que je puis faillir de la plume, mais jamais du cœur ni de la pensée....

Mais avant que d'entrer dans les accusations de M. Fouquet, où consiste la principale et la plus considérable partie de ce que je dois représenter à Votre Majesté, qu'elle me pardonne, s'il lui plaît, si je me m'arrête, quoique avec peine, sur les commissaires extraordinaires devant les lesquels on dit que Votre Majesté veut qu'il réponde..... S'il faut, d'ailleurs, consulter ces sages et pieux docteurs qui ont examiné avec tant de soin ce qui regarde les consciences, ils diront à Votre Majesté qu'en laissant juger les juges ordinaires, un roi se décharge de l'événement; qu'en donnant des juges extraordinaires, *quelque bonne que soit son intention*, s'il arrive qu'on juge mal, on peut douter pour le moins s'il n'est point tenu de répondre à Dieu de leur injustice.....

S'il faut enfin entendre la voix du peuple, cette voix, sire, qui est si souvent celle de Dieu, cette voix qui fait, à vrai dire, la gloire des rois, qui parle si magnifiquement aujourd'hui par toute la terre des vertus de Votre Majesté, elle dira à Votre Majesté que tout ce qui n'est point naturel et ordinaire lui est suspect;

qu'un innocent même, condamné par le parlement, passe toujours pour coupable; qu'un coupable même, condamné par les commissaires, laisse toujours au public et à la postérité quelque soupçon d'innocence; qu'enfin le général du monde regarde ces deux sortes de juges, comme *deux choses tout à fait différentes*: témoin la réponse de ce bon religieux, que l'histoire n'a pas trouvée indigne d'être rapportée, quand le roi François 1.^{er} regardant à Marcoussis le tombeau d'un surintendant immolé, sous un des rois précédents, aux jalousies de la cour et à la passion d'un duc de Bourgogne, et ce grand prince disant que c'était dommage qu'on eût fait mourir un tel homme par justice: "Ce n'est pas par justice, sire, répondit ingénument le religieux, c'est par commissaires"....

Lors donc, sire, que tant d'ordonnances confirmées par les serments des rois vos prédécesseurs et par celui de Votre Majesté même, que l'esprit de nos lois et de la justice française, que l'exemple du grand Henri votre aieul, que les avis des personnes doctes, saintes et pieuses; que la voix du peuple, que tant de raisons particulières qu'on n'explique point par respect pour Votre Majesté, lui persuadent de renvoyer M. Fouquet à ses juges naturels; lorsque Votre Majesté, après tant de prospérités et tant de triomphes, couronnant ses victoires d'une sagesse profonde, d'une fermeté et d'une magnanimité incroyables, ne règne pas moins absolument dans les compagnies souveraines que dans le Louvre, quelle nécessité trouvera-t-elle de se détourner du chemin battu, le plus fréquenté de la justice, de quitter les grandes et belles voies royales pour en prendre d'autres? Pourquoi voudra-t-elle ou donner à un coupable le moyen de le faire croire plus innocent qu'il n'est en effet, ou ôter, sans y penser, à un innocent quelqu'un des moyens de justifier son innocence? Pourquoi voudra-t-elle du moins, laisser à la médisance et

à l'envie pour qui il n'y a rien de sacré, un prétexte de murmurer en secret, si elle ne l'ose en public, contre la plus belle et la plus florissante réputation du monde, qui est celle de Votre Majesté?

Mais sire, quelque résolution qu'il plaise à Dieu inspirer à Votre Majesté sur ce sujet, ce que je ne puis m'empêcher d'espérer, c'est que, si Votre Majesté ne renvoie point M. Fouquet à ses juges naturels; si elle n'accorde point ce que la sage et vertueuse mère, ce que la famille desolée de cet infortuné lui ont déjà demandé avec tant de larmes, qui est de ne lui point donner d'autres juges que Votre Majesté même, suivant les clauses expresses de ses lettres de surintendant, qui l'affranchissent de toute autre juridiction, s'il faut que le premier et le plus malheureux des surintendants subisse effectivement le jugement d'une chambre de justice comme un simple et misérable homme d'affaires, au moins Votre Majesté lui réservera-t-elle en sa personne une justice supérieure à la chambre de justice, une justice où Votre Majesté, n'appellera point seulement sa sévérité, mais aussi sa bonté, sa clémence et son cœur vraiment royal pour y venir donner leur suffrage.

C'est, sire, devant ce tribunal supérieur, car aussi, à vrai dire, M. Fouquet n'en peut reconnaître d'autre sans se faire tort, c'est dis-je, devant ce tribunal supérieur que je vais désormais plaider sa cause.

Que Votre Majesté souffre et qu'elle m'écoute, s'il lui plaît, non pas avec l'esprit d'un maître irrité, mais avec celui d'un juge équitable, *d'un roi bon et généreux qui ne condamne jamais qu'à regret*, et qui cherche toutes sortes de moyens pour absoudre.

J'ai même en cela un extrême désavantage, qu'il me faut combattre dans l'esprit de Votre Majesté des crimes dont on n'a parlé qu'à elle, et dont le peuple n'a été informé que par des bruits vagues, confus et incertains.

Un sage de l'antiquité, sire, a dit autrefois que le plus sage de tous les hommes passerait pour fou si l'on voyait toutes ses pensées. Quel est donc le malheur d'un homme qui écrivait tout ce qu'il pensait et beaucoup plus qu'il ne pensait et presque tout ce qu'on pouvait penser sur toutes sortes d'affaires, et dont on a recherché avec tant de soin jusqu'aux moindres billets? Il n'est pas seulement *vraisemblable*, il est même nécessaire et inévitable, que dans cette multitude et cette confusion de papiers, de projets obscurs, imparfaits, mal entendus, peu favorablement expliqués, on se soit forgé d'abord mille fantômes; il est presque impossible que cela soit arrivé autrement. Mais sire, quelques-uns des fantômes ont déjà disparu d'eux-mêmes, dissipés par le temps et par la vérité; les autres, s'ils ont trouvé place dans l'esprit des inférieurs, soit que l'erreur ou la calomnie les ait formés et grossis, ne résisteront point aux vives et célestes lumières de Votre Majesté. Je ne les combattrai point sans les connaître; mais jugeant par ce qui paraît seulement, je le défendrai toujours de deux accusations principales: la mauvaise administration des finances, qu'on veut qu'il ait appliquée à son profit particulier; la mauvaise et excessive ambition, qu'on a représentée à Votre Majesté comme suspecte et criminelle.

Quant à la mauvaise administration des finances, on n'en saurait juger que par deux moyens: l'un général, par les biens qu'il a acquis; l'autre particulier, en examinant le détail de cette administration. Pour le premier, sire, comme les apparences sont souvent trompeuses, surtout quand on juge des biens d'un homme qui a tout ensemble beaucoup d'esprit et beaucoup de cœur, je ne crains point de dire à Votre Majesté qu'il n'y a point d'homme dans son royaume assez hardi pour se charger en même temps des biens et des dettes de M. Fouquet: et, au lieu de ces mi-

lions de réserve entassés les uns sur les autres, qu'on a d'abord figurés à Votre Majesté, il me semble que je vois ce Romain qui, après avoir bâti une trop belle maison, qu'il fit néanmoins sagement abattre en un jour pour apaiser l'envie, fut trouvé si pauvre, qu'il ne laissa pas de quoi se faire enterrer, et qu'il fallut que le public fit lui-même les frais de ses funérailles.....

Fin de la deuxième partie.

Le plus sage, le plus juste même des rois, crie encore à Votre Majesté comme à tous les rois de la terre: *Ne soyez point si justes*. C'est un beau nom que la *Chambre de Justice*, mais le temple de Clémence, que les Romains élevèrent à cette vertu triomphante en la personne de Jules César, est un plus grand et un plus beau nom encore. Si cette vertu n'offre encore un temple à Votre Majesté, elle lui promet du moins l'empire des cœurs où Dieu même désire de régner, et en fait toute sa gloire. Elle se vante d'être la seule entre ses compagnons qui ne vit et ne respire que sur le trône. Courrez hardiment, sire, dans sa belle carrière: Votre Majesté n'y trouvera que des rois comme Alexandre le souhaitait quand on lui parla de courir aux jeux Olympiques. Que Votre Majesté nous permette un peu d'orgueil et d'audace. Comme elle, sire, quoique non autant qu'elle, nous serons justes, vaillants, prudents, tempérants, libéraux même; mais comme elle nous ne saurions être cléments. Cette vertu, toute douce et toute humaine qu'elle est, plus fière, qui le croirait? que toutes les autres, dédaigne nos fortunes privées....

Que Votre Majesté rappelle, s'il lui plaît, pour un moment en sa mémoire ce grand et beau jour que la France vit avec tant de joie, que ses ennemis, quoique enflés de mille vaines prétentions, quoique armés et sur nos fron-

tières, virent avec tant de douleur et d'étonnement; cet heureux jour, dis-je, qui acheva de nous donner un grand roi en répandant sur la tête de Votre Majesté, si chère et si précieuse à ses peuples, l'huile sainte et descendue du ciel. En ce jour, sire, avant que Votre Majesté reçût cette onction divine, avant qu'elle eût revêtu ce manteau royal qui ornait bien moins Votre Majesté qu'il n'était orné de Votre Majesté même, avant qu'elle eût pris de l'autel, c'est-à-dire de la propre main de Dieu, cette couronne, ce sceptre, cette main de justice, cet anneau qui faisait l'indissoluble mariage de Votre Majesté et de son royaume, épée nue et flamboyante, toute victorieuse sur les ennemis, toute-puissante sur les sujets, nous vîmes, nous entendîmes Votre Majesté, environnée des pairs et des premières dignités de l'Etat, au milieu des prières, entre les bénédictions et les cantiques, à la face des autels, devant le ciel et le terre, les hommes et les anges, proférer de sa bouche sacrée ces belles et magnifiques paroles, dignes d'être gravées sur le bronze, mais plus encore dans le cœur d'un si grand roi :

Je jure et promets de garder et faire garder l'équité et la miséricorde en tous jugements, afin que Dieu clément et miséricordieux répande sur moi et sur vous sa miséricorde.

Si quelqu'un, sire, nous ne le pouvons penser, s'opposait à cette miséricorde, à cette équité royale, nous ne souhaitons pas même qu'il soit traité sans miséricorde et sans équité; mais pour nous qui l'implorons, pour M. Fouquet qui ne l'implore pas seulement, mais qui s'en assure, mais qui s'y fonde, quel malheur en détournerait les effets? Quelle autre puissance si grande et si redoutable dans les Etats de Votre Majesté l'empêcherait de suivre et ce serment solennel, et sa gloire, et ses inclinations toutes grandes, toutes royales, puisque sans leur faire violence et sans faire tort à ses sujets, elle peut exercer toutes ces

vertus ensemble? L'avenir, sire, peut être prévu et réglé par de bonnes lois: qui oserait encore manquer à son devoir quand le prince fait si dignement le sien? Que *personne* ne soit *excusé*: personne n'ignore maintenant qu'il est éclairé des propres yeux de son maître. C'est-là que Votre Majesté fera voir avec raison jusqu'à sa sévérité même, si *ce n'est assez* de sa justice. Mais pour le passé, sire, il est passé, il ne revient plus. Votre Majesté nous avait *confiés* à d'autres mains que les siennes; persuadés qu'elle pensait moins à nous, nous pensions moins à elle; nous ignorions presque nos offenses dont elle ne semblait pas s'offenser. C'est là, sire, le digne sujet, la propre et véritable manière, le beau champ de sa clémence et de sa bonté.

Pellisson.

Les *Mémoires* pour Fouquet, dont nous présentons les morceaux les plus remarquables, ont toujours passé pour le *chef-d'œuvre* du barreau français au XVII^e siècle, et pour celui de Pellisson, qui, entre autres écrits, a composé l'*Histoire de l'Académie française*, continuée après lui par l'abbé d'Olivet.

L. F.

Du genre épistolaire.

Le genre épistolaire n'est autre chose que le genre oratoire rabaisé jusqu'au simple entretien; par conséquent il y a autant d'espèces de lettres qu'il y a des genres d'oraisons.

Il y a deux sortes de Lettres: les unes qu'on peut appeler philosophiques, les autres familières. Le style de celles-ci doit ressembler à celui d'un entretien tel qu'on l'aurait avec la personne même, si elle était présente. Dans les

Lettres philosophiques, qui sont proprement des dissertations, ou des discours adressés à un ami, on s'élève quelquefois avec la matière, selon les circonstances.

Le style simple et le style familier ne sont pas une même chose. Tout ce qui est familier est simple, tout ce qui est simple n'est pas familier. La familiarité suppose une certaine liason d'amitié, un usage libre et fréquent avec les personnes, une espèce d'égalité, en vertu de laquelle on ne se gêne point dans le discours, parce qu'on est sûr que tout ce qu'on dit sera bien reçu.

Bien sentir qui on est, et à qui on parle, est la première chose nécessaire pour bien parler, et par conséquent pour bien écrire: ainsi, avant tout, il faut se mettre en présence de ceux à qui on écrit.

B.

Descartes à un de ses amis, qui venait de faire une perte douloureuse dans sa famille.

Quoique je me sois retiré assez loin du monde, la triste nouvelle de votre affliction n'a pas laissé de parvenir jusqu'à moi. Je ne suis pas de ceux qui estiment que les larmes et la tristesse n'appartiennent qu'aux femmes, et que, pour paraître homme de cœur, on doit s'efforcer de montrer toujours un visage tranquille. J'ai senti depuis peu la perte de deux personnes qui m'étaient très-proches, et j'ai éprouvé que ceux qui voulaient me défendre la tristesse l'irritaient, au lieu que j'étais soulagé par la complaisance de ceux que je voyais touchés de mon déplaisir.

Mais il doit néanmoins y avoir quelque mesure; et comme ce serait être barbare que de ne se point affliger du tout lorsqu'on en a sujet, aussi serait-ce faire mal son compte que de ne travailler pas, de tout son pouvoir, à se délivrer d'une passion si incommode.

Il est vrai que les esprits faibles et vulgaires, sans savoir eux-mêmes ce qu'ils s'imaginent, s'imaginent que Dieu est comme obligé de faire pour l'amour d'eux tout ce qu'ils veulent; mais une âme forte et généreuse, comme la vôtre, sachant la condition de notre nature, se soumet toujours à la nécessité de sa loi. Maintenant que votre deuil, ne pouvant plus être utile *ne saurait* être accompagné de cette joie et satisfaction intérieure qui suit les actions vertueuses et fait que les anges se trouvent heureux en toutes les rencontres de fortune, si je pensais que votre raison ne le pût vaincre, j'irais importunément vous trouver, et je tâcherais par toute sorte de moyens de vous distraire, parce que je ne sache point d'autre remède pour un tel mal.

Quant à l'intérêt de la personne que vous regrettez, ni la raison ni la religion ne font craindre du mal, après cette vie, à ceux qui ont vécu en gens d'honneur, mais au contraire l'une et l'autre leur promet des joies et des récompenses. Je sais bien que je ne vous apprends ici rien de nouveau: mais on ne doit pas mépriser les bons remèdes parce qu'ils sont vulgaires; et m'étant servi de celui-ci avec fruit, j'ai cru être obligé de vous l'écrire.

Lettre de Madame de Simiane à M.***

Vous avez un bon cœur, Monsieur; vous avez des entrailles; vous savez *ce que c'est qu'un* vieux et ancien domestique d'un père et d'une mère tendrement aimés. Voilà un pauvre vieillard affligé que je vous présente, Monsieur; il n'était pas domestique, mais excellent sculpteur, et a travaillé toute sa vie au château de Grignan et de la Garde. C'est un ouvrier qui a été admirable, et *de pair avec* les plus fameux: il travaille encore, à quatre-vingts ans qu'il possède; au surplus bon et honnête homme. Ce mi-

sérable père a un fils qui le soulagerait dans sa vieillesse; il s'est avisé de donner un soufflet à son sergent, le voilà aux galères pour la vie. Il est venu à moi tout en larmes, je lui ai dit toute l'impossibilité de ravoir ce fils; il le sait, il m'a montré cette lettre, que je vous envoie, de l'abbé de Susse, aumônier du roi. Je vous conjure, Monsieur, de vouloir accueillir charitablement et cordialement ce pauvre homme; cela le consolera: dites-lui que vous lui accordez votre protection; puis dans la suite, nous verrons s'il y a quelque moyen de le servir réellement. Il sera content de cela, et vous me ferez un sensible plaisir. Quand je vois un vieux bonhomme que j'ai vu toute ma vie chez mon père, que je le vois fondre en larmes devant son portrait, je vous avoue que, s'il me demandait mon bien, je crois que je *le lui* donnerais: et je vous avertis que je vous fatiguerai beaucoup au sujet de ce fils galérien; prenez courage et armez-vous de patience.

Lettre de la même.

Ne faites faute, Monsieur, cette lettre reçue, de donner une place à celui dont voilà le mémoire. Le nom est effacé, mais cela n'y fait rien, ne laissez pas d'accorder la demande: c'est pour le plus joli garçon du monde. Je ne l'ai jamais vu ni connu; il m'est recommandé par une personne que je n'ai jamais vue ni connue; et le tout m'a été donné par l'abbé de Saint-Andiol, mon cousin-germain: et à cause du cousinage je vous prie de m'écrire au sérieux que ce que je vous demande est impossible, afin que je puisse montrer et lui lire votre lettre, etc.

Des croix attachées à un état de grandeur et de prospérité.

Dieu est ingénieux à nous faire *des* croix. Il en fait de fer et de plomb, qui sont accablantes par elles-mêmes; il en fait de paille, qui semblent ne peser rien, et qui ne sont point moins difficiles à porter; il en fait d'or et de pierreries, qui éblouissent les spectateurs, qui excitent l'envie du public, mais qui ne crucifient pas moins que les croix *les* plus méprisées. Il en fait de toutes les choses qu'on aime *le* plus, et les tourne en amertune. *La faveur* attire la gêne et l'importunité; elle donne ce qu'on ne voudrait point, elle ôte ce qu'on voudrait.

Un pauvre qui manque de pain a une croix de plomb dans son extrême pauvreté. Dieu sait assaisonner les plus grandes prospérités de misères semblables. On est, dans cette prospérité, *affamé* de liberté et de consolation, comme ce pauvre l'est de pain; du moins, il peut, dans son malheur, heurter à toutes les portes et exciter la compassion de tous les passants; mais *les gens en faveur* sont des pauvres honteux, ils n'osent faire pitié ni chercher quelque soulagement.

Il plaît souvent à Dieu de joindre l'infirmité corporelle à cette servitude de l'esprit dans l'état de grandeur. Rien n'est plus utile que ces deux croix *jointes ensemble*; elles crucifient l'homme depuis la tête jusqu'aux pieds: on sent son impuissance et l'inutilité de tout ce qu'on possède. Le monde ne voit point votre croix, car il ne regarde qu'un peu d'assujettissement adouci par l'autorité, et qu'une légère indisposition qu'il peut soupçonner de délicatesse; en même temps vous ne voyez dans votre état que l'amertune, la sécheresse, l'ennui, la captivité, le découragement, *la douleur*, l'impatience. Tout ce qui éblouit de loin

les spectateurs disparaît aux yeux de la personne qui possède, et Dieu la crucifie réellement pendant que tout le monde envie son bonheur!

Fénélon.

Ce ne sont pas les honneurs non plus que les richesses, qu'il a désirés. C'est une satire et non un livre utile, qu'il a composée. C'est sa probité bien connue, jointe à son caractère doux et modéré, qu'on a considérée dans cette occasion.

Horace et Virgile. Caractère de ces deux poètes.

Virgile. Que nous sommes tranquilles et heureux sur ces gazons toujours fleuris, au bord de cette onde si pure, auprès de ce bois odoriférant!

Horace. Si vous n'y prenez garde, vous allez faire une églogue. Les ombres n'en doivent point faire. Voyez Homère, Hésiode, Théocrite: couronnés de laurier, ils entendent chanter leurs vers; mais ils n'en font plus.

V. J'apprends avec joie que les vôtres sont encore après tant de siècles les délices des gens de lettres. Vous ne vous trompiez pas quand vous disiez dans vos Odes, d'un ton si assuré: Je ne mourrai pas tout entier.

H. Mes ouvrages ont résisté au temps, il est vrai; mais il faut vous aimer autant que je le fais pour n'être pas jaloux de votre gloire. On vous place d'abord après Homère.

V. Nos muses ne doivent point être jalouses l'une de l'autre: leurs genres sont si différents! Ce que vous avez de merveilleux, c'est la variété. Vos Odes sont tendres, gracieuses, souvent véhémentes, rapides, sublimes. Vos Satires sont simples, naïves, courtes, pleines de sel: on y

trouve une profonde connaissance de l'homme, une philosophie très-sérieuse, avec un tour plaisant qui redresse les mœurs des hommes, et qui les instruit en se jouant. Votre Art poétique montre que vous aviez toute l'étendue des connaissances acquises, et toute la force de génie nécessaire pour exécuter les plus grands ouvrages, soit pour le poëme épique, soit pour la tragédie.

II. C'est bien à vous à parler de variété vous qui avez mis dans vos Eglogues la tendresse naïve de Théocrite! Vos Géorgiques sont pleines des peintures les plus riantes: vous embellissez et vous passionnez toute la nature. Enfin, dans *votre* Enéide, le bel ordre, la magnificence, la force et la sublimité d'Homère éclatent partout.

V. Mais je n'ai fait que le suivre pas à pas.

II. Vous n'avez point suivi Homère quand vous avez traité les amours de Didon. Ce quatrième livre est tout original. On ne peut *pas même* vous ôter la louange d'avoir fait la descente d'Enée aux enfers plus belle que n'est l'évocation des âmes qui est dans l'Odyssée.

V. Mes derniers livres sont négligés: je ne prétendais pas les laisser si imparfaits; vous savez que je voulus les brûler.

II. Quel dommage si vous l'eussiez fait! C'était une délicatesse excessive; on voit bien que l'auteur des Géorgiques aurait pu finir l'Enéide avec le même soin. Je regarde moins cette dernière exactitude que l'essor du génie, la conduite de tout l'ouvrage, la force et la hardiesse des peintures. A vous parler ingénument, si quelque chose vous empêche d'égaliser Homère, c'est d'être plus poli, plus châtié, plus fini, mais moins simple, moins fort, moins sublime: car d'un seul trait il met toute la nature toute nue devant les yeux.

V. J'avoue que j'ai dérobé quelque chose à la simple nature, pour m'accommoder au goût d'un peuple magni-

fique et délicat sur toutes les choses qui ont rapport à la politesse. Homère semble avoir oublié le lecteur pour ne songer qu'à peindre en tout la vraie nature. En cela je lui cède.

H. Vous êtes toujours ce modeste Virgile qui eut tant de peine à se produire à la cour d'Auguste. Je vous ai dit librement ce que je pense sur vos ouvrages: dites-moi de même les défauts des miens. Quoi donc! me croyez-vous incapable de les reconnaître?

V. Il y a, ce me semble, quelques endroits de vos Odes qui pourraient être retranchés sans rien ôter au sujet, et qui n'entrent point dans votre dessein. Je n'ignore pas le transport que l'ode doit avoir; mais il y a des choses écartées qu'un beau transport ne va point chercher. Il y a aussi quelques endroits passionnés et merveilleux, où vous remarquerez peut-être quelque chose qui manque, ou pour l'harmonie ou pour la simplicité de la passion. Jamais homme n'a donné un tour plus heureux que vous à la parole, pour lui faire signifier un beau sens avec brièveté et délicatesse; les mots déviennent *tout* nouveaux par l'usage que vous en faites. Mais tout n'est pas également coulant: il y a des choses que je croirais un peu tournées.

H. Pour l'harmonie, je ne m'étonne pas que vous soyez si difficile. Rien n'est si doux et si nombreux que vos vers; leur cadence seule attendrit et fait couler les larmes des yeux.

V. L'ode demande une autre harmonie toute différente, que vous avez trouvée presque toujours, et qui est plus variée que la mienne.

H. Enfin je n'ai fait que de petits ouvrages. J'ai blâmé ce qui est mal; j'ai montré les règles de ce qui est bien: mais je n'ai rien exécuté de grand comme votre poème héroïque.

V. En vérité, mon cher Horace, il y a déjà trop longtemps que nous nous donnons des louanges: pour d'honnêtes gens, j'en ai honte. Finissons.

Le même. Dialogues des morts.

L'*Epigramme* est une pensée fine et saillante présentée heureusement et en peu de mots.

Un mauvais poète volé.

On vient de me voler...—Que je plains ton malheur!
Tous mes vers manuscrits....—Que je plains le voleur!

Ecouchard Le Brun.

Le sot enrichi.

De ce lieu Philémon partit à demi nu:
Bien suivi, bien couvert, le voilà revenu;
Je ne le connus point dans cette pompe extrême.
Eh! qui ne l'aurait méconnu,
Puisqu'il se méconnait lui-même!

D' Aceilly.

Le singe qui montre la lanterne magique.

Messieurs les beaux esprits, dont la prose et les vers
Sont d'un style pompeux et toujours admirable,
Mais que l'on n'entend point, écoutez cette fable,
Et tâchez de devenir clairs.

Un homme qui montrait la lanterne magique
Avait un singe dont les tours
Attiraient chez lui grand concours.
Jacqueau, c'était son nom, sur la corde élastique
Dansait et voltigeait au mieux,
Puis faisait le saut périlleux;
Et puis sur un cordon, sans que rien le soutienne,
Le corps droit, fixe, d'aplomb,
Notre Jacqueau fait tout du long
L'exercice à la prussienne.
Un jour qu' au cabaret son maître était resté
(C'était je pense un jour de fête),
Notre singe en liberté
Veut faire un coup de sa tête.
Il s'en va rassembler les divers animaux
Qu'il peut rencontrer dans la ville.
Chiens, chats, poulets, dindons, pourceaux,
Arrivent bientôt à la file.
Entrez, entrez, messieurs, criait notre Jacqueau;
C'est ici, c'est ici qu' un spectacle nouveau
Vous charmera gratis. Oui, messieurs, à la porte
On ne prend point d'argent. je fais tout pour l'honneur.
A ces mots chaque spectateur
Va se placer, et l'on apporte
La lanterne magique; on ferme les volets,
Et par un discours fait exprès

Jacqueau prépare l'auditoire.
Ce morceau vraiment oratoire
Fait baïller; mais on applaudit.
Content de son succès, notre singe saisit
Un verre peint qu'il met dans sa lanterne.
Il sait comment on le gouverne,
Et crie, en le poussant: Est-il rien de pareil?
Messieurs, vous voyez le soleil,
Ses rayons et toute sa gloire.
Voici présentement la lune, et puis l'histoire
D'Adam, d'Eve, et des animaux....
Voyez, messieurs, *comme ils sont beaux!*
Voyez la naissance du monde!
Voyez.... Les spectateurs, dans une nuit profonde,
Ecarquillaient leurs yeux et ne pouvaient rien voir:
L'appartement, le mur, tout était noir.
Ma foi, disait un chat, de toutes les merveilles
Dont il étourdit nos oreilles,
Le fait est que, je ne vois rien.—
Ni moi *non plus*, disait un chien.—
Moi, disait un dindon, je vois bien quelque chose;
Mais je ne sais pour quelle cause
Je ne distingue pas très-bien.
Pendant tout ce discours, le Cicéron moderne
Parlait éloquemment et ne se lassait *point*.
Il n'avait oublié qu'un *point*....
C'était d'éclairer sa lanterne.

Florian.

La cigale et la fourmi.

La cigale ayant chanté
Tout l'été,
Se trouva fort dépourvue

Quand la bise fut venue:
Pas un seul petit morceau
De mouche ou de vermisseau!
Elle alla *crier famine*
Chez la fourmi sa voisine,
La *priant de lui prêter*
Quelque grain pour subsister
Jusqu' à la saison nouvelle.
Je vous *paîrai*, lui dit-elle,
Avant l'ôût, foi d'animal
Intérêt et principal.
La fourmi n'est pas prêteuse;
C'est là son moindre défaut.
Que faisiez-vous au temps chaud?
Dit-elle à cette emprunteuse.—
Nuit et jour à tout venant,
Je chantais, ne vous déplaîse.—
Vous chantiez! j'en *suis* fort *aise*;
Eh bien! dansez maintenant.

La Fontaine.

La *Fable* ou *l'Apologue* est une narration qui, sous le voile d'une fiction agréable, tirée des êtres animés ou inanimés, doués ou privés de raison, renferme une instruction utile pour les mœurs.

La Fontaine est celui des poètes français qui s'est le plus distingué dans ce genre. Il a effacé tous ceux qui l'ont précédé, et il fera peut-être le désespoir de ceux qui le suivront.

Le corbeau et le renard.

Maître corbeau, sur un arbre perché,

Tenait en son bec un fromage.
Maître renard par l'odeur alléché,
Lui tint à peu près ce langage:
Hé! bonjour, monsieur du corbeau!
Que vous êtes joli! que vous me semblez beau!
Sans mentir, si votre *ramage*
Se rapporte à votre plumage,
Vous êtes le phénix des hôtes de ces bois.
A ces mots le corbeau *ne se sent pas* de joie:
Et, pour montrer sa belle voix,
Il ouvre un large bec, laisse tomber sa proie.
Le renard *s'en saisit*, et dit:—Mon bon monsieur,
Apprenez que tout flatteur
Vit aux dépens de celui qui l'écoute:
Cette leçon vaut bien un fromage, sans doute.
Le corbeau, honteux et confus,
Jura, mais un peu tard, qu' *on ne l'y prendrait plus*.

Le chêne et le roseau.

Le chêne, un jour, dit au roseau:
Vous avez bien sujet d'accuser la nature;
Un roitelet pour vous est un pesant fardeau;
Le moindre vent qui *d'aventure*
Fair rider la face de l'eau
Vous oblige à baisser la tête;
Pendant que mon front, au Caucase pareil,
Non content d'arrêter les rayons du soleil,
Brave l'effort de la tempête.
Tout vous est aquilon, tout me semble zéphir.
Encor si vous naissiez à l'abri du feuillage
Dont je couvre le voisinage,
Vous n'auriez pas tant à souffrir;
Je vous défendrais de l'orage:
Mais vous naissez le plus souvent

Sur les humides bords du royaume du vent:
La nature envers vous me semble bien injuste.—
Votre compassion, lui répondit l'arbuste,
Part d'un bon naturel: mais *quittez* ce souci;
Les vents me sont moins qu'à vous redoutables;
Je plie et ne romps pas. Vous avez jusqu'ici
Contre leurs coups épouvantables,
Résisté sans courber le dos:
Mais attendons la fin. *Comme il disait* ces mots,
Du bout de l'horizon accourt avec furie,
Le plus terrible des enfants
Que le nord eût portés jusque-là dans ses flancs.
L'arbre *tient bon*, le roseau plie.
Le vent redouble ses efforts,
Et fait si bien qu'il déracine
Celui de qui la tête au ciel était voisine,
Et dont les pieds touchaient à l'empire des morts.

Le lion et le moucheron.

Va-t'en, chétif insecte, excrément de la terre!
C'est en ces mots que le lion
Parlait un jour au moucheron.
L'autre lui déclara la guerre:—
Penses-tu, lui dit-il, que ton titre de roi
Me fasse peur ni me soucie?
Un bœuf est plus puissant que toi;
Je le mène à ma fantaisie.
A peine il achevait ces mots,
Qui lui-même il sonna la charge,
Fut le trompette et le héros.
Dans l'abord il se *met au large*;
Puis *prend son temps*, fond sur le cou.
Du lion qu'il rend presque fou.

Le quadrupède écume, et son œil étincelle;
Il rugit. On se cache, on tremble à l'environ:
Et cette alarme universelle
Est l'ouvrage d'un moucheron.
Un avorton de mouche en cent lieux le harcèle;
Tantôt pique l'échine, et tantôt le museau,
Tantôt entre au fond du naseau,
La rage alors se trouve à son faite montée.
L'invisible ennemi triomphe, et rit de voir
Qu'il n'est griffe ni dent en la bête irritée
Qui de la mettre en sang ne fasse son devoir.
Le malheureux lion se déchire lui-même,
Fait *résonner* sa queue à l'entour de ses flancs,
Bat l'air, qui n'en peut mais; et sa fureur extrême
Le fatigue, l'abat: le voilà *sur les dents*.
L'insecte du combat se retire avec gloire:
Comme il sonna la charge, il sonne la victoire,
Va partout l'annoncer, et rencontre en chemin
L'embuscade d'une araignée:
Il y rencontre aussi sa fin.

Quelle chose par là nous peut être enseignée?
J'en vois deux, dont l'une est qu'entre nos ennemis
Les plus à craindre sont souvent les plus petits:
L'autre, qu'aux grands périls tel a pu se soustraire,
Qui périt pour la moindre affaire.

Les membres et l'estomac.

Jé devais par la royauté
Avoir commencé mon ouvrage;
A la voir d'un certain côté,
Messer Gaster *en* est l'image:
S'il a quelque besoin, tout le corps *s'en* ressent.

De travailler pour lui les membres se lassant,
Chacun d'eux résolut de *vivre en gentilhomme*,
Sans rien faire, alléguant l'exemple de Gaster.
Il faudrait, disaient-ils, sans nous qu'il vécût d'air.
Nous suons, nous peinons comme bêtes de somme;
Et pour qui? pour lui seul: nous n'en profitons pas;
Notre soin n'aboutit qu'à fournir ses repas.
Chômions, c'est un métier qu'il veut nous faire apprendre.
Ainsi dit, ainsi fait. Les mains cessent de prendre,
Les bras d'agir, les jambes de marcher:
Tous dirent à Gaster qu'il en allât chercher.
Ce leur fut une erreur dont ils se repentirent:
Bientôt les pauvres gens tombèrent en langueur;
Il ne se forma plus de nouveau sang au cœur;
Chaque membre en souffrit; les forces se perdirent.
Par ce moyen les mutins virent
Que celui qu'ils croyaient oisif et paresseux,
A l'intérêt commun contribuait plus qu'eux.
Ceci peut s'appliquer à la grandeur royale.
Elle reçoit et donne; et la chose est égale.
Tout travaille pour elle; et réciproquement
Tout tire d'elle l'aliment:
Elle fait subsister l'artisan de ses peines,
Enrichit le marchand, gage le magistrat,
Maintient le laboureur, donne paie au soldat,
Distribue en cent lieux ses grâces souveraines,
Entretient seule tout l'état.

L'avare qui a perdu son trésor.

L'usage seulement fait la possession.

Je demande à ces gens de qui la passion
Est d'entasser toujours, mettre somme sur somme,
Quel avantage ils ont que n'ait pas un autre homme.

Diogène là-bas est aussi riche qu'eux:
Et l'avare ici-haut, comme lui, *vit en gueux*.
L'homme *au trésor caché*, qu'Esopé nous propose,
Servira d'exemple à la chose.
Ce malheureux attendait
Pour jouir de son bien une seconde vie;
Ne possédait pas l'or, mais l'or le possédait.
Il avait dans la terre une somme enfouie,
Son cœur avec, n'ayant autre déduit
Que d'y ruminer jour et nuit,
Et rendre sa chevance à lui-même sacrée.
Qu'il allât ou qu'il vînt, qu'il bût ou qu'il mangeât,
On l'eût pris de bien court à moins qu'il ne songeât
A l'endroit où gisait cette somme enterrée.
Il y *fit tant de tours* qu'un fossoyeur le vit,
Se douta du dépôt, l'enleva sans rien dire.
Notre avare un beau jour ne trouva que le nid:
Voilà mon homme aux pleurs: il gémit, il soupire.
Il se tourmente, il se déchire.
Un passant lui demande à quel sujet ses cris.
C'est mon trésor que l'on m'a pris.
Votre trésor! où pris? *Tout joignant* cette pierre.
Eh! sommes-nous en temps de guerre
Pour l'apporter si loin? N'eussiez-vous pas mieux fait
De le laisser chez vous en votre cabinet,
Que de le changer de demeure?
Vous auriez pu, sans peine, y puiser à toute heure.
A toute heure! bons dieux! *ne tient-il qu'à cela?*
L'argent vient-il comme il s'en va?
Je n'y touchais jamais.—Dites-moi donc, de grâce,
Reprit l'autre, pourquoi vous vous affligez tant?
Puisque vous ne touchiez jamais à cet argent,
Mettez une pierre *à la place*.
Elle vous vaudra tout autant.

Le serpent et la lime.

On conte qu'un serpent, voisin d'un horloger,
(C'était pour l'horloger un mauvais voisinage),
Entra dans sa boutique, et, cherchant à manger,
N'y rencontra pour tout potage
Qu'une lime d'acier qu'il se mit à ronger.
Cette lime lui dit, sans se mettre en colère:—
Pauvre ignorant! eh! que prétends-tu faire?
Tu te prends à plus dur que toi,
Petit serpent à tête folle:
Plutôt que d'emporter de moi
Seulement le quart d'une obole,
Tu te romprais *toutes* les dents.
Je ne crains que *celles* du temps.

Ceci s'adresse à vous, esprits du dernier ordre.
Qui n'étant bons à rien, cherchez sur tout à mordre:
Vous vous tourmentez vainement.
Croyez-vous que vos dents impriment leurs outrages
Sur tant de beaux ouvrages?
Ils sont pour vous d'airain, d'acier, de diamant.

La laitière et le pot au lait.

Perrette, sur sa tête ayant un *pot au lait*
Bien posé sur un coussinet,
Prétendait arriver sans encombre à la ville.
Légère et *court vêtue*, elle allait à grands pas,
Ayant mis ce jour-là, pour être plus agile,
Cotillon simple et souliers plats.
Notre laitière ainsi troussée
Comptait déjà dans sa pensée

Tout le prix de son lait; *en* employait l'argent;
Achetait un cent d'œufs; faisait triple couvée;
La chose allait à bien par son soin diligent. —
Il m'est, disait-elle, facile
D'élever des poulets autour de ma maison;
Le renard sera bien habile
S'il ne m'en laisse assez pour avoir un cochon.
Le pore à s'engraisser coûtera peu de *son*;
Il était, quand je l'eus, de gousseur raisonnable;
J'aurai, le revendant, *de l'argent bel et bon*.
Et qui m'empêchera de mettre en notre étable,
Vu le prix dont il est, une vache et son veau
Que je verrai sauter au milieu du troupeau?
Perrette, là-dessus, saute aussi, transportée:
Le lait tombe; adieu veau, vache, cochon, couvée,
La dame de ces biens, quittant d'un œil marri
Sa fortune ainsi répandue,
Va s'excuser à son mari,
En grand danger d'être battue.
Le récit en farce *en* fut fait,
On l'appela le Pot au lait.

Quel esprit ne bat la campagne?
Qui ne fait châteaux en Espagne?
Picrocholle, Pyrrhus, la laitière, enfin tous,
Autant les sages que les fous,
Chacun songe en veillant; *il n'est rien de plus doux*:
Une flatteuse erreur emporte alors nos âmes;
Tout le bien du monde est à nous,
Tous les honneurs, toutes les femmes.
Quand je suis seul, je fais au plus brave un défi:
Je m'écarte, je vais détrôner le Sophi;
On m'élit roi, mon peuple m'aime;
Les diadèmes vont sur ma tête pleuvant:

Quelque accident fait-il que je rentre en moi-même,
Je suis Gros-Jean comme *devant*.

Le savetier et le financier.

Un savetier chantait *du matin* jusqu'au soir:
C'était merveille de le voir,
Merveille de l'ouïr: il faisait des passages,
Plus content qu'aucun des sept sages.
Son voisin, au contraire, étant tout cousu d'or,
Chantait peu, dormait moins *encor*:
C'était un homme de finance.
Si *sur le point du jour* parfois il sommeillait,
Le savetier alors *en chantant* l'éveillait;
Et le financier se plaignait
Que les soins de la Providence
N'eussent pas au marché fait vendre le dormir,
Comme le manger et le boire.
En son hôtel il fait venir
Le chanteur, et lui dit:—Or çà, sire Grégoire,
Que gagnez-vous *par an*? Par an! *ma foi*, monsieur,
Dit avec un ton de rieur
Le gaillard savetier, ce n'est point ma manière
De compter de la sorte; et je n'entasse guère
Un jour sur l'autre: il suffit qu'à la fin
J'attrape le bout de l'année.
Chaque jour amène son pain.—
Eh bien, que gagnez-vous, dites-moi, *par journée*?
Tantôt plus, tantôt moins;

Le financier riant de sa naïveté,
Lui dit: -Je veux vous mettre aujourd'hui sur le trône:
Prenez ces cent écus: gardez-les avec soin,
Pour vous *en servir au besoin*.
Le savetier crut voir tout l'argent que la terre
Avait depuis plus de cent ans
Produit pour l'usage des gens.
Il retourne chez lui: dans sa cave il enterre
L'argent, et sa joie à la fois.
Plus de chant: il perdit la voix
Du moment qu'il gagna ce qui cause nos peines.
Le sommeil quitta son logis,
Il eut pour hôtes les soucis,
Les soupçons, les alarmes vaines.
Tout le jour il avait l'œil au guet: et la nuit,
Si quelque chat faisait du bruit,
Le chat prenait l'argent. A la fin le pauvre homme
S'en courut chez celui qu'il ne réveillait plus:—
Rendez-moi, lui dit-il, mes chansons et mon somme,
Et reprenez vos cent écus.

Le rat et l'huître.

Un rat, hôte d'un champ, rat de peu de cervelle,
Des lares paternels un jour se trouva sou.
Il laisse là le champ, le grain et la javelle,
Va *courir le pays*, abandonne son trou.
Sitôt qu'il fut hors de la case:—
Que le monde, dit-il, est *grand et spacieux!*
Voilà les Apennins, et voici le Caucase!
La moindre taupinée était mont à ses yeux.
Au bout de quelques jours le voyageur arrive
En un certain canton où Thétis sur la rive
Avait laissé mainte huître; et notre rat d'abord

Crut voir, en les voyant, des vaisseaux de haut bord.
Certes, dit-il, mon père était un pauvre sire!
Il n'osait voyager, craintif au dernier point.
Pour moi, j'ai déjà vu le maritime empire;
J'ai passé les déserts, mais nous n'y bûmes point.
D'un certain magister le rat tenait ces choses.
Et les disait à travers champs;
N'étant pas de ces rats qui, les livres rongeurs,
Se font savants jusques aux dents.
Parmi tant d'huîtres toutes closes
Une s'était ouverte; et, bâillant au soleil,
Par un doux zéphir réjouie,
Humait l'air, respirait, était épanouie,
Blanche, et d'un goût, à la voir, non pareil.
D'aussi loin que le rat voit cette huître qui bâille:—
Qu'aperçois-je? dit-il; c'est quelque victuaille;
Et, si je ne me trompe à la couleur du mets,
Je dois faire aujourd'hui bonne chère, ou jamais.
Là-dessus maître rat, plein de belle espérance,
Approche de l'écaille, allonge un peu le cou,
Se sent pris comme aux laes; car l'huître tout d'un coup
Se referme. Et voilà ce que fait l'ignorance.

Cette fable contient plus d'un enseignement,
Nous y voyons premièrement
Que ceux qui n'ont du monde aucune expérience
Sont aux moindres objets, frappés d'étonnement;
Et puis nous y pouvons apprendre,
Que tel est pris qui croyait prendre.

Le vieillard et les trois jeunes hommes.

Un octogénaire plantait.—
Passe encor de bâtir; mais planter à cet âge!
Disaient trois jouvenceaux, enfants du voisinage.

Assurément il radotait.—
Car, au nom des dieux, je vous prie,
Quel fruit de ce labeur pouvez-vous recueillir?
Autant qu'un patriarche il vous faudrait vieillir.
A quoi bon charger votre vie
Des soins d'un avenir qui n'est pas fait pour vous?
Ne songez désormais qu'à vos erreurs passées;
Quittez le long espoir et les vastes pensées:
Tout cela ne convient qu'à nous.—
Il ne convient pas à vous-mêmes,
Repartit le vieillard. Tout établissement
Vient tard et dure peu. La main des Parques blêmes
De vos, jours et des miens se joue également.
Nos termes sont pareils par leur courte durée.
Qui de nous des clartés de la voûte azurée
Doit jouir le dernier? Est-il aucun moment
Qui vous puisse assurer d'un second seulement?
Mes arrière-neveux me devront cet ombrage:
Hé bien! défendez-vous au sage
De se donner des soins pour le plaisir d'autrui?
Cela même est un fruit que je goûte aujourd'hui;
J'en puis jouir demain, et quelques jours encore:
Je puis enfin compter l'aurore
Plus d'une fois sur vos tombeaux.
Le vieillard eut raison: l'un des trois jouvenceaux
Se noya dès le port, allant à l'Amérique;
L'autre, afin de monter aux grandes dignités,
Dans les emplois de Mars servant la république,
Par un coup imprévu vit ses jours emportés;
Le troisième tomba d'un arbre
Que lui-même il voulut enter:
Et, pleurés du vieillard, il grava sur leur marbre
Ce que je viens de raconter.

La Fontaine.

De mon corps, et de tous les autres corps de l'univers.

Il y a une portion de matière que je nomme mon corps, parce que ses mouvements dépendent de mon seul vouloir, au lieu que nul autre corps ne dépend de ma volonté. Cette portion de matière me paraît façonnée exprès pour toutes les fonctions auxquelles elle sert. Je vois un corps fait avec symétrie: il est posé sur deux cuisses sur deux jambes égales et bien proportionnées. Veux-je demeurer debout et immobile, mes cuisses et mes jambes sont droites et fermes comme des colonnes qui portent tout cet édifice. Au contraire, veux-je marcher? ces deux grandes colonnes se trouvent brisées par des jointures: pendant que l'un demeure appuyée pour me soutenir, l'autre s'avance pour me porter vers les objets dont je veux m'approcher. Mais ce corps, en se penchant sait se planter en sorte qu'il garde un parfait équilibre pour ne tomber pas. Le corps proportionné à ces deux soutiens est fortifié par des côtes bien rangées en demi-cercle, qui viennent se joindre par-devant. Elles sortent toutes de l'épine du dos, qui est formée de vertèbres, c'est-à-dire de petits ossements très-durs emboîtés les uns dans les autres, en sorte que le dos est tout ensemble très-droit et très-ferme quand il me plaît, et très-flexible pour se courber et pour se pencher dès que j'en ai besoin. Les côtes servent à renfermer et à tenir en sûreté les principaux organes, qui sont comme le centre de la vie, et dont la délicatesse est extrême: elles laissent néanmoins entre elles un intervalle à l'endroit précis où j'en ai besoin, pour faciliter l'élargissement ou le resserrement de toutes ces parties internes par rapport à la respiration et aux autres opérations vitales. Mon cœur est comme la source d'où part avec impétuosité le sang, qui va

par des rameaux innombrables arroser et nourrir les chairs de tous les membres, de même que les rivières vont arroser et fertiliser toutes les campagnes. Ce sang, qui se ralentit dans sa course, revient des extrémités du corps au centre pour s'y rallumer, et pour y reprendre de nouveaux esprits. Les poumons sont des soufflets qui font la respiration. L'estomac est un réservoir qui reçoit tous les aliments: il a des sucs tout propres pour les dissoudre, et pour les convertir en une espèce de lait qui devient ensuite du sang. Le gosier, quand il est bien formé, est le plus parfait de tous les instruments de musique. Tout est merveilleux dans le corps humain. Il n'y a dans tous ce corps aucun ressort interne qui ne surpasse toute l'industrie des mécaniques. Vers le haut de ce corps pendent deux bras qui sont brisés par des jointures, en sorte qu'ils se meuvent presque en tout sens. Ils sont terminés par deux mains qui s'allongent et qui se replient par les articles des doigts, armés d'ongles. Que pourrait-on jamais inventer de plus propre à saisir, à repousser; à porter, à traîner, à separer les corps voisins, à démêler les choses entrelacées, à faire les ouvrages les plus rudes ou les plus délicats?

Au-dessus de ce corps s'élève le cou, qui se dresse ou qui se penche, qui se tourne à droite ou à gauche, selon les besoins, et qui porte la tête, siège des principales sensations. Le derrière de la tête est couvert de cheveux qui l'ornent et le fortifient. Le devant est le visage, où les deux yeux, égaux et placés avec symétrie, semblent allumés d'une flamme céleste. Le nez sert à relever le visage, et il est en même temps l'organe de l'odorat. Les oreilles sont aux deux côtés, pour entendre à droite et à gauche. Ces sensations principales sont doubles, non seulement pour les rendre plus promptes et plus faciles des deux côtés, mais encore pour préparer une ressource dans les accidents où l'un des deux organes serait blessé. La

bouche est par les lèvres un grand ornement du visage. Quand elle s'ouvre, elle montre un double rang de dents destinées à briser les aliments, et à en préparer la digestion. La langue, souple et humide va toucher le palais et les dents en tant de manières, qu'elle articule assez de sons pour en composer tout le langage du genre humain; mais je n'ai garde de vouloir remarquer tout l'artifice de mon corps, je ne fais que l'effleurer. Il est infini: plus on l'approfondit, plus on y trouve un art qui surpasse infiniment l'art de tous les hommes.....

Si j'entre dans une maison, j'y vois des fondements posés de pierre solide, pour rendre l'édifice durable; j'y vois des murs élevés, avec un toit qui empêche la pluie de pénétrer au dedans: je remarque au milieu une place vide qu'on nomme une cour, et qui est le centre de toutes les parties de ce tout: je rencontre un escalier dont les marches sont visiblement faites pour monter; des chambres avec des portes pour y entrer, des serrures et des clefs pour fermer et pour ouvrir; des fenêtres par où la lumière entre, sans que le vent puisse entrer avec elle: une cheminée pour faire du feu sans être incommodé de la fumée; un lit pour se coucher; des chaises pour s'asseoir; une table pour manger; une ecritoire pour écrire.

A la vue de toutes ces commodités, pratiquées avec tant d'art, je ne puis douter que la main des hommes n'ait fait tout cet arrangement. Je n'ai garde de dire que ce sont des atomes que le hasard a assemblés. Il ne m'est pas possible de croire sérieusement que les pierres de cet édifice se sont élevées d'elles-mêmes avec tant d'ordre les unes sur les autres, comme la fable nous dépeint celles que la lyre d'Amphion remuait à son gré pour en former les murs de Thèbes.

Jamais aucun homme sensé ne s'avisera de dire que cette maison, avec tous ses meubles, s'est faite et arrangée d'elle-

même. L'ordre, la proportion, la symétrie, le dessein manifeste de tout l'ouvrage, ne permet point de l'attribuer à une cause aveugle, telle que le hasard.

En vain quelqu'un me viendra dire que cette maison s'est faite d'elle-même par pur hasard, et que les hommes qui y trouvent cet ordre purement fourtu s'en servent, et s'imaginent qu'il a été fait tout exprès pour leur usage. De telles pensées ne peuvent entrer dans les esprits des hommes raisonnables. Il en est de même d'un livre tel que l'Iliade d'Homère, ou d'une horloge qu'on trouverait dans une île déserte; personne ne pourrait jamais croire que ce poëme admirable, ou que cette horloge excellente, fût un caprice du hasard: on concluerait d'abord qu'un poëte sublime aurait composé ces beaux vers et qu'un habile ouvrier aurait fait cette horloge.

En voilà assez pour notre conclusion. L'ouvrage du monde entier a cent fois plus d'art, d'ordre, de sagesse, de proportion et de symétrie, que tous les ouvrages les plus industriels des hommes. C'est donc s'aveugler par obstination, que de refuser de reconnaître la main toute-puissante qui a formé l'univers.

Fénelon.

Physique.

La *Physique* a pour objet l'étude des phénomènes que présentent les corps en tant que ceux-ci n'éprouvent pas de changements dans leur composition.

Matière.—On nomme *matière* ou *substance* tout ce qui tombe immédiatement sous nos sens.

On connaît aujourd'hui soixante-deux substances élémentaires ou *simples*, c'est-à-dire, dont l'analyse chimique ne parvient à extraire qu'une seule espèce de matière. Mais il est possible que plus tard le nombre de ces subs-

tances augmente ou diminue, car on peut en découvrir de nouvelles, comme il peut arriver qu'on parvienne à en décomposer plusieurs.

Corps, atomes, molécules.—Toute quantité de matière limitée est un *corps*. Les propriétés des *corps* font voir qu'ils ne sont point formés d'une matière continue, mais d'éléments pour ainsi dire infiniment petits, qui ne peuvent être divisés physiquement, et sont simplement juxtaposés sans se toucher, étant maintenus à distance par des attractions et des répulsions réciproques qu'on désigne sous le nom de *forces moléculaires*.

Ces éléments des *corps* se nomment *atomes*. Un groupe d'*atomes* forme une *molécule*.

Les *corps* ne sont que des agrégats de *molécules*.

Masse.—On nomme *masse* d'un *corps*, la quantité de matière qu'il contient. On ne peut déterminer la *masse absolue* d'un *corps*; on ne peut déterminer que sa *masse relative*; c'est-à-dire le rapport de sa *masse absolue* à celle d'un autre *corps* prise pour unité.

Etats des corps.—On distingue trois états des *corps*:

1° L'*état solide*, qui s'observe, aux températures ordinaires, dans les bois, les pierres, les métaux. Cet état est caractérisé par une adhérence entre les molécules, telle qu'on ne peut les séparer que par un effort plus ou moins considérable. C'est en vertu de cette adhérence que les *corps solides* conservent leur première forme.

2° L'*état liquide*, que présentent l'eau, l'alcool, les huiles. Le caractère distinctif des liquides est une adhérence si faible entre leurs molécules, qu'elles peuvent glisser les unes sur les autres avec une extrême facilité; d'où il résulte que ces *corps* n'affectent aucune forme particulière, et prennent toujours celle des vases qui les contiennent.

3° L'*état gazeux*, qui se rencontre dans un grand nom-

bre d'autres corps qu'on nomme *gaz* ou *fluides aériformes*. Dans les gaz, la mobilité des molécules est encore plus grande que dans les liquides; mais leur caractère distinctif est surtout une tendance à prendre sans cesse un volume plus grand, propriété qu'on désigne sous le nom d'*expansibilité*.

Les liquides et les gaz se désignent sous le nom général de *fluides*.

La plupart des corps simples et beaucoup de corps composés peuvent successivement se présenter à l'état solide, liquide ou gazeux, suivant les variations de température. L'eau nous en offre un exemple bien connu.

En avançant dans l'étude de la physique, on reconnaîtra que c'est du rapport entre les attractions et les répulsions moléculaires que dépendent principalement les trois états des corps.

Phénomènes physiques.—Tout changement survenu dans l'état d'un corps sans altération de sa composition, est un *phénomène physique*. Un corps qui tombe, un son qui se produit, de l'eau qui se congèle, sont des phénomènes.

Lois et théories physiques.—On nomme *loi physique* la relation constante qui existe entre un phénomène et sa cause. Par exemple, on démontre qu'un volume donné de gaz devient deux, trois fois moindre, lorsqu'il supporte une pression deux, trois fois plus grande: C'est là une loi physique qu'on exprime en disant que les volumes des gaz sont en raison inverse des pressions.

Une *théorie physique* est l'ensemble des lois qui se rapportent à une même classe de phénomènes. C'est ainsi qu'on dit: la théorie de la lumière, la théorie de l'électricité. Cependant, cette dénomination s'applique aussi, dans un sens plus restreint, à l'explication de certains phénomènes particuliers; par exemple, lorsqu'on dit; la théorie de la rosée, la théorie du mirage.

Agents physiques.—Comme cause des phénomènes que

présentent les corps, on admet l'existence d'*agents physiques* ou de *forces naturelles* qui régissent la matière.

Ces agents sont l'*attraction universelle*, le *calorique*, la *lumière*, le *magnétisme* et l'*électricité*.

Les agents physiques ne se manifestant à nous que par leurs effets, leur nature nous est complètement inconnue. Dans l'état actuel de la science, on ne peut dire si ce sont des propriétés inhérentes à la matière, ou bien des matières subtiles, impalpables répandues dans tout l'univers, et dont les effets sont le résultat de mouvements particuliers imprimés à leur masse. Cette dernière hypothèse est généralement admise; mais alors ces matières sont-elles distinctes les unes des autres, ou doivent-elles être rapportées à une source unique? Cette dernière opinion paraît tendre à prévaloir à mesure que les sciences physiques *reculent leurs limites*.

Dans l'hypothèse où les agents physiques seraient des matières subtiles, ces matières n'ayant pas un poids appréciable aux balances les plus sensibles, on leur donne le nom de *fluides impondérables*; de là la distinction de *matière pondérable* ou matière proprement dite, et de *matière impondérable*, ou agents physiques.

Ganot.

Découverte des aérostats.

Les *aérostats* ou *ballons* sont des globes en étoffe légère et imperméable qui, remplis d'air chaud ou de gaz hydrogène, s'élèvent dans l'atmosphère en vertu de leur légèreté relative.

L'invention des aérostats est due aux frères Etienne et Joseph Montgolfier, fabricants de papier dans la petite ville d'Annonay, où le premier essai eut lieu le 5 juin

1783: Ce premier ballon était un globe de toile double de papier, ayant 36 mètres de circonférence et pesant 250 kilogrammes. Ouvert à la partie inférieure, il fut gonflé d'air chaud en brûlant au-dessous du papier, de la laine, de la paille mouillée.

"A cette nouvelle, écrivait l'académicien Lalande, nous dîmes tous: cela doit être, comment n'y a-t-on pas pensé?" On y avait bien pensé; mais *il y a loin* de la conception d'une idée à sa réalisation. Black, professeur de physique à Edimbourg, avait annoncé dans ses cours, en 1767, qu'une vessie remplie d'hydrogène s'éleverait naturellement dans l'atmosphère; mais il ne fit jamais l'expérience, la regardant comme purement amusante. Enfin, Cavallo, en 1782, avait communiqué à la Société royale de Londres des expériences qu'il avait faites, et qui consistaient à remplir d'hydrogène des bulles de savon qui s'élevaient d'elles-mêmes dans l'atmosphère, le gaz qui les remplissait étant plus léger que l'air.

Quoi qu'il en soit, les frères Montgolfier ne connaissaient pas les expériences de Cavallo ni celle Black, lorsqu'ils firent leur découverte. Comme ils employèrent exclusivement l'air chaud pour remplir leurs ballons on a donné le nom de *Montgolfières* aux ballons à air chaud pour les distinguer des aérostats à hydrogène, les seuls usités aujourd'hui.

C'est Charles, professeur de physique à Paris, mort en 1823, qui, le premier, substitua le gaz hydrogène à l'air chaud. Le 27 août 1783, un ballon ainsi gonflé fut lancé au Champ-de-Mars. "Jamais, écrit Mercier, leçon de physique ne fut donnée devant un auditoire plus nombreux et plus attentif."

Le 21 novembre de la même année, Pilâtre de Rozier entreprit, en compagnie du chevalier d'Arlandes, le premier voyage aérien dans un ballon libre à air chaud. L'as-

cension eut lieu dans le jardin de le Muette, près du bois de Boulogne. Les aéronautes entretenaient au-dessous du ballon un feu de paille mouillée pour maintenir la dilatation de l'air intérieur; le feu pouvait donc communiquer à chaque instant à l'enveloppe.

Dix jours après, dans le jardin des Tuileries, Charles et Robert répétaient la même expérience avec un ballon à gaz hydrogène.

Le 7 janvier 1785, Blanchard, en compagnie du Dr. Jeffries, fit, le premier, la traversée de Douvres à Calais. Les deux aéronautes n'atteignirent les côtes de France qu'à grand'peine et après avoir jeté à la mer jusqu'à leurs vêtements, pour rendre leur ballon plus léger.

Depuis, un nombre considérable d'ascensions ont été exécutées.

Celle que fit Gay-Lussac, en 1804, fut la plus remarquable par les faits dont elle a enrichi la science, et par la hauteur qu'atteignit le célèbre physicien, hauteur que fut de 7016 mètres au dessus du niveau des mers. Depuis, M. Green s'est élevé plus haut encore. A cette hauteur, le baromètre centigrade, qui marquait 31 degrés à la surface du sol, était alors à 9°,5 au dessous de zéro. Une ascension récente a donné, pour la même hauteur, une température encore beaucoup plus basse.

Dans ces hautes régions, la sécheresse était telle le jour de l'ascension de Gay-Lussac en juillet, que les substances hygrométriques, telles que le papier, le parchemin se desséchaient et se tordaient comme si on les eût présentées au feu. La respiration et circulation du sang s'accéléraient à cause de la grande raréfaction de l'air. Gay-Lussac a constaté que son pouls faisait alors 120 pulsations au lieu de 66 qui était son état normal. A cette grande hauteur le ciel prend une teinte bleue très-foncée, tirant sur le noir, et un silence absolu et solennel entoure l'aéronaute.

Parti de la cour du Conservatoire des arts et métiers, Gay-Lussac descendit auprès de Rouen, au bout de six heures, ayant fait environ 30 lieues.

Construction, remplissage et ascension des aérostats.— L'enveloppe des aérostats est formée de longs fuseaux de taffetas cousus ensemble et enduits d'un vernis au caoutchouc, qui rend le tissu imperméable. Au sommet du ballon est une soupape que maintient fermée un ressort et que l'aéronaute peut ouvrir à volonté, à l'aide d'une corde. Une nacelle légère, en osier, dans laquelle peuvent se placer plusieurs personnes, pend au-dessous du ballon soutenue par un filet en corde qui enveloppe celui-ci en entier.

Un ballon de dimension ordinaire, pouvant enlever facilement trois personnes, a environ 15 mètres de hauteur, 11 mètres de diamètre, et son volume, quand il est gonflé complètement, est de près de 700 mètres cubes. L'enveloppe pèse 100 kilogrammes, et les accessoires, tel que filet, nacelle, 500 kilogrammes.

On gonfle les ballons soit avec l'hydrogène pur, soit avec l'hydrogène carboné, qui sert à l'éclairage. Bien que ce dernier gaz soit plus dense que le premier, on l'emploie généralement aujourd'hui, parce qu'on l'obtient plus facilement et à meilleur compte que l'hydrogène pur. Il suffit, en effet, de le faire arriver de l'usine à gaz la plus voisine jusqu'à l'aérostat, au moyen d'un conduit en toile gommée.

Le même.

Homonymes.—Se dit des mots qui se prononcent de même et qui ont des sens divers. Ex.: *coin*, angle, et *coin* ou *coing*, fruit.

Acre, âcre. Ancre, encre. Avant, âvent. Alène, haleine. Bonace, bonasse. Bon, bond. Chair, cher, chaire. Clair,

clerc. Cor, corps. Cour, cours. Craint, erin. Cuire, cuir.
 Dessein, dessin. Doit, doigt. Don, dont. Ecot, écho.
 Envie, envi. Faîte, faite. Faix, fait. Forêt, foret. Grâ-
 ce, grasse. Goûte, goutte. Goutte à goutte. Hâle,
 halle. Hôte, hotte. Geai, jet. Jeûne, jeune. Lait, laid. Legs,
 lé. Leur, leurs, leurre. Lent, laon. Maître, mètre, mettre.
 Matin, matin. Mois, moi. M'ont, mont. Mûr, mur. Mal,
 mâle, malle. Nait, né, net. Scène, cène. Seine, saine.
 Statues, statuts. Tâche, tache. Très, traits. Tante, tente.
 Tend, tant, temps. Vain, vint, vin, vingt. Vaine, veine.
 Vert, ver, verre, vers. Voix, voie, vois, voit. Vice, vis.

A vez-vous *dessiné* mon *plan*, avez-vous *abattu* les arbres de ce *plant*? Parti, dites-vous? il reviendra, nouvel enfant prodigue; prenons-en tous notre *parti*, et ne suspendons pas notre *partie* pour si peu de chose. Le vétérinaire a *saigné* mon cheval des quatre *ars*. Si tu travailles sans *art*, tu n'auras pas gagné tes *arrhes*. Vous connaissez *Fare*, maître *ès-arts*? On le conduisit à l'échafaud le *hart* au cou. O Larcs et Pénates! défendez mes foyers, protégez mon asile. Le *sein* de la mer est plein de belles choses, sa surface est *plane* comme une glace. Ce *saint* homme, fort *sain* de corps et d'esprit, a les reins *ceints* d'une ceinture de crin; et porte un *saint* crucifix sur le *sein* à côté du *seing* de son ordre. J'aime les *amandes* des dragées, mais pas les *amendes* du garde champêtre. J'ai *vu* planter le *mai*. Chaque convive *met* son *mets* sur la table, puis entonne *l'air* du pauvre *hère* qui *erre* en plein *air*, et s'abrite souvent sous *l'aire* d'un aigle et dans *l'aire* d'une ferme. *Sot* citoyen de *Sceaux*, prend ton *seau* et va puiser près du *saut* que forme le ruisseau; c'est l'ordre du maire, dont tu connais le *sceau* ou le *scel*. Si tu n'as pas *perdu* le *sens*, tu

reviendras à ta *cense*, et tu songeras au *cens* de cent francs que tu dois payer tout aussi bien que l'habitant de *Sens*.

Le *pic* contre lequel ta *pique* s'est émoussée. Le *geai* que j'ai vu près du *jet* d'eau était noir comme du *jais*. Quels *cahots*, quels soubresauts dans votre voiture! Quel *chaos* dans votre esprit! Voici un *athée* qui s'est *hâté* de faire élever un *hospice* pour les indigents, un *autel* pour Dieu et un *hôtel* pour lui-même. Entre nous soit dit, je soupçonne fort cet homme de n'être *athée*, que de nom. Il a *vendu* son *fonds*. Elle a *paru* sur les *fonds* dont le *fond* était rempli d'eau *bénite*. *Fonds* sur l'ennemi et brise sa *file* comme un *fil*. Mon *père*, as-tu *vu* ce *pair* de France? Monsieur, au *fait*, parlez-nous de votre *fait* d'armes et de la *fête* qu'on vous a *donnée* à cette occasion, des artifices qui dépassaient la *faite* des aunes du parc, dont les branches *pioient* sous le *faix* du feuillage. Ces petits *pois* son excellents. Quel *pois* marque le kilogramme? La *poix* est un suc résineux que l'on extrait du pin. *Lutte* contre l'adversité. La vie est une *lutte* continuelle. Prends du *lut* et *lute* le vase de ce chimiste. O *luth* harmonieux! Connais-tu les ovipares? As-tu *vu* le daim dans le jardin? Tout est perdu *fors* l'honneur. Il n'y a rien au-dessus des *forts*, c'est la défense des défenses, dit-on; cependant je préfère le *for* de ma conscience. Ne mets pas le *pouce* sur une jeune *pousse*, elle se flétrirait. Ne la *pousse* pas, elle ferait un faux pas. Veux-tu *lire* ou jouer de la *lyre*? L'*écho* indiscret nous rappelle que nous devons notre *écot*. A l'heure précise, leurs malles sont *arrivées* sur le bateau à vapeur de l'Eure; ils avaient promis un *pour-boire* au pilote, mais ce n'a été qu'un *leurre*.

Lie tes idées, lis et relis tes écrits. La *lie* de cette li-

queur, *délayée* dans de l'eau de Seine, fait un boisson passable.

Mme. C. B. D. de l'H. de V.

Histoire naturelle.

Le lion rugit. Le bœuf mugit. Le cheval hennit. L'âne brait. Le loup hurle. La brebis bêle. Le cochon grogne. Le chat miaule. Le chien aboie. Le renard glapit. Le lièvre crie. Le serpent siffle. Le coq chante. La poule caquette. Le corbeau croasse. Le perroquet parle. Le paon criaille.

Ortografía antigua (*oi* en lugar de *ai*). Le Chancelier Bacon dans cet ouvrage admirable, où il présente le tableau de la perfection possible des sciences, divise l'Histoire Naturelle en trois branches, dont la première concerne les ouvrages réguliers de la nature, c'est-à-dire, ceux où il nous semble que les loix ordinaires de la nature ont été suivies; la seconde ses égarements, c'est-à-dire, les ouvrages où la nature semble s'être écartée de sa marche ordinaire; la troisième, les arts, c'est-à-dire, les ouvrages où la nature est employée ou imitée par l'industrie des hommes; en trois mots, la liberté, les écarts, et les chaînes de la Nature, ou les productions constantes qui se renouvellent chaque jour dans la même espèce; les phénomènes extraordinaires qui de *tems en tems* frappent les yeux et étonnent l'imagination; les ouvrages que l'adresse et l'effort de l'esprit humain tirent du fonds de la nature: voilà l'objet de l'Histoire Naturelle.

Quiconque entreprend de l'étudier ou de l'écrire, doit songer que l'Univers est le temple de la Divinité. Si, comme l'a dit un Païen, lorsque nous nous présentons devant les autels, nous abaissons nos regards, si nous prenons

tout l'extérieur de la modestie et du respect; à plus forte raison, devons-nous être réservés et respectueux, lorsque nous entreprenons de *reconnoître* les astres, le ciel, les dieux. Défions-nous de nous-mêmes, craignons d'assurer ce que nous ne savons pas, ou de dissimuler ce que nous savons. C'est Aristote qui nous donne cet avis important. Platon, pénétré de ce sentiment, commence sa dissertation sur la Nature par l'invocation de Dieu. Jamais la vraie philosophie n'a rougi de montrer de la piété et du respect pour l'Être suprême; lors même que les Philosophes ne le *connoissoient* qu'imparfaitement.

Est-il rien de plus satisfaisant pour l'homme, que de *reconnoître* tous les biens dont il a été environné et de saisir les rapports de tous les êtres, soit entre eux, soit avec lui-même? Alors, dit Sénèque, je rends grâces aux Dieux; alors je trouve la vie précieuse, quand je contemple la nature, que je la considère dans son intérieur. Par quelle autre raison *pourrois-je* me féliciter d'être du nombre des vivans? *Seroit-ce* pour faire filtrer sans cesse le boire, le manger; pour administrer chaque jour le pain à un corps fragile, qui dépérit à chaque instant, et faire auprès de lui pendant cinquante ou soixante ans, les fonctions d'un garde-malade? Non, non; c'est pour *connoître* la Nature, et nous élever par cette *connoissance*, jusqu'à l'Être infini qui a fait et arrangé toutes choses, qui les maintient, qui les gouverne.

Sénèque n'est pas le seul qui ait parlé de la sorte des fins qu'on doit se proposer dans l'étude de la Nature. Cicéron l'*avoit* fait avant lui, d'après tous les philosophes de l'antiquité. Il n'est pas même nécessaire d'être instruit par la révélation pour sentir cette vérité:

Les cieux instruisent la terre
A révéler leur auteur.

Tout ce que leur globe enferme
Célèbre un Dieu créateur:
De sa puissance immortelle
Tout parle, tout nous instruit.
Le jour au jour la révèle,
La nuit l'annonce à la nuit.
Ce grand et superbe ouvrage
N'est point pour l'homme un langage
Obscur et mystérieux.
Son admirable structure
Est la voix de la Nature,
Qui se fait entendre aux yeux.

Rouss.

Les attributs de Dieu, sa sagesse, sa puissance, sa bonté, sa providence, sont gravés par-tout: on les voit non-seulement dans les cieux, dans les météores, dans les *élancemens* de la mer: on les voit dans un insecte:

O toi, qui follement fais ton Dieu du hasard,
Viens me développer ce nid qu'avec tant d'art
Au même ordre toujours architecte fidelle,
A l'aide de son bec maçonne l'hirondelle.
Comment, pour élever ce hardi bâtiment,
A-t-elle en le broyant arrondi son ciment?
Et pourquoi ces oiseaux si remplis de prudence
Ont-ils de leurs *enfans* su prévoir la naissance!

Racine.

C'est dans l'étude de l'Histoire naturelle, qu'on découvre les causes finales, et les vues du Créateur par rapport à l'homme; qu'on apprend à *connoître* les bienfaits de

l'Être suprême, et à lui payer le tribut de *reconnoissance* qui lui est dû. Est-il un objet plus grand et plus capable de relever le mérite de l'Histoire naturelle? Ce n'est pas le seul.

Elle fournit les plus grands secours à l'Agriculture, au Commerce, à la Médecine, à *tous* les Arts. Elle fait *connoître* les productions des *différens* climats; elle nous donne de nouvelles idées sur l'emploi des matériaux que nous avons; elle lie les peuples entr'eux par la communication réciproque de leurs richesses; elle nous rend *habitans* de tous les lieux, comme l'Histoire civile nous rend contemporains de tous les siècles.

Aristote *avoit* fait sentir à son élève Alexandre le Grand, de quelle beauté et de quelle importance *seroit* un ouvrage sur la nature, le caractère et les mœurs des différentes espèces d'animaux. Ce Prince au milieu de ses triomphes malgré l'éclat bruyant de sa fortune, *n'oublioit* pas de faire conduire au Philosophe toutes les espèces inconnues à la Grèce, pour étendre les limites des sciences aussi-bien que celles de son empire. Il *y joignoit* des mémoires détaillés sur la formation, la nourriture, la manière de vivre, l'industrie de ces animaux. Aristote en *faisoit* l'anatomie comparée avec la structure de l'homme; et d'un coup-d'œil en partant de ce que nous sommes, il *faisoit* voir les conformités ou les différences, dans le nombre, la structure, la position, l'usage des parties. Il *avoit* écrit sur cette matière quarante livres, dont les dix qui nous restent, font regretter aux *connoisseurs* la perte inestimable des autres: "Cet ouvrage, dit M. de Buffon dans sa Préface sur l'Histoire naturelle, s'est présenté à mes yeux comme une table des matières, qu'on *auroit* extraite avec le plus grand soin de plusieurs milliers des volumes de toutes espèces: c'est l'abrégé le plus savant qui ait jamais été fait, si la science est en effet l'histoire des faits;

"et quand même on *supposeroit* qu'Aristote *auroit* tiré de
"tous les livres de son *tems* ce qu'il a mis dans le sien; le
"plan de l'ouvrage, sa distribution, le choix des exemples,
"la justesse des comparaisons, une certaine tournure dans
"les idées, que j'*appellerois* volontiers le caractère philo-
"sophique, ne laissent pas douter un instant qu'il ne fût
"lui-même bien plus riche que ceux dont il *auroit* em-
"prunté."

Théophraste, disciple d'Aristote, *avoit* recueilli ce
qu'on *savoit* de son *tems* de l'histoire des plantes; il nous
reste encore un morceau de son ouvrage par lequel on peut
juger de la manière dont il *traitoit* cette partie.

Pline l'Ancien, ainsi surnommé pour le distinguer de
Pline le Jeune son neveu, dont nous avons les lettres, a
fait un plan d'Histoire naturelle qui semble surpasser les
forces humaines. "Son Histoire, dit le Naturaliste mo-
"derne que je viens de citer, comprend, indépendamment
"de l'histoire des animaux, des plantes et des minéraux,
"l'histoire du ciel et de la terre; la médecine, le commer-
"ce, la navigation; l'histoire des Arts libéraux et mécani-
"ques; l'origine des usages, enfin toutes les sciences natu-
"relles et tous les arts humains; et ce qu'il y a d'étonnant,
"c'est que dans chaque partie Pline est également grand...
"Son ouvrage est aussi varié que la Nature."

Batteux.

Bornéo produit une quantité de choses utiles au com-
merce, à l'industrie et à la consommation. L'on y trouve
des minéraux, du charbon, de l'antimoine, du fer, de l'étain,
du nickel, du vif-argent, de l'or et des diamants aussi
beaux que ceux de l'Inde et du Brésil. Le climat est
favorable à la végétation, très-sain à habiter et assez
moite pour conserver aux plantes une verdure continuelle.

La saison des pluies arrive d'avril à octobre; mais chaque jour le soleil vient vivifier le terrain qui présente partout une abondance extrême de plantes, d'arbres, de feuilles, de fleurs et de fruits d'un parfum et d'un goût exquis. Les cannes à sucre, les noix de muscade, les citrons, les oranges, les palmiers, les cocotiers, les sagoutiers, les arbres à gomme, les arécus, les ratans, les nipahs, le riz y viennent à merveille; le laurier camphre, les arbres à cire et à résine, le cotonnier, le poivrier, le caféier, le gambier, le tabac y croissent parfaitement; les fleurs y sont d'une beauté remarquable, et réjouissent l'œil par leurs formes *variées* et par leurs couleurs pourpres, cramoisies, *dorées*, etc. Les nids d'oiseaux, les bézoars et les ardoises seraient aussi d'une exploitation facile.

Mme. C. B. D. de l'H. de V.

Le chat. Le chat, un des plus aimables animaux domestiques, s'assied avec le chien à notre foyer; mais, *quelles* que soient ses qualités, il nous est moins utile, du moins pour la défense. Cependant il nous débarrasse de cette *gent* incommode qui s'est *glissée* dans toutes les maisons, et qui menace d'augmenter encore de nombre et d'audace. La tête du chat est *arrondie*; ses mâchoires, *allongées*; ses dents, *aiguës*; sa langue, *hérissée* de pointes. Ses pattes antérieures ont la dextérité d'une main; ses ongles acérés et crochus rentrent naturellement dans une espèce de gaine que leur a *faite* la nature. Mais quand arrive le moment de l'attaque, il ressort ses griffes, et les rentre bientôt afin de marcher sans bruit, ce qui lui est facile; car ses pattes sont *garnies* de petites pelotes molles et élastiques, de sorte que certains chats se sont *jetés* de fenêtres très-hautes sans qu'ils aient *ressenti* le moindre mal. On les a *vus* ensuite s'enfuir *tout effrayés* non de la chute qu'ils

avaient *faite*, mais par suite de ce caractère inquiet et poltron qui ne leur permet guère d'affronter le danger en face, mais qui les porte à user de ruse pour s'emparer de la proie qu'ils guettent quelquefois des journées *tout* entières. Propre jusqu'au scrupule, le chat *nettoie* continuellement sa belle robe de velours; il *s'essuie* dès qu'il a *mangé*, et ne s'endort qu'après avoir *fait* sa toilette. Quoique vorace et carnivore, une nourriture trop abondante l'appesantit; et si l'on veut qu'il soit bon chasseur, on doit le nourrir légèrement.

La même.

La zone glaciale produit peu d'espèces de végétaux; on y voit avec abondance les mousses, les lichens, les plantes rampantes, les arbustes à baies; on y trouve aussi quelques arbres, tels que les bouleaux et les saules, mais ils restent toujours nains. La Laponie seule, dans cette zone, produit du seigle et des légumes, et possède des forêts de sapins; dans la zone *tempérée*, les pins, les sapins, les mélèzes s'étendent jusqu'aux limites de la zone glaciale et les franchissent même en *quelques* lieux. A mesure qu'on avance vers le sud, on trouve le hêtre, le chêne, l'érable, l'orme, le tilleul, le cèdre, le cyprès, le *liège*. Les pommiers commencent à croître à la latitude de soixante degrés; les cerisiers se tiennent encore bien loin du pôle; les poiriers viennent ensuite; et toujours en se rapprochant des tropiques, on trouve successivement les pruniers, les châtaigniers, les noyers, la vigne, le figuier, l'olivier et l'oranger; ce dernier s'étend dans la zone torride, et occupe sur la terre plus d'espace qu'aucun autre arbre fruitier. Les diverses sortes de blés sont *répandues* dans la zone *tempérée*; le riz et le maïs abondent dans le midi. La zone torride voit mûrir les fruits les plus succulents et les aromates les plus *relevés*; toute la végétation y a plus de force et d'éclat; les

arbres y sont *revêtus* d'une verdure éternelle, on en voit qui s'élèvent deux fois aussi *haut* que nos chênes et qui se couvrent de fleurs aussi belles que le lis. C'est là que croissent la canne à sucre, le caféier, le palmier, l'arbre à pain, l'immense baobab, le chou palmiste, le cacaoyer, le vaniller, le cannellier, le muscadier, le poivrier, le camphrier, etc.

La même.

Une des plus agréables distractions que puisse se procurer une jeune personne qui habite les bords de la mer, c'est de composer un herbier. Les plantes que les bois et les prairies ont *vues* naître, affectent, je le sais, une variation de couleurs et de formes qui les rend plus agréables à l'œil que celles qui ont *crû* au fond des mers, et que les tempêtes *rejettent* sur le rivage; mais *quelque* monotones que celles-ci paraissent, elles ont des teintes vigoureuses, et des contours bizarres qui les rendent dignes de notre attention. Les personnes qui les ont *examinées* de près, s'en sont *convaincues*; elles les ont *trouvées* tout autres qu'elles ne leur avaient *semblé* d'abord.

Voici la manière de conserver les algues et les conferves qu'on veut dessécher; on les a *recueillies* à la marée basse, on les met dessaler dans un vase plein d'eau; quand elles se sont *séparées* de leur sel, on les étend au fond d'une assiette, sur une *demi-feuille* de papier *recouverte* d'eau; on *essaie*, à l'aide d'une aiguille à tricoter, d'écartier les filaments afin qu'il conservent la forme que leur a *donnée* la nature. Cela fait, on couvre ces plantes de papier brouillard, *imbibé* d'eau-de-vie; on les introduit entre deux planches que l'on *serre* l'une contre l'autre, en appuyant dessus deux ou trois *cents livres pesant*, et au bout de quelques jours qu'on les a *laissées* ainsi, la dessiccation est faite.

La même.

Ejercicios de sintaxis.

L'écolier étudie toujours la leçon.

L'écolier a toujours étudié la leçon.

Toujours.

Il est entré en cachette.

Il a très-bien parlé.

Il est arrivé tard.

Pour te parler.

Je viens le secourir.

Je viens la secourir.

Je viens les secourir.—Je viens lui donner du secours.

Je viens leur donner du secours.—Je veux le lui donner.

Je veux le leur donner.—Je veux la lui donner.

Je veux la leur donner.—Je veux les lui donner.—Je veux les leur donner.—Pour vous voir.—Il convient de ne pas mentir.—Il ne vient pas.—Ne viens pas.—Il n'est pas venu.—Tu ne l'as pas fait.—Jamais, rien, plus, personne, ni, goutte, mot, guère, nul, aucun; v. g. Je ne dis mot de son esprit.—Pas beaucoup.—Pas noir.—Ne le feras-tu pas? non monsieur.—Porté je?—finit-il?—porte-t-il?—porta-t-il—parlera-t-il?—mon oncle dort-il?—dire, répondre, s'écrier, répliquer, continuer, ajouter, demander.—Et quel est donc cet objet? demandèrent les éphores.—Fût-il roi, il ne serait pas content.—Ainsi, au moins, à peine, en vain, peut-être, aussi,—peut-être viendra-t-il,—parle-lui,—attends-le,—laissez-moi faire,—va te promener,—dites-le-moi,—ne me le répète pas,—il pleut,—pleut-il?—on dit,—dit-on?—il est juste de payer ses dettes,—c'est assez,—est-ce assez?—qui l'a fait? c'est moi.—Ce furent les Espagnols qui conquièrent le Mexique,—n'est-ce pas,—j'y vais,—j'y pense,—j'en viens,—j'en apporte,—j'y en porterai,—penses-y,—apportes-en,—por-

tez-y-en,—n'y pense pas,—n'en donne à personne.—Pierre tomba en y montant,—si je pouvais étudier, j'étudierais,—si je pouvais étudier, et que j'étudiasse, je deviendrais savant en peu de temps.—marchez, je vous suivrai.—il chante toujours,—il est à lire,—quand je le verrai, je l'avertirai,—un pot à l'eau.—s'entendre à, se connaître à, ó en. vous entendez,—vous à la musique? ó vous connaissez-vous à la musique ó en musique?—j'aime à dormir,—j'aimé les livres,—il est à craindre,—à qui est cela? à Pierre,—la Saint-Pierre,—je suis en Espagne,—je vais en France,—il est à Madrid,—Je vais *au* Mexique,—je viens *du* Mexique,—la rivière du Tage,—la rivière de Seine. donnez-moi *du* pain, de *de la* farine, *des* œufs, *des* haricots, *de l'eau-de-vie*, *des* pommes de terre et des olives,—ne me donnes pas *de* pain, *de* farine, *de* haricots, *d'eau-de-vie*, *de* pommes de terre ni *d'olives*,—ne donnez jamais *des* conseils, qu'il soit dangereux de suivre,—*de* vertueux citoyens ont été sacrifiés par *des* fripons insignes,—j'ai bu *du* vin excellent, ou j'ai bu *d'excellent* vin,—*des* petites maîtres et *des* petites maîtresses sont *des* êtres insupportables dans la société,—je cherche Pierre,—je donne mon bien à Pierre,—je vais prendre *du* café,—allons nous promener,—combien vend-on ce drap? vingt réaux l'aune,—sonner la messe,—ce qui m'attache le plus à la vie, ce sont mes enfants et ma femme,—il est entré, il a parlé et est sorti de suite.—il est *si* grand et *si* beau, qu'il n'a pas son pareil,—il est *aussi* riche et *aussi* puissant que vous,—un vilain homme,—un homme vilain,—le même roi, le roi même,—une histoire vraie,—une vraie histoire.—Un lion furieux, un furieux lion,—une demi heure, une heure et demie,—feu la reine de, feu ma mère disait,—la feue reine; ma feue mère, etc.—grand'mère, grand'messe, grand'rue, grand'salle, grand'chère, grand'pitié,—nu-tête, nu-pieds, nu-jambes,—tête nue, pieds nus, jambes nues,—

content *de* peu, —le dernier à donner, —meilleur, mieux, —Pierre chante *mieux* que son frère; mais on dit que celui-ci est *meilleur* musicien, —le feu prit à la maison; moi, je criai au feu; et lui, il alla chercher de l'eau, —moi, je dormais, et toi, tu veillais, —tu ne veux pas le faire; et bien, moi, je le ferai, —c'est une folie *que de* se tuer *soi-même*, —Caton se tua *lui-même*, —*quoi de plus* agréable que d'étudier! —*quoi!* ne puis-je pas parler? —de ces deux domestiques, lequel est le voleur? —*quelle comparaison y a-t-il* de cette promenade à celle du Prado? je gage, ou je parie que vais à Aranjuez en quatre heures. je parie que non, on *va que* non. Pierre, *dont* je connais le fils, peut, etc. —tout savant, tout grand, tout riche que tu sois, tu ne peux t'exempter de la mort, —tout, quelque. il n'y a *rien de tel* que l'argent comptant, —s'approcher *de* la fenêtre. —s'apercevoir *d'*une chose, —se contenter *de* peu. —j'ai résolu, je promets, il me prend fantaisie, j'entreprends, je tâcherai, je me hâterai, *d'*écrire, —je vous prie, je vous ordonne *de* m'écrire, —c'est à moi *d'*chanter, —cesser, oser, pouvoir, —entre. Je n'ose, ou je n'ose pas, —la noblesse sans éducation ne *saurait* être bien regardée, —il allait *dans* la voiture du maître, —il allait *en* voiture, —j'ai lu *dans* Cicéron, *dans* Virgile, &c. —quand partez-vous? *dans* deux jours, *dans* un mois, *dans* peu, —*en* combien de temps peut-on venir de Aranjuez à Madrid? —on a bâti cette maison *du* règne de Philippe cinq. —attendez moi *sur* le pont. je sera ici à Noël, —j'irai chez vous lundi ou mardi, —je le rencontrai le jeudi Saint, —je suis *près de* partir, —je suis *sur le point de* partir, —mon ami, je ne suis pas *en humeur* de rire, on m'a volé tout ce que j'avais, je ne suis pas *en train* de rire; on m'a volé tout ce que j'avais, —je ne suis pas *en état d'*entreprendre le voyage aujourd'hui, je suis malade, —il court par les rues, —je vais par la route de Valence. j'ai un habit fait *par* le tailleur du roi, —il

le fit par crainte,—il est encore à me payer,—*j'ai beau dire*,—j'eus beau parler, je ne pus le lui persuader,—je ne voulus point parler, *de peur* ou *de crainte* de le fâcher,—la ville se rendit, *faute de vivres*,—elle est bonne à son humeur *près*.—quelle éloquence *chez Cicéron!*—il vint à Madrid *en* ambassadeur, *ó en qualité d'*ambassadeur.—me voici, *ó me voilà*,—voici Pierre, voilà Pierre,—voici ce que j'ai à vous dire,—voilà ce que j'avais à vous dire.—je veux me marier.—penses y bien auparavant,—je voudrais acheter du drap. Il y *en* a de très-beau à Madrid.—combien d'enfants avez-vous? *j'en* ai quatre.—vous devez deux mois de loyer. *J'en* ai déjà payé un,—voulez-vous ce livre-là? Non, j'en veux un autre.—*S'en* aller, *en* conter à quelqu'un, *s'en* donner, *en* être, *s'en* prendre à quelqu'un, *s'en* tenir, *en* vouloir à quelqu'un, *en* vouloir à quelque chose,—il faudrait le prouver *par* des exemples,—je porte toujours *sur* moi une paire de pistolets,—il mène son frère avec lui,—*en parlant* beaucoup, tu ne gagneras rien.

En passant. chemin faisant. c'est fait de moi, c'en est fait, crier famine. La Saint-Jean, feu mon père, vous m'en voulez, comme ils en voulaient à l'argent, je m'en prends à vous.

Logique.

Idée de la logique. Tout dans la nature animée ou inanimée se comporte suivant *des* règles, mais ces règles ne nous sont pas toujours connues. Le monde entier n'est proprement qu'un vaste ensemble de phénomènes réguliers; en sorte que rien, absolument rien ne se fait sans raison. Il n'y a par conséquent point d'irrégularités à *proprement* parler; quand nous *en* croyons trouver, nous pouvons dire seulement que les lois qui régissent les phénomènes nous sont inconnues.

L'exercice de nos facultés s'accomplit aussi *d'après* des lois auxquelles nous nous conformons d'abord sans *en* avoir conscience jusqu'à ce que nous parvenions insensiblement à les connaître par des expériences et par un plus long usage de nos moyens.

Il s'agit donc de savoir, puisque l'entendement est la source des règles, suivant quelles règles il procède lui-même.

La science de ces règles nécessaires et universelles est donc simplement la science de la forme de notre connaissance intellectuelle ou de la pensée. Nous pouvons donc nous faire une idée de la possibilité d'une telle science, de la même manière que nous nous faisons l'idée d'une grammaire générale, qui ne contient que la simple forme du langage en général, et non les mots qui constituent la matière des langues.

Cette science des lois nécessaires de l'entendement et de la raison en général,—ou, ce qui est la même chose, de la simple forme de la pensée en général, est ce que nous appelons Logique.

De ce que la logique doit être considérée comme une science *a priori* ou comme une doctrine pour un canon des fonctions de l'entendement et de la raison, elle diffère essentiellement de l'*esthétique*, qui, comme simple *critique du goût*, n'a pas de canon (de loi), mais simplement une règle (modèle ou patron à l'usage seulement de la critique), règle qui consiste dans l'accord universel. L'*esthétique* est donc la science des règles de l'accord des choses avec les lois de la sensibilité. La *logique*, au contraire, a pour objet les règles de l'accord de la connaissance avec les lois de l'entendement et de la raison.

Quand à l'exposition de la logique elle peut-être *scolastique* ou *populaire*.

Elle est *scolastique* si elle est conforme au désir de sa-

voir, à la capacité et à la culture de ceux qui veulent traiter la connaissance des règles logiques comme une science.

Elle est populaire, au contraire, si elle se prête aux capacités et aux besoins de ceux qui n'étudient pas la logique comme science, mais qui veulent seulement la faire servir à expliquer l'entendement.

Nous distinguerons ici l'*exposition* d'avec la *méthode*. La méthode est la manière d'entendre comment un certain objet, à la connaissance duquel elle doit s'appliquer, peut être parfaitement connu. Le mot *exposition* signifie seulement la manière de communiquer ses pensées aux autres et de rendre une doctrine intelligible.

Une connaissance est parfaite 1° Quant à la quantité, si elle est universelle, 2° quand à la qualité, si elle est lucide; 3° quant à la relation, si elle est vraie; 4° quant à la modalité, si elle est certaine.

La *synthèse* éclaireit plutôt les objets, et l'*analyse* les notions. Dans l'analyse *le tout est donné avant les parties*. C'est le contraire dans la synthèse.

Le procédé analytique pour produire la lucidité, le seul dont la logique puisse s'occuper, est la première et principale condition pour l'élucidation de notre connaissance. Plus nos connaissances sont claires, plus elles sont fortes et puissantes. Toutefois l'analyse ne doit pas être poussée jusqu'à l'infiniment petit, de manière à faire disparaître, pour ainsi dire, l'objet en le réduisant en poussière.

Il y a un principe de doute qui consiste dans cette maxime: Se proposer, en traitant des connaissances de les rendre incertaines. Ce principe tend à faire voir l'impossibilité de parvenir à la certitude. Cette manière de philosopher est le *scepticisme*. Elle est opposée à la méthode dogmatique, au *dogmatisme*, qui est une confiance aveugle en la faculté qu'aurait la raison de s'étendre *a priori* sans

critique, par pures notions, uniquement pour obtenir un succès apparent.

Ces deux méthodes sont vicieuses si elles deviennent générales; car il y a un grand nombre de connaissances dans lesquelles nous ne pouvons procéder dogmatiquement; et d'un autre côté, le scepticisme, en renonçant à toute connaissance affirmative, paralyse tous les efforts pour acquérir la connaissance du *certain*.

Le scepticisme n'a pas lieu en mathématiques ni en physique. Il n'y a que la connaissance *purement* philosophique qui a pu lui donner naissance; cette connaissance n'est ni mathématique ni empirique. Le scepticisme absolu donne tout comme apparence. Il distingue *donc* l'apparence de la vérité, et doit avoir un signe de distinction, et par conséquent supposer une connaissance de la vérité, en quoi il se contredit lui-même.

Une *hypothèse* est une croyance du jugement touchant la vérité d'un principe, eu égard à la suffisance des conséquences; ou, plus brièvement, *la croyance d'une supposition comme principe*.

Des principes. Des jugements *à priori* immédiatement certains peuvent s'appeler principes, en tant qu'ils servent à démontrer d'autres jugements, et qu'ils ne sont eux-mêmes subordonnés à aucun autre. C'est pour cette raison qu'on les appelle *principes* (commencements).

Postulats et Problèmes. Un *postulat* est une proposition pratique immédiatement certaine, ou un principe qui détermine une action possible, dans laquelle on suppose que la manière de l'exécuter est immédiatement certaine.

Les *problèmes* sont des propositions démontrables, ou qui, comme telles, expriment une action dont la manière de l'exécuter n'est pas immédiatement certaine.

Les *Théorèmes* sont des propositions théoriques susceptibles de preuve, et qui *en* ont besoin.—Les *Corollaires* sont

des conséquences immédiates de propositions antérieures. On appelle *Lemmes* des propositions qui ne sont pas étrangères à la science dans laquelle elle sont supposées comme démontrées, mais qui sont néanmoins empruntées à d'autres sciences. Enfin les *Scholies* sont des propositions purement explicatives, et qui par conséquent n'en font partie comme membres d'un tout systématique.

K. par J. T.

Arguments oratoires. Pour expliquer ce que c'est qu'argument, il faut savoir qu'il y a trois sortes de pensées.

La première est une simple représentation de quelque chose dans l'esprit: comme quand je me représente le soleil ou la rondeur. C'est ce qu'on appelle communément *idée*.

La seconde est la représentation de la liaison de deux idées: comme quand je me dis en moi-même: Le soleil est rond. C'est un *jugement*.

La troisième est la représentation du rapport de deux ou de plusieurs liaisons entre elles: comme quand je me dis en moi-même: Le soleil paraît rond à tout le monde: donc il est rond. C'est le *raisonnement*. Ainsi concevoir, juger, raisonner, voilà les trois fonctions de l'esprit.

Quand ces trois espèces de pensées sont exprimées par des mots, elles changent de nom: l'idée s'appelle *terme*, le jugement *proposition*, le raisonnement *argument*.

Les raisonnemens, comme on le voit, supposent les jugemens; et les jugemens les idées; ou, ce qui est la même chose, les argumens sont composés de propositions, et les propositions sont composées de termes.

L'argument a quelquefois trois propositions.

Il faut aimer ce qui nous rend heureux;
Or, la vertu nous rend heureux;

Donc il faut aimer la vertu.

Voilà ce qu'on appelle un *sylogisme* en forme. La première de ces trois propositions se nomme *majeure*, la seconde *mineure*, la troisième *conclusion*.

Quelquefois l'argument n'a que deux propositions, parce qu'on en sous-entend une, qu'il est aisé de suppléer:

La vertu nous rend heureux;

Donc il faut aimer la vertu.

C'est l'enthymème. La première proposition se nomme *antécédent*; la seconde *conséquent*.

B.

De l'induction et de l'analogie.—Puisque le jugement va du particulier au général, pour dériver des jugements généraux de l'expérience, par conséquent non *a priori* (empiriquement); il conclut: ou de plusieurs choses d'une espèce à toutes les choses de cette espèce, ou de plusieurs *déterminations* et propriétés, en quoi s'accordent des choses de l'espèce identique, aux autres déterminations et propriétés en tant qu'elles appartiennent au même principe. La première espèce de raisonnement s'appelle raisonnement par *induction*; la seconde par *analogie*.

L'induction conclut du particulier au général d'après le principe de la généralisation, qui est ainsi conçu: Ce qui convient à plusieurs choses d'un genre convient aussi à toutes les autres choses (du même genre).

L'analogie conclut de la ressemblance particulière de deux choses à la ressemblance totale, d'après le principe de *spécification*.

L'induction va des *données empiriques* du particulier au général par rapport à *plusieurs objets*. L'analogie, au contraire, passe les *qualités données* d'une chose à un *plus grand nombre de qualités* de la même chose.—*Une seule chose*

dans un grand nombre de sujets, donc dans tous: *Induction*. Plusieurs choses dans un sujet (qui sont aussi dans un autre) donc aussi le reste dans le même sujet: *Analogie*. *Sorite ou chaîne syllogistique*. Un syllogisme formé de plusieurs autres syllogismes abrégés et rattachés entre eux de manière à former une conclusion unique, s'appelle *sorite* ou *chaîne syllogistique*.

Raisonnements délusaires, — Paralogismes, — Sophismes — Un raisonnement rationnel qui est faux quant à la forme quoiqu' il ait l'apparence d'un raisonnement *déluatoire* (fallacia), — Un pareil raisonnement est un *paralogisme*, si l'on se trompe par là soi-même: c'est un *sophisme*, si l'on cherche à tromper les autres.

Petitio principii. — *Circulus in probando*. On entend par *petitio de principe* l'admission d'une proposition pour principe de preuve, comme proposition immédiatement certaine, quoiqu' elle ait encore besoin de preuve. — Et l'on commet un cercle dans la preuve lorsqu'on donne la proposition qu'on voulait prouver pour principe de sa preuve *propre*.

Méthodologie. — *Son objet et sa fin*. — De même que la doctrine élémentaire en logique a pour objet les éléments et les conditions de la perfection d'une connaissance par rapport à son objet, de même la méthodologie générale, comme deuxième partie de la logique, doit au contraire traiter de la forme d'une science en général, ou de la manière de procéder pour faire une science avec la diversité de la connaissance.

Conditions principales de la définition. — Les conditions essentielles et générales de la perfection d'une définition se rapportent aux quatre principaux moments de la quantité, de la qualité, de la relation, et de la modalité.

1.° Quant à la *quantité*, — pour ce qui regarde la sphère de la définition, — la définition et le défini doivent être

des *notions réciproques*, et par conséquent la définition ne doit être ni plus ni moins étendue que son défini.

2.^o Quand à la *qualité*, la définition doit être une notion développée, et en même temps précise.

3.^o Quant à la *relation*, la définition ne doit pas être *tautologique*, c'est-à-dire que les signes définis doivent être, comme principes de connaissance du défini, différents du défini lui-même; et enfin,

4.^o Quant à la *modalité*, les signes doivent être *nécessaires*, et non convenir par expérience.

Règles pour l'examen des définitions. — Dans l'examen des définitions il y a quatre opérations à faire: il faut chercher si la définition,

1.^o Considérée comme proposition, est *vraie*.

2.^o Si, considérée comme notion, elle est *claire*;

3.^o Si, comme notion claire, elle est aussi *développée*; en fin,

4.^o Si comme notion développée, elle est en même temps *déterminée*, c'est-à-dire, adéquate à la chose même.

Règles des définitions. — Il faut suivre, pour bien définir, les règles qui servent à critiquer les définitions. — On cherchera donc:

1.^o Des propositions vraies,

2.^o Et dont le prédicat ne suppose déjà la notion de la chose;

3.^o On en recueillera plusieurs, on les comparera avec la notion même de la chose, et on verra celle qui est adéquate;

4.^o Enfin on regardera si un signe ne se trouve pas subordonné.

K. par J. T.

Etudes morales.

Combien il faut fuir l'esprit de contradiction, ménager les opinions des autres et être indulgent pour leurs torts.

L'impatience qui porte à contredire les autres avec chaleur ne vient que de ce que nous ne souffrons qu'avec peine qu'ils aient des sentiments différents des nôtres. C'est parce que ces sentiments sont contraires à notre sens qu'ils nous blessent, et non pas parce qu'ils sont contraires à la vérité. Si nous avions pour but de profiter à ceux que nous contredisons, nous prendrions d'autres mesures et d'autres voies. Nous ne voulons que les assujettir à nos opinions et nous élever au-dessus d'eux; ou plutôt nous voulons tirer, en les contredisant, une petite vengeance du dépit qu'ils nous ont fait en choquant notre sens. De sorte qu'il y a *tout ensemble* dans ce procédé et de l'orgueil qui nous cause ce dépit, et du défaut de charité qui nous porte à nous en venger par une contradiction indiscreète, et de l'hypocrisie qui nous fait couvrir tous ces sentimens corrompus du prétexte de l'amour de la vérité et du désir charitable de désabuser les autres, au lieu que nous ne recherchons en effet qu'à nous satisfaire nous-mêmes. Et ainsi on nous peut très-justement appliquer ce que dit le Sage, que "les avertissements que donne un homme qui veut faire injure sont faux et trompeurs:" *Est correptio mendax in ira contumeliosi*. Ce n'est pas qu'il dise toujours des choses fausses; mais c'est qu'en voulant paraître avoir le dessein de nous servir en nous corrigeant de quelque défaut, il n'a que le dessein de déplaire et d'insulter.

Nous devons donc regarder cette impatience, qui nous porte à nous élever sans discernement contre tout ce qui

nous paraît faux, comme un défaut très-considérable, et qui est souvent beaucoup plus grand que l'erreur prétendue dont nous voudrions délivrer les autres. Ainsi, comme nous nous devons à nous-mêmes la première charité, notre premier soin doit être de travailler sur nous-mêmes, et de tâcher de mettre notre esprit en état de supporter sans émotion les opinions des autres qui nous paraissent fausses, afin de ne les combattre jamais que dans le désir de leur être utiles.

Or, si nous n'avions que cet unique désir, nous reconnâtrions sans peine qu'*encore que* toute erreur soit un mal, il y en a néanmoins beaucoup qu'il ne faut pas s'efforcer de détruire, parce que le remède serait souvent pire que le mal, et que, s'attachant à ces petits maux, on se mettrait hors d'état de remédier à ceux qui sont vraiment importants. C'est pourquoi, encore que Jésus-Christ fût *plein de toute vérité*, comme dit saint Jean, on ne voit point qu'il ait entrepris d'ôter aux hommes d'autres erreurs que celles qui regardaient Dieu et les moyens de leur salut. Il savait tous leurs égarements dans les choses de la nature. Il connaissait mieux que personne en quoi consistait la véritable éloquence.

La vérité de tous les événements passés lui était parfaitement connue. Cependant il n'a point donné charge à ses apôtres ni de combattre les erreurs des hommes dans la physique, ni de leur apprendre à bien parler, ni de les désabuser d'une infinité d'erreurs de fait dont leur histoire étaient remplies.

Nous ne sommes pas obligés d'être plus charitables que les apôtres. Et ainsi, lorsque nous apercevons qu'en contredisant certaines opinions qui ne regardent que des choses humaines nous choquons plusieurs personnes, nous les aigrissons, nous les portons à faire des jugements téméraires et injustes, non-seulement nous pouvons nous dis-

penser de combattre ces opinions, mais même nous y sommes souvent obligés par la loi de la charité.

Il ne faut *pourtant* pas porter les maximes que nous avons proposées jusqu'à faire généralement scrupule, dans la conversation de témoigner que l'on n'approuve pas quelques opinions de ceux avec qui on vit. Ce serait détruire la société au lieu de la conserver, parce que cette contrainte serait trop gênante et que chacun aimerait mieux se tenir en son particulier. Il faut donc réduire cette réserve aux choses plus essentielles et auxquelles on voit que les gens prennent plus d'intérêt: et encore y aurait-il des voies pour les contredire de telle sorte qu'il serait impossible qu'ils s'en offensassent. Et c'est à quoi il faut particulièrement s'étudier, le commerce de la vie ne *pouvant* même subsister si l'on n'a la liberté de témoigner que l'on n'est pas du sentiment des autres.

Ainsi c'est une chose très-utile que d'étudier avec soin comment on peut proposer ses sentiments d'une manière si douce, si retenue et si agréable que personne ne s'en puisse choquer. Les gens du monde le pratiquent admirablement à l'égard des grands, parce que la cupidité leur en fait trouver les moyens. Et nous les trouverions aussi bien qu'eux si la charité était aussi agissante en nous que la cupidité l'est en eux, et qu'elle nous fit autant appréhender de blesser nos frères, que nous devons regarder comme nos supérieurs dans le royaume de Jésus-Christ, qu'ils appréhendent de blesser ceux qu'ils ont intérêt de ménager pour leur fortune.

Cette pratique est si importante et si nécessaire dans tout le cours de la vie qu'il faudrait avoir un soin particulier de s'y exercer; car souvent ce ne sont pas tant nos sentiments qui choquent les autres que la manière fière, présomptueuse, passionnée, méprisante, insultante, avec laquelle nous les proposons. Il faudrait donc apprendre à

contredire civilement et avec humilité, et regarder les fautes que l'on y fait comme très-considérables.

Il est difficile de renfermer dans des règles et des préceptes particuliers toutes les diverses manières de contredire les opinions des autres sans les blesser. Ce sont les circonstances qui les font naître, et la crainte charitable de choquer nos frères qui nous les fait trouver. Mais il y a certains défauts généraux qu'il faut avoir en vue d'éviter, et qui sont les sources ordinaires de ces mauvaises manières. Le premier est l'ascendant, c'est-à-dire une manière impérieuse de dire ses sentiments, que peu de gens peuvent souffrir, tant parce qu'elle représente l'image d'une âme fière et hautaine, dont on a naturellement de l'aversion, que parce qu'il semble que l'on veuille dominer sur les esprits et s'en rendre le maître....

C'est encore un fort grand défaut que de parler d'un air décisif, comme si ce qu'on dit ne pouvait être raisonnablement contesté; car l'on choque ceux à qui l'on parle de cet air, ou en leur faisant sentir qu'ils contestent une chose indubitable, ou en faisant paraître qu'on leur veut ôter la liberté de l'examiner et d'en juger par leur propre lumière, ce qui leur paraît une domination injuste. Ceux qui ont cet air affirmatif témoignent non seulement qu'ils ne doutent pas de ce qu'ils avancent, mais aussi qu'ils ne veulent pas qu'on en puisse douter. Or, c'est trop exiger des autres et s'attribuer trop à soi-même. Chacun veut être juge de ses opinions et ne les recevoir que parce qu'il les approuve. Tout ce que ces personnes gagnent donc par là est que l'on s'applique encore plus qu'on ne ferait aux raisons de douter de ce qu'ils disent, parce que cette manière de parler excite un désir secret de les contredire et de trouver que ce qu'ils proposent avec tant d'assurance n'est pas certain, ou ne l'est pas au point qu'ils se l'imaginent.

La chaleur que l'on témoigne pour ses opinions est un défaut différent de ceux que je viens de marquer, qui sont compatibles avec la froideur. Celui-ci fait croire que non-seulement on est attaché à ses sentiments par persuasion, mais aussi par passion; ce qui fait une impression toute contraire à celle que l'on prétend. Car le seul soupçon qu'on a plutôt embrassé une opinion par passion que par lumière la rend suspecte.

C'est un défaut si visible que de s'emporter dans la dispute à des termes injurieux et méprisants, qu'il n'est pas nécessaire d'en avertir; mais il est bon de remarquer qu'il y a de certaines rudesses et de certaines incivilités qui tiennent du mépris, quoiqu'elles puissent venir d'un autre principe. C'est bien assez qu'on persuade à ceux que l'on contredit qu'ils ont tort et qu'ils se trompent, sans leur faire encore sentir, par des termes durs et humiliants, qu'on ne leur trouve pas la moindre étincelle de raison.

Enfin la sécheresse, qui ne consiste pas tant dans la dureté des termes que dans le défaut de certains adoucissements, choque aussi pour l'ordinaire, parce qu'elle enferme quelque sorte d'indifférence et de mépris; car elle laisse la plaie que la contradiction fait sans aucun remède qui en puisse diminuer la douleur. Or, ce n'est pas avoir assez d'égards pour les hommes que de leur faire quelque peine sans la ressentir et sans essayer de l'adoucir, et c'est ce que la sécheresse ne fait point, parce qu'elle consiste proprement à ne le point faire et à dire durement les choses dures. On ménage ceux que l'on aime et que l'on estime, et ainsi on témoigne proprement à ceux que l'on ne ménage point qu'on n'a ni amitié ni estime pour eux...

Il ne suffit pas, pour conserver la paix avec les hommes, d'éviter de les blesser; il faut encore savoir souffrir d'eux, lorsqu'ils font des fautes à notre égard: car il est impossible de conserver la paix intérieure, si l'on est si

sensible à tout ce qu'ils peuvent faire et dire de contraire à nos inclinations et à nos sentiments; et il est difficile même que le mécontentement intérieur que nous avons conçu n'éclate au dehors et nous dispose à agir envers ceux qui nous auront choqué, d'une manière capable de les choquer à leur tour, ce qui augmente peu à peu les différends et les porte souvent aux extrémités.

Il faut donc tâcher d'arrêter les divisions et les querelles dans leur naissance même; et l'amour-propre ne manque jamais de nous suggérer, sur ce sujet, que le moyen d'y réussir serait de corriger ceux qui nous incommodent et de les rendre raisonnables en leur faisant connaître qu'ils ont tort d'agir avec nous comme ils font. C'est ce qui nous rend si sujets à nous plaindre du procédé des autres, et à faire remarquer leurs défauts, ou pour les corriger de ce qui nous déplaît en eux, ou pour les en punir par le dépit que nos plaintes leur peuvent causer, et par le blâme qu'elles leur attirent.

Mais si nous étions nous-mêmes vraiment raisonnables, nous verrions sans peine que ce dessein d'établir la paix sur la réformation des autres est ridicule, par cette raison même que le succès en est impossible. Plus nous nous plaindrons du procédé des autres, plus nous les aigrirons contre nous sans les corriger. Nous nous ferons passer pour délicats, fiers, orgueilleux; et le pis est que cette opinion qu'on aura de nous ne sera pas tout-à-fait injuste, puisqu'en effet ces plaintes ne viennent que de délicatesse et d'orgueil. Ceux même qui témoigneront entrer dans nos raisons, et qui croiront qu'on nous aura fait quelque injustice, ne laisseront pas d'être mal édifiés de notre sensibilité; et comme les hommes sont naturellement portés à se justifier, si ceux dont nous nous plaindrons ont un peu d'adresse, ils tourneront les choses de manière que l'on nous donnera le tort; car souvent le même défaut

de justesse d'esprit et d'équité qui fait faire aux gens les fautes dont nous nous plaignons les empêche aussi de les reconnaître, et leur fait prendre pour vrai et pour juste tout ce qui peut servir à les en justifier.

Que si ceux dont nous nous plaignons sont élevés au-dessus de nous par le rang, par la créance et par l'autorité, les plaintes que nous en pourrions faire seraient encore plus inutiles et plus dangereuses; elles ne nous peuvent donner que la satisfaction maligne, et passagère de les faire condamner par ceux à qui nous nous en plaindrions, et elles produisent dans la suite de mauvais effets, durables et permanents, en aigrissant ces gens-là contre nous et en rompant toute l'union que nous pourrions avoir avec eux.

La prudence nous oblige donc à prendre une route toute contraire, à quitter absolument le dessein chimérique de corriger tout ce qui nous déplaît dans les autres, et à tâcher d'établir notre paix et notre repos sur notre propre réformation et sur la modération de nos passions. Nous ne disposons ni de l'esprit ni de la langue des hommes; nous ne rendrons compte de leurs actions qu'autant que nous y aurons donné occasion: mais nous rendrons compte de nos actions, de nos paroles et de nos pensées. Nous sommes chargés de travailler sur nous-mêmes et de nous corriger de nos défauts; et si nous le faisons comme il faut, rien de ce qui viendrait du dehors ne serait capable de nous troubler....

Nous ne nous mettons pas en colère, lorsqu'on s'imagine que nous avons la fièvre quand nous sommes assurés de ne pas l'avoir. Pourquoi donc s'aigrit-on contre ceux qui croient que nous avons commis des fautes que nous n'avons point commises ou qui nous attribuent des défauts que nous n'avons pas, puisque leur jugement peut encore moins nous rendre coupables de ces fautes, et nous donner

ces défauts, que la pensée d'un homme qui croit que nous avons la fièvre n'est capable de nous la donner effectivement?

C'est, dira-t-on, qu'on ne méprise pas une personne qui a la fièvre, et que c'est un mal qui ne nous rend pas vils aux yeux du monde; qu'ainsi le jugement de ceux qui nous l'attribuent ne nous blesse pas: mais que ceux qui nous imputent des défauts y joignent ordinairement le mépris et causent la même idée et le même mouvement dans les autres.

C'est en effet, la véritable cause de ce sentiment; mais cette cause n'en fait que mieux connaître l'injustice. Car si nous nous faisons justice à nous-mêmes, nous reconnaitrions sans peine que ceux qui nous attribuent des défauts que nous n'avons pas ne nous en attribuent pas aussi un grand nombre d'autres que nous avons effectivement; et qu'ainsi nous gagnons à tous ces jugements dont nous nous plaignons, quelque faux qu'ils soient. Les jugements des hommes nous seraient infiniment moins favorables s'ils étaient entièrement conformes à la vérité, et si ceux qui les font connaissaient tous nos véritables maux. S'ils nous font donc quelque petite injustice, ils nous font grâce en mille manières, et nous ne voudrions pour rien qu'ils nous traitassent avec une exacte justice.

Mais nous sommes si déraisonnables et si injustes, que nous voulons profiter de l'ignorance des hommes. Nous ne pouvons souffrir qu'ils nous ôtent rien de ce que nous croyons avoir, et nous voulons conserver dans leur esprit la réputation de beaucoup de bonnes qualités que nous n'avons pas. Nous nous plaignons de ce qu'ils croient voir en nous des défauts qui n'y sont pas, et nous ne comptons pour rien (de ce) qu'ils n'y voient pas une infinité de défauts qui y sont réellement; comme si le bien et le mal ne consistaient que dans l'opinion des hommes.

Si nous n'avons donc aucun sujet de nous plaindre ni des jugemens véritables ni même des faux, nous n'en avons point par conséquent de nous offenser de ceux qui sont vrais en partie et en partie faux. Cependant, par le plus injuste partage qu'on se puisse imaginer nous nous blessons de ce qu'ils ont de véritable. Et au lieu qu'il faudrait étouffer le ressentiment que nous avons de ce qu'ils ont de faux et d'injuste par celui que nous devrions avoir de ce qu'ils ont de vrai, nous étouffons au contraire, par le vain sentiment que nous avons de quelque fausseté et de quelque injustice qui y est mêlée, celui que nous devrions avoir de ce qu'ils ont de réel et de solide.

Nicole. (Des moyens de conserver la paix avec les hommes.)

De l'esprit de conversation.

L'esprit de la conversation consiste bien moins à en montrer beaucoup qu'à en faire trouver aux autres; celui qui sort de votre entretien content de soi et de son esprit l'est de vous parfaitement. Les hommes n'aiment point à vous admirer, ils veulent plaire: ils cherchent moins à être instruits, et même réjouis, qu'à être goûtés et applaudis; et le plaisir le plus délicat est de faire celui d'autrui.

Il ne faut pas qu'il y ait trop d'imagination dans nos conversations ni dans nos écrits: elle ne produit souvent que des idées vaines et puériles, qui ne servent point à perfectionner le goût et à nous rendre meilleurs; nos pensées doivent être prises dans le bon sens et la droite raison, et doivent être un effet de notre jugement.

C'est une grande misère que de n'avoir pas assez d'esprit pour bien parler, ni assez de jugement pour se taire. Voilà le principe de toute impertinence.

Dire d'une chose modestement, ou qu'elle est bonne ou qu'elle est mauvaise, et les raisons pourquoi elle est telle, demande du bon sens et de l'expression: c'est une affaire. Il est plus court de prononcer d'un ton décisif, et qui emporte la preuve de ce qu'on avance, ou qu'elle est exécrationnelle, ou qu'elle est miraculeuse.

Rien n'est moins selon Dieu et selon le monde que d'appuyer tout ce que l'on dit dans la conversation, jusqu'aux choses le plus indifférentes, par de longs et de fastidieux serments. Un honnête homme, qui dit oui et non, mérite d'être cru: son caractère jure pour lui, donne créance à ses paroles, et lui attire toute sorte de confiance.

Celui qui dit incessamment qu'il a de l'honneur et de la probité, qu'il ne nuit à personne, qu'il consent que le mal qu'il fait aux autres lui arrive, et qui jure pour le faire croire, ne sait pas même contrefaire l'homme de bien.

Il y a parler bien, parler aisément, parler juste, parler à propos: c'est pécher contre ce dernier genre que de s'étendre sur un repas magnifique, que l'on vient de faire, devant des gens qui sont réduits à épargner leur pain; de dire merveilles de sa santé devant des *infirmes*; d'entretenir de ses richesses, de ses revenus et de ses ameublements un homme qui n'a ni rentes ni domicile; en un mot, de parler de son bonheur devant des misérables: cette conversation est trop forte pour eux, et la comparaison qu'ils font alors de leur état au vôtre est odieuse.

La Bruyère.

La lien de la société.

Si nous sommes tous frères, tous faits à l'image de Dieu, et également ses enfants, tous une même race et un même sang, nous devons prendre soin les uns des autres; et ce n'est pas sans raison qu'il est écrit "Dieu a chargé chaque homme d'avoir soin de son prochain." nos voies sont toujours devant lui, et ne peuvent être cachées à ses yeux." Il faut donc secourir notre prochain, comme en devant rendre compte à Dieu qui nous voit.

Il n'y a que les parricides et les ennemis du genre humain qui disent comme Caïn "Je ne *sais* où est mon frère: suis-je fait pour le garder?"

N'avons-nous pas tous un même père? N'est-ce pas un même père qui nous a créés? Pourquoi donc chacun de nous méprisera-t-il son frère, violant le pacte de nos pères?

"Le frère aidé de son frère est comme une ville forte." Voyez comme les forces se multiplient par la société et le secours mutuel.

"Il vaut mieux être deux ensemble que d'être seul; car on trouve une grande utilité dans cette union. Si l'un tombe, l'autre le soutient. Malheur à celui qui est seul! s'il tombe, il n'a personne pour le relever. Si quelqu'un est trop fort contre un seul, deux pourront lui résister. Une corde à trois cordons est difficile à rompre."

On se console, on s'assiste, on se fortifie *l'un l'autre*. Dieu, voulant établir la société, veut que chacun y trouve son bien, et y demeure attaché par cet intérêt.

C'est pourquoi il a donné aux hommes divers talents. *L'un* est propre à une chose, *l'autre* à une autre, afin qu'ils puissent *s'entre secourir* comme les membres du corps, et que l'union soit cimentée par ce *besoin* mutuel. "Comme nous avons plusieurs membres, qui tous ensemble ne font

qu'un seul corps, que les membres n'ont pas tous une même fonction; ainsi nous ne sommes tous ensemble qu'un seul corps en Jésus-Christ, et nous sommes tous membres les uns des autres." Chacun de nous a son don et sa grâce différente.

"Le corps n'est pas un seul membre, mais plusieurs membres. Si le pied dit: Je ne suis pas du corps, parce que je ne suis pas la main, est-il pour cela retranché du corps? Si tout le corps était œil, où seraient l'ouïe et l'odorat? Mais maintenant Dieu a formé les membres, et les a mis chacun où il lui a plu. Que si tous les membres n'étaient qu'un seul membre, que deviendrait le corps? Mais dans l'ordre que Dieu a établi, s'il y a plusieurs membres, il n'y a qu'un corps. L'œil ne peut pas dire à la main: Je n'ai que faire de votre assistance; ni la tête ne peut pas dire aux pieds: Vous ne m'êtes pas nécessaires. Mais au contraire, les membres qui paraissent les plus faibles sont ceux dont on a le plus de besoin. Et Dieu a ainsi accordé le corps en suppléant par un membre ce qui manque à l'autre, afin qu'il n'y ait point de dissension dans le corps, et que les membres aient soin les uns des autres."

Ainsi, par les talents différents, le fort a besoin du faible, le grand du petit, chacun de ce qui paraît le plus éloigné de lui, parce que le besoin mutuel rapproche tout et rend tout nécessaire.

Bossuet.

Les hommes sont faits pour vivre en société.

C'est une opinion de certains philosophes affirmatifs, que le sage n'a besoin de personne, et que tout ce qui est séparé de lui ne lui sert de rien. Il n'y a que Dieu seul qui soit pleinement content de soi-même, et de qui il faille parler en termes si hauts et si magnifiques. Il n'y a que

lui qui, étant riche d'une propre essence, jouisse d'une solitude bienheureuse et abondante en toutes sortes de biens; lui qui puisse opérer sans instruments, comme il agit sans travail; lui qui tire tout de dedans de sa nature, parce que les choses *en* sont sorties d'une telle façon qu'elles ne laissent pas d'y demeurer. Les hommes, au contraire, ne peuvent ni vivre, ni bien vivre, ni être hommes, ni être heureux les uns sans les autres. Ils sont attachés ensemble par une commune nécessité de commerce. Chaque particulier n'est pas assez de n'être qu'un; s'il n'essaye de se multiplier en quelque sorte par le secours de plusieurs; et, à nous considérer tous en général, il semble que nous ne soyons pas tant des corps entiers que des parties coupées que la société réunit.

Balzac.

La probité lien nécessaire de la société humaine.

Encore que les payens ne fussent point éclairés de la foi, et qu'ils ne marchassent que de nuit, ils ont trouvé quelquefois la vérité aux flambeaux. Parmi eux, ceux qui ont eu de plus droites opinions, et qui ont jugé des choses plus sainement, n'ont guère séparé la prudence de la probité. Ils ont *crû*, aussi bien que nous, que la loyauté est le fondement de toute négociation et de tout commerce; que nous ne *tenons* que par là les uns aux autres; que ceux qui sont divisés par la distance des lieux, par la différence de la langue, par la diversité de la religion, s'unissent par le moyen de la bonne foi; qu'on peut traiter avec les muets, mais qu'on ne saurait traiter avec les perfides, et que le silence est plus sociable que le mensonge. Ils ont *tenu* qu'on ne gagnait rien à mentir, sinon de n'être pas *crû* quand on disait vrai, nous laissant tirer de là cet-

te conséquence, qu'il faudrait être homme de bien par nécessité et par intérêt, quand on ne le serait pas d'inclination ni de volonté: puisque le mal est aussi peu utile que peu honnête; puisque la première tromperie exclut d'ordinaire la seconde, et que la confiance étant une fois perdue, il n'est plus possible de nuire ni de profiter à personne.

Le même.

Commerce.

Tenue des livres. Si le commerce présente une si grande force et contribue puissamment au bien-être général, on doit rendre hommage aux honorables commerçants qui par leur effort et leur esprit d'ordre lui ont donné cette heureuse direction, et ont provoqué l'émulation chez les aspirants à cette *carrière*, qui doivent s'appliquer à avoir une connaissance pratique du commerce, de ses usages, et de la tenue des livres, s'ils veulent plus tard continuer l'œuvre de leurs devanciers, ou se rendre indispensables pour les emplois qu'ils occuperont avec distinction.

Pour se rendre compte de l'origine de la tenue des livres, de son utilité, il faut prendre le commerce à son état primitif. Ainsi les premiers commerçants durent borner leurs opérations à l'échange de marchandise contre de la marchandise; puis vinrent successivement l'invention de la monnaie, qui n'est qu'une marchandise, et enfin la lettre de change. A l'apparition de cette dernière, le commerce prit une autre forme, ce fut son ère: toutes les entraves pour le transport des monnaies disparurent devant cette nouvelle monnaie, commode et si facile à faire voyager.

Les commerçants utilisèrent bien vite cette création, qui leur procura des avantages considérables, puisqu'elle enfanta

le crédit, ce puissant mobile des grandes combinaisons commerciales, qui leur ouvrit le commerce avec les pays étrangers.

La première pensée qui a donc présidé à toute entreprise de commerce, a dû se reporter à l'établissement du bon ordre, afin d'éviter toute confusion. Anciennement, comme aujourd'hui, le premier élément de l'ordre, c'était d'éviter le gaspillage et le vol; d'où la nécessité de tenir des notes détaillées de toutes les transactions du commerce auquel on se livrait. Puis, les échanges *ne se faisant pas toujours au comptant*, il a fallu prendre de nouvelles notes des marchandises achetées ou vendues à crédit; plus tard, il a fallu consulter ces notes des crédits, afin de pouvoir, à l'échéance, en réclamer la valeur, ou satisfaire le créancier, ou encore recevoir ou payer une somme à valoir à ces crédits, etc. La mémoire du commerçant lui aurait *fait défaut* dans ces circonstances diverses: l'esprit d'ordre qui préside dans tout comptoir, est donc né de la nécessité; d'abord, sous les formes simples du langage ordinaire, sans méthode, pour ensuite s'épurer *au creuset* des besoins du commerce, et apparaître enfin sous formes de *méthodes* adoptées et suivies aujourd'hui par tout le commerce.

Des termes techniques. Le commerce a aussi son langage, et il est de toute nécessité de faire connaître les termes les plus usuels, qui doivent être familiers à un teneur de livres.

On dit: *passer une écriture*, *passer un article* lorsqu'on détaille sur les livres une opération.

On appelle *compte*, une situation partielle, et *compte courant* la situation par *doit* et par *avoir* des opérations à régler entre deux commerçants.

Ainsi le *doit* ou *débit* présente sur la page gauche du compte, ce qu'une personne a reçu d'une autre; et l'*avoir*

ou *crédit* présente, sur la page droite du même compte, ce que cette personne a fourni à l'autre. D'où il suit que :

Débit, c'est écrire qu'une personne doit.

Le *débiteur* est la personne qui doit, ce qui est l'opposé de créancier.

Créditer, c'est écrire qu'on doit à une personne.

Le mot *créditeur* remplace celui de créancier.

Le *créditeur* est la personne à laquelle on doit.

On appelle *solde* ou *solde de compte*, la somme qui fait la différence du *débit* et du *crédit*, lorsque le compte est arrêté.

On appelle *solder un compte*, rendre le *débit* égal au *crédit*, ou le *crédit* égal au *débit*.

On appelle *solde débiteur*, la somme qui manque au *crédit* pour égaler le *débit*.

On appelle *solde créditeur*, la somme qui manque au *débit* pour égaler le *crédit*.

L'ensemble des opérations d'une maison de commerce ou d'une maison quelconque s'appelle *comptabilité*, et la méthode de les inscrire sur divers registres, se nomme *tenu des livres*.

Il y a deux méthodes pour tenir les livres :

La tenue des livres *en partie simple*.

La tenue des livres *en partie double*.

On parlera aussi de la tenue des livres en partie double *par un seul registre*, dit : Journal-Grand-Livre.

Tenu des livres en partie simple. Cette méthode de tenir les écritures d'un négociant est appelée *partie simple*, parce qu'en effet les opérations consignées sur le livre journal ne présentent qu'une action, c'est-à-dire une partie de la transaction, soit le *débit* ou le *crédit*, suivant que le négociant vend ou achète, fournit ou reçoit; en

un mot, le journal ne contient que les opérations faites en comptes courants: les autres figurent sur les livres auxiliaires. On pourrait porter sur le livre journal toutes les opérations, comme simples notes, pour se conformer aux exigences du législateur; c'est même ce que l'on doit faire lorsqu'on est obligé de tenir des écritures par cette méthode: cependant dans la pratique on se dispense de passer articles de ces notes au journal, qui ne reçoit que des débiteurs et créditeurs par comptes, et on a des livres auxiliaires bien tenus, qui reçoivent la mention de *toutes les affaires* du négociant qui n'ont pas été *portées* au livre journal.

La partie simple a donc *cet* inconvénient de ne pas répondre au vœu du législateur, puisque le livre journal ne contient pas toutes les opérations du négociant, et que pour avoir l'état intérieur de ses affaires, il est obligé de les rechercher sur les livres auxiliaires; ce qui, à l'époque de l'inventaire, nécessite un travail pénible, *par cela seul qu'il est* dépourvu de tout contrôle *pouvant* assurer son exactitude, et qui fatigue l'esprit d'un teneur de livres consciencieux. Quoiqu'il en soit, on peut avec beaucoup d'ordre, tenir des écritures régulières par cette méthode, qui, par sa simplicité, est à la portée de toutes les intelligences.

On devra cependant, chaque fois qu'on aura le choix de la méthode, employer la *partie double*, qui est la perfection de la tenue des livres, et qui, loin de présenter la monotonie de la partie simple, offre souvent des combinaisons qui rendent son emploi attrayant.

Le principe unique pour passer écritures des opérations, du *brouillard* sur le *journal*, est tout entier dans ces deux formules que:

Tout compte ou toute personne qui reçoit, doit être débité:

Tout compte ou toute personne qui fournit doit être créditée.

Tenue des livres en partie double. Cette méthode de tenir les écritures d'un commerçant est appelée *partie double*, parce que les écritures au *journal* présentent, pour chaque article le nom du *débiteur*, et celui du *créancier*, ce qui n'a pas lieu en partie simple, où chaque article du journal ne présente que le nom du débiteur, ou du créancier, c'est à-dire une seule action, et cela seulement pour une partie des opérations, *celles en comptes courants*; pendant qu'en partie double, les deux actions, soit débiteur et créancier, sont continuellement en présence, et cela pour toutes les opérations, de quelque nature qu'elles soient sans en excepter une, lesquelles figurent toutes sur le livre journal.

Cette méthode est bien préférable à la partie simple, puisque chaque opération ou mouvement des valeurs que possède le commerçant, donne lieu à un article au journal par débit et crédit; de plus les erreurs ne sont pas possibles, puisque tous les articles du journal sont reportés au *grand-livre* par situation de comptes, et que ces articles au journal présentent une série d'équations: d'où il est évident que les mêmes opérations reportées au grand-livre doivent présenter les mêmes équations, c'est-à-dire que l'addition de tous les débits du grand-livre doit être semblable à celle de tous les crédits, et aussi que l'addition des articles du journal doit être la même que celle des débits ou des crédits du grand-livre.

De la tenue des livres en partie double par un seul registre, dit Journal-Grand-Livre. Cette méthode, c'est la partie double avec le grand-livre en regard du journal, et avec le vice, là où on a cru innover quelque chose de vraiment utile, de ne présenter pour comptes au grand-livre, que les cinq comptes *généraux*, sans leurs subdivisions si utiles, et en-

fin un sixième compte intitulé *Comptes courants*, destiné à recevoir les comptes des correspondants débiteurs et créanciers, lesquels, lorsqu'ils sont nombreux, obligent la création d'un nouveau grand-livre, dit des Comptes courants, et sur lequel on ouvre un compte spécial à chaque correspondant, cela pour éviter la confusion qui existe forcément au sixième, et qui aurait pour résultat d'égarer le teneur de livres dans le labyrinthe des dépouillements. A l'avantage de cette méthode, ses partisans trouvent qu'elle offre chaque jour, au commerçant, la situation exacte de toutes ses valeurs actives et passives: cela est illusoire; cette méthode ne peut faire connaître un tel résultat qu'à l'aide des écritures des opérations nécessitées pour les inventaires; donc l'avantage disparaît, et ce qu'on obtient, c'est tout bonnement une balance provisoire, laquelle s'obtient aussi facilement, et presque aussi promptement, sur les autres grands-livres.

D'où l'on voit que cette méthode ne peut qu'entraver la clarté des écritures d'une maison faisant un commerce étendu et varié, ce qu'a prouvé l'expérience.

Mongin.

Economie politique.

Jusqu'au moment où *Smith* a écrit, on a confondu la *Politique* proprement dite, la science du gouvernement, avec l'*Economie politique* qui montre comment se forment, se distribuent et se consomment les richesses. Cette confusion est peut-être née uniquement du nom qu'on a donnée mal-à-propos aux recherches de ce genre. Parce que le mot *économie* signifie les lois qui régissent la maison, l'intérieur; et que le mot *politique* semble appliquer cette idée à la famille politique, à la cité, on a voulu que l'*Economie politique*, s'occupât de toutes les lois qui régissent l'intérieur de la famille politique.

Il me semble que depuis *Smith*, on a constamment distingué ces deux corps de doctrine: qu'on a réservé le nom d'*Economie politique* à la science qui traite des richesses des nations, et celui de *Politique* seul, à désigner les rapports qui existent entre le gouvernement et le peuple, et ceux des gouvernements entr'eux. L'*Economie politique* et la *Statistique* sont deux sciences distinctes: la première montre comment la richesse naît, se répand, se détruit; les causes qui favorisent son accroissement et amènent sa décadence; ses rapports nécessaires avec la population, la puissance des états; le bonheur ou le malheur des peuples.

La seconde expose l'état des productions et des consommations d'une ou de plusieurs nations, à une époque désignée, ou à plusieurs époques successives, de même que l'état de sa population, de ses forces, des actes ordinaires qui s'y passent et qui peuvent se soumettre à l'appréciation du calcul. C'est une géographie fort détaillée.

Il y a entre l'*Economie politique* et la *Statistique* la même différence qui existe entre la politique et l'histoire.

Les produits immatériels sont le fruit d'une Industrie et d'un Capital. Pour que le conseil du médecin ait été donné et reçu, il a fallu que le médecin ou ses parents aient fait, pendant plusieurs années, les frais de son instruction; il a fallu qu'il fût entretenu tout le temps qu'ont duré ses études; il a fallu payer des professeurs; acheter des livres, faire des voyages peut-être. Ce qui suppose l'emploi d'un capital précédemment accumulé.

Pour ne pas anticiper sur ce que je dois dire en traitant des salaires, je me bornerai à faire remarquer en passant que ce capital est placé à fonds perdu sur la tête du médecin, et que son salaire doit comprendre outre la récompense de son travail actuel, non un intérêt simple, mais un

intérêt viager du capital qui fut consacré à son instruction.

Il en est de même de la consultation de l'avocat, de la chanson du musicien etc. : ces produits ne peuvent avoir lieu sans le concours d'une industrie et d'un capital.

De la nature et de l'usage des Monnaies. Dans une société tant soit peu civilisée, chaque personne ne produit pas tout ce qui est nécessaire à ses besoins. Il est rare même qu'une seule personne crée entièrement un seul produit. Mais quand elle le créerait en entier, ses besoins ne se bornent pas à une seule chose : ils sont extrêmement variés. Elle est donc obligée de se procurer tous les autres objets de sa consommation, en échangeant ce qu'elle produit en un seul genre au-delà de ses besoins, contre les autres produits qui lui sont nécessaires.

Et l'on peut remarquer ici en passant que chaque personne *ne conservant* pour son usage que la plus petite partie de ce qu'elle produit, le jardinier la plus petite partie des légumes qu'il fait croître, le boulanger la plus petite partie du pain qu'il cuit, le cordonnier la plus petite partie des chaussures qu'il fabrique, et ainsi des autres, on peut remarquer, dis-je, que la plus grande partie, la presque totalité des produits de la société, n'est consommée qu'à la suite d'un échange.

Ici une difficulté se présente.

Le coutelier va chez le boulanger, et, pour avoir du pain, il lui offre des couteaux ; mais le boulanger est pourvu de couteaux ; c'est un habit qu'il lui faut. Pour en avoir un il donnerait volontiers du pain au tailleur ; mais le tailleur ne manque point de cette denrée ; il voudrait avoir de la viande, et ainsi de suite à l'infini.

Dans le cas supposé, le coutelier ne pouvant faire agréer au boulanger une marchandise dont celui-ci n'a pas besoin, cherchera du moins à lui offrir une marchandise que le

boulangier puisse à son tour échanger facilement contre toutes les denrées qui pourront lui devenir nécessaires. S'il existe dans la société une marchandise qui soit recherchée non-seulement à cause des services qu'on en peut tirer, mais à cause de la facilité qu'on trouve à l'échanger contre tous les produits nécessaires à la consommation, c'est celle-là dont se munira notre coutelier lorsqu'il voudra se procurer du pain.

Cette marchandise est la *monnaie*.

Bien que le choix de la marchandise qui sert de monnaie soit arbitraire, il est loin d'être indifférent. Il faut qu'elle réunisse plusieurs qualités propres à cet usage et sans lesquelles on ne peut espérer que la coutume de la recevoir comme monnaie, s'étende bien loin et dure bien long-temps.

On ne doit donc pas être surpris que presque toutes les nations commerçantes du monde aient fixé leur choix sur les métaux pour leur servir de monnaie; et il suffit que les plus industrieuses, les plus commerçantes d'entr'elles l'aient fait, pour qu'il ait convenu aux autres de le faire.

Aux époques où les métaux maintenant les plus communs étaient rares, on se contentait de ceux-là. La monnaie des Lacédémoniens était de fer. Celle des premiers Romains était de cuivre. A mesure qu'on a tiré de la terre une plus grande quantité de fer ou de cuivre, ces monnaies ont eu les inconvénients attachés aux produits de trop peu de valeur, et depuis long-temps les métaux précieux, c'est-à-dire, l'or et l'argent, sont la monnaie la plus généralement adoptée.

Ils sont singulièrement propres à cet usage. Ils se divisent en autant de petites portions qu'il est besoin et se réunissent de nouveau sans perdre de leur poids ni de leur valeur. On peut par conséquent proportionner leur quantité à la valeur de la chose qu'on achète.

En second lieu, les métaux précieux sont d'une qualité uniforme par toute la terre. Un gramme d'or pur, qu'il sorte des mines d'Amérique ou d'Europe, ou bien des rivières d'Afrique, est exactement pareil à un autre gramme d'or pur. Le temps, l'air, l'humidité n'altèrent point cette qualité; et le poids de chaque partie de métal est par conséquent une mesure exacte de sa quantité, et de sa valeur comparée à toute autre partie; deux grammes d'or ont une valeur justement double d'un gramme du même métal.

La dureté de l'or et de l'argent, sur-tout au moyen des alliages qu'ils admettent, les fait résister à un frottement assez considérable; ce qui les rend propres à une circulation rapide; quoique sous ce rapport, ils soient inférieurs à plusieurs pierres précieuses.

Ils ne sont ni assez rares, ni par conséquent assez chers, pour que la quantité d'or ou d'argent équivalente à la plupart des marchandises échappe aux sens par sa petitesse; et ils ne sont pas encore assez communs pour qu'il faille en transporter une immense quantité pour transporter une grosse valeur. Ils seront peut-être dans plusieurs siècles sujets à cet inconvénient, sur-tout si l'on découvre des mines nouvelles et abondantes. Alors il se pourra qu'on fasse de la monnaie avec du platine ou d'autres métaux que nous ne connaissons pas encore.

Enfin, l'or et l'argent sont susceptibles de recevoir des marques et des empreintes qui certifient le poids des pièces et le degré de leur pureté.

De la prodigalité, de l'avarice et de l'économie. L'économie est aussi éloignée de l'avarice que de la prodigalité. L'avarice entasse, non pour consommer, non pour reproduire, mais pour entasser; c'est un instinct, un besoin machinal et honteux.

L'économie est fille de la sagesse et d'une raison éclair-

rée; elle sait se refuser le superflu pour se ménager le nécessaire; tandis que l'avare se refuse le nécessaire afin de se procurer le superflu dans un avenir qui n'arrive jamais. On peut porter de l'économie dans une fête somptueuse, et l'économie fournit les moyens de la rendre plus belle encore; l'avarice ne peut se montrer nulle part sans tout gâter. Une personne économe compare ses facultés avec ses besoins présents, avec ses besoins futurs, avec ce qu'exigent d'elle sa famille, ses amis, l'humanité. Un avare n'a point de famille, point d'amis, à peine a-t-il des besoins, et l'humanité n'existe pas pour lui. L'économie ne veut rien consommer en vain; l'avarice ne veut rien consommer du tout. La première est l'effet d'un calcul louable parce qu'il offre seul les moyens de s'acquitter de ses devoirs et d'être généreux sans être injuste. L'avarice est une passion vile; parce qu'elle se considère seule et sacrifie tout à elle.

On a fait de l'économie une vertu, et ce n'est pas sans raison; elle suppose la force et l'empire de soi-même comme les autres vertus, et nulle n'est plus féconde en bienfaits. C'est elle qui, dans les familles, prépare la bonne éducation physique et morale des enfants, et le soin des vieillards; c'est elle qui assure à l'âge mûr cette sérénité d'esprit nécessaire pour se bien conduire, et cette indépendance qui met un homme au-dessus des bassesses. C'est par l'économie seule qu'on peut être libéral, qu'on peut l'être long-temps, qu'on peut l'être avec fruit. Quand on n'est libéral que par prodigalité, on donne sans discernement; à ceux qui ne méritent pas, comme à ceux qui méritent; à ceux à qui l'on ne doit rien aux dépens de ceux à qui l'on doit. Souvent on voit le prodigue obligé d'implorer le secours des gens qu'il a comblés de profusions: il semble qu'il ne donne qu'à charge de revanche; tandis qu'une personne économe donne toujours gratui-

tement, parce qu'elle ne donne que ce dont elle peut disposer. Elle est riche avec une fortune médiocre, au lieu que l'avare et le prodigue sont pauvres avec une grande fortune.

Say.

Portrait d'un avare.

Le seigneur Harpagon est, de tous les humains, l'humain le moins humain; le mortel, de tous les mortels, le plus dur et le plus serré. *Il n'est point de service* qui pousse sa reconnaissance jusqu'à lui faire ouvrir les mains. De la louange, de l'estime, de la bienveillance en paroles et de l'amitié, tant qu'il vous plaira; mais de l'argent *point d'affaires*. *Il n'est rien de plus sec et de plus aride* que ses bonnes grâces et ses caresses; et donner est un mot pour lequel il a tant d'aversion, qu'il ne dit jamais: Je vous donne, mais: Je vous prête le bonjour....

Je défie d'attendrir, du côté de l'argent, l'homme dont il est question. Il est Turc *là-dessus*, mais d'une turquerie à désespérer tout le monde; et l'on pourrait périr, qu'il n'en remuerait pas. En un mot, il aime l'argent plus que réputation, qu'honneur et que vertu, et la vue d'un demandeur lui donne des convulsions; c'est le frapper par son endroit mortel, c'est lui percer le cœur, c'est lui arracher les entrailles.

Molière.

Désespoir d'Harpagon à qui l'on a volé son argent.

Au voleur! au voleur! à l'assassin! au meurtre! Justice, juste ciel! Je suis perdu, je suis assassiné; on m'a coupé la gorge, on m'a dérobé mon argent. Qui peut-ce être?

Qu'est-il devenu? Où est-il? Où se cache-t-il? Que ferai-je pour le trouver? Où courir? Où ne pas courir? N'est-il point-là? N'est il point ici? Qui est-ce? Arrête. (*A lui-même se prenant par le bras.*) Rends moi mon argent, coquin..... Ah! c'est moi.... Mon esprit est troublé, et j'ignore où je suis, qui je suis, et ce que je fais. Hélas! mon pauvre argent, mon cher ami, on m'a privé de toi, et, puisque tu m'es enlevé, j'ai perdu mon support, ma consolation, ma joie: tout est fini pour moi, et je n'ai plus que faire au monde! Sans toi, il m'est impossible de vivre. *C'en est fait*; je n'*en puis* plus, je me meurs, je suis mort, je suis enterré. N'y a-t-il personne qui veuille me ressusciter, en me rendant mon cher argent, ou en m'apprenant qui l'a pris? Hé! que dites-vous? Ce n'est personne. Il faut, qui que ce soit qui ait fait le coup, qu'avec beaucoup de soin on ait épié l'heure; et l'on a choisi justement le temps que je parlais à mon traître de fils. Sortons. Je veux aller quérir la justice, et faire donner la question à toute ma maison; à servantes, à valets, à fils, à fille, et à moi aussi. Que de gens assemblés! Je ne jette mes regards sur personne qui ne me donne des soupçons, et tout me semble mon voleur. Hé! de quoi est-ce qu'on parle là? de celui qui m'a dérobé? Quel bruit fait-on là-haut? est-ce mon voleur qui y est? De grâce, si l'on sait des nouvelles de mon voleur, je supplie que l'on m'en dise: N'est-il point caché là parmi vous? Ils me regardent tous et se mettent à rire. Vous verrez qu'ils ont part, sans doute, au vol que l'on m'a fait. Allons, vite, des commissaires, des archers, des prévôts, des juges, des gênes, des potences et des bourreaux. Je veux faire pendre tout le monde; et, si je ne retrouve mon argent, je me pendrai moi-même après.

Le même.

L'avare dans son intérieur.

Il veut donner à dîner, mais avec peu d'argent.

L'avare ou *Harpagon*; *Valère*, son intendant; *dame Claude*, *Brindavoine*, *maître Jacques* et *La Merluche*, ses domestiques.

Harpagon. Allons, venez ça tous, que je vous distribue mes ordres pour tantôt, et règle à chacun son emploi. Approchez, *dame Claude*: commençons par vous. Bon, vous voilà les armes à la main. Je vous commets au soin de nettoyer partout; et surtout prenez garde de frotter les meubles trop fort, de peur de les user. Outre cela, je vous constitue, pendant le souper, au gouvernement des bouteilles, et s'il s'en écarte quelqu'une, et qu'il se casse quelque chose, je m'en prendrai à vous et le rabattrai sur vos gages.

Maître Jacques (à part.) Châtiment politique.

Harpagon. Vous, *Brindavoine*, et vous, *La Merluche*, je vous établis dans la charge de rincer les verres et de donner à boire, mais seulement lorsque l'on aura soif, et non pas suivant la coutume de certains impertinents de laquais qui viennent provoquer les gens et les faire aviser de boire lorsqu'on n'y songe pas. Attendez qu'on vous en demande plus d'une fois, et vous ressouvenez de porter toujours beaucoup d'eau.

Maître Jacques (à part). Oui, le vin pur monte à la tête.

La Merluche. Quitterons-nous nos souquenilles, monsieur?

Harpagon. Oui, quand vous verrez venir les personnes et gardez bien de gâter vos habits.

Brindavoine. Vous savez bien, monsieur, qu'un devant

de mon pourpoint est couvert d'une grande tache de l'huile de la lampe.

La Merluche. Et moi, monsieur, j'ai mon haut-de-chaus-
ses tout troué.

Harpagon. Tenez toujours votre chapeau ainsi, lorsque
vous servirez.

(*Dame Claude, Brindavoine, et La Merluche sortent.*)

Harpagon. Valère, aide-toi à ceci. Oh çà!, maître Jac-
ques: approchez-vous, je vous ai gardé pour le dernier.

Maître Jacques. Est-ce à votre cocher, monsieur, ou bien
à votre cuisinier que vous voulez parler? car je suis l'un
et l'autre.

Harpagon. C'est à tous les deux.

Maître Jacques. Mais à qui des deux le premier?

Harpagon. Au cuisinier.

Maître Jacques. Attendez donc, s'il vous plaît.

(*Maître Jacques ôte sa casaque de cocher et paraît en
cuisinier.*)

Harpagon. Quelle cérémonie est-ce-là?

Maître Jacques. Vous n'avez qu'à parler.

Harpagon. Je me suis engagé, maître Jacques, à donner
ce soir à souper.

Maître Jacques, (à part.) Grande merveille!

Harpagon. Dis-moi un peu, nous feras-tu bonne chère?

Maître Jacques. Oui, si vous me donnez bien de l'argent.

Harpagon. Que diable! toujours de l'argent! Il semble
qu'ils n'aient rien autre chose à dire! de l'argent! de l'ar-
gent! Ah, ils n'ont que ce mot-là à la bouche, de l'argent.
Toujours parler d'argent! Voilà leur épée de chevet, de l'ar-
gent!

Valère. Je n'ai jamais vu de réponse plus impertinente
que celle-là. Voilà une belle merveille que de faire bonne
chère avec bien de l'argent! c'est la chose la plus aisée du
monde, et il n'y a si pauvre esprit qui n'en fît autant.

Mais pour agir en habile homme, il faut parler de faire bonne chère avec peu d'argent.

Maître Jacques. Bonne chère avec peu d'argent?

Valère. Oui.

Maître Jacques (à Valère). Par ma foi, monsieur l'intendant, vous nous obligerez de nous faire avoir ce secret et de prendre mon office de cuisinier: aussi bien vous mêlez-vous *céans d'être* le factotum.

Harpagon. Taisez-vous. Qu'est-ce qu'il nous faudra?

Maître Jacques. Voilà Monsieur votre intendant qui vous fera bonne chère pour peu d'argent.

Harpagon. Ah! je veux que tu me répondes.

Maître Jacques. Combien serez-vous de gens à table?

Harpagon. Nous serons huit ou dix; mais il ne faut prendre que huit. Quand il y a à manger pour huit, il y en a bien pour dix.

Valère. Cela s'entend.

Maître Jacques. Eh bien! il faudra quatre grands potages et cinq assiettes. Potages.... Entrées....

Harpagon. Que diable! voilà pour traiter toute une ville entière!

Maître Jacques. Rôt....

Harpagon (mettant la main sur la bouche de maître Jacques). Ah! traître, tu manges tout mon bien.

Maître Jacques. Entremets....

Harpagon (mettant encore la main sur la bouche de maître Jacques). Encore!

Valère (à maître Jacques). Est-ce que vous avez envie de faire crever tout le monde? et monsieur a-t-il invité les gens pour les assassiner à force de mangeaille! Allez-vous en lire un peu les préceptes de la santé, et demander aux médecins s'il y a *rien de plus* préjudiciable à l'homme que de manger avec excès.

Harpagon. Il a raison.

Valère. Apprenez, maître Jacques, vous et vos pareils, que c'est un coupe-gorge qu'une table remplie de trop de viandes; que pour bien se montrer ami de ceux que l'on invite, il faut que la frugalité règne dans les repas qu'on donne, et que suivant le dire d'un ancien, il faut *manger pour vivre et non pas vivre pour manger.*

Harpagon. Ah! que cela est bien dit! Approche, que je t'embrasse pour ce mot. Voilà la plus belle sentence que j'aie entendue de ma vie; *Il faut vivre pour manger, et non pas manger pour vi....*

Non, ce n'est pas cela. Comment est-ce que tu dis.

Valère. *Qu'il faut manger pour vivre, et non pas vivre pour manger.*

Harpagon (à maître Jacques). Oui, entends-tu? (*A Valère*). Qui est le grand homme qui a dit cela?

Valère. Je ne me souviens pas maintenant de son nom.

Harpagon. Souviens-toi de m'écrire ces mots. Je les veux faire graver en lettres d'or sur la cheminée de ma salle.

Valère. *Je n'y manquerai pas;* et pour votre souper vous n'avez qu'à me laisser faire, je réglerai tout cela *comme il faut.*

Harpagon. Fais donc.

Maître Jacques. Tant mieux! J'en aurais moins de peine.

Harpagon (à Valère). Il faudra de ces choses dont on ne mange guère, et qui rassasient d'abord; quelque bon haricot bien gras, avec quelque pâté, bien garni de marrons.

Valère. Reposez-vous sur moi.

Harpagon. Maintenant, maître Jacques, il faut nettoyer mon carrosse.

Maître Jacques. Attendez. Ceci s'adresse au cocher.

(*Maître Jacques remets sa casaque*).

Vous dites?

Harpagon. Qu'il faut nettoyer mon carrosse, et tenir mes chevaux tout prêts pour conduire à la foire.

Maître Jacques. Vos chevaux, monsieur! Ma foi, ils ne sont point en état de marcher. Je ne vous dirai point qu'ils sont sur la litière: les pauvres bêtes n'en ont point, et ce serait fort mal parler; mais vous leur faites observer des jeûnes si austères, que ce ne sont plus rien que des idées ou des fantômes, des façons de chevaux.

Harpagon. Les voilà bien malades! ils ne font rien.

Maître Jacques. Et pour ne rien faire, monsieur, est-ce qu'il ne faut rien manger? Il leur vaudrait bien mieux, les pauvres animaux, travailler beaucoup et manger de même. Cela me fend le cœur, de les voir ainsi exténués. Car enfin, j'ai une telle tendresse pour mes chevaux, qu'il me semble que c'est moi-même, quand je les vois pâtir. Je m'ôte tous les jours, pour eux, les choses de la bouche; et c'est être, monsieur, d'un naturel trop dur que de n'avoir nulle pitié de son prochain.

Harpagon. Le travail ne sera pas grand d'aller jusqu'à la foire.

Maître Jacques. Non, je n'ai point le courage de les mener, et je ferais conscience de leur donner des coups de fouet en l'état où ils sont. Comment voudriez-vous qu'ils traînaient un carrosse: ils ne peuvent pas se traîner eux-mêmes.

Valère. Monsieur, j'obligerai le voisin le Picard à se charger de les conduire: aussi bien nous fera-t-il ici besoin pour apprêter le souper.

Maître Jacques. Soit. J'aime mieux encore qu'il meurent sous la main d'un autre que sous la mienne.

Le même.

Le sot vaniteux.

M. Jourdain (bourgeois de Paris); un garçon tailleur.

Le garçon tailleur. Mon gentilhomme, donnez, s'il vous plaît, aux garçons quelque chose pour boire.

M. Jourdain. Comment m'appellez-vous?

Le garçon tailleur. Mon gentilhomme.

M. Jourdain. Mon gentilhomme! Voilà ce que c'est que de se mettre en personne de qualité. Allez-vous-en demeurer toujours habillé en bourgeois, on ne vous dira point: "Mon gentilhomme." Tenez, voilà pour Mon gentilhomme.

Le garçon tailleur. Monseigneur, nous vous sommes bien obligés.

M. Jourdain. Monseigneur! Oh, oh! Monseigneur! Attendez, mon ami; Monseigneur mérite quelque chose, et ce n'est pas une petite parole que Monseigneur! Tenez, voilà ce que monseigneur vous donne.

Le garçon tailleur. Monseigneur, nous allons boire tous à la santé de votre grandeur.

M. Jourdain. Votre grandeur! Oh, oh, oh, attendez; ne vous en allez pas. A moi, Votre grandeur! Ma foi, s'il va jusqu'à l'altesse, il aura toute la bourse. Tenez, voilà pour ma grandeur.

Le garçon tailleur. Monseigneur, nous la remercions très-humblement de ses libéralités.

M. Jourdain. Il a bien fait; je lui allais tout donner.

Le même.

Folie de ceux qui veulent s'élever au-dessus de leur condition.

M. Jourdain, Madame Jourdain, Cléonte (celui-ci prétend à la main de la fille de M. Jourdain).

Cléonte. Monsieur, je n'ai voulu prendre personne pour vous faire une demande que je médite il y a long temps. Elle me touche assez pour m'en charger moi-même, et sans autre détour, je vous dirai que l'honneur d'être votre gendre est une faveur glorieuse que je vous prie de m'accorder.

M. Jourdain. Avant de vous rendre réponse, monsieur, je vous prie de me dire si vous êtes gentilhomme.

Cléonte. Monsieur, la plupart des gens, sur cette question, n'hésitent pas beaucoup: on tranche le mot aisément. Ce nom ne fait aucun scrupule à prendre, et l'usage aujourd'hui semble en autoriser le vol. Pour moi, je vous l'avoue, j'ai les sentiments sur cette matière un peu plus délicats. Je trouve que toute imposture est indigne d'un honnête homme, et qu'il y a de la lâcheté à déguiser ce que le ciel nous a fait naître, à se parer aux yeux du monde d'un titre dérobé, à se vouloir donner pour ce qu'on n'est pas. Je suis né de parents, sans doute, qui ont tenu des charges honorables: je me suis acquis dans les armes l'honneur de six ans de service, et je me trouve assez de bien pour tenir dans le monde un rang assez passable; mais, avec tout cela, je ne veux pas me donner un nom où d'autres, en ma place, croiraient pouvoir prétendre, et je vous dirai franchement que je ne suis point gentilhomme.

M. Jourdain. Touchez là, monsieur: ma fille n'est point pour vous.

Cléonte. Comment?

M. Jourdain. Vous n'êtes point gentilhomme, vous n'aurez point ma fille.

Madame Jourdain. Que voulez-vous donc dire avec votre gentilhomme? Est-ce que nous sommes, nous autres, de la côte de saint Louis?

M. Jourdain. Taisez-vous, ma femme, je vous vois venir.

Madame Jourdain. Et votre père n'était-il pas marchand aussi bien que le mien?

M. Jourdain. Si votre père a été marchand, tant pis pour lui; mais pour le mien, ce sont des malavisés qui disent cela. Tout ce que j'ai à vous dire, moi, c'est que je veux avoir un gendre gentilhomme. J'ai du bien assez pour ma fille; je n'ai besoin que d'honneurs, et je la veux faire marquise.

Madame Jourdain. Marquise?

M. Jourdain. Oui, marquise.

Madame Jourdain. Hélas! Dieu m'en garde.

M. Jourdain. C'est une chose que j'ai résolue.

Madame Jourdain. C'est une chose, moi, où je ne consentirai point. Les alliances avec plus grand que soi sont sujettes toujours à de fâcheux inconvénients. Je ne veux point qu'un gendre puisse reprocher à ma fille ses parents et qu'elle ait des enfants qui aient honte de m'appeler leur grand'maman. S'il fallait qu'elle me vint visiter en équipage de grande dame, et qu'elle manquât, par mégarde, à saluer quelqu'un du quartier, on ne manquerait pas aussitôt de dire cent sottises: "Voyez-vous, dirait-on, cette madame la marquise qui fait tant la glorieuse! c'est la fille de M. Jourdain, qui était trop heureuse, étant petite, de jouer à la madame avec nous. Elle n'a pas toujours été si relevée que la voilà, et ses deux grands-pères vendaient du drap auprès de la porte Saint-Innocent. Ils ont amassé du bien à leurs enfants, qu'ils payent maintenant, peut-être, bien cher en l'autre monde; et l'on ne devient guère

si riche à être honnêtes gens." Je ne veux point tous ces caquets, et je veux un homme, en un mot, qui m'ait obligation de ma fille et à qui je puisse dire: "Mettez-vous là, mon gendre, et dînez avec moi."

M. Jourdain. Voilà bien les sentiments d'un petit esprit, de vouloir demeurer toujours dans la bassesse. Ne me répliquez pas davantage: ma fille sera marquise, en dépit de tout le monde; et, si vous me mettez en colère je la ferai duchesse.

Le même.

Nécessité de l'aumône.

Combien de pauvres sont oubliés! combien demeurent sans secours et sans assistance! Oubli d'autant plus déplorable, qu'il est souvent volontaire, et par conséquent criminel. Je m'explique: combien de malheureux réduits aux dernières rigueurs de la pauvreté et que l'on ne soulage pas, parce qu'on ne les connaît pas, et qu'on ne veut pas les connaître! Si l'on savait l'extrémité de leurs besoins, on aurait pour eux, malgré soi, sinon de la charité, au moins de l'humanité. A la vue de leur misère, on rougirait de ses excès, on aurait honte de ses délicatesses, on se reprocherait ses folles dépenses, et l'on s'en ferait avec raison des crimes. Mais parce qu'on ignore ce qu'ils souffrent, parce qu'on ne veut pas s'en instruire, parce qu'on craint d'en entendre parler, parce qu'on les éloigne de sa présence, on croit en être quitte en les oubliant; et, quelque extrêmes que soient leurs maux, on y devient insensible.

Combien de véritables pauvres que l'on rebute comme s'ils ne l'étaient pas, sans qu'on se donne et qu'on veuille se donner la peine de discerner s'ils le sont en effet! Combien de pauvres dont les gémissements sont trop faibles

pour venir jusqu'à nous, et dont on ne veut pas s'approcher pour se mettre en devoir de les écouter! Combien de pauvres abandonnés! Combien de désolés dans les prisons! Combien de languissants dans les hôpitaux! Combien de honteux dans les familles particulières! Parmi ceux qu'on connaît pour pauvres, et dont on ne peut ni ignorer ni même oublier le douloureux état, combien sont négligés! S'il n'y avait point de jugement dernier, voilà ce qu'on pourrait appeler le scandale de la Providence.

Bourdaloue.

Les Dix Francs d'Alfred.

CECI n'est point un conte, enfans, c'est une histoire,
Comme la vérité, simple et facile à croire,
Et rien que d'y songer, qui fait battre le cœur.

Oh! je ne serai pas moraliste sévère:

Car parfois, comme vous, j'ai besoin qu'on m'éclaire:
Et pour être plus grand, je ne suis pas meilleur.
Parlons donc en amis.

. Alfred était, je pense,
Un enfant, tel que vous, ayant huit à neuf ans.
Bien, bien riche! il avait dans sa bourse dix francs,
Dix francs beaux et tout neufs. C'était la récompense
Donnée à sa sagesse, à ses petits travaux:
Ce qui faisait encore ces dix francs-là plus beaux.

Mais l'idée arriva d'en chercher la dépense,
Car c'eût été vilain de les garder toujours:
L'argent qui ne sert pas est sans valeur aucune;
Le point est de savoir lui donner un bon cours.
On avait fait Alfred maître de sa fortune:
Tantôt il la voyait en beau cheval de bois,
Tantôt c'était un livre... Un livre... Alors sa mère

Souriait de plaisir, sans l'aider toutefois,
Lui laissant tout l'honneur de ce qu'il allait faire.

Sur le livre son choix à la fin se fixa.

Charmant enfant! combien sa mère l'embrassa!
C'est qu'aussi c'était beau, savez-vous? C'est qu'un livre
C'est tout; c'est là-dedans que l'on apprend à vivre,
A devenir un homme, à penser, à parler;
C'est là, nous, à vos jeux qui venons nous mêler,
Là que nous déposons le travail de notre âme,
Quand le Dieu tout-puissant jette en nous cette flamme
Qui nous rend la candeur, et nous fait jusqu'à vous,
Comme à nos premiers jours, remonter purs et doux.
Vous ne comprenez pas, amis?... Mais il faut lire;
Et plus tard vous saurez ce que j'ai voulu dire;
Et puis, lorsque vos cœurs seront bien désolés,
Vous ouvrirez un livre et serez consolés.

C'était un jour d'hiver, quand la neige et le givre
Des arbres effeuillés blanchissent les rameaux,
Quand vous, heureux enfans, dans de larges manteaux,
Dans de bons gants fourrés, du froid on vous délivre:
Alfred courait, joyeux, pour acheter son livre.

Mais voici tout à coup qu'il s'arrête surpris:
Deux enfans étaient là, tels, hélas! qu'à Paris
Si souvent on en voit sur les ponts de la Seine.
Dans les bras l'un de l'autre ils étaient enlacés;
L'un de son petit frère, avec sa froide haleine,
Cherchait à réchauffer les pauvres doigts glacés:
Ils grelottaient bien fort, car leurs habits percés,
Presqu'à nu, les laissaient étendus sur la pierre,
Tournant vers les passans un regard de prière;
Ensemble ils répétaient: J'ai grand froid! j'ai grand'faim!
Mais les riches passaient sans leur donner de pain;
Et leur cœur se gonflait, et puis de grosses larmes,
Roulaient dans leur paupière et sillonnaient leur sein.

Certes, vous eussiez pris pitié de leurs alarmes
Et vous ne seriez point passés sur leur chemin,
N'est-ce pas, mes amis, sans leur tendre la main,
Sans demander pour eux quelque argent à vos mères?

Alfred était témoin de leurs larmes amères:

"Maman, vois donc, dit il, comme ils sont là tous deux!
Ils sont bien malheureux!—Oh! oui, bien malheureux!"

Lui répondit sa mère, attentive et touchée.

Saisissant une *vielle*, auprès de lui muette,

Pour charmer l'enfant riche et recevoir de lui

Le pain qu'il n'avait pas obtenu d'aujourd'hui,

Il s'efforce de rire, et, dansant, il répète

Un de ces airs appris sous le doux ciel natal;

Mais ce rire était triste, et ce chant faisait mal:

C'est que rien n'est affreux comme la feinte joie

Du mendiant qui chante, à sa misère en proie;

C'est un rire effrayant qui naît dans les douleurs,

Et qu'il faut endormir comme on endort vos pleurs.

Enfans, vous qui pleurez pour un bruit, pour une ombre

Que vous croyez entendre ou voir dans la nuit sombre,

Pour un conseil ami que la raison vous doit,

Une goutte de sang qui vous rougit le doigt,

Que sais-je? un aiguillon d'abeille qui vous frappe,

Ou pour un papillon qui de vos mains s'échappe,

Voilà des maux cuisans que vous ne saviez pas.

Or, vers le petit pauvre Alfred porta ses pas:

"Pourquoi, dit-il, tous deux restez-vous dans la neige?

Vous n'avez donc point, vous, de maman comme moi,

Qui vous donne du pain, du feu, qui vous protège?

—Oh! nous en avons une aussi, Monsieur.—Porquoi

Vous laisse-t-elle aller sans elle ou votre bonne,

Les pieds nus sur la terre? elle n'est donc pas *bonne*,

Votre maman à vous?—Si fait; elle avait faim,

Elle nous a donné ce qu'elle avait de pain,

Et voilà deux grands jours, hélas! qu'elle est couchée;
Comme il ne restait plus chez nous une bouchée,
Elle nous embrassa, disant: Pauvres petits!
Allez et mendiez; et nous sommes sortis,
Et nous sommes venus nous coucher sur la pierre,
Et personne, ô mon Dieu! n'entend notre prière;
Et voilà que bientôt mon frère va mourir!
Car le froid, car la faim nous ont fait tant souffrir!

—Vous n'avez donc pas, vous, reprit Alfred, un père
Qui donne tous les jours de l'or à votre mère!"

Le pauvre enfant se prit à sangloter plus fort,

"Hélas! répondit-il, notre père!... il est mort!

Il est mort! et c'est lui, qui nous faisait tous vivre!"

Alfred, pleurant aussi, ne songea plus au livre,
Et dans la main du pauvre il glissa ses dix francs.

La mère le saisit dans ses bras triomphants,

Et lui dit: "Mon Alfred, un livre pour apprendre,

C'était déjà bien beau! Mais tu m'as fait comprendre,

Mon fils, que mieux encore est de donner du pain

A ceux qui vont mourir et de froid et de faim."

Et moi je dis: Heureux est l'enfant charitable

Qui donne à l'indigent le peu qu'il reçoit d'or,

Et qui des miettes de la table,

S'il ne peut rien de plus, sait faire aumône encor!

Pour que dans votre bourse, amis, quelque argent tombe,

Travaillez donc aussi, soyez sages et bons;

Et l'infortune qui succombe

Puisera l'existence et la paix dans vos dons;

Et le vieillard qui prie, et dont la tête est nue,

Enfans, le bon vieillard ployé sous les douleurs,

Au son de votre voix connue

Sourira; car c'est vous qui sécherez ses pleurs:

Et celles qu'on rencontre à genoux sur la route,

Les mères qui n'ont pas de pain pour leurs petits,

Diront: "C'est le bon Dieu, sans doute,
Qui vous adresse à nous, anges du paradis!"
Et leurs petits, surtout ceux qui n'ont plus de pères,
Leurs tout petits enfans ne diront plus: "J'ai faim."
Anges, car vous êtes leurs frères,
Et le Ciel vous a faits pour leur tendre la main.

Léon Guérin.

Le petit Savoyard.

LE DÉPART.

"Pauvre petit, pars pour la France.
Que te sert mon amour? Je ne possède rien.
On vit heureux ailleurs; ici, dans la souffrance.
Pars, mon enfant, c'est pour ton bien.

"Tant que mon lait put te suffire,
Tant qu'un travail utile à mes bras fut permis,
Heureuse et délassée en te voyant sourire,
Jamais on n'eût osé me dire:
Renonce aux baisers de ton fils.

"Mais je suis veuve; on perd sa force avec la joie.
Triste et malade, où recourir ici?
Où mendier pour toi, chez des pauvres aussi!
Laisse ta pauvre mère, enfant de la Savoie;
Va, mon enfant, où Dieu t'envoie.

"Mais, si loin que tu sois, pense au foyer absent;
Avant de le quitter, viens, qu'il nous réunisse,
Une mère bénit son fils en l'embrassant:
Mon fils, qu'un baiser te bénisse.

"Vois-tu ce grand chêne, là-bas?
Je pourrai jusque-là t'accompagner, j'espère.
Quatre ans déjà passés, j'y conduisis ton père;
Mais lui, mor fils, ne revint pas.

"Encor, s'il était là pour guider ton enfance,
Il m'en coûterait moins de t'éloigner de moi;
Mais tu n'as pas dix ans, et tu pars sans défense....
Que je vais prier Dieu pour toi!

"Que feras-tu, mon fils, si Dieu ne te seconde,
Seul, parmi les méchants (car il en est au monde),
Sans ta mère, du moins, pour t'apprendre à souffrir...
Oh! que n'ai-je du pain, mon fils, pour te nourrir!

"Mais Dieu le veut ainsi: nous devons nous soumettre.
Ne pleure pas en me quittant;
Porte au seuil des palais un visage content.
Parfois mon souvenir t'affligera peut-être...
Pour distraire le riche il faut chanter pourtant.

"Chante, tant que la vie est pour toi moins amère;
Enfant, prends ta marmotte et ton léger trousseau;
Répète, en cheminant, les chansons de ta mère,
Quand ta mère chantait autour de ton berceau.

"Si ma force première encor m'était donnée,
J'irais te conduisant moi-même par la main;
Mais je n'atteindrais pas la troisième journée;
Il faudrait me laisser bientôt sur ton chemin:
Et moi, je veux mourir aux lieux où je suis née.

"Maintenant, de ta mère entends le dernier vœu:
Souviens-toi, si tu veux que Dieu ne t'abandonne,

Que le seul bien du pauvre est celui qu'on lui donne.
Prie, et demande au riche: il donne au nom de Dieu,
Ton père le disait; sois plus heureux: adieu."

Mais le soleil tombait des montagnes prochaines,
Et la mère avait dit: "Il faut nous séparer;"
Et l'enfant s'en allait à travers les grands chênes,
Se tournant quelquefois, et n'osant pas pleurer.

PARIS.

"J'ai faim: vous qui passez, daignez me secourir.
Voyez: la neige tombe, et la terre est glacée.
J'ai froid: le vent se lève et l'heure est avancée,
Et je n'ai rien pour me couvrir.

"Tandis qu'en vos palais tout flatte votre envie,
A genoux sur le seuil, j'y pleure bien souvent.
Donnez: peu me suffit; je ne suis qu'un enfant;
Un petit sou me rend la vie.

"On m'a dit qu'à Paris je trouverais du pain;
Plusieurs ont raconté dans nos forêts lointaines
Qu'ici le riche aidait le pauvre dans ses peines;
Eh bien! moi, je suis pauvre et je vous tends la main.

"Faites-moi gagner mon salaire:
Où me faut-il courir? dites, j'y volerai.
Ma voix tremble de froid; eh bien! je chanterai,
Si mes chansons peuvent vous plaire.

"Il ne m'écoute pas, il fuit;
Il court dans une fête (et j'en entends le bruit)
Finir son heureuse journée.

Et moi, je vais chercher, pour y passer la nuit,
Cette guérite abandonnée.

”Au foyer paternel quand pourrai-je m’asseoir!
Rendez-moi ma pauvre chaumière,
Le laitage durci qu’on partageait le soir,
Et, quand la nuit tombait, l’heure de la prière
Qui ne s’achevait pas sans laisser quelque espoir.

”Ma mère, tu m’as dit, quand j’ai fui ta demeure:
Pars, grandis et prospère, et reviens près de moi.
Hélas? et, tout petit, faudra-t-il que je meure
Sans avoir rien gagné pour toi!

”Non, l’on ne meurt point à mon âge;
Quelque chose me dit de reprendre courage....
Eh! que sert d’espérer?.... que puis-je attendre enfin?.....
J’avais une marmotte, elle est morte de faim.”

Et faible, sur la terre il reposait sa tête,
Et la neige, en tombant, le couvrait à demi;
Lorsqu’une douce voix, à travers la tempête,
Vint réveiller l’enfant par le froid endormi.

”Qu’il vienne à nous celui qui pleure,
Disait la voix mêlée au murmure des vents;
L’heure du péril est notre heure:
Les orphelins sont nos enfants.”

Et deux femmes en deuil recueillaient sa misère.
Lui, docile et confus, se levait à leur voix.
Il s’étonnait d’abord; mais il vit dans leurs doigts
Briller la croix d’argent au bout du long rosaire,
Et l’enfant les suivit en se signant deux fois.

LE RETOUR.

Avec leurs grands sommets, leurs glaces éternelles,
Par un soleil d'été, que les Alpes sont belles!
Tout dans leurs frais vallons sert à nous enchanter:
La verdure, les eaux, les bois, les fleurs nouvelles.
Heureux qui sur ces bords peut longtemps s'arrêter!
Heureux qui les revoit, s'il a pu les quitter!

Quel est ce voyageur que l'été leur renvoie,
Seul, loin dans la vallée, un bâton à la main?
C'est un enfant,.... il marche, il suit le long chemin
 Qui va de France à la Savoie.

Bientôt de la colline il prend l'étroit sentier:
Il a mis, ce matin, la bure du dimanche,
 Et dans son sac de toile blanche
Est un pain de froment qu'il garde tout entier.

Pourquoi tant se hâter à sa course dernière?
C'est que le pauvre enfant veut gravir le coteau,
Et ne point s'arrêter qu'il n'ait vu son hameau
 Et n'ait reconnu sa chaumière.

Les voilà!.... tels encor qu'il les a vus toujours,
Ces grands bois, ce ruisseau qui fuit sous le feuillage!
Il ne se souvient plus qu'il a marché dix jours;
 Il est si près de son village!

Tout joyeux, il arrive et regarde.... Mais quoi!
Personne ne l'attend! sa chaumière est fermée!
Pourtant du toit aigu sort un peu de fumée,
Et l'enfant plein de trouble: "Ouvrez, dit-il, c'est-moi!"

La porte cède, il entre: et sa mère attendrie,
Sa mère, qu'un long mal près du foyer retient,
Se relève à moitié, tend les bras et s'écrie:

"N'est-ce pas mon fils qui revient?"

Son fils est dans ses bras qui pleure et qui l'appelle.

"Je suis infirme, hélas! Dieu m'afflige, dit-elle;

Et depuis quelques jours je te l'ai fait savoir,

Car je ne voulais pas mourir sans te revoir."

Mais lui: "De votre enfant vous étiez éloignée;

Le voilà qui revient; ayez des jours contents;

Vivez: je suis grandi, vous serez bien soignée;

Nous sommes riches pour longtemps."

Et les mains de l'enfant des siennes détachées

Jetaient sur ses genoux tout ce qu'il possédait,

Les trois pièces d'argent dans sa veste cachées,

Et le pain de froment que pour elle il gardait.

Sa mère l'embrassait, et respirait à peine;

Et son œil se fixait, de larmes obscurci;

Sur un grand crucifix de chêne

Suspendu devant elle et par le temps noirci.

"C'est lui, je le savais, le Dieu des pauvres mères

Et des petits enfants, qui du mien a pris soin;

Lui, qui me consolait quand mes plaintes amères

Appelaient mon fils de si loin.

"C'est le Christ du foyer que les mères implorent,

Qui sauve nos enfants du froid et de la faim.

Nous gardons nos agneaux, et les loups les dévorent;

Nos fils s'en vont tout seuls, ... et reviennent enfin.

”Toi, mon fils, maintenant me seras-tu fidèle?
Ta pauvre mère infirme a besoin de secours;
Elle mourrait sans toi.” L’enfant, à ce discours,
Grave, et joignant ses mains, tombe à genoux près d’elle,
Disant: ”Que le bon Dieu vous fasse de longs jours!”

Guiraud.

La Nature brute et la Nature cultivée.

La nature est le trône extérieur de la magnificence divine. L’homme qui la contemple, qui l’étudie, s’élève par degrés au trône intérieur de la Toute-Puissance. Fait pour adorer le Créateur, il commande à toutes les créatures; vassal du ciel, Roi de la terre, il l’ennoblit, la peuple et l’enrichit; il établit entre les êtres vivans l’ordre, la subordination, l’harmonie; il embellit la nature même; il la cultive, l’étend et la polit, en élague le chardon et la ronce, y multiplie le raisin et la rose. Voyez ces plages désertes, ces tristes contrées où l’homme n’a jamais résidé, couvertes ou plutôt hérissées de bois épais et noirs, dans toutes les parties élevées; des arbres sans écorce et sans cime, courbés, rompus, tombans de vétusté; d’autres, en plus grand nombre, gisans au pied des premiers, pour pourrir sur des morceaux déjà pourris, étouffent, ensevelissent les germes prêts à éclore. La nature, qui partout ailleurs brille par sa jeunesse, paraît ici dans la décrépitude; la terre, surchargée par le poids, surmontée par les débris de ses productions n’offre, au lieu d’une verdure florissante, qu’un espace encombré, traversé de vieux arbres chargés de plantes parasites, de lichens, d’agaries, fruits impurs de la corruption. Dans toutes les parties basses, des eaux mortes, croupissantes, faute d’être conduites et dirigées; des terrains fangeux, qui, n’étant solides, ni li-

quides, sont inabordables, et demeurent également inutiles aux habitans de la terre et des eaux; des marécages qui, couverts de plantes aquatiques et fétides, ne nourrissent que des insectes venimeux, et servent de repaire aux animaux immondes.

Entré ces marais infects qui occupent les lieux bas, et les forêts décrépites qui couvrent les terres élevées, s'étendent des espèces de landes, des savanes, qui n'ont rien de commun avec nos prairies; les mauvaises herbes y surmontent, y étouffent les bonnes: ce n'est point ce gazon fin qui semble faire le duvet de la terre; ce n'est point cette pelouse émaillée qui annonce sa brillante fécondité; ce sont des végétaux agrestes, des herbes purés, épineuses, entrelacées les unes dans les autres, qui semblent moins tenir à la terre qu'elles ne tiennent entre elles, et qui, se desséchant et se repoussant successivement les unes sur les autres, forment une bourre grossière, épaisse de plusieurs pieds. Nulle route, nulle communication nul vestige d'intelligence dans ces lieux sauvages. L'homme, obligé de suivre les sentiers de la bête féroce, s'il veut les parcourir, est contraint de veiller sans cesse pour éviter d'en devenir la proie; effrayé de leurs rugissemens, saisi du silence même de ces profondes solitudes, il rebrousse chemin, et dit: "La nature brute est hideuse et mourante: c'est moi seul qui peux la rendre agréable et vivante. Desséchons ces marais, animons ces eaux mortes, en les faisant couler: formons-en des ruisseaux, des canaux: employons cet élément actif et dévorant qu'on nous avait caché, et que nous ne devons qu'à nous-mêmes; mettons le feu à cette bourre superflue, à ces vieilles forêts déjà à demi-consumées; achevons de détruire avec le fer ce que le feu n'aura pu consumer: bientôt, au lieu du jonc, du nénuphar, dont le crapaud composait son venin, nous verrons paraître la renoncule, le trèfle, les herbes douces

”et salutaires; des troupeaux d’animaux bondissans foulent cette terre jadis impraticable; ils y trouveront une subsistance abondante, une pâture toujours renaissante; ils se multiplieront pour se multiplier encore. Servons-nous de ces nouveaux aides pour achever notre ouvrage; que le bœuf soumis au joug emploie ses forces et le poids de sa masse à sillonner la terre; qu’elle rajeunisse par la culture: une nature nouvelle va sortir de nos mains.”

Qu’elle est belle cette nature cultivée! Que, par les soins de l’homme, elle est brillante et pompeusement parée! Il en fait lui-même le principal ornement; il en est la production la plus noble: en se multipliant, il en multiplie le germe le plus précieux: elle-même aussi semble se multiplier avec lui; il met au jour par son art tout ce qu’elle recélait dans son sein. Que de trésors ignorés! que de richesses nouvelles! Les fleurs, les fruits, les grains perfectionnés, multipliés à l’infini; les espèces utiles d’animaux transportées, propagées, augmentées sans nombre; les espèces nuisibles réduites, confinées, reléguées; l’or, et le fer plus nécessaire que l’or, tirés des entrailles de la terre; les torrens contenus, les fleuves dirigés, resserrés; la mer soumise, reconnue, traversée d’un hémisphère à l’autre; la terre accessible partout, partout rendue aussi vivante que féconde; dans les vallées, de riantes prairies; dans les plaines, de riches pâturages ou des moissons encore plus riches; les collines chargées de vignes et de fruits, leurs sommets couronnés d’arbres utiles et de jeunes forêts; les déserts, devenus des cités, habités par un peuple immense, qui, circulant sans cesse, se répand de ces centres jusqu’aux extrémités; des routes ouvertes ou fréquentées, des communications établies partout, comme autant de témoins de la force et de l’union de la société: mille autres monumens de puissance et de gloire démontrent assez que l’homme, maître du domaine de la terre,

en a changé, renouvelé la surface entière, et que de tout temps il partage l'empire avec la nature.

Buffon.

Nécessité de la Chimie pour l'homme de culture.

Vous avez tous entendu parler de *chimie*, mais peu d'entre vous savent *ce que c'est que cela*.

C'est pourtant de chimie que je veux vous entretenir, et je regarde cette science comme la plus utile, la plus nécessaire à l'homme des champs; je ne crois même pas que l'on puisse faire de la bonne culture, bien raisonnée, sans connaître au moins les principes de la chimie. La routine était la bête noire de Bujault, comme vous le savez, et ce qu'il regrettait le plus, c'est que les hommes de labour se laissaient entraîner par cette vilaine chose si bien nommée. Eh bien! il vous sera facile de bien labourer comme manoeuvre, de bien semer, de bien nourrir votre bétail, sous le rapport de l'exactitude de la provende; vous serez bons routiniers, vous exécuterez bien une consigne: mais, sans chimie, vous ne serez jamais de bons cultivateurs.

La *Chimie* apprend à reconnaître les corps, à les distinguer les uns d'avec les autres, à les séparer, qu'ils soient durs et solides, coulants et liquides, ou même gazeux. Elle fait plus encore, elle apprend à marier ensemble les corps pour en faire d'autres, à les séparer ensuite de nouveau, selon le besoin. Quand vous mettez en cuve votre vendange écrasée ou votre moût de cidre, vous faites de la chimie, quoiqu'il vous arrive souvent de *vous y prendre* de mauvaise façon, et de manière à n'obtenir que des résultats médiocres.

Voilà, en effet, du jus de raisin: il est doux et sucré; mais vous le voulez vineux, c'est-à-dire, piquant et

chaud, doué des caractères et de l'odeur du vin, vous voulez qu'il acquière du montant et de la force, afin qu'il puisse se conserver. Pour cela, vous le mettez dans une cuve où il fermente et travaille, souvent jusqu'à bouillir avec violence. Savez-vous bien ce qui se passe là-dedans? Je vais vous le dire en peu de mots. Votre vin doux contient du sucre, et *plus* vos raisins sont mûrs *plus* il y en a: pendant le travail de la cuve, ce sucre est changé par la fermentation en eau-de-vie, qui reste dans le vin pour lui donner de la force et du montant, et en un mauvais air, un gaz, qui s'en va dans l'air, et qu'on appelle le *gaz carbonique*.

Plus votre raisin est sucré, meilleur est votre vin, et plus il se conserve, parce qu'il est plus fort; aussi, dans les années où le raisin n'a pas mûri, les chimistes vous conseillent d'y ajouter du sucre, quand vous le mettez dans la cuve, et ils ont raison. Je vous reparlerai de cela; mais ceci suffit pour vous faire voir que la chimie pourrait vous être utile.

Vous savez vous mêmes combien les terres sont différentes, d'une contrée à une autre: comment *vous y prendrez-vous* pour les améliorer et les amender, si vous ne savez pas de quoi elles sont faites? Et si votre terre est bonne, comment lui conserverez-vous sa fertilité, si vous ne savez pas ce que chaque récolte lui enlève? Il arrivera toujours un moment où, malgré vous, il lui manquera quelque chose, et vos récoltes en souffriront. C'est la chimie qui vous apprend tout cela, la composition de votre terre, celle de vos récoltes, de vos engrais; c'est par elle que vous saurez tenir compte de toutes choses, et je ne comprends pas un cultivateur qui n'est pas un peu chimiste.

La chimie exige, pour les choses délicates que font les savants, des instruments coûteux et fragiles souvent; mais vous n'avez que faire de tout cela.

Voici l'inventaire de tout ce qu'il vous faut:

1° Une bonne paire de balances, pouvant peser depuis $\frac{1}{4}$ de gramme jusqu'à 1 kilogramme, avec sa série de poids et sa boîte, afin que vous ne risquiez pas de la voir se détériorer.

2° Deux ou trois petites capsules en porcelaine, allant au feu, et munies d'un bec pour verser plus commodément. Elles vous serviront à faire bouillir les liquides, à les réduire sur le feu.

3° Une demi-douzaine de verres à pied et à bec, de grandeur assortie. C'est là-dedans que vous mettez les liquides afin de les faire déposer ou de les examiner.

4° Ayez encore deux ou trois de ces petits pots en terre réfractaire, qu'on appelle des *creusets* et dans lesquels vous ferez calciner au feu différentes matières. Il vous faut quelques petites baguettes de verre pour remuer les liquides, deux ou trois tuyaux ou tubes de verre fermés par un bout, et de la grosseur du petit doigt sur 30 centimètres de longueur.

Quelques casseroles, quelques assiettes, le fourneau de votre cuisine, vous *tiendront lieu* des objets plus compliqués et inutiles.

5° Si vous avez quelques fioles à médecine, deux ou trois entonnoirs en verre, deux de ces bouteilles rondes appelées *ballons*, l'une d'un litre, l'autre d'un demi-litre, en verre, votre petit bagage sera à peu près suffisant.

Vos entonnoirs vous servent à y mettre des filtres de papier blanc sans colle, à travers lesquels vous ferez passer les liquides que vous voulez.

Vous préparez ainsi vos filtres.

Vous prenez une feuille de papier; vous la pliez en deux, puis en quatre; vous faites ensuite d'autres plis opposés les uns aux autres, de manière à faire une sorte d'entonnoir en papier; vous rognez avec des ciseaux le

côté opposé à la pointe et vous le placez dans l'entonnoir de verre.

Si vous avez besoin de conserver et de peser le dépôt qui reste sur le filtre, il faut *vous y prendre* autrement. Au lieu d'une feuille de papier, vous en ployez deux ensemble, et cela vous donne un filtre double. Vous vous en servez comme s'il était simple; mais, lorsqu'il s'agit de peser, vous faites le pesage avec les filtres: celui de l'extérieur sert de tare à l'autre, et cela vous évite des pertes de matière; vous le mettez sur un des plateaux et l'autre sur l'autre, celui-ci tenant la substance à peser.

Je vous dirai *au fur et à mesure* comment il faut vous y prendre.

Quand aux drogues dont vous avez besoin, elle ne sont ni nombreuses ni coûteuses.

De la terre arable et de la composition des sols. On appelle *terre arable, terre labourable*, la couche de terre que l'on atteint par les labours: la couche de terre végétale est souvent beaucoup plus profonde, et comprend toute la portion où vivent les racines. Au-dessous de la couche labourable, du sol proprement dit, se trouve le sous-sol, qui ressemble quelquefois au sol, mais qui souvent est d'une tout autre nature. Il vous arrive souvent, en effet, d'avoir affaire à des sols sablonneux reposant sur un sous-sol de glaise ou de craie; quelquefois, c'est le contraire, et vous savez tous quelle est l'importance qu'il faut attacher à la qualité du sous-sol.

S'il laisse passer l'eau trop facilement, votre terre est exposée à se dessécher, et vos plantes périssent; s'il est glaiseux et garde l'eau avec trop d'opiniâtreté, il rend votre champ *mouillasse*, et vous n'y trouvez, que des joncs et des laïches. C'est donc chose à considérer.

Voyons maintenant comment les sols se sont formés. Vous savez que les roches les plus dures, exposées à

l'air et à la pluie, puis au gel et au dégel, finissent par se fendiller et se réduire en poussière. C'est par suite de cette action de l'air que s'est formée la base de la terre végétale, et peu à peu *des mousses, des lichens* ont cru dans ces débris, et les ont enrichis du produit de leur décomposition, en y introduisant du *terreau*. Les eaux de pluie ont ensuite entraîné cette terre de nouvelle formation dans les vallées, où elle a constitué des dépôts plus ou moins considérables, plus ou moins riches en débris de végétaux ou d'animaux.

Voilà, en peu de mots, comment la terre labourable s'est formée graduellement aux dépens des roches, qui sont la croûte de la terre.

Toute terre labourable doit être considérée comme la demeure de la plante, et elle doit présenter la réunion de certaines conditions indispensables pour que le végétal puisse y vivre. Une terre type, modèle, serait composée à peu près comme je vous l'indique ici, sur 100 parties.

Argile.....	30
Silice et sable.....	30
Calcaire.....	30
Terreau ou humus.....	7 à 8
Sels divers.....	2 à 3

et un tel *sol* présenterait la moyenne la plus vraie d'une bonne composition, il serait propre à presque toutes les cultures, en supposant qu'il reposât sur un sous-sol convenable.

Deux choses sont d'abord nécessaires pour la vie des plantes comme pour celle des animaux, et ces deux choses sont l'air et l'eau. Il faut que l'humidité pénètre jusqu'aux racines, qu'elle ne soit pas trop forte, parce qu'elle ferait pourrir les végétaux, et qu'elle soit constante. L'eau

dissout les matières qui nourrissent la plante, et celle-ci, par les suçoirs de ses racines, pompe cette dissolution nourrisante, en sus de ce que ses feuilles prennent à l'air. Ayez trop d'humidité dans votre sol, la plupart des plantes s'y trouvent mal et y meurent; n'en ayez pas assez, elles ne se nourrissent qu'imparfaitement et se dessèchent. Vous avez appris ce que fait l'oxygène de l'air; c'est lui qui est chargé de tout rouiller, brûler, oxyder, à fin de préparer les aliments des nouveaux êtres; il faut donc que votre *sol* puisse être traversée par l'air, et les labours ne vous donneront cela qu'imparfaitement, si votre *sol* est mal constitué.

Basset.

Rollin fait hommage de son Traité des études aux chefs de l'Université.

Je souhaitais depuis longtemps de trouver quelque occasion de témoigner publiquement ma vive et sincère reconnaissance pour l'Université, que je regarde comme ma mère, et à qui je compte tout devoir après Dieu. Élevé dans son sein dès mon enfance, nourri du lait de sa doctrine, si j'ai quelque amour de la vérité, quelque goût de la piété, c'est à l'Université que j'en suis redevable: j'ai puisé de si grands biens dans ces sources libérales que vous tenez ouvertes également aux pauvres et aux riches, à ceux qui sont sans naissance et aux premiers de la noblesse, comme je l'ai heureusement éprouvé avec un grand nombre d'autres. C'est vous qui, après m'avoir formé par de salutaires leçons pendant le cours de mes études, après m'avoir fait passer par les différents degrés de la profession publique, et m'avoir plus d'une fois honoré de la première dignité de votre corps, m'avez enfin au bout d'un service de plusieurs années accordé une retraite, où je puisse jouir d'un honorable repos.

Mais comme, selon la maxime d'un des hommes les plus sages de l'antiquité, nous ne devons pas être moins en état de rendre compte de notre loisir que du temps de nos occupations, et qu'il n'est pas permis à un honnête homme, encore moins à un chrétien, de se livrer à l'inaction et à la mollesse, voici que je vous offre les fruits de mon loisir, fruits qui vous appartiennent, puisqu'ils sont nés sur votre fonds: heureux, s'ils ne dégénèrent point de la bonté du terroir qui les a portés!

C'est votre autorité qui m'a engagé dans cette entreprise. Choisi par vous pour rendre de publiques actions de grâces au roi, j'avais tâché d'exposer en peu de mots quels avaient toujours été l'attention et le zèle de l'Université pour former les jeunes gens non-seulement aux-lettres, mais bien plus encore à la probité et à la religion. Ce que je n'avais pu que montrer en gros et effleurer légèrement, à cause de la brièveté du temps qui m'était prescrit, vous m'avez ordonné de le traiter avec plus d'étendue. Je sentais bien qu'un pareil ouvrage était au-dessus de mes forces; mais j'ai mieux aimé paraître manquer de prudence que de docilité. J'ai mis *sur-le-champ* la main à la plume, et j'ai pris le parti d'écrire en français, afin de pouvoir être entendu d'un plus grand nombre de nos compatriotes. Voici la première moitié de l'ouvrage que je sou mets à votre jugement: et je me tiendrai bien récompensé de mon travail, si vous le regardez comme pouvant être de quelque utilité pour la jeunesse.

Dans cette partie qui paraît aujourd'hui, ma principale vue a été, pour ne point toucher ici à ce qui concerne la piété et les bonnes mœurs, de mettre par écrit et de fixer la méthode d'enseigner usitée depuis longtemps parmi vous, et qui jusqu'ici ne s'est transmise que de vive voix, et comme par une espèce de tradition; d'ériger, autant que j'en suis capable, un monument durable des règles et de

la pratique que vous suivez dans l'instruction de la jeunesse, afin de conserver dans toute son intégrité le vrai goût des belles-lettres, et de le mettre à l'abri, s'il est possible, des altérations et des injures du temps. Ce goût règne aujourd'hui parmi vous, et dans toute la France; et, par d'heureux et insensibles accroissements, il est parvenu presque au comble de la perfection. Le siècle de Louis le Grand, siècle fameux par tant de merveilles et surtout fécond en grands et puissants génies, nous a retracé l'image du savant et poli siècle d'Auguste, et pas des ouvrages qui ne périront jamais, a acquis à notre France une gloire gloire immortelle.

Or, j'ose dire ici que la garde de ce précieux dépôt est principalement remise en vos mains et confiée à votre fidélité. Nos rois, à qui doit sa naissance l'université de Paris, dont le plus glorieux titre est celui de fille aînée des rois, nos rois ont voulu que l'on trouvât dans votre sein une école publique pour toutes les sciences, mais surtout pour ce genre de connaissances qui élève et forme les esprits au grand art de bien dire. Ils ont prétendu, en fondant votre compagnie, fonder pour l'éloquence, qui a mérite d'être appelée la reine de l'univers, un domicile, une patrie, une citadelle assurée, afin qu'arrosée des sources de l'antiquité grecque et latine, elle n'admit jamais le mélange d'une nouveauté séduisante; afin qu'élevée, pour ainsi dire, par vos mains dans le goût antique, et gardée sous une austère tutelle contre l'audace des corrupteurs, jamais elle ne se laissât altérer par le fard, par l'afféterie, ni par tous les ornements indignes de sa pureté.

Quand j'avance que vous êtes chargés du soin de conserver ce bon goût dans les ouvrages d'esprit, je ne prétends point, par une témérité inconsidérée, étendre nos fonctions au delà de leurs justes bornes; ni soutenir qu'au sortir de nos écoles ceux qui s'y sont formés soient parve-

nus à tout ce qu'il y a presque de plus difficile au monde, c'est-à-dire soient des orateurs, des poètes, des philosophes parfaits. Notre devoir est de commencer et crayonner l'ouvrage, d'en tracer les premiers traits, et non pas de le porter à la dernière perfection. Nous montrons aux jeunes gens le but certain auquel ils doivent tendre, la route assurée qu'ils doivent tenir, les illusions et les dangers qu'ils doivent éviter. En un mot, nous posons les fondements solides de tout l'ouvrage; nous jetons la bonne semence, la semence choisie, pure, exquise, de tous les beaux-arts. Or, qui ne sait quelle est la force de la semence dans les productions de la terre, quelle est l'importance des fondements dans les édifices? Tout dépend des principes; et néanmoins, ces principes ne paraissent point et demeurent enterrés. Des les premières et plus tendres années, les enfants font briller comme des étincelles et des traits d'esprit, qui nous avertissent qu'il n'y a point d'âge si faible qui déjà ne puisse prendre la teinture du vrai et commencer à se former au bon goût. Dans les écrits des anciens qu'on leur fait lire, ils peuvent aisément, pourvu qu'ils aient un bon guide, choisissant parmi tant de choses excellentes qui se présentent de toute part, cueillir comme une fleur exquise d'agrément naturel et délicat; ou plutôt faire une ample récolte de fruits admirables pour leur bonté, dont ils feront leur nourriture ordinaire, et par là s'accoutumeront à ne goûter que ce qu'il y a de plus parfait. L'esprit formé et nourri de ce suc de l'antiquité le transforme en sa substance, et, se fortifiant peu à peu, en vient au point que l'idée du beau, que l'on s'est rendue familière par l'habitude avec les anciens, et qui s'est profondément gravée dans l'âme, y produit son effet, même sans que l'on y pense, et rend l'ouvrage conforme au modèle, même sans la réflexion de l'artisan; en un mot, fait renaître dans les hommes d'aujourd'hui le goût de l'élégance attique et de l'urbanité romaine.

Ainsi se forment les grandes hommes dans la république des lettres. C'est de cette source qu'est sorti ce nombreux essaim d'*écrivains* excellents en tout genre qui ont fait l'ornement du siècle de Louis XIV, et qui brillent encore aujourd'hui.

C'est donc une obligation pour nous, que l'Université, mère des beaux-arts, a chargés de la fonction publique d'enseigner, c'est à nous qu'il convient d'être comme en sentinelle sous son nom et par ses ordres, veillant, avec une attention infinie, à empêcher que ce bien si précieux à notre nation ne dégénère dans la racine et dans le principe; que les jeunes gens, épris des charmes de ces faux brillants dont la mode s'introduit parmi nous, au lieu de fruits solides, ne courent après de petites fleurs qui n'ont qu'un vain éclat; et que, comme ils sont peu capables de se tenir sur leurs gardes, et faciles à se laisser séduire aux apparences trompeuses, ils ne tombent dans des espèces d'embuscades qui les attendent, souvent cachées à l'abri des plus grands noms. Car il y a des embûches tendues de toutes parts pour surprendre les esprits des jeunes gens, à moins qu'à cette corruption et à ce mauvais goût qui croît de jour en jour nous n'opposions une puissante barrière, en les fortifiant par la lecture assidue des anciens et de ceux des modernes en qui règne pareillement le goût épuré de la saine éloquence.

FIN.

INDICE DE PRINCIPALES MATERIAS.

	<i>Paginas.</i>
Ejercicios y algunas anotaciones sobre la pronuncia- cion francesa.....	1
Traduccion (<i>Máximas religiosas y sociales de diversos autores</i>)	4
L'homme propre à tout et propre à rien (<i>La Bruyère</i>)	7
Honore ton père et ta mère (<i>Hébel. trad. Ch. André</i>)	11
Prières à l'usage des catholiques.....	12
Devoirs des écoliers envers leurs maîtres (<i>Rollin</i>)....	14
Utilité de l'étude des langues (<i>La Bruyère</i>).....	15
Utilité de l'étude du latin pour bien comprendre le français (<i>Lemaire</i>).....	16
La <i>Réthorique</i> , la <i>Logique</i> , la <i>Grammaire</i> (<i>Batteux</i>)	18
<i>Du verbe</i> (<i>Girault-Duvivier. Gramm. des Gram- maires</i>).....	18
L' Académie française. (<i>Mme. C. B. D. de l' H. de V.</i>)	21
Quelques réflexions sur le projet d' une langue uni- verselle (<i>De Lille</i>).....	22
De la prononciation des jeunes gens dans les exerci- ces publics (<i>Batteux</i>).....	25
L' Océan, l'Éternité (<i>Chateaubriand</i>).....	27
A M. Benjamin Web en lui envoyant dix louis (<i>Ben- jamin Franklin</i>).....	28
A chacun selon ses œuvres (<i>Mme. CB.</i>).....	29
Conseils de d'Aguesseau à son fils aîné sur la reli- gion.....	30
Utilité du silence (<i>Nicole</i>).....	33
Arithmétique (<i>Gustave Mongin, Cours de commerce 1856</i>).....	35
Système métrique des poids et mesures (<i>Victor Borie</i>)	43
Tableau du système métrique (<i>V. B.</i>).....	47
Progrès du système métrique décimal (<i>V. B.</i>).....	49

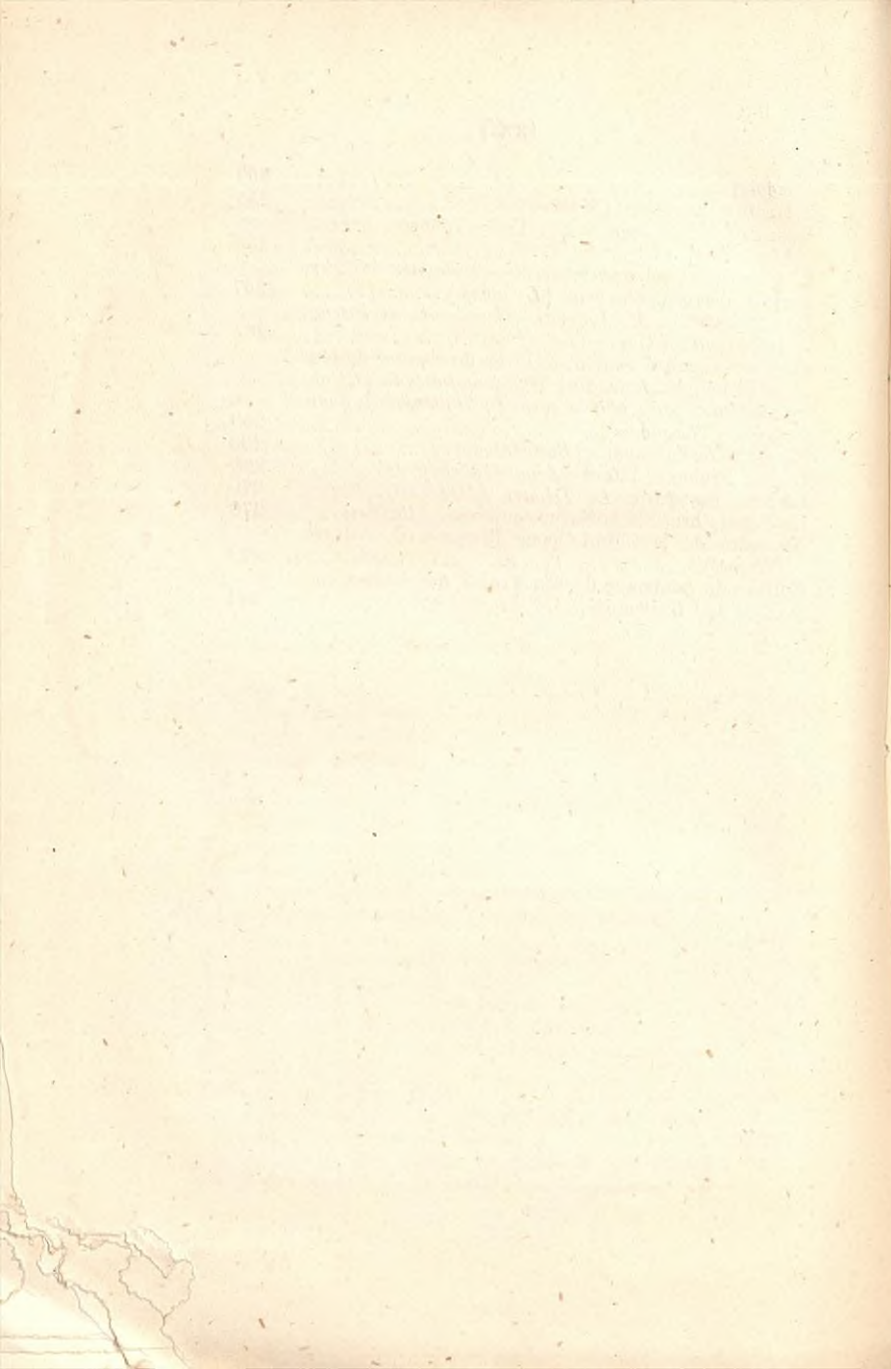
(XVIII)

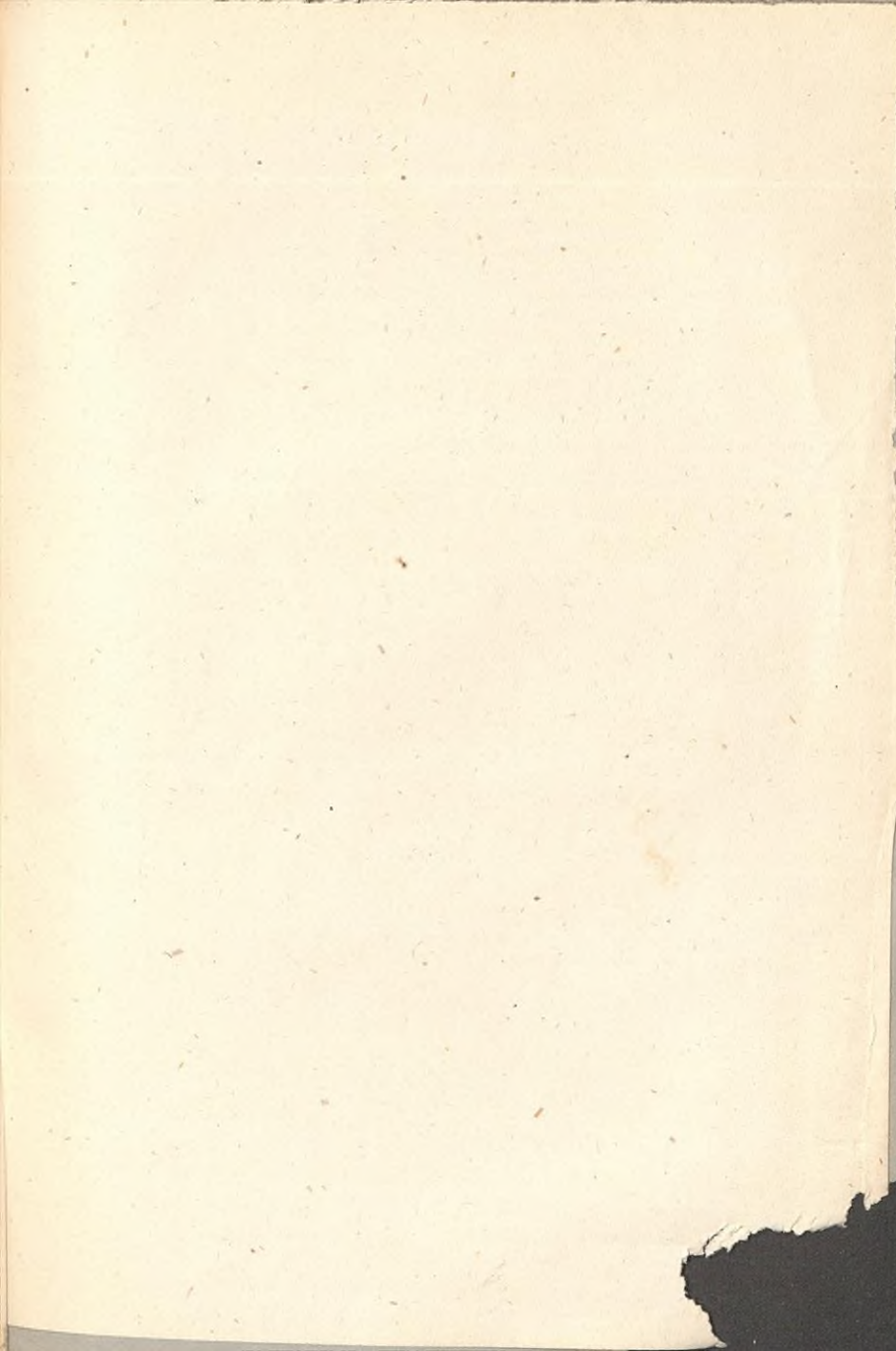
Carré, cube d'un nombre (<i>J. Morand</i>).....	50
Algèbre (<i>Francaeur</i>).....	51
La caisse de Dieu (<i>Trad. Ch. André</i>).....	52
Les trois amis (<i>Le même</i>).....	54
La santé est une grande richesse (<i>Le même</i>).....	55
Infinitivo, gerundio, participio, singular presente de indicativo, y pretérito definido; ó sea tiempos primitivos de verbos regulares.....	56
Tiempos de verbos tanto regulares como irregulares para que los designen y clasifiquen los alumnos....	57
Gil Blas chez le Duc de Lerme (<i>Histoire de Gil Blas</i>)	58
Lettre de Madame de Sévigné à Monsieur de Pomponne	61
L'Académie silencieuse ou les Emblèmes (<i>L'Abbé Blanchet</i>).....	62
Du, de la, des avant les substantifs communs employés dans un sens partitif (<i>Noël et Chapsal</i>)....	63
Géographie (<i>MM. Meissas et Michelot</i>).....	64
Cosmographie (<i>mêm. aut.</i>).....	68
Géographie physique (<i>mêm. aut.</i>).....	75
La boussole (<i>D. de l'H. de V.</i>).....	81
L'homme de mer. Il faut qu'il ajoute les connaissances aux talents (<i>Thomas</i>).....	82
Voyage de circumnavigation (<i>E. Catalan</i>).....	85
Navire (<i>Hautefeuille</i>)....	86
Une tempête sur mer (<i>D. de l'H' de V.</i>).....	86
Bateaux à vapeur (<i>L. Wolowski</i>).....	87
Ejercicios de analogía y algunas advertencias para manejar el Diccionario.....	90
Ce que l'imitation de Jésus-Christ dit aux hommes (<i>Trad. Ch. André</i>).....	96
Le juge (<i>Le même</i>).....	97
La politesse orne toutes les conditions (<i>Le même</i>)....	98
Les deux meilleurs témoins (<i>Le même</i>).....	99
Merveilleuses inventions de l'homme. Quelle en est la source (<i>Bossuet</i>).....	100
La Bétique (<i>Fénélon</i>).....	101
Télémaque visite le Tartare (<i>Le même</i>).....	104
Télémaque visite les champs-Elysées (<i>Le même</i>)....	108
Algunas palabras que significan otra cosa de lo que á primera vista parece por su sonido análogo al de otras españolas.	114
Nécessité de la Géographie et de la Chronologie pour l'étude de l'histoire (<i>D. de l'H' de V.</i>).....	114
La vraie science de l'histoire (<i>Bossuet</i>).....	115
Nécessité d'étudier l'histoire universelle (<i>Le même</i>).....	117

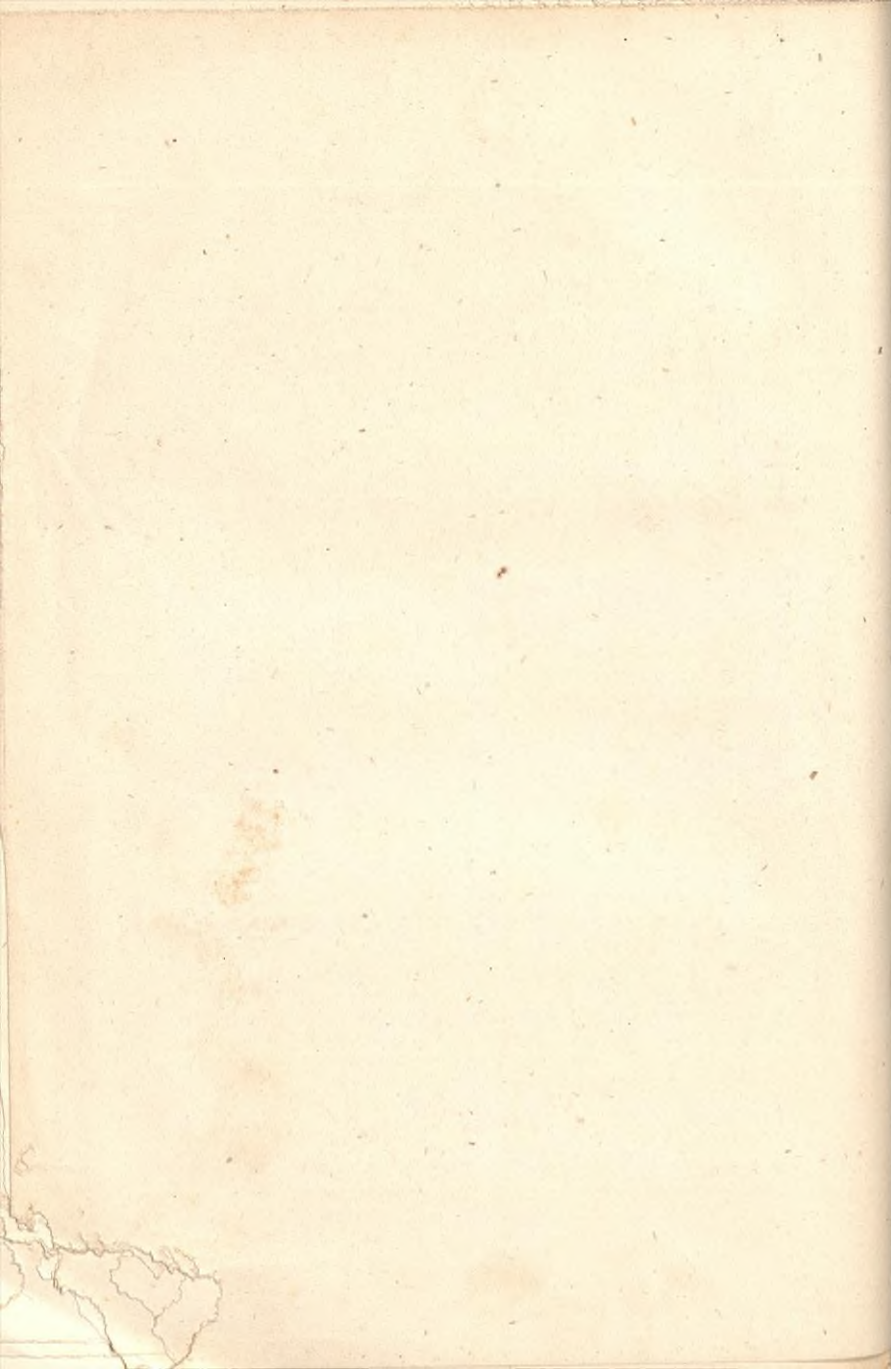
I Epoque.—Adam ou la création. <i>Premier âge du monde</i>	121
II Epoque.—Noé, ou le déluge. <i>Second âge du monde</i>	122
III Epoque.—La vocation d'Abraham. <i>Troisième âge du monde</i>	123
IV Epoque.—Moïse, ou la loi écrite. <i>Quatrième âge du monde</i>	124
V Epoque.—La prise de Troie.....	125
VI Epoque.—Salomon, ou le temple achevé. <i>Cinquième âge du monde</i>	126
VII Epoque.—Romulus, ou Rome fondée.....	127
VIII Epoque.—Cyrus, ou les Juifs rétablis. <i>Sixième âge du monde</i>	129
IX Epoque.—Scipion, ou Carthage vaincue.....	132
X Epoque.—Naissance de Jésus-Christ. <i>Septième et dernier âge du monde</i>	134
XI Epoque.—Constantin, ou la paix de l' Eglise....	137
XII Epoque.—Charlemagne, ou l' établissement du nouvel empire.....	139
Algunas frases que no pueden traducirse literalmente	140
Utilité générale de l'étude des sciences (<i>Fontenelle</i>)	141
Il en est de la physique comme de la géométrie....	142
<i>Géométrie. (Francœur)</i>	148
Chemins de fer. <i>Chemins en France (Perdonnet)</i> ..	151
<i>En Espagne. (Le même)</i>	153
Notions générales sur les dispositions des voies en fer. (<i>Le même</i>).....	155
Télégraphie. (<i>E. Robert.</i>).....	162
Anotaciones sobre las particulas francesas <i>y, en</i>	164
Élégie. <i>La petite mendicante (B. de P.)</i>	166
<i>Inscription pour une fontaine (Malherbe)</i>	167
<i>Pour le portrait de Rossinante (Boileau)</i>	167
<i>Pour une maison de jeu (Anonyme)</i>	167
Fonctions à remplir par l' Orateur. Parties du discours (<i>B.</i>).....	168
Défense du surintendant Fouquet, adressée à Luis XIV (<i>Pellisson</i>).....	170
Du genre épistolaire (<i>B.</i>).....	177
Descartes à un de ses amis qui venait de faire une perte douloureuse dans sa famille.....	178
Lettre de Madame Simiane à M.***.....	179
Lettre de la même.....	180
Des croix attachées à un état de grandeur et de prospérité (<i>Fénélon</i>).....	181
Horace et Virgile. Caractère de ces deux poètes (<i>Le même</i>).....	182

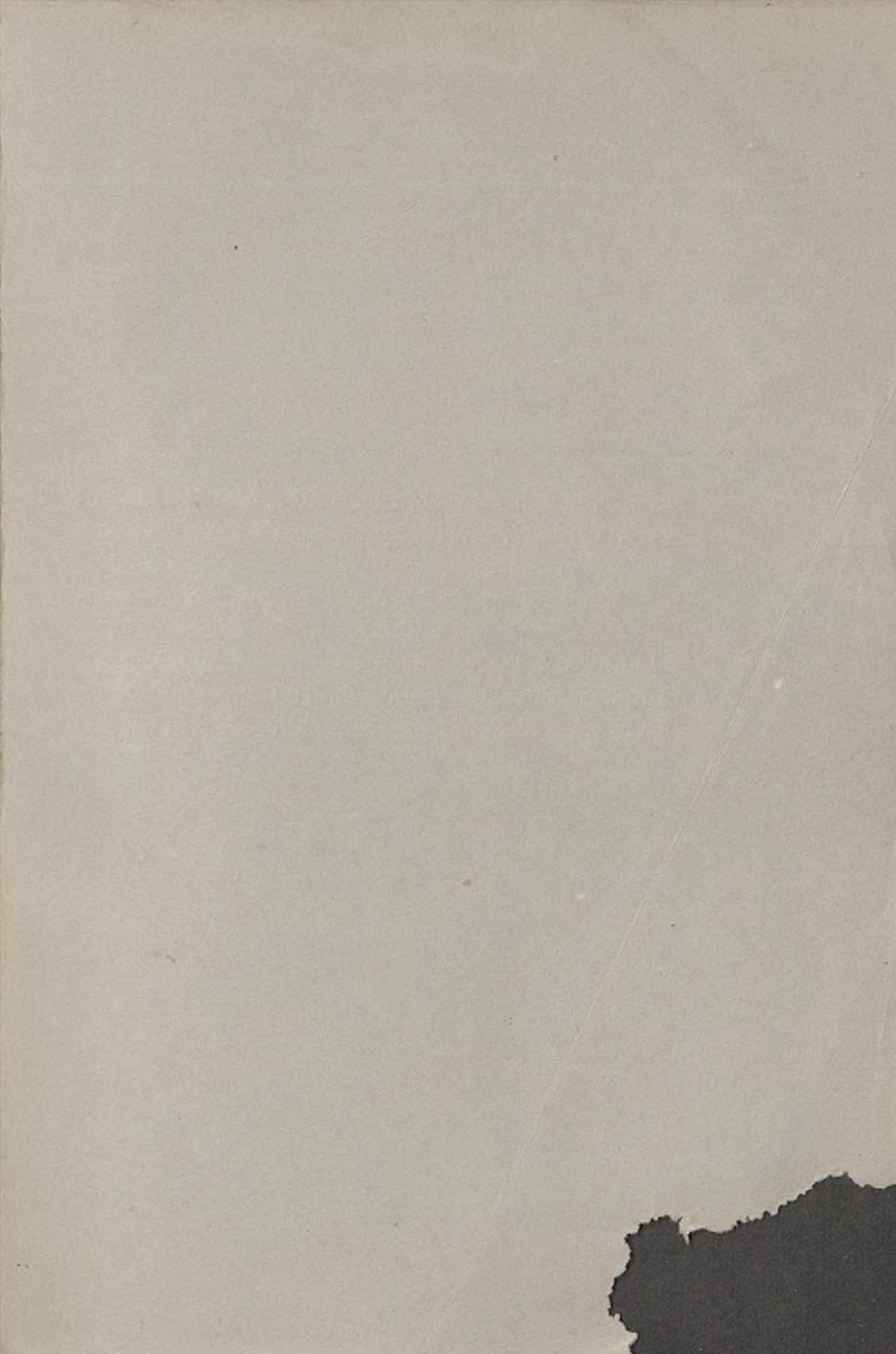
<i>L' Epigramme</i>	185
Un mauvais poète volé (<i>Ecouchard Le Brun</i>).....	185
Le sot enrichi (<i>D' Aceilly</i>).....	185
Le singe qui montre la lanterne magique (<i>Floriant</i>)..	186
La cigale et la fourmi (<i>La Fontaine</i>).....	187
La Fable ou l'Apologue.....	188
Le corbeau et le renard (<i>La Fontaine</i>).....	188
Le chêne et le roseau (<i>Le même</i>).....	189
Le lion et le moucheron (<i>Le même</i>).....	190
Les membres et l'estomac (<i>Le même</i>).....	191
L'avare qui a perdu son trésor (<i>Le même</i>).....	192
Le serpent et la lime (<i>Le même</i>).....	194
La laitière et le pot au lait (<i>Le même</i>).....	194
Le savetier et le financier (<i>Le même</i>).....	196
Le rat et l'huître (<i>Le même</i>).....	197
Le vieillard et les trois jeunes hommes (<i>Le même</i>)....	198
De mon corps et de tous les autres corps de l'univers (<i>Fénélon</i>).....	200
<i>Physique</i> (<i>Ganot</i>).....	203
<i>Découverte des aérostats</i> (<i>Le même</i>).....	206
<i>Homonymes</i>	209
<i>Histoire naturelle</i> (<i>Batteux</i>).....	212
<i>Borneo</i> (<i>Mme. C. B.</i>).....	216
<i>Le chat</i> (<i>Le même</i>)..	217
<i>Les zones</i> (<i>La même</i>).....	218
<i>Un herbier</i> (<i>La même</i>).....	219
<i>Ejercicios de sintaxis</i>	220
<i>Logique</i> (K. par J. T.) (B.).....	223
<i>Etudes morales. Combien il faut fuir l'esprit de con-</i> <i>tradiction etc.</i> (<i>Nicole</i>).....	231
<i>De l'esprit de conversation, (La Bruyère)</i>	239
<i>Le lien de la société. (Bossuet)</i>	241
<i>Les hommes sont faits pour vivre en société (Balzac)</i>	242
<i>La probité lien nécessaire de la société humaine (Le</i> <i>même)</i>	243
<i>Commerce. Tenue des livres (Mongin)</i>	244
<i>Des termes techniques (Le même)</i>	245
<i>Tenue des livres en partie simple (Le même)</i>	246
<i>Tenue des livres en partie double (Le même)</i>	248
<i>De la tenue des livres en partie double par un seul</i> <i>registre (Le même)</i>	248
<i>Economie politique. (Say)</i>	249
<i>Les produits immatériels sont le fruit d'une Indus-</i> <i>trie et d'un capital (Le même)</i>	250
<i>De la nature et de l'usage des Monnaies (Le même)</i>	251
<i>De la prodigalité, de l'avarice et de l'économie. (Le</i>	

<i>même</i>).....	253
Portrait d'un avare. (<i>Molière</i>).....	255
Désespoir d'Harpagon à qui l'on a volé son argent. (<i>Le même</i>).....	255
L'avare dans son intérieur. <i>Il veut donner à dîner, mais avec peu d'argent.</i> (<i>Le même</i>).....	257
Le sot vaniteux. <i>M. Jourdain (bourgeois de Paris), un garçon tailleur.</i> —(<i>Le même</i>).....	262
Folie de ceux qui veulent s'élever au-dessus de leur condition. <i>M. Jourdain, Madame Jourdain. Cléon- te (celui-ci prétend à la main de la fille de M. Jour- dain).</i> —(<i>Le même</i>).....	263
Nécessité de l'aumône. (<i>Bourdaloue</i>).....	265
Le Dix Francs d'Alfred. (<i>Léon Guérin</i>).....	266
Le petit Savoyard. <i>Le Départ.</i> (<i>Guiraud</i>).....	270
La Nature brute et la Nature cultivée. (<i>Buffon</i>)....	276
Nécessité de la Chimie pour l'homme de culture. (<i>Basset</i>).....	279
Rollin fait hommage de son <i>Traité des études aux chefs de l'Université</i>	284









Véndese esta obra en Cádiz, en casa de los Sres. Verdugo, Morillas y Compañía al precio de 20 reales ejemplar.

En pedidos de 25 ó mas ejemplares, acompañando su importe en libranzas de Tesorería, dirigidos al autor ó á dichos señores se hace una rebaja de 10 p.⊘ Siendo el pedido de 100 ejemplares y en los mismos términos se rebaja el 20 p.⊘